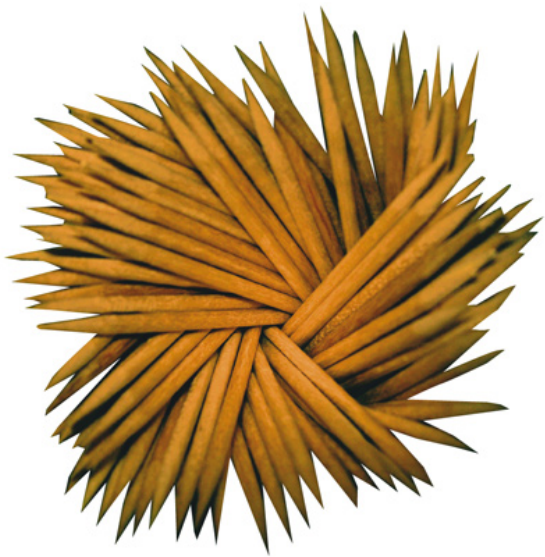
Miguel Vitagliano

Tratado sobre las manos



Eterna Cadência
Editora

MIGUEL VITAGLIANO

Tratado sobre las manos

Luego de más de treinta años de matrimonio, Lidia pierde a su esposo, un reconocido catedrático a quien le dedicó prácticamente toda su vida. En su duelo, Lidia recorre la biblioteca de Víctor, hojea los volúmenes, los sostiene a su manera, con un lápiz apretado en la boca; repitiendo sus gestos, espera encontrarlo, pero queda atrapada en los innumerables subrayados y anotaciones en los márgenes. Lidia encuentra así un modo de volver a tenerlo cerca, de ayudarlo, un proyecto cuya envergadura se condice solo con el tamaño de su dolor: recorrer los más de ocho mil seiscientos libros que albergaban esos estantes para transcribir el verdadero libro de Víctor, el que escribió en los márgenes de los libros de otros, sin advertirlo, durante toda su vida.

Tratado sobre las manos es una novela poblada de claroscuros, sobre una obsesión que logra poner nuevamente en funcionamiento los engranajes de una familia hecha jirones y resignificar a partir de sus lazos afectivos una vida que parecía perdida.

Miguel Vitagliano

Tratado sobre las manos

ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
I. Líneas del cielo

- 1
- 2
- 3

II. Aquí, allí, en todas partes

- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11

III. Inquietas sombras de papel

- 12
- 13
- 14

IV. Palomas

○ 15
○ 16
○ 17
○ 18
○ 19
○ 20
○ 21
○ 22
○ 23

Sobre el autor
Página de legales
Créditos
Otros títulos de esta colección

Para Astrita,
a través de todos los perfiles,
y cada mañana más.

“Duele lo que no se tiene. Todos son muñones:
quieres coger las cosas con la mano que te falta.
Siempre faltan manos”.

MAX AUB

I

Líneas del cielo

1

El calor empezaba a sentirse en el departamento y era muy temprano todavía; y sin embargo Martín se negaba a comprar un aparato de aire acondicionado. Repitió sus razones mientras llamaba al ascensor: enfermaban a la gente y no quería que sus hijos terminaran asmáticos o alérgicos. Irene se mantuvo callada. Semanas atrás había gastado el argumento de que era el verano más tórrido de los últimos veinte años y compraron un ventilador de techo para el living. Un alivio exiguo para los cuarenta grados. Martín propuso colocar un ventilador en cada cuarto el próximo mes, pero Irene se había empacado tanto en que fuera un *split* o nada que ya no podía echarse atrás. Ella: ¿Y acaso no te da miedo que salten en la cama y se corten la cabeza? Martín: Será una fantasía tuya porque no tenés idea de la fuerza de esos motores. Ella: ¿Mía? Si fuera por vos, los chicos vivirían encerrados en una cajita de cristal.

La desquiciaba el calor. Se asomó al balcón y vio, ocho pisos abajo, cómo Martín cruzaba la calle en bermudas y zapatillas. Le gustaba su manera de caminar. ¿Sospecharía que lo estaba mirando? No les iba mal. Vivían del ingenio de Martín para reparar computadoras, vender máquinas usadas y clonar novedades informáticas. Hacía cinco años pasaron de un dos ambientes al de tres que alquilaban ahora en Palermo. Nada mal, a no ser por este verano. Martín caminaba fresquito y sereno, sin importarle siquiera que su negocio estuviera en lo que había sido el sótano de una casona, o en la mitad de un sótano. Una vincha le alcanzaba para contener el sudor, y así tiraba hasta las nueve de la noche entre monitores en desuso y montones de cajas vacías. Decía que aspirar a más era un gasto innecesario, dando por sobrentendida la canción del grupo estampado en su remera:

el lujo es vulgaridad.

Remera gastada, un tupper con la ensalada para el almuerzo y la cabeza repleta con los services a domicilio del día. Siempre cumplía con los pedidos, excepto con los de ella en el último tiempo. Quizá no fuera solo por ese calor asfixiante de enero y diciembre. Bermudas y zapatillas. Irene pensó que si no lo conociera volvería a enamorarse de él igual que cuando estaban en la secundaria. Dudaba si a él le sucedería lo mismo después de los dos embarazos; las tetas le habían quedado desinfladas. El llanto de Malena la obligó a dejar el balcón. Justificación de Rodrigo: le había tirado del pelo porque ella quiso ponerse a escribir en la pared.

–*Esta*, como vos decís, se llama Malena y es tu hermana. Que no se vuelva a repetir que hablás así ni que le ponés un dedo encima. Un dedo encima quiere decir que no podés empujarla. Sí, exactamente como estoy haciendo yo, porque soy tu mamá y no quiero que salgan al balcón a esta hora que hace mucho calor.

Nesquik, galletitas, patadas por debajo de la mesa. El día había comenzado. Irene pautaba rutinas para entretenerlos. No era sencillo congeniar los gustos de una nena de cuatro y un varón de siete. Televisión, compras en el supermercado, plaza, y almuerzo; después juegos en la computadora y lectura de cuentos. Lo único fuera de cronograma era meterlos en la bañadera unas cuantas veces. Había tardes en que los hacía dormir siesta; otras prefería mantenerlos despiertos para que cayeran rendidos temprano y tener un rato a solas con Martín. Pero en las últimas semanas ni en eso lograban ponerse de acuerdo. Los services se mantenían en alza, las computadoras reventaban por los cambios repentinos de tensión eléctrica –es la sobrecarga de los aparatos de aire acondicionado, subrayaba Martín–, y él no dejaba de regresar a las nueve en punto para meterse bajo la ducha y ella se dormía durante la espera.

Ese día no terminó mejor. Un cliente le había contado que a tres cuadras del negocio, en Godoy Cruz y Santa Fe, había vivido Mengele en sus primeros tiempos en el país. El edificio todavía funcionaba como hotel. Martín había entrado a pispear con la excusa de dejar unos volantes: películas, juegos

y música para mp3. Era increíble que El Carnicero de Auschwitz hubiera vivido tan cerca y que nadie conservara el menor registro. Se había pasado la tarde buscando información en la red.

–Lo que me sorprende es que tengas tiempo para eso y no para venir a quedarte una hora con los chicos. Eso me sorprende –recalcó, alejándose. Y desde el baño, susurró–: Y lo más increíble es que te pases el único momento que tenemos para nosotros hablando de boludeces.

El departamento estaba a oscuras cuando salió del baño. Martín dormía. Se echó en la cama, arrinconada en su propio costado. Enseguida tuvo que levantarse porque Malena lloriqueaba entre sueños. Le dio un sorbo de agua, la mimó un poco y volvió al cuarto. Martín dormía como un chico más. Ella no podía pegar un ojo. Puso una silla debajo del ventilador de techo del living y se sentó con las piernas abiertas. Si hubiera tenido un cigarrillo lo habría encendido; era la primera vez en cinco años que sentía ganas de fumar. Volvió a su posición distante en la cama hasta que sonó el despertador.

Las mismas bermudas, las mismas zapatillas, pero una remera limpia. Martín preparaba la ensalada para llevarse. Rodrigo entró corriendo a la cocina y se trepó a los brazos de su papá. Malena venía detrás aún entredormida.

–Se van a portar bien, ¿no es cierto?

–Ellos siempre se portan bien –dijo Irene.

En la televisión pasaban un dibujito de los viejos. Se sentó a mirarlo con los chicos. Eran las mil tretas del Coyote para atrapar al Correcaminos. El desierto le resultaba familiar, aunque el Coyote transpiraba de miedo ante el camión que se le venía encima. Pensó en Martín y en ella. Otra vez sintió ganas de fumar. De paso hacia el supermercado compró un atado de cigarrillos para tenerlos como último recurso. Rodrigo comenzó su interrogatorio. No le interesaban los riesgos del tabaco, quería quejarse de que a ellos nunca les compraba nada. La protesta continuó entre las góndolas del supermercado chino. La intervención de Malena fue decisiva; había sacado un saché de leche del carrito para apoyárselo en la frente. ¿Por qué no les compraba algo para el calor? Se dio

por vencida.

De camino a la juguetería se le ocurrió una idea: una de esas piletitas inflables para bebés. Los imaginó chapoteando en el balcón igual que en la orilla del mar. Una imagen evanescente, sus hijos estaban bastante crecidos para eso. Se decidió por una pileta de tela plástica de dos metros por lado y ochenta centímetros de profundidad. Seis pagos sin intereses con tarjeta de crédito.

Irene sabía perfectamente que no cabía en el balcón. Ya vería cómo afrontar el enojo de Martín, por nada del mundo iba a arrebatarles tanta alegría a los chicos. Armaron la pileta en el living. Tomó recaudos básicos, no colocarla debajo del ventilador ni pegada a las paredes con enchufes y, desde luego, llenarla hasta la mitad. Después los dejó chapotear a gusto. Acomodó cuanto pudo el desorden de muebles y se sentó a contemplarlos. Un corralito de agua. Encendió un cigarrillo. A la tercera pitada los chicos se quedaron mirándola.

–¿Por qué no juegan en vez de hacerme burla?

El entusiasmo recobró impulso cuando apagó el cigarrillo y se metió en la pileta. Y más al llenarla otro poco sin que se lo pidieran. Se sentía feliz por compartir una experiencia que sus hijos jamás olvidarían, y de regalarse la dicha de saberlo mucho antes de que ellos lo comprendieran. Martín quedó atónito ante la escena al abrir la puerta. Los hijos le pedían que se zambullera.

–Todo el día te estuvieron esperando. Lo que tengas que decirme puede esperar unos minutos.

Querían mostrarle las pruebas que habían practicado.

–Papá ya se va a meter con ustedes. Primero tiene que ponerse la malla.

Lo empujó hacia el cuarto y le alcanzó un short. En todo tenía razón. Una barbaridad. Sí. ¿Sabía cuánto pesaba semejante cantidad de agua? Prometió que era solo por un día, mientras lo arrastraba de la mano hacia el llamado de los hijos. O dos, murmuró cuando los cuatro ya estaban en el agua.

El cansancio venció pronto a los chicos. Malena bostezaba colgada de los bordes de la pileta. Rodrigo aceptó salir con la promesa del padre de que seguirían jugando en el agua al día

siguiente.

–Creo que oyó lo que dijimos acerca de vaciarla.

–Es posible. Tenemos dos hijos maravillosos.

–Pero no podemos dejar esto acá. Es una locura.

Irene se desprendió el corpiño y le tapó la boca. Jugaron desnudos en el agua, riéndose entre dientes para no hacer ruido. La isla de las dos montañas y el submarino. Periscopio a punto. Estúpido. La isla del tesoro. Fueron al cuarto envueltos en toallones. Irene se sentó sobre él, acomodándolo con la espalda recta contra la cabecera de la cama. Como más le gustaba. Dos veces. Tonto. Se besaron la risa. Aun con todas las ventanas abiertas no entraba una gota de aire. Saltaron de la cama y fueron a meterse en la pileta. Irene entró al agua con dos vasos de cerveza.

–Nunca hicimos algo así –dijo Martín.

Ella arqueó las cejas con exageración, sin despegar el vaso de los labios. Quería postergar el comienzo de la discusión lo más posible. Porque no podían tener ahí esa pileta, ni endeudarse, ni alentar el capricho de los chicos. Sin embargo, todo lo que no podían ya estaba hecho.

–Tendrías que haber abierto el vino blanco, que te gusta más.

2

Pero no es ahí donde comienza la historia que quiere contarse, no es con esa pareja joven y sus hijos sino con una mujer sola, Lidia, de 62 años, sentada en el suelo de su departamento entre montañas de libros. Es el mismo edificio pero un piso abajo, en el séptimo. El mes de enero había terminado con una tormenta descomunal que dejó a media ciudad sin luz durante días; la primera semana de febrero parecía más razonable. Nada de eso le importaba a Lidia. Había retirado su atención del mundo tres meses atrás, el 8 de noviembre de 2009, la mañana en que internaron a su marido en el Hospital de Clínicas, y la sepultó junto con él dos semanas más tarde. El debilitado corazón de Víctor no pudo afrontar una nueva operación. Para no enloquecer, o para sobrevivir, se impuso mantener dos comidas diarias, que registraba con rigor en el almanaque de la cocina. Fue al comienzo del nuevo año, cuando el vacío de Víctor persistía en confundir días y noches con su ausencia. En la mitad superior de cada rectángulo del calendario Lidia marcaba la hora en que almorzaba y dejaba la otra mitad vacante para completarla con la cena, por lo general más proclive a ser olvidada. Se reconocía una prisionera en esa conducta, aunque se sabía una presa extraña porque contaba sus días sin él, su compañero durante más de treinta años; treinta y cuatro considerando las idas y vueltas de los primeros tiempos. Treinta y dos era el promedio establecido en su memoria.

Imponerse las dos comidas diarias era permitir que el resto del día transcurriera sin obligaciones. Comía lo que encontraba en la heladera o en la alacena; cuando no quedaba nada bajaba al supermercado. El almanaque era un regalo de ese negocio. Compraba las mismas cosas que antes.

Mantenía la dieta que habían seguido en los últimos quince años, luego del primer bypass de Víctor. Lo hacía por comodidad, para no pensar, o porque no podía sino pensar en él. Constantemente le hablaba. Dejaba de hacerlo al advertir que se le cortaba el aliento, entonces suspiraba profundo para no ahogarse. A menudo comenzaba diciéndole que debía sentirse orgulloso con lo que había logrado en la vida. Aun conociendo el inflexible ateísmo de Víctor estaba segura de que no le reprocharía sus cuidados. Nunca pasó por alto la vanidad de su marido, si bien había aprendido a entenderla como un necesario reclamo de justicia. Le contaba –volvía a contarle, en realidad– lo que él había alcanzado a ver henchido de orgullo, porque en ningún momento estuvo inconsciente durante la internación, fue una muerte sin agonía, sí, le contaba de la tarde en que el decano de la Facultad de Filosofía y Letras lo visitó en el Hospital de Clínicas para ponerse a su disposición y recomendar a los médicos que trataran al profesor Víctor Riera, queridísimo y entrañable profesor de nuestra universidad, dijo, sin escatimar esfuerzos. También describía lo que Víctor no había visto: la enorme cantidad de alumnos, profesores y escritores que se acercaron al velorio. Recordaba el nombre de cada uno de los colegas. Por única vez la mención a esos otros no marcaba las faltas de Víctor Riera.

–Ojalá a mí vengan a despedirme tantos alumnos –insistía. Lidia había sido maestra y luego bibliotecaria en una escuela primaria hasta abandonarlo todo para dedicarse a Víctor.

Había pasado la vida entera bajo su sombra. Fue un tutor invisible para un árbol que nadie más que ella descubría frondoso. Habrá quien diga que no tomó decisiones sin antes pensar en él. Se habían conocido siendo maestros de la misma escuela, Lidia de 4º grado y Víctor de 7º, y al afianzar el noviazgo ella dejó el aula para hacerse cargo de la biblioteca. El pretexto fue que empezaba a molestarle el trato con los chicos; algo que nadie habría sospechado aunque terminó por ser la justificación perfecta para la ausencia de hijos. En aquellos tiempos Víctor ya estudiaba Letras en la universidad, la carrera que Lidia habría elegido de no haberlo conocido. Demasiadas coincidencias. El año en que Víctor Riera fue nombrado profesor de Literatura Latinoamericana en la UBA

coincidió con el retiro total de Lidia de la actividad docente, como si con esa decisión ayudara a borrar el pasado de maestro del flamante catedrático universitario, el lastre que fijaba a Víctor a una trayectoria pedestre y que acaso le impedía inventarse otra a su antojo.

Muchos la llamaban por teléfono para presentarle sus condolencias. Algunos habían estado también en el velorio y querían conversar unos minutos, entre ellos su cuñada Elena, la esposa del hermano de Víctor, con quienes habían dejado de verse hacía veinticinco años, tiempo después de que demolieran la casa de los Riera para construir el club. Joaquín y Elena estuvieron en el Hospital de Clínicas la mañana en que Víctor murió. De eso prefería no contarle, aun reconociendo que los llamados de la cuñada eran sinceros; es más, si no insistía en visitarla era por su expresa negativa, le había dicho que necesitaba estar sola. Todos los que llamaban esperaban encontrarla deshecha, sin embargo Lidia se transformaba al atender el teléfono. Tampoco había derramado una lágrima en el velorio, de tan concentrada que estaba en registrar quiénes llegaban y cuánto permanecían. Estamos bien, decía, y los demás oían en el plural la evidencia de su desorientación. La frase completa terminaba por confundirlos: Estamos bien, tanto como se puede en estas circunstancias.

Los llamados se hicieron esporádicos a las semanas, salvo excepciones como la de Elena, que tuvo la delicadeza de telefonear al cumplirse el segundo mes. *Delicadeza* fue la palabra que se le impuso. Estuvo a punto de compartir con Víctor detalles sobre Joaco y Vicky, los dos hijos de Elena y Joaquín, y de Miranda, la nena de Lucas, el mayor de los tres hermanos que murió dejándola desamparada. Lo que no quiso obviar fue comentarle que el sobrino había tenido hacía unos meses un accidente serio con la novia en una moto y que ahora planeaban casarse.

–Nadie tiene nada asegurado, ¿te das cuenta? Y nada ocurre porque sí, aunque vos no quieras creerlo.

Los tres sobrinos se habían disgustado porque no les avisaron que el tío Víctor estaba grave. A Lidia la reconfortó oír esa confesión de Elena, aunque enseguida cayó en la cuenta de que ninguno de los tres había estado en el velorio,

siendo ya adultos con capacidad de decisión. Pensó que Víctor los disculparía por jóvenes y porque jamás le importaron esa clase de ceremonias; igual prefirió no contarle.

Disolvió pronto las caras de sus sobrinos tal cual las imaginaba en la actualidad. La imagen de Miranda fue la más persistente; habían querido adoptarla cuando murió el padre y resolvieron que lo mejor era dejarla crecer en casa de sus primos. Prefirió contarle de los constantes llamados de sus colegas. Y de distintas partes del mundo, enfatizó. Exageraba, apenas si habían sido tres y difícilmente hubiera más: un profesor de Montevideo, otro de Literatura Hispanoamericana de Bordeaux, y Bernal Carranza, el único que insistía, desde New Hampshire. Pero ella no hacía trampas, se comportaba igual que Víctor cuando se refería a sus cinco conferencias en el exterior –nadie llamó de España ni de Alemania– con el ampuloso epíteto de "universidades del extranjero", dando a entender que mantenía contacto frecuente con muchísimas más. Decía: "En las universidades del extranjero suelen preguntarme…", o "Mi experiencia en las universidades del extranjero es que…". Había otra manera de entender ese giro. Que Víctor, sin advertirlo, develara la verdad; es decir, que él fuera el extranjero en todas las universidades. Un razonamiento que no pertenecía a Lidia, su límite alcanzaba hasta reconocer que exageraba un poco. El mundo podía tener las fronteras que quisiera, su tristeza no reconocía ninguna.

"Cursé Latinoamericana con Riera hace unos años. Tengo un buen recuerdo. Éramos más de cien en el aula y Riera estaba atento a las reacciones y dudas de cada uno" (Carina M., estudiante de Letras, 24 años). "Las veces que nos cruzábamos con Víctor en algún pasillo de Filo siempre me quedaba con la sensación de que en esos minutos habíamos mantenido cuatro o cinco conversaciones al mismo tiempo, conversaciones que no volvíamos a retomar y que si lo hacíamos ya tampoco eran las mismas" (Miguel V., profesor de Teoría Literaria).

En sentido estricto habría que decir que tampoco Lidia

pensó en mantener las dos comidas diarias para no enloquecer. La decisión no era el resultado de una reflexión, fue un acto parido en el dolor de querer permanecer a su lado y ayudarlo, sin saber bien en qué. La insistencia del profesor Bernal Carranza reclamándole unas fuentes bibliográficas fue el impulso que necesitaba. Comenzó a revisar uno por uno los ocho mil seiscientos catorce libros –algunos apenas libritos– que había en el departamento, buena parte de ellos concentrados en la biblioteca que cubría las paredes del living desde el piso hasta el techo, los demás en el cuarto que Víctor usaba de escritorio.

Primero los contó, luego empezó a apilarlos en el suelo. Comenzó buscando los datos pedidos por Bernal Carranza para publicar el artículo que Víctor le había enviado semanas antes de la internación. Lidia, mientras tanto, ya atisbaba una manera mejor de ayudar a su marido. No es que se rehusara a la publicación del artículo en la revista de la Universidad de New Hampshire; al contrario, se desvivía por hallar las referencias requeridas por el profesor colombiano. ¿Podía ser que Víctor entregara un artículo sin guardarse una copia? En el escritorio no encontró la menor huella material de ese trabajo. La computadora, además, había dejado de funcionar. Trató de encenderla en distintas ocasiones, no respondía; tuvo la sensación de que se había ido con él. Sabía que Víctor había estado trabajando en ese artículo, que a diferencia de todos los demás no le dio a leer. Ni le comentó siquiera de qué trataba. ¿Una prueba de que accedió a escribirlo por compromiso? La única respuesta era el silencio de la máquina. Ni una luz tampoco. No tenía confianza con Bernal Carranza para compartir sus dudas, solo se habían visto una vez, la noche en que lo invitaron a cenar cuando hizo una escala en Buenos Aires de camino a Santiago de Chile. Un amable caballero más parecido a un diplomático que a un hombre de letras. Tuvo la impresión, y se la comentó a Víctor, de que eran amigos por la sencilla razón de que los separaban miles de kilómetros y apenas habían compartido la cotidianidad durante un mes en esa universidad norteamericana donde enseñaba Bernal Carranza.

–Vos sabés que no tengo la mejor de las opiniones sobre ese colega tuyo; sin embargo, debo retractarme. Te valora de

verdad, no deja pasar una semana sin llamar.

Era lo más halagüeño que tenía para contarle del medio académico; se había enterado de que la UBA no guardó ni un día de duelo por su queridísimo y entrañable profesor, y que tampoco estaba previsto un homenaje. Nadie es profeta en su tierra, murmuraba a menudo al referirse al artículo del que hablaba el colombiano y del que ella ignoraba absolutamente todo. Una noche soñó a Víctor profeta cargando unas tablas escritas. Se despertó con la ternura en la boca del recuerdo de Víctor disfrazado de Charlton Heston.

–¿No me vas a decir dónde están los datos que me pide tu amigo, o al menos sobre qué escribiste para que sepa por dónde buscar? –De inmediato se enfureció consigo misma. Molestar la memoria de Víctor no era ayudarlo. Estaba dejándose mandonear por Bernal Carranza, que en la conversación siguiente fue bien directo: ningún inconveniente tenía en corregir los desajustes de sintaxis y redacción, lo que le resultaba imposible era reunir –dijo: *colectar*– las referencias bibliográficas que faltaban y que eran, dijo, el meollo del texto. No lo publique, señor mío, si le parece mal escrito. Era la única respuesta válida, y Lidia la mordió fuerte para que no se le escapara. Buscaba entre los libros alguno que perteneciera a los dos autores mencionados al pasar por el colombiano, Virgilio Pineda y Humberto Rodríguez; estaba segura de que Víctor jamás los había mencionado en su presencia. No lograba sacarse de encima la frasecita con la que el profesor cerró la comunicación telefónica: A no ser que los datos sean una broma que me jugó mi querido amigo.

Las pilas de libros eran montañas dispersas. Lidia se movía, hurgaba, comía y descansaba entre ellas. El tiempo no alcanzaba para hallar una respuesta antes del próximo llamado. Cada vez le importaba menos satisfacer el pedido que enrostrarle unos datos demoledores a ese petulante. Ignoraba cuáles serían, solo buscaba sin dirigir la palabra hacia Víctor para no apenarle el recuerdo. Lo que ella se dijo en verdad fue *para no mortificarlo*, y tuvo que respirar profundo varias veces. Nada tenía el poder de mortificar a Víctor porque estaba muerto. Sin recuperar el aire continuó perdida entre lo que buscaba. Ya no podía hablar con él, oía a Bernal Carranza en todo momento, ahora no paraba de

llamarla casi a diario. ¿Por qué no había muerto ese en lugar de Víctor?

Anotó la cena en el almanaque, a continuación de dos bloques vacíos. Dejó que el teléfono se cansara de sonar. Estaba segura de quién era.

Ya no volvió a levantar el tubo. Cuando el aparato sonaba, contestaba al aire lo que no se animaba a escupirle a Bernal Carranza. Que espere. Que si encuentra tantos inconvenientes que no publique el artículo, que esa revista no vale nada sin el texto de Víctor. Que por algo Víctor no se lo había dado a leer, como hacía con cada página desde hacía más de treinta años. Que si estaban mal redactadas era por eso, para no desentonar con las cagaditas de los demás. Pero ninguna de aquellas sentencias la conformaba como para levantar el teléfono y despacharse.

Se sentía sin fuerzas para reconstruir en la memoria los días en que Víctor se había ocupado de esos papeles. Una ocurrencia se interponía desviándola hacia otra, sin que ninguna la condujera a una evidencia. Víctor, quizás, había presentido que era lo último que escribiría y quiso evitarle el dolor de la lectura. Aunque resultaba imposible que él se rehusara a compartir una sensación semejante, si en todo momento la hacía partícipe de sus temores. Contempló situaciones intermedias. Que Víctor no llegara a dilucidar el presentimiento que se le imponía ante los ojos, igual que le sucedió a ella. Tosía, sí, en aquellos días Víctor había tosido y mordía nervioso los lápices, tal cual hacía en el primer tiempo en que dejó de fumar. Ella no había puesto especial atención en la tos, tampoco era tanta, se desesperó, sí, al verlo de madrugada sentado al borde de la cama con el dolor en el pecho. Tomaron un taxi. Víctor estaba bien. Buscó tranquilizarla. Ella no imaginó que lo dejarían internado. ¿Por qué no si era la posibilidad más evidente? Víctor había trabajado menos en ese artículo que en cualquier otro. ¿Se imaginaba o era real que le dijo que se sentía obligado a redactarlo? Sí: ahí estaba el motivo por el que se abstuvo de darle a leer el borrador que le envió a ese crápula. Un borrador, no más. Ella llevándole un té con miel al escritorio, y él mordiendo el lápiz, de esos que tenía a montones, con

una goma adosada al extremo de la punta y con rayas negras y rojas.

Caminó entre los libros desparramados para ir a buscarlos, estaban en el lapicero, abiertos como un ramo de flores. Una taza blanca que nunca usó más que para poner lápices, marcadores y biromes de distintos colores y que decía *Summer 2003 University of New Hampshire*. Un souvenir de su estadía. Tomó uno de los lápices y se lo llevó a la boca tal cual hacía él, apretándolo con las muelas de ambos lados. De nuevo intentó encender la computadora. Si Víctor siempre tenía inconvenientes con esa máquina, por qué debía funcionar ahora. ¿Lo había oído quejarse de la computadora? Creía que sí, y también estaba segura de que no. ¿Cuánto tiempo había trabajado antes del dolor en el pecho? El cesto de papeles estaba vacío; entonces no podía ser inmediatamente antes de la internación. Era incapaz de recordar ese detalle; todos los demás le sobraban.

Viendo su imagen reflejada en la pantalla de la computadora, cayó en la cuenta de que era la primera vez que se sentaba en esa silla, en la misma posición en la que Víctor había pasado tanto tiempo. No atinó a hablarle. Nada tenía para decirle que no fuera el recuerdo brutal de que había muerto. Levantó un libro del piso para hojearlo y encontrar a Víctor en el gesto. Sostenía el volumen a su manera. Pasó las páginas deteniéndose en las frases subrayadas, sobre todo en las anotaciones que Víctor escribía en los márgenes. Las leyó comparándolas con el texto impreso. Solo él era capaz de urdir esas maravillosas relaciones. Sí: Víctor leía siempre con un lápiz en la mano. ¿Qué libros había leído con el que ella apretaba en la boca?

Había más de ocho mil seiscientas posibilidades y estaba dispuesta a recorrerlas todas. Su interés no se centraba ya en el lápiz, leía con avidez lo que Víctor escribía en los márgenes. Arrancó una hoja de un bloc para copiar unas frases subrayadas junto a las anotaciones. De inmediato cambió de opinión: copiaría solo las notas de Víctor. Comentarios, opiniones, que a menudo se convertían en poemas luminosos. Buscó más. Diferentes entre sí aunque igual de perfectos. De regreso al escritorio, encontró en una de las montañas los libros colectivos en los que Víctor había

publicado sus artículos. Ocho volúmenes. Posó la vista en el dedicado a Pablo de Rokha, en el que Víctor apenas si hablaba de su poesía, concentraba la admiración en las memorias de su hija Lukó; en otro tiempo ella podía repetir de un tirón ese artículo de tanto que había revisado el manuscrito. Intuyó, y no tardó en confirmarlo, que Víctor estaba menos allí que en las notas al margen de los libros ajenos. Ese era el libro de Víctor, el que había escrito durante toda su vida, casi sin advertirlo.

Pasó el día registrando anotaciones en las páginas del bloc. Ni una vez sonó el teléfono, o no lo oyó. No experimentaba rencores hacia Bernal Carranza ni ningún otro sentimiento capaz de desplazar el foco de su atención. Cuando bajó al supermercado, compró un cuaderno para pasar en limpio lo anotado y otro bloc para continuar con las transcripciones en borrador. Sobre una pila de libros colocó una bandeja para utilizarla como mesa de trabajo, un modo práctico para desplegar distintos volúmenes a la vez sin la obligación de agacharse a cada instante. Además le permitía trasladarse de una montaña a otra cargando sin esfuerzo los materiales en uso.

Si de algo estaba convencida era de que había encontrado la mejor manera de ayudarlo. Es más, se permitió pensar que el logro se lo debía a Bernal Carranza. Completó el primer cuaderno y durmió serena como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Ni siquiera la picazón que sentía a lo largo del cuerpo logró despabilarla una vez.

3

Para llevar adelante la tarea se impuso un método con distintas pautas. Pocas sobrevivieron al primer cuaderno. La única que mantuvo en firme fue la de no transcribir, ni en el bloc borrador, los latiguillos con los que Víctor acostumbraba introducir sus notas (“Interesante…”, “Esto es interesante para reflexionar…”); restaban contundencia a lo que continuaba, todos comentarios exquisitos, ni siempre emotivos ni siempre librescos. En cuanto a incorporar los párrafos subrayados de los libros aún mantenía dudas. Había notas que se lucían mejor acompañadas de la cita de la que brotaron, el mejor ejemplo eran las marcas inusuales sobre la página de una novela de Italo Calvino. Una línea en lápiz señalaba el párrafo con un trazo vertical y decía “poema”; en birome verde –otro rasgo inusual– estaban subrayadas una serie de palabras dispersas en el fragmento. Lidia las transcribió estremecida como si fuesen versos. Era un poema de Víctor escrito con palabras ajenas y que avalaba lo que ella estaba haciendo: “…hace unas páginas / este fantasma femenino / forma la página escrita / yo me dejo encontrar / alejarme /desaparecer / tú querías unos pocos elementos / queda escondido qué hay que no sea”.

Las pautas no estaban exentas de excepción, así que con frecuencia consideró pertinente incorporar la referencia que Víctor proponía en la nota. No siempre, por supuesto. ¿Por qué había recurrido a abreviaturas académicas en esas ocasiones (“Cfr.”, “Idem”, eran las más comunes) si lo que escribía estaba tan lejos de todos los demás? *La luna se hizo con agua* de Amorín rebasaba de “Idem”. En una ajadísima edición de *Crónicas marcianas* encontró “cfr. ‘El espejo y la máscara’ de Borges”, y en otro libro de Bradbury, *El hombre ilustrado*, se topó con otro “cfr. ‘El Aleph’ de Borges”. Se

detuvo en el encuentro poco habitual de los dos autores; más tarde se reprochó ese ademán tan letrado. Desperdiciaba el tiempo en nimiedades, como el hecho de tratar de dilucidar por qué Víctor había agregado "de Borges" siendo que él, o ella, jamás olvidarían quién era el autor de esos relatos. Algo similar sucedía con su empecinamiento por descifrar el año de lectura que Víctor adosaba a su firma en la página de cortesía de cada ejemplar. Preparaba *el* libro de Víctor con retazos que recorrían su vida entera, nada de un artículo para publicar en una revista universitaria ni esos gélidos escritos plagados de citas. Debía ser una obra publicable en un único volumen, por eso era imprescindible una selección de lo transcripto en los cuadernos, que a esa altura sumaban cuatro y llegarían a ser muchísimos más. Cuatrocientas cincuenta páginas resultaba una buena cantidad para el libro. Variaba el número en cuanto sopesaba algún volumen que desprendía de las montañas. El objetivo era que el libro de Víctor no pasara inadvertido en ninguna biblioteca. Lidia imaginaba el volumen dividido en secciones que llamaría "cantos" en lugar de "capítulos", aun sin tener ni idea de cuántos serían.

Cambió los cuadernos por fichas para el trabajo de selección. Lo copiado en el bloc pasaba a las tarjetas número tres en un agrupamiento provisorio. Víctor utilizaba fichas para preparar sus clases, decía que resultaban útiles porque permitían intercalar nuevas informaciones. Todavía aprendía de él. Ella ni siquiera había utilizado fichas cuando era bibliotecaria en la escuela. Le bastaba un cuadernito escrito al derecho y al revés; desde el principio anotaba el inventario, y desde atrás los préstamos. Sin embargo nadie se acercaba a pedir libros, salvo algún tomo de la enciclopedia para usar en el aula. Mapas era lo que las maestras usualmente mandaban a buscar. Había una buena variedad, entre ellos un globo terráqueo bellísimo que ella acomodaba junto al gato montés embalsamado, la única pieza que persistía del museo escolar. Se pasaba el día arreglando mapas, era lo único que hacía antes y después de ocuparse de los asuntos administrativos encargados por la secretaria. Una tarea que no le correspondía, aunque aprendió a tragarse las protestas. Víctor la llamaba "mi primera mapotecaria". El chiste tenía bastante

de cierto, a Lidia le gustaba buscar ciudades en los continentes y calcular las distancias que las separaban. También era un sobrentendido que apuntaba al "primer trabajador", desacreditado por aquellos años; la directora había ordenado retirar de la biblioteca muchísimos títulos, entre ellos colecciones enteras del CEAL sobre personajes de la historia y la cultura popular nacional, para evitar malentendidos con las autoridades del Ministerio de Educación. Los mapas sobrevivían de tiempos más lejanos.

Con un trapo húmedo limpiaba hasta el último resto de tiza de los mapas pizarra; el más solicitado era el planisferio mudo. Solo en una ocasión, y fue durante sus primeros meses a cargo de la biblioteca, hizo hincapié en la suerte de los estantes vacíos. Confeccionó carteles de cartulina que impulsaban una campaña de donación de libros en la comunidad escolar. Obtuvo colecciones de revistas polvorientas, manuales de la época de Matusalén y dos best sellers, *El donante* de Guy des Cars y *Whisky, naranja o crimen* de Robert Serling, lecturas poco propicias para menores de trece años. El desconsuelo se diluyó pronto. Guardó todo en una bolsa de residuos que colocó detrás del gato montés y el globo terráqueo. Nadie le preguntó jamás por el destino de las donaciones, y ella se volcó a los mapas, no por desinterés en la lectura; era una lectora voraz aunque se abstenía de leer mientras estaba en la escuela. Seguía al pie de la letra el consejo de Víctor: Si te ven trabajar contenta van a recargarte de papeleo administrativo. Entendió mucho después que se lo decía, también, porque no toleraba el desorden de sus lecturas; Lidia pasaba sin hacer distingos de Guy des Cars a Dostoievski. Solo era selectiva en materia de poesía. Hacía gala de su memoria prodigiosa recitando poemas durante una hora, de corrido. Desde la infancia había soñado ser profesora de Castellano para autorizarse a escribir versos propios. Al no conseguir lo primero, aceptó la suerte que le impedía acceder a lo segundo.

Víctor le había llenado la vida de lecturas sorprendentes, pero escasa en poemas. Jamás la convencieron los que le daba a leer. Había excepciones, cómo no, *Poesía vertical*, de Juarroz, plagado de subrayados y de comentarios poco útiles de Víctor: "Cfr. *Sendas perdidas*"; "Si te agarra el Comando

San Flaubert te hace polvo"; "¡Encantador de serpientes!". Mucho mejores eran las anotaciones al margen que acababa de descubrir en un Fitzgerald, en *Rashomon*, en una colección de relatos de Böll y en *El ángel subterráneo*. ¿Por casualidad habían terminado en la misma montaña libros de estantes tan dispares? A no ser en materia de poesía, el criterio de Víctor resultaba más consistente que el suyo. Pero no era un gesto revanchista dividir el libro en "cantos"; ningún resentimiento había entre ellos. El libro estaría al servicio de dar a conocer al mundo la iluminada sensibilidad de Víctor, apagada en los rincones. Una obra contada a dos voces, se dijo trepando a una meseta de volúmenes para acceder a una cordillera. El mundo era ancho, pero no ajeno.

Cada tanto, al salir de la cocina mordiendo una fruta o un sándwich, contemplaba el descomunal panorama. Lamentaba haber echado al suelo el contenido de los estantes sin ninguna previsión. Acomodados, no importaba de qué modo, le habría resultado más sencillo localizar un título que de golpe estaba latiéndole en los labios. Porque sucedía que al comparar una nota recordara el día en que había visto a Víctor con tal libro en las manos, que vanamente se lanzaba a buscar. Al instante dudaba si no se trataría de aquel otro (que tampoco tenía a la vista), o si fue una tarde en una playa en que lo vio concentrado subrayando la novela que acababa de encontrar, o si la tarde era noche, una de esas madrugadas de insomnio en las que Víctor dejaba sigiloso la cama para ir a leer a la cocina. Siempre con un lápiz, jamás leía con las manos vacías. Ella lo miraba anotar con su letra apretada, con disimulo para no perturbarlo, sin intención de husmear. En los libros que Víctor le recomendaba encontraba con frecuencia alusiones a ella –"para contarle a L.", o "Como dice L."–, y recién ahora palpaba la extrañeza: Para qué anotaba eso si sabía que se lo daría a leer.

Una manera de fijar una idea, pensó, igual que hacía al revisar los libros en busca de un dato nuevo para sus clases. Víctor escribía sobre lo que ya había escrito, sí. Entre las montañas de volúmenes solo el azar la condujo al encuentro de novelas con una "L" en los márgenes. Tropezando con Thomas Mann, accedió a un Pavese, apretado sin motivo previsible entre *Estrella distante* y *Los leños vivientes* de Dobles.

Tampoco le resultaba fácil conseguir una muestra importante de obras narrativas leídas en un mismo período para compararla con otra de ensayos, y comprobar si únicamente los últimos tenían anotaciones superpuestas y contradictorias. Porque Víctor se corregía en las sucesivas lecturas sin borrar las anteriores. Se lamentaba desde la puerta de la cocina, o parada en el pasillo, desde donde alcanzaba a ver el revuelo del escritorio. Sin embargo, antes de terminar la fruta o el sándwich recuperaba el ánimo, fortalecida.

Le bastaba con mirar hacia sus pies, palpitar que las puntas de los zapatos pisaban un norte, ese volumen que la guiaba a un pulóver azul de cuello alto, una dedicatoria suya escrita en un papel suelto y plegado para no marcar el libro que Víctor había buscado durante años, *La casa de cartón*, la única novela de Martín Adán, la mejor narración vanguardista escrita en castellano, aseguraba Víctor, y que ella encontró para él en una librería de viejo ya inexistente, en un primer piso de Callao y Corrientes. O la suela del zapato se entrometía entre las hojas de *El tiempo de los asesinos* de Miller doblándolas con malicia, y ella se acuclillaba para reparar la afrenta a la página 98, que relucía con una nota al margen: "Perder el tiempo hasta no encontrarlo jamás". ¿Víctor había escrito eso pensando en la frase impresa de la que parecía emerger –"Es necesario pasar a través de las llamas a fin de conocer la muerte y comprenderla"– o le estaba hablando a ella? Al dar un paso bien largo sobre una aldea de volúmenes con techos a dos tapas, lo vio saltar de un estante a otro y se fue con él a recorrer el planisferio mudo de todos los libros. El departamento unía la cordillera de los Andes y los montes Urales, la Muralla china y el desierto abierto en todas partes.

Estaban juntos, sí, cargando la desolación. ¿Cuánto tiempo le demandaría terminar el libro? Apartó la pregunta pensando en la nota de la página 98. Debía terminar el libro por él y por ella, porque Víctor había muerto y el mapa del dolor era infinito.

Ya no podía hablar con Víctor pero podía leerlo. No debía desviar la atención teniendo tanto para compartir. Así y todo en ocasiones se encontraba hojeando un libro revisado días atrás, o esa misma mañana, difícil saberlo. Las luces del

departamento siempre estaban encendidas; los días en verano son largos y las noches cortas. El único tiempo fijo esperaba en el almanaque de la cocina. Marcó una fecha tentativa para la finalización del libro, consciente de que elegía adrede un término de nueve meses. Las fichas ocupaban la mitad de una caja de zapatos y tenía ocho cuadernos que se le figuraban una primera versión tentativa.

Los ojos muy cansados. Parpadeó unas veces ante el libro abierto en sus manos. Tanteó fichas y biromes que habían quedado sobre la mesa-bandeja. Garabateó una anotación. Se encontró escribiendo un signo de exclamación al margen de la ficha, igual a los que Víctor desperdigaba en los bordes de las páginas impresas prescindiendo de comentarios. Una lágrima cayó sobre la tarjeta, la limpió con el canto de la mano. Enseguida otra, y repitió lo mismo perpleja al notar que no era ella quien lloraba. Por miedo a romper el encanto, no atinó a moverse, mantuvo bien firmes los ojos tratando de descifrar esa señal de Víctor. Otras gotas se hicieron oír de inmediato, no sobre las fichas, a sus espaldas. Al darse vuelta vio varios hilos de agua golpeando contra las montañas de libros. Corrió a ponerlos a salvo. En el camino pisó algunos charcos que se habían formado. El cielorraso estaba desprendiéndose.

“Una exageración. No niego lo de las goteras, aunque de ahí a que el techo estuviera por desplomarse realmente no lo creo. Cada uno tiene su verdad, y la mía es otra, no viene a cuento desmenuzarla cuando por suerte todo está solucionado. Esos libros desparramados por el piso no cayeron de la biblioteca a causa de las goteras, no hay dudas, ni las gotas formaron los charcos que, cabe decir en honor a la verdad, pasaron del departamento de la señora de Riera al piso de abajo. Pienso que habrá entrado el agua de la tormenta y que la señora, con quien nunca habíamos tenido ningún inconveniente, no se dio cuenta y el agua se fue juntando. Mi explicación es esa: que la mayor cantidad de agua entró por el balcón durante los días de lluvia. Lo que no quiere decir que eluda la responsabilidad de haber cedido al

capricho de mis hijos de poner esa piletita para que se refrescaran un poco. No creo que haya sido un acto irresponsable ni vergonzoso, como dijeron los de la administración del edificio. La piletita estuvo unos pocos días, cuatro o cinco, no recuerdo; un poco más quizá porque con los cortes de luz decidimos que era mejor usar el agua que había allí en lugar de vaciarla. Lo que más me apenó de este percance fue la desazón en la que estaba la señora de Riera. Nosotros nos enteramos en medio del problema de que su esposo había fallecido. Martín, mi marido, tenía trato con él. Varias veces le había arreglado la computadora. En diciembre y enero, sin saber todavía que el esposo de la señora había muerto, Martín estuvo llamándolo para entregarle un arreglo y nadie contestaba en el departamento" (Irene, vecina, 27 años).

Con rapidez Lidia formó nuevas pilas. Las montañas concentradas en el living se convirtieron en tambaleantes columnas tronchadas en la cocina y el baño. Había poco espacio seco para tanto. Los volúmenes mojados, lo primero que rescató, se extendían abiertos sobre la mesa de la cocina y la cama, como si se tratara de personajes en tránsito de un lector omnisciente.

En una bolsa de nylon colocó los materiales con los que estaba trabajando y la cargó consigo durante la tarea. En otra guardó el resto de los cuadernos y la caja con las fichas; pero a esa la dejó en alto desde el principio, sobre la heladera. Entre todos, el libro de Víctor fue su prioridad ante la posible inundación: estaba más desprotegido por la sencilla razón de que aún no había terminado de ser.

Suponía estar ante la inminencia de un derrumbe o el diluvio final, era lo mismo. Quizá se descalzó para afirmar mejor las pisadas entre papeles y adornos caídos, ella no lo recordaría. Tampoco puso atención en las veces que tropezó con el cable del teléfono. ¿Diez? ¿Cien? Hacía a un lado el aparato y continuaba la tarea, agachándose a rescatar un Libertella, un Arreola, un Levrero, rezagados de la manada, o algún otro que mostraba su portada luego de tantos años de apretujamiento en los estantes, solitario y escondido debajo del sillón, tapa blanca de edición añeja de Losada, como ese

ejemplar de *La náusea*, o aquel Dumas impreso a dos columnas con cubierta tan blanda que se enrulaba apenas quedaba solo y que aplacó debajo de *Terra Nostra*. Logró poner a salvo una edición de *Los ríos profundos* ante la amenaza de un charco insolente. Pero el tiempo escaseaba para detenerse en consideraciones, debía apartarlos cuanto antes de las zonas más riesgosas.

Insuficientes las ollas bajo las goteras. El hilo de agua trazaba líneas de lado a lado del cielorraso. Como si escribiera, pensó, quiso pensar, o estuvo a punto de pensar. Toallas desplegadas sobre el agua. Enrolladas para que fuesen barreras de contención delante de las partes secas. Después se tomó un respiro. Relajó la cintura y descargó la tensión de las manos entumecidas. Un suspiro extenso. Algo de sí se le volvió ajeno. Tenía plena conciencia de que estaba allí, y a la vez se sentía muy lejos. Dual y ambivalente como el suspiro. Libros y materiales a salvo, solo faltaba lo único que debía estar presente. Se acercó desarmada al teléfono, dispuesta a marcar un número. Elena atendió del otro lado de la línea.

¿Podía decir que se sentía bien? ¿Que nada grave había sucedido? Tenía poco para explicar y era demasiado.

Que vengan a buscarla, no podía quedarse en el departamento, estaba derrumbándose, o el techo iba a caerse, sí, a nadie más que a ellos tenía para pedir ayuda. Intentó explicar los detalles; no, solo el techo del departamento, caía agua, estaba por desplomarse.

Prometió quedarse tranquila mientras los esperaba. Elena le dijo que Joaquín estaba trabajando en una obra en Barracas y que ella tampoco podía ir porque tenía clientes jugando en las canchas. ¿Podía esperar un rato? Sí. Lidia miró el reloj: las cinco. Llegaron a buscarla a las siete y media; en el ínterin se mantuvieron comunicadas. Recobró la calma durante la espera. Se plantó ante el espejo del baño para pintarse los labios, no quería verse ridícula delante de Joaquín, Elena y los chicos. Hizo cuentas. ¿Podía ser que Joaquín hijo tuviera más de treinta años? ¿Entonces Miranda debía estar por cumplirlos? ¿Y la más chica? Pensó, y no quiso pensarlo, cómo habrían sido las cosas si Miranda se hubiera ido a vivir con ellos al morir el padre; quizás ella ahora no estaría sola en medio de tanto desastre. O sí, pensó,

y quiso pensarlo, mientras se retocaba el rouge de los labios, haciendo muecas ante el espejo.

II

Aquí, allí, en todas partes

4

Dos clientes estaban terminando un partido y otros dos esperaban su turno detrás del blíndex, con las raquetas en la mano. La cancha número 1 estaba fuera de uso desde hacía varios años. El parqué se había levantado alrededor de la T y la pared frontal tenía tantos pozos que los rebotes se volvían impredecibles. Había sido la mejor de las dos canchas, la principal; en la parte superior del muro lateral había una abertura preparada para sala de transmisión, utilizada solo una vez, en diciembre de 1982, cuando ATC transmitió flashes del partido exhibición entre Joaquín y un inglés radicado en San Pablo. El squash prometía entonces convertirse en furor en el país. Un sueño fugaz. Rara vez la televisión volvió a ocuparse de ese deporte en un canal abierto. De todos modos las canchas de Squash Argentino Riera aparecieron tres veces en la pantalla más de una década después y en horario central, como escenografías de cámaras ocultas en un programa humorístico. Y podrían haber aparecido más, diez grabaciones estipulaba el contrato que Joaquín rescindió hastiado de reclamar el primer pago. Aun así esas tres incursiones en tevé bastaron para atraer a un buen puñado de interesados en tomar clases. Joaquín se había retirado en el 87, a los 36 años, por una lesión en la rodilla derecha, pero continuó dando clases hasta mediados de los noventa. Después no volvió a pisar una cancha de squash, se asomaba a las suyas desde la cabina de transmisión convertida ahora en el vestidor del cuarto matrimonial, y jugaba al tenis una vez a la semana.

El proyecto de Squash Argentino Riera había quedado a mitad de camino, apenas estaba terminada el área donde se movían los clientes. El revestimiento en madera oscura de la sala y el bar que antecedía a las canchas dejaba intuir un

toque inglés lanzado ya a la suerte de la indiferencia. Y de esa manera funcionaba el club, sin interrupción desde hacía veintiocho años, integrado o confundido con la casa de la familia. Al principio fue una opción temporaria, luego la única alternativa para Joaquín y Elena y los tres hijos.

Elena atendía a los clientes sentada en unos taburetes de madera, acodada en el bar con la carpeta de horarios, la radio con auriculares y el teléfono a mano. Estaba habituada a los exabruptos de los jugadores, no a esa gritería prolongada que le impedía oír a Lidia en el teléfono.

–Pero vos, ¿estás bien? ¿Estás lastimada? ¿Te desmayaste? –Se puso a la vista de los jugadores con el aparato apretado a la mejilla–. No te oigo, Lidia. Contestame. ¿Estás bien? –La pelotita dejó de rebotar–. Lo mejor es que esperes en un lugar seco. En la cocina. Sí. No salgas al balcón. No. Esperá en la cocina. ¿Me oís bien? Ahora llamo a Joaquín que está en una obra en Barracas. Lo llamo yo, sí, y vuelvo a llamarte enseguida. Eso. Quedate tranquila. Te vamos a ir a buscar. En un rato. ¿Podés esperar? Venís a dormir a casa. Sí. El tiempo que quieras. Prometeme. Que te vas a serenar. Sí. Ningún problema. Lidia, sos muy fuerte para dejarte doblegar por esto.

Llamó a Joaquín, Joaquín a Lidia, y luego Joaquín a ella: no había riesgo de derrumbe en el edificio de Lidia. Obviaron cualquier referencia al pasado.

Los clientes se habían quedado quietos delante de la pared con el fotario que separaba las dos canchas. Una doble página de *El Gráfico* para el campeón sudamericano; una entrevista en *Gente* titulada “El Señor Squash es argentino”; fotos de entregas de premios y de reuniones entre deportistas.

–Un susto nada más, no interrumpan el juego. –Sin embargo, los clientes se demoraron en las imágenes que ya conocían. Una foto con el hijo a los pocos años corriendo detrás de una pelotita; otra con Elena sosteniendo en brazos a Vicky y con Miranda en primer plano, viéndolo jugar en el campeonato nacional.

Elena se preocupaba por mantener la clientela, conocía el nivel de juego de cada uno y los ponía en contacto si alguno se quedaba sin compañero. Y era muy hábil para resguardar el orden de las cosas. No permitía que nadie de la familia se

desplomara en los sillones, enfrentados al bar y detrás de la mesa redonda de uso diario; mucho menos que osaran encender la televisión. Solo es el living de la casa si no hay clientes, repetía.

Joaquín pasó a cambiarse de camisa antes de ir en busca de su cuñada.

–¿A vos te dijo cuánto piensa quedarse? No sé por qué quiere venir si para ella y mi hermano no existimos desde hace años. Deberíamos averiguar más antes de ir a buscarla.

–Está sola, dolida, y tiene un inconveniente en el departamento. ¿A quién más va a recurrir? –La camisa de Víctor estaba mal abotonada. Elena se la arregló mientras conversaban.

–¿Me acompañás?

–No puedo, tengo gente anotada en la carpeta. Te acompaña Joaco. Ya le pregunté. Se está duchando.

Cuando Joaco salió del baño encendió el televisor y Elena lo apagó sin explicaciones. El hijo se levantó del sillón para perderse detrás de la barra, donde la estantería separaba el bar y la cocina de la casa. La madre sabía lo que rumiaba: nadie de 32 años debería regresar a vivir con sus padres.

–Me parece que tendrías que llamarla otra vez y averiguar. ¿Por qué así, de repente, se acuerda de nosotros?

–Porque nosotros dimos el primer paso cuando fuimos a ver a Víctor al hospital. Es ridículo que estemos hablando de esto.

–¿Te parece? ¿Y por qué no viene sola en vez de que tengamos que ir a buscarla?

Lidia esperaba en el hall del edificio. Apenas vio que estacionaban el auto impostó una sonrisa. Un bolso de mano y dos valijas repletas de libros que padre e hijo cargaron juntos en el baúl del Gol. Explicó que Víctor había dejado el manuscrito de un libro y que estaba incorporándole correcciones y notas del borrador. No preguntaron más. Un pañuelo le cubría la cabeza. Se había maquillado para arreglarse un poco. Confiaba en haber sorteado otra prueba decisiva y abrazaba al sobrino con la devoción de una tía sin hijos de regreso de un largo viaje.

Joaquín le pidió las llaves del departamento para subir a verlo y conversar con el portero. No hace falta que me acompañes, dijo. Lo lógico habría sido que ella mostrara cierta reticencia y no lo hizo, se conformaba con saberse sobreviviente del diluvio, dispuesta a afrontar el próximo obstáculo. A último momento había cargado en la valija una edición de *Último round* y otra de *Cuerpo a cuerpo*, llenas de anotaciones de Víctor. Joaquín regresó pronto. Se acercó al Gol mientras terminaba la conversación telefónica con el administrador del edificio. Fijaba una reunión para el día siguiente. Luego guardó el celular en un estuche adosado al cinturón de sus pantalones, junto a otro, de cuero rígido, donde llevaba lápices y una cinta métrica. Lidia captaba cada detalle. Joaquín no había perdido la forma. Lo oyó contar del arreglo con el administrador. Sí, el consorcio cubriría los gastos.

–Quiere decir que vos vas a encargarte de la reparación. –Era una constatación de Joaco, no una pregunta. No congeniaban, ni siquiera ahora que el hijo era un adulto viviendo una temporada con ellos y el padre concedía de vez en cuando llamarlo Joaco, como todo el mundo.

El Gol giró para tomar la Avenida Juan B. Justo rumbo a Floresta. Una moto ruidosa los pasó por el flanco derecho. Tan cerca que Joaquín tuvo que hacer una maniobra brusca. Un fulgor eléctrico congeló la conversación. Joaco se puso tieso. Lidia pensó en el accidente del sobrino; no recordaba si Elena le dijo que había sido hacía ocho o seis meses.

–Y te casás en ocho meses, ¿o me equivoco? Algo me comentó tu mamá el otro día.

–En seis, pero todavía no tenemos fecha. Y no sé si la vamos a conseguir. –Joaco se secó el sudor frío. Estaba pálido. La fecha del casamiento dependía de los contactos de los Bresanello, los padres de Eugenia, para conseguir en un mismo fin de semana de agosto la parroquia del Pilar y el Roof Garden del Hotel Alvear.

–Ponele la firma que se casan en agosto. Él es el único que tiene dudas –sentenció Joaquín mirándola por el espejo retrovisor–. Les regalaron un departamento en planta baja para reciclar, en Palermo. Decime vos si puede tener alguna duda. Es gente que maneja relaciones en todas partes. Un PH

que da al pulmón de manzana. A unas cuadras de tu casa. Por lo que sé, Joaquín se está dando maña para dejarlo en condiciones. No quiere que le dé una mano, prefiere hacerlo todo solo. Tendrá sus motivos, hay otro sabor cuando uno consigue hacer las cosas por su cuenta.

El sobrino no intervino, y ella se tragó las preguntas. Joaquín se encargaba de ocupar el vacío. Lidia ignoraba que era la primera vez que hablaba del PH delante del hijo.

El frente de la casa de los Riera estaba tal cual lo recordaba.

Veinticinco años sin pasar por esa calle. ¿Tantos? Sí: Buenos Aires era una ciudad enorme. Sí: una ciudad con distintas ciudades adentro. Floresta se veía oscura, el color del aire parecía habérsele gastado. Joaquín estacionó el auto. El frente de la casa mantenía las grandes letras en metal; no todas las palabras, únicamente *Squash* quedaba indemne. Lidia le pidió al sobrino que la dejara unos minutos a solas con el padre. Joaco corrió a la casa, necesitaba moverse para espantar los ahogos.

–Estoy bien, no pasó nada –dijo tragando un vaso de agua helada mientras caminaba de un lado a otro.

–Tampoco es para que me contestes así. Creía que habías discutido con tu padre. –Elena se paró delante del blíndex para darles a entender a los jugadores que era la hora. En la cocina esperaban sobre una bandeja los platos y los cubiertos para la cena. Las actividades del squash no se mezclaban con el ritmo cotidiano de la casa.

Los clientes no se demoraron en la partida, tenían abono mensual. Elena dejó la puerta de calle abierta para ventilar el ambiente.

–Se deben haber quedado conversando –murmuró asomada a la vereda. Al volver la mirada hacia adentro, Joaco ya no estaba a su alrededor:– ¿Vas a comer con nosotros o salís?

Comieron los cuatro solos.

Vicky había avisado que no vendría a dormir y Miranda era impredecible.

–Puede ser que venga tarde. Igual le avisé que ibas a quedarte en el cuarto para que no haga ruido al entrar. Son

adultos, hacen su vida.

Apenas terminaron de comer, Joaco salió a encontrarse con Eugenia. Lidia aprovechó para indagar sobre el accidente. Eugenia se había salvado de milagro, llegaron a creer que no volvería a caminar; Joaco se había fracturado el codo derecho y la pierna izquierda. Una asimetría inexplicable, dijo Elena. De los ahogos que quedaron como secuelas, ni una palabra.

Lidia quiso darse una ducha antes de acostarse. La cuñada le ofreció el baño de su cuarto, el único que había en la casa, el otro estaba en el vestuario.

–El corazón es grande y la casa quedó sin terminar.

Se decidió por las duchas del vestuario. Un espacio solo para hombres que los clientes apenas si utilizaban para cambiarse de ropa. La mayoría llegaba listo para jugar y se iba sin tomar siquiera una botella de agua o un Gatorade de los que Elena tenía dispuestos en la heladera.

De un lado del vestuario había una puerta que conducía a la cocina, del otro las entradas a los dos cuartos, el compartido por Vicky y Miranda, y el de Joaco. Según los planos toda esa superficie debía ser el vestuario de mujeres. Figuraba también un living amplio y un segundo dormitorio en la segunda planta, destinado al encargado del club y a los deportistas visitantes. Detrás de los vestuarios el proyecto original indicaba un gimnasio. Squash Argentino Riera había sido edificado sobre la casa demolida donde crecieron Lucas, Víctor y Joaquín, en la calle Segurola entre Juan B. Justo y Gaona. Nunca se pensó como vivienda para ninguno de los tres hermanos, el cambio fue consecuencia del juicio contra la empresa constructora de Lucas en el que se perdió el resto de las propiedades.

Estirándose para alcanzar el ventiluz del vestuario, Lidia miró hacia el jardín, un fondo descuidado donde alguna vez había estado el cuarto de soltero de Víctor. En lugar de un gimnasio con máquinas de entrenamiento persistían muros tronchados, envueltos de yuyos y musgo.

Sobre la camilla de masajes desplegó la ropa que sacaba del bolso. Pósteres enmarcados con dos jugadores pakistaníes –luego se enteraría de que ambos se llamaban Khan pero que no eran parientes–, calcomanías en los azulejos que publicitaban perfumes y desodorantes de marcas que ya no

existían. Se paró frente a un mingitorio imitando la pose masculina. Trataba de moverse en el vestuario como si fuera él. ¿Habrías venido acá, como hice yo?, susurró dejando correr el agua de la ducha. ¿Qué harías en este instante? Masticó el agua que le golpeaba en la cara.

"Con mis hermanos llamamos a mi casa Palacio Riera, o El Palacio de los Riera. No sé a quién se le ocurrió, supongo que a Miranda, que inventa nombres para todo. Fue ella la que empezó a llamar Joaco a Joaco, y a mí, Vicky. Nunca me sentí Virginia sino Vicky. Era irónico lo de 'Palacio Riera', pero no recuerdo que alguna vez lo hayamos pronunciado con una sonrisa. Estábamos acostumbrados a que la casa fuera así. Sabíamos que si no se hacían ciertos arreglos, más teniendo en cuenta el trabajo de mi viejo, no era solo por falta de plata. Había una cuestión legal, la casa era parte de la herencia de mi tío Víctor. Del asunto no se hablaba, pero no era tabú ni nada parecido. Me acuerdo de mi papá mostrándome el nombre de Víctor en *La Nación,* donde lo mencionaban por un libro. Estaban disgustados de por vida más que peleados por el Palacio Riera. A pesar de que tuvimos temporadas mejores y peores, nunca hubo escasez en mi casa. Escasez, no. Cuando cumplí once años mis viejos nos llevaron a Disneylandia, a Miranda y a mí. Decían que era la última oportunidad que tendríamos para ir las dos juntas. Miranda había cumplido catorce y andaba todo el día con su discman. Viajó como rehén, todo el tiempo se ocupó de recordárselo. Joaco quedó liberado del viaje. Yo me había comprado un álbum donde pegaba las fotos con los autógrafos de los personajes de Disney. Miranda sacaba fotos con una polaroid a la gente de mantenimiento de los parques y les pedía a ellos los autógrafos" (Vicky, 26 años).

Joaco encendió la lámpara colocándole una improvisada pantalla de papel. La acomodó sobre los cajones que utilizaban de mesa. Enseguida la cambió de lugar; no terminaba de convencerlo. A pesar del trabajo de refacción, el PH estaba bastante limpio y ordenado, aunque todavía no podían usar el baño. Tres ambientes en planta baja, con un patio y algo de césped. La luna entraba de lleno esa noche por

el ventanal. Garabateó el alero que acompañaría al deck, un recurso para ganar mayor amplitud en el ambiente. Sostuvo el dibujo con el brazo estirado. El boceto lo conformó. Dejó el papel junto a los otros que iba a mostrarle a Eugenia en cuanto llegara. Diseños de muebles confeccionados con objetos comprados de segunda mano, la remodelación completa de la cocina –algunas cosas quedarían para una próxima etapa–, una biblioteca construida en bloques con cajones de sifones viejos que, mientras tanto, hacían de mesa ratona. Aprendía sobre la marcha lo necesario para la remodelación buscando en internet y consultándole a Adriano, un ferretero que tenía un buen surtido de materiales para los arreglos de la casa. Siempre le habían dicho que le sobraba imaginación, así que no hacía más que poner en práctica lo oído tantas veces. No era hábil con las manos, imaginaba bien las formas. Una destreza que le servía para los trabajos *freelance* en publicidad. Sí, Joaco había estudiado lo que no quería, Relaciones Internacionales, y trabajaba de lo que no había estudiado. En la agencia le tenían bastante paciencia, cada vez le costaba más cumplir en término con las entregas. El accidente no era la causa del desgano, lo había enfrentado a sus definitivas imposibilidades, y quizás a sus posibilidades postergadas.

Sabía eso, podría jurar que lo sabía, más cuando estaba en esa casa. Eugenia había tenido seis operaciones y una lenta rehabilitación para la pierna derecha, que acaso jamás se repusiera por completo. Habían elegido juntos el PH sin pensar que terminaría siendo el regalo de los Bresanello. La condición que pusieron fue que no lo habitaran antes del casamiento, cosa que tomó de sorpresa a Joaco obligándolo a regresar al Palacio Riera cuando terminó el contrato de alquiler de su departamento. Ni una herramienta le pidió al padre. Contrataba gente para las tareas específicas. Trabajaba a la par de ellos y aprendía. El PH era un desastre cuando lo visitaron la primera vez. Seguramente fue eso lo que motivó la condición de los Bresanello, pensar en la protección de su única hija. De todos modos Eugenia aceptó desde el principio que esa sería su casa, confiaba en Joaco.

–Si mi hermano dice que puede hacerlo, es así –fue lo que Vicky le aseguró apenas supo cómo iban a refaccionarlo. Se

habían conocido durante la internación de Eugenia, luego siguieron viéndose. Vicky la acompañaba a las sesiones de rehabilitación, y en el último tiempo a visitar modistas. Eugenia se había empeñado en llegar perfecta a la fiesta de casamiento. Joaco y el tiempo libre era todo lo que tenían en común. Eugenia había perdido el año de la carrera de Psicología que estudiaba en la UB. Vicky aún dudaba qué hacer con su vida, y le resultaba imposible imaginar que pudieran aceptarla en algún trabajo.

Habían pasado juntas toda la tarde. Eugenia había encontrado el modelo del vestido que quería. Pero no era esa la noticia que llevaba para celebrar con la botella de Don Perignon. Quería que festejaran que habían conseguido la fecha para la parroquia del Pilar y el Hotel Alvear. Le costaba creer que Vicky no se hubiera anticipado. Fue lo que dijo, aunque pensaba otra cosa: que Joaco parecía indiferente ante la noticia.

Abrieron la botella y brindaron. Antes de mostrarle los dibujos, Joaco fue a la cocina y con disimulo vació el resto de su copa; hacía un rato había tomado una pastilla por los ahogos. Recreó con ademanes lo contenido en los bocetos. Quería que se figurara cómo lucirían los bloques de la biblioteca pintados de colores. Ella insistía en que fueran blancos para disimular mejor que se trataba de cajones.

–Pero es lo que son y es evidente, tienen estas hendiduras típicas, ¿ves? –y levantó el mantel para mostrárselas, muy cerca de la pierna derecha de Eugenia; el vuelo del vestido no cubría ahora la cicatriz, una línea cruda desde la cadera a la rodilla, la vía de un tren que los conducía puntual al mismo destino. Ella no atinó a taparse; estaba feliz y pedía más champagne, sin importarle si él tomaba, olvidada de su renguera, imperceptible cuando se recostaba, el dolor solo le molestaba arriba, en ciertos movimientos.

–Quiero que sepas, Lidia, que a mí me incomoda que Joaquín se encargue de arreglar tu departamento. No por negarte la ayuda, todo lo contrario. No me gustaría que pienses que buscamos sacar alguna ventaja de la situación. Quiero dejarlo claro para evitar confusiones. Esta casa también es tuya, siempre lo fue. Podés quedarte el tiempo que

necesites.

El pelo mojado y peinado hacia atrás no favorecía el aspecto de Lidia. Minutos antes se había repetido ante el espejo del vestuario que no tenía nada que impostar. Joaquín y Elena la habían esperado con el té servido, listos para la conversación.

–A mí me da confianza que Joaquín se encargue del trabajo. Sé que va a hacer lo imposible para ser cuidadoso y eso me tranquiliza.

–Y yo te lo agradezco, Lidia. Pero Elena porfía…

–A Víctor le habría gustado que vos te encargaras de hacerlo –insistió sin escucharlo.

–Es una reparación simple. Para que te quedes tranquila, vuelvo a decirte que no hay compromiso estructural. Hay que arreglar y pintar el departamento, y el de abajo del tuyo porque también ahí pasó el agua. Primero que todo hay que esperar a que se seque y recién después empezar a trabajar.

–Ese es otro tema, Joaquín –intercedió Elena–, lo que digo tiene que ver con esta casa. Nunca nos dimos la oportunidad de conversar.

–Si no tienen inconvenientes, a mí me gustaría quedarme hasta que mi departamento esté en condiciones habitables. No sé cuánto llevará eso.

–Veinte días. Un poco más tal vez, ya te dije.

–Digamos veinticinco días. ¿Estás de acuerdo, Elena? Realmente no tengo otro lugar adonde ir. Creo que estuve a punto de enloquecer cuando vi el agua cayendo… No me va a alcanzar el tiempo de mi vida para pedirte perdón por ese llamado desesperado, y por las molestias que les estoy ocasionando.

–Esta es tu familia, no tenés nada de qué disculparte. Somos tu familia y nos sentimos dichosos de que estés con nosotros. De la cuestión de los papeles de esta casa, si te parece, hablamos en otro momento. Cuando vos lo decidas. Tal vez hoy no sea el día oportuno. Simplemente quería que conozcas mi opinión. Que tengamos las cosas claras. En cuanto a lo demás, nos iremos arreglando.

5

Pasó la noche desvelada. Nunca había dormido sola fuera del departamento. Imaginó que estaba de viaje, de camino a reunirse con Víctor en alguna de aquellas universidades a las que jamás había sido invitado. El fantaseo tenía visos de verosimilitud, eso la reconfortaba. La importancia del libro se amoldaba bien a las escenas, aun cuando no fuera un libro para las capillas, o quizás porque era un poema confabulándose contra las miserias de homenajes que no importaban un bledo.

Al oír el taconeo sigiloso de Miranda apretó los ojos. La oyó pasar al baño del vestuario y salir, ya descalza, para entrar al cuarto. Entrecerró los párpados para espiarla después de tantos años. De haber crecido a su lado, pensó, ninguna de las dos estaría allí. No fue el pudor lo que la retuvo en la cama: Miranda ni siquiera había intentado comunicarse con ella luego de la muerte de Víctor. Ninguno de los sobrinos atinó a llamarla; sin embargo algo en su interior la convencía de que estaba allí para encontrarse con esos hijos que no tuvo. Quién sabe si no había planeado estar con ellos desde mucho antes y que lo del techo fuera una excusa disfrazada de catástrofe. Esa palabra, *catástrofe*, insistente en los escritos de Víctor de los últimos años, aún no había aparecido en sus notas. Lo del techo y los sobrinos podría aplicarse también al libro: ¿estaba segura de que no había querido hacerlo desde antes de los llamados de Bernal Carranza? Tal vez ese escrito estuviera lleno de *catástrofes* y Víctor quiso ahorrarle el mal trago. De nada servía detenerse en enredos, la muerte era estar quieta y ella estaba viva, y Víctor también mientras mantuviera sus palabras en movimiento de un libro a otro. Se dijo que era el mismo principio que impulsaba a Miranda, que después de trabajar

para una empresa consultora en distintas ciudades del continente durante tres años había vuelto a Buenos Aires a compartir con su hermano los meses previos al casamiento. La última oportunidad de convivir bajo un mismo techo. Elena se lo había contado. El accidente de Joaco había sido en mayo, y Miranda, que ahora se desvestía pensando en quién sabe qué, regresó a Buenos Aires recién en diciembre, unos días antes de Navidad. Es decir: tampoco habría podido estar en el velorio de Víctor; pero sí, llamarla.

Con excesiva prolijidad dobló los pantalones y la blusa. Apoyó en el suelo las sandalias, taco chino alto en corcho, con las puntas en una misma dirección. Hábitos apañados en prolongadas convivencias con extraños adonde la enviaba Southern World Consulting: Panamá, El Salvador, Lima, Quito, Santiago, Guatemala, Bogotá, México DF. Cotidianidades de tres o cuatro meses en departamentos compartidos con colombianos, chilenos, peruanos, bolivianos, uruguayos, a quienes acaso no volvería a encontrar en los nuevos destinos adonde la condujera la empresa.

Una vez puesto el camisón, Miranda se quitó el corpiño tirando desde una de las mangas.

–¿Estás dormida, tía? –Se acercó un paso a susurrarlo y, al no recibir respuesta, se metió en la cama.

–Más o menos. Te observaba. –Enmudeció por la congoja. Miranda encendió la luz y se largó a abrazarla. Ella se tragó las lágrimas, la sobrina parecía conmovida por las dos –así lo creyó–, o por los tres, y tal vez también por Lucas.

Expansiva y rebelde, así era el recuerdo que tenía de Miranda y que descubría trasladado a esa mujer segura de sí misma. Le recordó a una actriz, luego a otra por la manera de gesticular; a muchas en realidad, de todas tenía algo sin que ninguna se animara a parecérsele. Debía ser eso lo que sentían las madres con sus hijos. Lo pensó, sí, pero al día siguiente, mientras acomodaba los libros y las fichas para retomar el trabajo, no esa noche en que Miranda contaba de su vida y ella no quería perderse nada. Después de graduarse en Administración de Empresas, había realizado distintos posgrados en Finanzas que le permitieron ingresar a Southern World Consulting. Su trabajo era asesorar a empresas de Hispanoamérica en la implementación de las nuevas Normas

Internacionales de Información Financiera (NIIF). La globalización exigía que las empresas cotizantes en bolsa tuvieran un único lenguaje establecido para la confección de sus balances.

–Es como el esperanto del mundo de las finanzas, tía. Esa es mi especialidad. Voy por los países enseñando a hablar el esperanto financiero. Las empresas nos contratan y vamos con un equipo. Hay economistas, politólogos, especialistas en marketing, sociólogos. A veces nos quedamos dos meses, otras cuatro, según cómo sea la empresa.

Una experiencia tan fascinante como agotadora. El promedio de edad en los equipos rondaba los veintisiete, pasado este tiempo se hacía difícil mantener el ritmo, dijo, de una vida en tránsito permanente. Miranda iba a cumplir veintinueve años y llevaba algo más de tres en esa rutina. Era inusual que Southern World Consulting designara a uno de sus especialistas para un asesoramiento en su propio país. Sí. Habían hecho una excepción con ella.

–Imagino que tuvieron en cuenta la situación de Joaco.

A Lidia le habría gustado que dijera más: por la situación de Joaco y por la muerte de Víctor. ¿La *situación* era el casamiento o el accidente? Lo evidente era que a Miranda, ni aun teniéndola enfrente, se le ocurría pensar en Víctor, solo en el hastío de continuar, como dijo, una vida de gitana virtual. Quería renunciar y probar suerte en Buenos Aires, una vez que terminara el trabajo en curso.

–Dejar de vivir como espía. Porque esa es la sensación, tía. Abrís la computadora y te encontrás con las órdenes y el domicilio de tu casa temporaria. Es como estar metida adentro de *Misión imposible*.

La comparación peliculera la enterneció. Aunque no las convocaba el mismo recuerdo: Miranda pensó en la película y ella en la serie de televisión que veía muchísimo antes de que naciera la sobrina, en un mundo tan en blanco y negro en el que ni siquiera había conocido a Víctor.

Dos camas en el cuarto. No había lugar para más, los días en que Vicky viniera a dormir colocarían un colchón en el piso. La fastidiaba ocasionar tantas molestias.

Munida de una mesa plegable que encontró en el fondo se instaló a trabajar en la cancha de squash en desuso. Joaco colocó algunos afiches en el blíndex, a pedido de la madre a quien poco le importaba la privacidad de su cuñada. Afiches de lugares turísticos del país, desde las cataratas del Iguazú hasta el glaciar Perito Moreno, la quebrada de Humahuaca y una pareja de bailarines de tango con fondo de obelisco.

–Para poner esto era preferible pegar papel de diario.

–Hay que pedirle a Joaco que exprima un poquito su creatividad, no se le va a gastar –dijo al rato Vicky sin haber oído a Miranda.

Elena lo disculpaba. Lidia asentía. Le costaba concentrarse en el nuevo espacio. Paladeaba aún el encuentro con Miranda de la noche anterior, que valoró aún más cuando la sobrina golpeó el blíndex.

–Ayer no te dije cuánto me dolió lo del tío Víctor. Tendría que haberte llamado. Fue un descuido imperdonable. Yo lo quería mucho al tío, es una figura valiosa en mi vida.

La satisfacción le recorrió el cuerpo con más fuerza que la sangre. Pensó que debían sentirse así las madres con las primeras palabras de sus hijos, y enseguida se lo borró de la mente: ningún derecho tenía a equipararse con una madre, no había peleado por Miranda del modo en que debió hacerlo, aun cuando fuese contra Víctor.

–Tu tío te adoraba. Por él te llamás Miranda. Nosotros hubiéramos querido que fueras nuestra hija después de que tu papá falleció. Pero ya ves, las cosas no siempre salen como uno quiere. Y no supimos acortar la distancia que creció más y más. Fue mi culpa. Eso es lo único que no admite justificación.

La segunda noche Miranda durmió en el suelo y Vicky en una cama. Lidia quería escuchar a Vicky, pero la sobrina disfrutaba más oyendo a su hermana hilvanar barbaridades. Era como participar de una escena de *Mujercitas*, la película nueva, la de la actriz que por momentos se parecía a Miranda.

–Vicky es la mejor de nosotros tres, por una razón fundamental: Joaco calcula todo pero no tolera ser así ni le saca provecho. Yo razono y calculo cada cosa en mi propio beneficio. Y Vicky anda por la vida a flor de piel y por eso se jode.

–Es una simplificación, tía, no le hagas caso. Eso fue lo que yo le dije una vez que nos pelamos. –Y Miranda enseguida se abalanzó con ternura sobre Vicky.

Había demasiada teatralidad en los encuentros de sus sobrinos. Mejor, de realidad perfeccionada. Se comportaban como adolescentes en el Palacio Riera, afuera vivían lo que les tocaba en suerte.

La cancha de squash fue el dormitorio de Lidia a partir de la tercera noche.

–Prometo levantarme temprano para no andar pavoneándome delante de los clientes –le aseguró a Elena mientras trasladaban una cama.

Los afiches de la Secretaría de Turismo, remanentes de un curso que Vicky dejó inconcluso, expandieron nuevos rincones de las maravillas argentinas en la completa superficie del blíndex. Panorámicas de Mar del Plata, iglesias de Córdoba, las Misiones Jesuíticas. Joaquín hizo una extensión eléctrica para que Lidia conectara un velador sobre la mesa plegable.

Eugenia tampoco sabía de sus caminatas.

Largarse a caminar le hacía bien. Un impulso incontenible que a veces satisfacía en diez minutos y otras en horas. No era por eso, sin embargo, que Joaco recorría más de veinte cuadras para llegar a la ferretería de Adriano en Colegiales. Le interesaban sus consejos, la paciencia para explicarle cómo usar una herramienta o el modo de resolver un problema que se le presentaba en el PH. Por todo eso, sí, pero también quería saber más de ese hombre.

A mitad de camino se dio cuenta de que había olvidado el boceto de la instalación eléctrica, llevaba solo las alternativas para el alero y el deck. Necesitaba la recomendación de un herrero para el alero y de un carpintero para el deck; esta vez no le compraría nada. Dos días atrás habían bromeado sobre la capacidad de Adriano para tejer relaciones entre la gente. Siempre tenía “un conocido de un conocido” con quien contactarlo. Era una red social viviente, como le dijo Joaco antes de exponerle una teoría que Eugenia había estudiado en la facultad.

Suponiendo que cada individuo mantenía un trato más o

menos directo con unas 100 personas, si cada una de ellas ofreciera sus propios 100 contactos, los contactos del primero ascenderían a 10.000; y si estas hicieran lo mismo la cantidad aumentaría a 1.000.000, y en un cuarto nivel serían ya 100.000.000. De continuar la progresión en un sexto nivel la suma abarcaría más que la población mundial, seis mil novecientos millones de personas, y todas conectadas con el primer individuo. Adriano parecía el modelo más perfecto de esa red. No era broma.

Un salpicado de cuentas bastó para que Adriano demoliera, en el mismo anotador de sus explicaciones, la Teoría de los Seis Grados de Separación. ¿Cuántos eran, realmente, los individuos que no se repetían en la progresión? ¿Qué tan alejados del propio medio social se encontraban las cien personas de cada uno? ¿Sabías que hay quienes dicen que en el mundo vive hoy el 10% de la población de toda la historia de la humanidad? Tonterías. ¿Cómo pueden saberlo? Bla, bla, blá.

–Las coincidencias son más interesantes que esas abstracciones. Los puntos de contacto entre multitudes, no las multitudes en sí. Las probabilidades. ¿Cuánta gente creés que hay en este preciso momento en la cuadra? De una esquina a la otra. ¿Cincuenta? Mucho, ¿no? Supongamos un poco menos de la mitad. Veintitrés personas están caminando por esta vereda. Ahora mismo. ¿Qué probabilidades hay de que entre esas veintitrés personas coincidan dos en su fecha de cumpleaños? Arriesgá un porcentaje. ¿Un diez por ciento? Error. La teoría asegura que hay un 50% de probabilidades de coincidencias. No es ciencia ficción, es matemática pura. Pascal, siglo XVII. Las probabilidades dicen más y mejor que los números en el aire.

Casos concretos. Realidades.

Aprovechar la borra del café para tirarla en las cañerías de la pileta de la cocina: el resto de café funciona como un abrasivo dentro de las cañerías, no las tapa.

Adriano sorprendía a todos con sus consejos. Les descubría la verdadera razón de su problema, que la mayoría de las veces poco se relacionaba con la que habían considerado. Sí: las cucarachas sobrevivirían a una hecatombe nuclear, sin embargo no resisten al ácido bórico que se compra en

cualquier farmacia. Una rodaja de pepino espolvoreada con ácido bórico resulta lo más efectivo para colocar en una alacena y ahuyentarlas.

El negocio siempre tenía gente; los clientes volvían y no se iban con las manos vacías. Podían ir en busca de un veneno y terminaban por llevarse un tender desarmable, un juego de destornilladores chinos, las claves para reparar un control remoto o limpiar el aire acondicionado y evitar las estafas de los técnicos. Joaco formaba parte de esa clientela, no era una excepción. Adriano se había comprometido a conseguirle los datos de un plomero. Al verlo entrar al negocio interrumpió la charla con un cliente para pasarle la tarjeta.

–Recordale que vas de parte mía –dijo, y continuó el intercambio de penurias sobre un perro enfermo–: Se nos partía el alma cuando lo dejábamos durmiendo en el balcón. Se arrollaba en un rincón, como muerto. Adentro del departamento revivió. Eso sí, caga en todas partes. Es incontinente por la enfermedad. El veterinario nos dijo que tiene metástasis en distintos órganos y no se puede hacer nada.

En el quiosco de la esquina, a unos metros de la ferretería, Joaco echó un vistazo a la primera plana de *Clarín*. La noticia de Pablo Munro aparecía en un recuadro de la tapa, a un costado; adelantaba la nota destacada de la sección de cultura. Compró un ejemplar.

El parqué crujía en la oscuridad. Como si se estuviera partiendo. Como si buscara acomodarse. El crujido se oía cerca de la cama, dando saltitos. Esa primera noche en la cancha 1 Lidia se aguantó las ganas de ir al baño para no hacer ruido, a la siguiente tenía tan ensayado el trayecto que llegó al vestuario en penumbras. Después perdió los reparos con el velador; la luz era muda y sus sobrinos todavía no estaban o no vendrían a dormir.

Temblaba de solo imaginar que fueran los saltitos de un ratón. Dormía con el cable del velador enlazado en la muñeca, lista por si en mitad de la noche se le ocurría tomar los libros y las fichas. Excelente decisión de Joaquín esa de hacerle una extensión eléctrica. Varias veces se encontró pensándolo; sin embargo en ningún momento se mostró

urgida por conocer si el cuñado había empezado el arreglo del departamento, si el techo y las paredes ya estaban secos, si había secado y guardado los libros humedecidos como le prometió. Estaba compenetrada con el trabajo, dedicada a tiempo completo, con la sensación de haber obtenido una beca, la que Víctor habría merecido, no una mierdita en un pueblo de mala muerte en Norteamérica.

6

Recuperar el ritmo de trabajo no fue tarea sencilla. Lidia se impuso traspasar el blíndex lo menos posible. Los golpeteos de la pelota y el barullo de los jugadores no resultaban el mayor obstáculo, lo engorroso era saber que Elena estaba sentada allí, a unos diez pasos de distancia. Escuchaba la radio con un solo auricular, atenta a si los clientes pedían una bebida, una toalla para secarse el sudor o una pelotita nueva, porque se agrietaban de tanto rebotar, igual que el parqué. Para Elena, la cuñada corregía un manuscrito de Víctor, lo que no dejaba de ser cierto y suficiente para limitar las interrupciones a preguntarle si quería comer o tomar un té. Desde luego que no se ofrecía a cocinar para ella, nada más le avisaba cuando la comida estaba lista o si ella iba a merendar. Muy perturbador, sí, retacearle la conversación viviendo de prestado en su casa. Y no colaborar en nada. Era la única preocupación en su estado de becaria.

Ubicado el problema, pronto halló la solución. En dos días completó una buena pila de fichas. Procedió del modo adoptado desde la muerte de Víctor: controlar la derrota en vez de negociar con el fracaso. Se encargó de lavar los platos de cada comida. Con el despunte del día, mientras todos aún dormían, limpiaba a fondo la primera planta de Squash Argentino Riera. Empezó con esas tareas a partir del tercer despertar en la cancha 1. Elena bajó de su cuarto cuando ella pasaba un trapo en el vestuario. Había dejado un sobre con dinero sobre la barra.

–Y esto, ¿por qué, Lidia?

–Una ayuda para los gastos. No me digas que soy una invitada, porque caí del cielo. De verdad, Elena. Voy a sentirme mejor si lo aceptás.

Sin abrirlo siquiera, Elena echó el sobre dentro del cajón

donde guardaba la recaudación. Como si fuera un objeto dejado a su custodia.

–Somos nosotros los que estamos en deuda con vos. Más ahora que Joaquín consiguió las obras de los departamentos de tu edificio.

Lidia habría podido adelantarle que no quería un solo peso de la casa. Que si ese había sido el conflicto entre los hermanos Riera ya no existía. Enarbolar magnánima la imagen heroica de Víctor ante los demás, vivos y muertos. Sin embargo fue otra cosa la que dijo antes de regresar a la cancha 1.

–Pese a todo el dolor, quiero que sepas que me siento dichosa por este reencuentro.

De un tirón consiguió completar nueve fichas, al día siguiente otras doce, luego quince. Dejó reposar un rato las primeras; ocupó el tiempo en acomodar la próxima serie. Novelas de ciencia ficción, los diarios de Ángel Rama, una recopilación de artículos de Ramón Alcalde, otra de Onetti, el último libro de Nicolás Rosa, una colección de artículos de Monterroso, otra de Monsiváis, y un libro de astronomía abarrotado de notitas escritas con un lápiz de punta muy fina. Volvió a las fichas; las releyó con la satisfacción de estar ante una versión impecable. Ni una coma de más. Luego espió, entre los afiches pegados en el blíndex, lo que sucedía en la cancha 2.

En las imágenes del fotario no había ni una foto de Víctor y ella. Parada junto a la barra, Elena sostenía en brazos a un bebé, balanceándose sobre un pie y otro. Uno de los clientes que jugaba dos veces a la semana traía a su hijo en un moisés. En ningún momento del juego el fulano apartó la vista de la bendita pelotita para ver cómo estaba el hijo. Elena se lo cuidaba, le sonreía, lo hacía apretar el mordillo; el bebé estaba molesto con la salida de los primeros dientes y se calmaba en sus brazos.

¿Cuándo había sido la última vez que ella había tenido en brazos a un bebé? Ni recordaba haber alzado a Vicky. Se preguntó si Elena se comportaría igual con el bebé antes de conocer la fecha precisa del casamiento de Joaco.

En todas las fotos estaba Joaquín, salvo en dos: una en la

que Elena posaba con el animador de televisión de las cámaras ocultas, y otra de Lucas sonriente en primer plano, desaliñado y con barba en un paisaje de montaña.

"Lucas en los Andes, en Perú. No sé cuál será la foto, de lo que estoy seguro es que ignoran que la tomé yo, si no la habrían arrancado. Pero quién más, si en ese viaje estuvimos solos. Cuatro meses recorriendo ciudades y pueblitos, perdiéndonos constantemente. Llegamos mucho más lejos de lo que pensábamos, en todo sentido. Por eso no nos extrañó que la vida diera un vuelco rotundo apenas volvimos a Buenos Aires. La madre de Lucas murió a los pocos días, le habían descubierto un cáncer fulminante mientras estábamos lejos. (Nota del autor: Simón se equivoca, Azucena murió en medio del viaje y los hermanos no pudieron localizar a Lucas). Lucas abandonó sus aspiraciones musicales, se cortó el pelo, se afeitó, y emperifollado en un traje que encargamos en Sastrería Cervantes, de Flores, se convirtió en empresario de la construcción. Yo lo acompañé hasta el final, lo saben todos. Mi padre, que dudo que descanse en paz y menos en alguna gloria, ni siquiera rentada, nos dio un contacto para conseguir las primeras obras. Eran tiempos de Lanusse, en el 71 o el 72. Lucas, después, se las arregló solo para abrirse paso. Ganó bastante dinero que supimos disfrutar; en realidad, no siempre. Lucas estaba atento a las necesidades de sus hermanos. Si llevó a Joaquín a trabajar con él fue porque se sentía responsable de su suerte, el pobrecito no iba a ganarse la vida con los laureles deportivos. Quería cuidarlo. Reconocía mejor que nadie que era un muchacho sin iniciativa. La única idea que tuvo fue armar ese club imaginando no sé qué disparate. Lucas se comportó muchísimo mejor que un padre, y a veces, eso nadie me lo va a quitar de la cabeza, olvidándose de sí mismo. Con Víctor era distinto, mal o bien se ganaba la vida como maestro mientras estudiaba en la facultad a paso de tortuga. También a él lo ayudó. Lucas estaba muy pero muy por encima de ellos, era un fuera de serie. Miranda sabe cuánto la quería, como sabe también que nació en un tiempo poco claro, y que fue la hija de una mujer sumergida en esa confusión. Conoce todo lo que pude contarle. Me resisto a ponerme sentimental

a esta altura de mi vida. *¡Vade retro!* Ella sabe cómo murió Lucas. Todos lo saben. Le conté la verdad en el momento en que creí que podía entenderla. Un accidente provocado. La causa saltaba a la vista: habían muerto tres jóvenes por el derrumbe del balcón de un edificio que él había construido en Villa Gesell. Fatalidad, no importa lo que hayan dicho. Joaquín continuó con los despojos de la empresa. De la construcción de edificios pasó a la refacción de cocinas y baños. Pero yo no quería hablar de esto, pensaba decir algo nada más de la foto de Lucas con el pelo revuelto como nido de caranchos y barba, sucio y varón, mostrando las paletas de conejo que tanto me hacían reír, un chico grande que se mordía el labio de abajo cuando se concentraba o se enojaba, dejando las paletas afuera" (Simón, 70 (?) años).

Elena protestaba conteniendo la furia porque había gente jugando. Estaba desbordada. Se quejaba de que Joaco le prohibía llamar a los futuros consuegros para invitarlos a cenar. Que ni siquiera se dignara mostrarle cómo iba quedando el PH. Vicky acababa de llegar, ni tiempo le había dejado a descargarse ese bolso enorme que usaba como cartera y que la hacía parecer la encarnación de un ekeko.

–Es como si yo no existiera. Para todos es así en esta casa. Con Miranda igual. No sé si viene, cuándo, ni si tengo que esperarla. Nada. Un cero a la izquierda. Y ahora vos que no me querés contar lo que hablás con tu hermano. Parezco una tarada yo. Ustedes son mis hijos, tengo derecho de estar al tanto de los preparativos del casamiento.

La réplica de Vicky enfatizando que no era ella la que se casaba tampoco ayudó a cambiarle el ánimo. No le interesaba conocer las boberías del vestido de bodas y bla bla blá, quería que Joaco la tuviera al tanto, nada más.

–Ilusa de mí. Pensaba que apenas tuviéramos la fecha del casamiento íbamos a festejarlo juntos. Que teniendo otra vez a mis hijos grandes conmigo compartiría el día a día con ellos, y aquí me ves. Encima tengo a esta pobre que me evita –soltó señalando a la cancha 1, antes de retomar su posición en el taburete, acodada en la barra.

La queja se perdió en el aire; Vicky había dejado de merodear a su lado y caminaba hacia la cocina. Iba a

preparar té.

–Me parece bien que pares un poco con tanto café.

–Repito: voy a preparar té. ¿Querés una taza?

–No, está bien, gracias. Debe ser el casamiento lo que me tiene tan alterada. –Esperaba un consuelo de la hija. Como no lo consiguió, dejó el taburete para ir a buscarla a la cocina–: Si me das un abrazo voy a ponerme mejor. Así no, un abrazo verdadero, como me decías cuando eras chica. ¿Será que me estoy volviendo una vieja que reacciono tan mal a todo?

–Si te lo proponés vas a conseguirlo. Te lo aseguro. –Mientras hablaba, Vicky pasó el saquito de té a otra taza–.Voy a llevarle un té a la tía.

–Preguntale primero y, si quiere, que venga a tomarlo a acá.

–¿Viste? Vas en buen camino de volverte insoportable, mamá.

En la bandeja en que apoyó la taza, Vicky sumó unos libros que había traído del cuarto. Un toquecito en el blíndex. Lidia se moría de vergüenza ante tanta atención. Dudaba entre salir a tomar el té con ellas o afirmarse en su lugar. Vicky allanó esos ripios, entró y dejó los libros sobre la mesa. Un cuaderno de Víctor de primero superior y dos manuales para estudiar inglés.

Lidia abrió el cuaderno, saboreando la caligrafía pareja.

–Escribía con tinta ya, fijate. El trazo firme, preciso, sin manchones. No hay correcciones de la maestra. Debe ser un cuaderno de notas que después pasaría en limpio. La costumbre de hacer borradores para todo.

Para avalar lo que decía le mostró algunas notas en los márgenes de los libros, la persistencia de ciertos trazos, la manera de hacer la “s” mayúscula, la “t”, la “e”. Vicky asentía, tratando de entender.

–¿Los guardaste sabiendo que eran de él?

–El cuaderno, sí. En la carátula está su nombre. Los libros tienen los nombres de los tres hermanos, por lo visto se los fueron pasando. Jugaba a la maestra con los libros –y se acercó uno a la cara–. No, ya no tienen el olor de antes. Quería dártelos. Pero no para hacerte llorar.

–Es emoción, no tristeza. En esta casa no dejan de sucederme cosas que me sorprenden. Gratamente. Algo se

nubla y, de inmediato, todo se pone a brillar. ¿Vos no te acordás de él?

–Poco, era muy chica.

–Debías ser un bebé cuando dejamos de vernos.

–¿Estás segura? Tengo recuerdos de vos y el tío.

Las cuentas de Lidia decían otra cosa, pero las dejó a oscuras. Si Lucas había muerto en 1984 y se distanciaron al poco tiempo, era imposible que Vicky lo recordara.

Elena se acercó al blíndex. Vicky la apartó.

–Es una conversación entre tía y sobrina.

–*Touchée* –contestó la madre y regresó al taburete. Más tarde pidió que Lidia le mostrara esos libros. Ni aun con el cuaderno de Víctor delante de los ojos lograba figurarse cuál podría ser su importancia.

–El libro de Víctor que estás corrigiendo, ¿de qué trata? Digo, ¿es un estudio para la universidad?

–En parte. Son interpretaciones que Víctor hacía a través de sus lecturas. Un escrito entre filosófico y literario, Elena. No es fácil describirlo. Hay gente interesada en editarlo en Estados Unidos. El problema son los plazos, me desespera no llegar a cumplirlos. En Argentina todavía no recibí ofertas. No me asombra conociendo el paño, como quien dice. Aunque la verdad es que tampoco tuve tiempo de dedicarme a buscarlas.

Sonaba imponente, inabarcable, y eso lo volvía creíble.

Releyendo las últimas fichas, tropezó con la palabra *catástrofe*. La había transcripto en letra de imprenta mayúscula, no porque Víctor la hubiera escrito de esa manera. La subrayó y siguió adelante. Al terminar de leer regresó a la palabreja y la tachó. La frase no perdía nada. Si era así, para qué dejarla.

7

Quizá por ser la menor de tres hermanos, Vicky se había mostrado un paso adelantada en su adolescencia. A los once años Joaco la llevó al primer recital de rock, y a los catorce fue sola a la Bond Street a tatuarse un delfín debajo del ombligo. El padre le prohibió las salidas por tres meses. La penitencia se cumplió, también el vaticinio: Ya vas a ver cuando te canses de los delfines. Vicky pasó noches enteras tramando maneras de borrárselo.

–Ni sueñes, nena, con sellarte el tatuaje porque te van a matar. –Miranda llevaba incorporado un arsenal de estrategias para evitar referirse a Joaquín y Elena como padres, un hábito que tampoco modificó después.

Hacía varios años que Vicky había dejado de preocuparse por el tatuaje. Solo lo recordaba en la desnudez compartida o al toparse en la calle con alguien que cargaba una marca chamuscada en la piel. Heridas dobladas sobre sí mismas. Carne en hojaldre. Quemaduras como velas de piel derretida. Podía controlar la curiosidad y dejar de mirar, pero las visiones tardaban en abandonarla. Fuera lo que fuese Eugenia era la persona menos indicada para conocer de esa atracción de la que Vicky le contó una tarde en un Starbucks de Belgrano R, a unas cuadras de la casa de los Bresanello. La había acompañado a una sesión con el fisioterapeuta y, en medio de los redundantes comentarios sobre el casamiento, la vio quedarse muda apretando el vaso de café frío. Eugenia trató de restarle importancia al motivo: un tipo no dejaba de mirarla como a una *freak*; se había dado vuelta a inspeccionarla mientras esperaban en la fila para hacer el pedido y recién acababa de hacer lo mismo.

–Te equivocás, yo creo que te importa –replicó Vicky–. Pero nadie te ve como una renga. Eso se nota en los ojos de

los que miran. ¿O a vos no te llaman la atención los paralíticos, los mancos, los ciegos, los quemados, los deformes? –La enumeración parecía interminable: no estaba confesando un secreto, descubría que tenía uno.

Eugenia asintió con estupor, nadie le había hablado así después del accidente. Tres días más tarde volvió a citarla en el mismo lugar. Cuando Vicky llegó, la vio sentada en la mesa que la vez anterior habían ocupado el mirón y sus amigos. Llevaba puesto un vestido que, como todos los que usaba, combinaba la elegancia con el ocultamiento de las piernas. Gajos verdes en la falda de distintos tonos y texturas, superpuestos, amplios y tan largos que se perdían de un salto en sus pies perfectos. Vicky descargó su fastidio por esa cafetería. ¿Por qué encontrarse otra vez ahí? ¿A quién podía gustarle un café sin gusto a café? Ella contestó que entrar a un Starbucks era como irse de viaje. Estaba apremiada por mostrarle los dibujos de Joaco con los cambios en el PH.

–Más adelante queremos arreglar el jardín para que se vea menos patio. Tu hermano quiere poner una fuente. Dudo que me convenza. De la decoración del cuarto voy a encargarme yo. Estamos por empezar con el baño, conseguimos un plomero. Si fuera por mí cambiaría los sanitarios completos por unos modernos. ¿Cuándo vas a venir a conocerlo? Salvo el baño, el resto se puede ver.

–Mi hermano todavía no me invitó.

–Lo estoy haciendo yo, Vicky, es igual. –No era lo mismo y ella debía saberlo. Contó de los felices que estaban, de las dudas que tenían acerca de la luna de miel, luego salieron del Starbucks, caminaron hacia la esquina y se despidieron. Eso fue todo. Cuarenta minutos en los que ni soltaron una palabra acerca de las miradas que tanto la habían perturbado la vez anterior. Eugenia iba a encontrarse más tarde con Joaco y quería pasar por su casa. ¿A cambiarse de ropa otra vez? Sí. Desde la ventanilla del taxi, se comprometió a llamarla al día siguiente. O en la semana, en realidad daba lo mismo.

Al rato, cuando Vicky llegó al Palacio Riera, Joaco estaba frente al televisor, bañado y perfumado, listo para salir a encontrarse con Eugenia. Había clientes jugando. Joaco apagó el televisor y se acercó a la mesa donde su hermana había apoyado una *mug* de Starbucks junto al diario que él había

dejado.

–¿Qué estabas mirando?

–Nada. Mamá dijo que venías temprano. Como tenía un rato, te esperé. Fue al supermercado con la tía. ¿Y esa taza?

–Con Eugenia nos encontramos ahí. Y como sabe que me gusta el café… –No hacía falta explicar más.

–¿Te habías enterado? –dijo Joaco señalando el diario. La tapa anunciaba una nota sobre el último novio de Vicky, un dibujante con el que había convivido cerca de un año, una tortuosa relación terminada semanas antes del accidente del hermano. Había ganado un premio por una historieta publicada en Francia, pero la media página en *Clarín* se debía al revuelo que acompañó la edición en Gallimard. Una buena excusa para conversar de lo que Vicky jamás le había hablado.

–Noticia vieja lo del premio. Se lo dieron hace unos meses. Me alegro por él. Munro terminó ese trabajo mientras vivíamos juntos, al principio. Me tenía harta con esos dibujitos. Al final consiguió lo que quería.

–¿Por qué le decís Munro si se llama Pablo?

–Le gusta que la gente lo llame así y, como no tengo nada con él, es Munro para mí.

–Para completarla tendrías que agregar: Y punto, se acabó, no hablemos más.

Más o menos era lo que ella habría dicho de no habérsele anticipado. Mantenían la conexión que tenían de chicos, al menos en la comprensión de esos desvíos de la mirada, en la manera de pararse uno frente a otro si estaban a solas, en las evocaciones de ciertos aromas. Hubo un tiempo en que hubiera sido imposible registrar completos tantos gestos porque la complicidad lo abarcaba todo, ya no. Si había algo que los distanció cada uno lo interpretaba a su manera. ¿La atolondrada decisión de Joaco de casarse? ¿Que Vicky se pasara días y noches con una pareja de cuarentones?

–Eugenia me contó de los adelantos del PH. Quedamos en que un día de estos voy a pasar a conocerlo.

–Cuando quieras. Entonces sabías del premio de Pablo, y no querés que hablemos más del tema. Ni de él, ni de nada. ¿Eso es lo que tengo que entender?

–Es que no hay nada más, Joaco. Estoy pasando un buen

momento. Trato de aprovecharlo. ¿Para qué revolver en lo que no me sirve? Estoy con la gente que quiero, me siento bien, contenta, lo demás se irá solucionando. No soy una persona especial.

–¿Nada de tu vida que quieras compartir conmigo?

–Realmente estoy bien. Por qué tendría que mentirte.

Elena y Lidia llegaron del supermercado cargadas de bolsas.

–Seguro que estaban hablando de mí, por eso se callaron de golpe. –Elena bajó la voz:– No sabía que todavía había gente. El turno era hasta las seis, y son seis y veinte pasadas. Un poco de atención, Joaco, es lo único que te pido. No te costaba mucho fijarte en la carpeta.

–Si querés, ya mismo los echo con un palo de escoba.

–Atención y comprensión. No es mucho lo que pido –murmuraba escondiendo rápido las bolsas detrás de la barra. Después se asomó a ver la taza de Starbucks que Vicky le mostraba a Lidia: un perfil de Buenos Aires vista desde el río. Joaco dejó el diario abierto en medio de la mesa.

El comisario del pueblo tomaba mate, solo y tranquilo como todas las madrugadas, en el patio de la comisaría. Disfrutaba contemplar el despertar del día en colores. Una fiesta completa, sin ruidos ni gente. Últimamente el pueblo se había vuelto bochinchero y esas eran las únicas horas en que cada cual andaba sumido en sus propios sueños, por eso puso atención al ver que un gauchito se metía en el baldío lindero. Como no alcanzaba a reconocer de quién se trataba, se mantuvo a la espera en vez de apresurarse a alzar la voz. Por el ritmo que llevaba en el paso dedujo que el gauchito andaba flojo de la tripa y que buscaba dónde descargarla. Nada para alarmarse siempre que ningún otro anduviera pispeando. El panadero, también conocido como el padre de Las Mellizas Tetonas, dejaba su potranca pastando en el baldío. Adiestrado en anticipar cuatreros, al comisario se le ocurrió que ese quizá venía por el animal. Se puso en guardia al ver que el intruso se acercaba a la potranca. A punto de darle la voz de alto, se contuvo: el gauchito, luego de vichar sobre sus hombros, estaba bajándose los pantalones. El comisario se cebó otro mate para dejarlo ir de cuerpo en paz, sin

intromisiones en la esforzada tarea de la tripa. Pero de inmediato saltó sobre sus alpargatas decidido a hacer justicia. El gauchito no cagaba, había sacado la tararira de entre los calzones y, subido a una piedra, se empomaba a la potranca. Bombeaba dale que dale mientras la yegüita hocicaba contra el pasto tacaño. El comisario caminó en puntas de pie hacia el gauchito. Cuando lo tuvo a tiro, sin darle ni tiempo a la huida, sacó la tararira personal, firme y oscura como un machete, empalando al gauchito con todo el peso de la ley, en el preciso momento en que el horizonte se volvía amarillo.

Para ilustrar la nota, el diario recurrió a la viñeta en la que aparecía la potranca sola con un fondo de cielo. Vicky se convenció de que recordaba el momento en que Munro había pintado esa imagen con una fiesta de colores en la que el amarillo era el menos presente. *Clarín* había impreso la página en blanco y negro. El crítico entrevistado argumentaba lo dicho por otro; la nota se concentraba en el contraste de opiniones. Ese episodio de *Amianto* estaba construido en base a una anécdota que Borges le contara a Bioy Casares, referida en el diario personal donde el segundo registró los detalles de esa amistad a lo largo de medio siglo. Un fervor policial que ni el comisario de *Amianto* habría podido arrogarse. Difícilmente exista un relato de espionaje más perfecto en la literatura nacional. Alardeando de ese juicio, el crítico restaba importancia a lo que otros señalaban como una obscenidad que mellaba el carácter de la obra de Jorge Luis Borges. Pero, ¿debía ser tomado como autoría de Borges un relato no escrito por él sino dicho a su amigo bajo la forma de un comentario jocoso? ¿Podía ser que ese relatito socarrón, que Borges había oído contar a otro y que Bioy Casares redactó en la página 39 de su diario, tuviera como autor a alguno de los dos? En la nota no figuraban esas preguntas. Se discutía acerca de la posibilidad de plagio, sin especificar previamente la pertinencia o la asignación de la autoría. La nota elegía exponer el malestar que el episodio podría ocasionar, en partes iguales, a los herederos de Borges y de Bioy Casares. Munro fue elocuente cuando se le pidió su opinión: Nunca había leído a Borges ni a Bioy Casares; *Amianto* tenía otras ciento treinta páginas además de las ocho de las que se hablaba; ningún inconveniente encontraba en sentarse a

conversar sobre las peripecias vividas por el gauchito y el comisario con los herederos de ambos escritores.

Vicky también trató de convencerse de que recordaba, y no le fue sencillo esta vez, la manera en que se entrelazaban las distintas historias de los habitantes de *Amianto*, como la de el Pedicuro Sádico que era monaguillo de la parroquia, las Mellizas Tetonas, la Eterna Sufriente, el Farmacéutico y la Cantante de Ópera que vivía su retiro en el pueblo. Recortó la nota y comenzó a doblarla como si de antemano supiera dónde guardarla.

"No llamaba ni me contestaba el teléfono desde hacía una semana. Como tenía la llave del departamento, porque gracias a Dios me había hecho un duplicado sin decirle a nadie, fui y me encontré con un desastre. Vicky tirada en la cama volando de fiebre. Tenía una infección urinaria severa. Parecía que se pudría por dentro. Un olor terrible, pobrecita. Alrededor, en el cuarto, era como si hubiese pasado la guerra. Platos sucios por el piso y las paredes pintarrajeadas con dibujos del novio. Groserías escritas. Daba miedo. Así como estaba, me la llevé a la clínica. Dos días estuvo internada. Nadie conoce los detalles. Ni volví a recordárselos a Vicky. A mi marido le dije que Pablo la había dejado y que teníamos que hacernos cargo del alquiler. Y listo. O yo creía que ya estaba. Porque cuando Vicky empezó a salir del pozo de depresión con la terapia, enseguida fue lo de Joaco. Pensé que no iban a alcanzarme las fuerzas para soportarlo. Si mi hijo se muere, me mato, pensé. Me lo prometí. Otra vez era la angustia de un hospital. En vela y rezando, no hubo santo al que no le pidiera. Los gritos de una mujer me atormentaban por las noches; era una fumadora a la que le habían amputado una pierna. Gritaba todo el tiempo, no tenía a nadie que la cuidara. Era oírla y acercarme a la cama de Joaco para ver si él estaba bien. Solo yo sé lo que pedí para que se repusiera. Ni quiero pensarlo. Hubo veces en que pensé acercarme a la clínica para averiguar qué había pasado con ella. Pero es así, si uno atravesó una situación dolorosa lo único que quiere es olvidar. Ahora yo tenía de nuevo a mis dos hijos conmigo, y fuertes, y con Joaco más aliviado porque su novia mejoraba. ¿Qué más pedir? Miranda me llamaba todos los días desde

México para darme ánimo. Quería volver cuanto antes a Buenos Aires pero la empresa le ponía palos en la rueda; era la época de la epidemia de gripe A y demoraban en dejar salir a los extranjeros" (Elena, 58 años).

Aun recubierto íntegramente por los afiches, el blíndex ofrecía una privacidad incompleta, era como una caja sin tapa. Desde las escaleras que conducían al cuarto de Elena y Joaquín se veía algo –Lidia lo había comprobado–, no mucho en realidad. Eran pasadas las once de la noche. Mientras acomodaba en una pila la serie de libros que acababa de fichar, Lidia contuvo las manos ante el presentimiento de que había alguien afuera. Oyó el susurro de Joaquín queriendo saber si estaba dormida, y enseguida el retumbar de sus pasos bajando la escalera.

–Hace unos días el portero me dio este sobre para vos. No quise abrirlo. Me dijo que era del vecino del departamento de arriba, el de la pelopincho. Espero que no sea un problema en la obra. –Era una nota con forma de carta. Joaquín justificó la demora en entregársela, lo había tenido compenetrado el campeonato de tenis. Es más, venía de ganar un partido decisivo que les permitía a él y a su compañero jugar la final del torneo.

Lidia releyó para sí varias veces las seis líneas.

–¿Algo malo?

–Ni una sola tilde. Una vergüenza. Respetuoso, formal, pero ni una tilde. Se escribe así ahora –comentó sin quitar la vista del papel–. Pero es una buena noticia.

–¿Pone algún reparo por lo de la pileta? No vaya a ser que quiera que firmes un documento para comprometerte. Está acordado que el arreglo y la pintura corren por cuenta del consorcio.

–Es otra cosa, Joaquín. Parece que Víctor le dejó en arreglo algo que hace funcionar la computadora y me avisa para que vaya a retirarlo. Dice que me llamó varias veces y que no lo atendí. Puede ser.

–Desde que estamos trabajando, te garantizo que no llamó.

–Se refiere a antes de venirme para acá. Contame cómo es eso de que pasaron a la final. –Era la manera más cortés para

terminar pronto la conversación. Se sentía una intrusa cada vez que Joaquín andaba alrededor de la cancha. Además quería quedarse sola, la noticia de la computadora le traía cierta tranquilidad. Era posible que solucionado el problema apareciera el artículo de Víctor. Aunque eso no iba a alterar su proyecto.

Mientras oía los pormenores del partido de dobles, la posibilidad de tener ese artículo fue perdiendo trascendencia. Tenía una biblioteca entera con miles de escritos de Víctor muchísimo mejores. Igual se permitió pensar que no le costaría demasiado trabajar en la corrección al mismo tiempo que con el libro.

–El espacio queda repartido en dos cuando jugás dobles, no así la atención. Eso te agota. Permanentemente estás pensando. Y como soy jugador de squash, no me acostumbro a depender de nadie. –Parecía haber descargado la excitación del partido cuando desviaron juntos la atención hacia la puerta de calle. Desde hacía días que Vicky no dormía en la casa. –Gané hoy. Arrasamos. Se lo estaba contando a tu tía. El próximo miércoles jugamos la final. Dejamos atrás a la pareja que nos ganó en los dos torneos anteriores.

Sin descargar el bolso sobre la mesa, como solía hacer pese a los retos de la madre, Vicky se acercó a la cancha. Ignoraba lo del torneo del padre, cada tres meses se organizaba alguno entre veteranos de clubes de tenis de Devoto y Villa del Parque.

–Ojalá te traigas otro trofeo. –Y mirando a su tía, añadió–: No te preocupes, los torneos son pocos y él se normaliza rápido.

Lidia se acopló a la broma. Pensó en pedirle a la sobrina que la acompañara a buscar esa parte de la computadora a lo del técnico, sola no se animaba.

Una mueca de Joaquín. Cara fruncida como una esponja. Dijo que sentía un olor desagradable. Lidia simuló no percibir nada.

–Es un olor a mierda. Pero raro. No al humito de esos cigarrillos tuyos. A mierda de verdad. –Joaquín se inclinó a oler una manga de la blusa de Vicky–. Seguro que te apoyaste en una pared sucia, o la rozaste.

–Puede ser. Voy a sacarme la ropa y revisarla.

Parada junto al blíndex, Lidia vio a Joaquín subir las escaleras y a Vicky alejándose hacia el baño del vestuario, sin el menor ademán de olerse las mangas. Un olor pútrido, medicinal, algo con lo que nadie aceptaría verse envuelto tan pasivamente, a no ser que conociera la causa.

A la mañana no logró cruzarse con Vicky, se había ido mientras ella estaba duchándose. Tenía que acompañar a Eugenia a averiguar por un servicio de catering.

–¿Vos creés que a mí me consultan algo? Nada.

Humedecida aunque igual hedionda, encontró la ropa sucia de Vicky en el canasto. Lidia revisó los pantalones y la blusa antes de dejarlos donde estaban. Al rato oyó a Miranda despotricar contra su hermana por dejar ropa mojada en el canasto de la ropa sucia; temía que se destiñera una de sus remeras preferidas. Del olor ni una palabra, y era penetrante.

–No corresponde, tía, que te pongas a lavarle la ropa.

–Es una ayuda –empezó por decir Lidia, y terminó por pedirle que la acompañara a buscar la computadora y pasar por el departamento.

Los caños estaban deshechos, la única solución era levantar completo el piso del baño. En cuanto el plomero se puso a romper, llamó a Joaco, que trabajaba en el living, para que viera con qué se había topado. Dos cajas de maderas de veinticinco por quince, idénticas, o así parecían a simple vista, y cerradas. Joaco forzó las cerraduras con un destornillador. Cenizas.

–¿Qué esperabas: un tesoro? Hay que tirarlas. O si querés, enterralas en el Jardín Botánico, que lo tenés cerca. Mucha gente las entierra ahí.

“De todo se puede encontrar en las casa viejas. Fue la primera vez que me encontré con cenizas, pero ya había oído de varios casos. Debe ser que antes se acostumbraba. A mí no me parece mal ni bien, me infunde respeto. Más de una vez me encontré con caños deshechos y no sé cómo podía pasar el agua por ahí. La gente no sabe que en Buenos Aires, en las construcciones más viejas, uno hasta se topa con caños de madera. Eso lo vi yo. Otro mundo corre por ahí abajo. Una vez tuve que levantar un piso de pinotea y me encontré con un autito de juguete, de lata, enterito, de color rojo, me

acuerdo, y así como lo saqué a la luz volví a dejarlo en su lugar" (Alberto R., plomero, 56 años).

Joaco se llevó las cajas a la cocina diciendo que iba a juntarlas con la basura de la obra. Nunca había visto cenizas. El plomero retomó la tarea. Quedaba mucho por hacer. Al final del día, Joaco acomodó y barrió el PH sin decidirse a tirar las urnas con los escombros. Quizá las habría vaciado en el desagüe si el inodoro ya estuviera funcionando. Provisoriamente, las dejó dentro de los cajones de sifones que hacían de mesa ratona. Después encontraría una forma mejor de desprenderse de ellas, no pensaba contárselo a Eugenia.

8

En el sótano minúsculo, abarrotado de aparatos y cartones, Lidia divisó en el fondo la silueta del técnico. No recordaba habérselo cruzado en el edificio. Martín sí; apenas la vio entrar se puso de pie y ella creyó que iba a golpearse la cabeza con una viga sobresalida del techo, y no, la esquivó en el aire. Descubrirlo capaz de esa destreza la llenó de satisfacción; toda la vida había amado a un hombre que poseía el don de abstraerse en sus libros eludiendo los golpes del mundo y ese gesto era una auspiciosa correspondencia poética. Una rima asonante que paladeó como un regalo, preferible a las condolencias y pedidos de disculpas por el asunto de las goteras en el departamento, esa sarta de ademanes gastados que ya Martín había utilizado en su cartita sin tildes. Era un hombre sin acentos que había reparado la *memoria* maltrecha de la computadora de Víctor, el hombre sin un error de ortografía. La frase se le impuso y de inmediato la arrinconó con timidez. Algo similar hizo consigo misma, porque se quedó a un costado dejando que Miranda condujera la conversación con Martín. La sobrina era una sirena en los mares de la tecnología; en todo sobresale, pensó con el orgullo de la madre que no era.

Un desperfecto había dañado el disco rígido de la computadora de Víctor, buena parte de la información estaba perdida. Martín había logrado rescatar algunos documentos, de todos modos era necesario cambiar el rígido. Explicó que no se trataba exactamente del cerebro de la máquina, como Lidia se apresuró a definir, era más parecido a una alacena donde se guardaba la información antes de colocarla en una procesadora o una licuadora para preparar la comida. Didáctico pero bastante machista, pensó Lidia. ¿O había usado ese símil porque ella era una mujer grande y la suponía

una típica ama de casa? A Víctor jamás le importó que fuera una buena cocinera, ni siquiera que cocinara.

En un CD estaban los archivos rescatados del Word. Martín se ofreció a ir al departamento a colocarle el nuevo disco para que no tuviera que trasladar la máquina. Una gentileza. Dijo que en media hora podía estar allí.

–¿Y con ese arreglo la máquina estará en condiciones de imprimir lo del CD?

–Es que mi tía tenía en la máquina la primera versión de un libro.

–Unas páginas del borrador, no el libro completo –añadió ante la expresión poco auspiciosa del técnico–. Notas. De mucho valor para mí, pero no es el libro entero.

Y dejó alternando la atención entre Miranda y el técnico, no quería que interfirieran en su esperanza. Por eso también, mientras caminaba hacia el edificio con la sobrina, buscó otro tema de conversación. Pidió que le contara para qué necesitaba las cámaras digitales que le había pedido a Martín presupuestar. Suponía que era una estrategia para congraciarse con el técnico para obtener una rebaja en la alacena de la computadora. Debía aceptarlo, sí, sonaba mejor *alacena* que *cerebro.* Pensó: el hombre de la alacena quiere guardar las mil palabras del hombre del cerebro perfecto, ¿podrá lograrlo?

–Es para un negocio, tía. Debe ser el sexto o el séptimo que tengo en lista para ver si me quedo en Buenos Aires.

Cualquiera podría creer que Miranda daba vueltas alrededor de infecundos proyectos solo para convencerse de que debía continuar con su vida de nómade. Que buscaba palpar lo inútil para expiar la culpa de permanecer lejos. Un razonamiento demasiado obvio para que Miranda no lo advirtiera.

En el departamento trabajaban dos pintores, Joaquín no había llegado; le comentaron que siempre venía por la tarde. Nada para reprocharle: los libros estaban prolijamente guardados en cajas, como le había prometido. Respiró tranquila. No sentía el malestar que supuso la asaltaría a su regreso. Ni el temor a que la presencia de extraños le arrebatara los recuerdos ni que la pintura nueva se tragara los últimos instantes junto a Víctor.

Tampoco se sintió un soldado de regreso al campo de batalla donde fue derrotado.

–¿Te acordabas del departamento? –soltó para Miranda mientras la guiaba a recorrerlo; la sobrina balbuceó "algo", en el preciso momento en que entraban al estudio de Víctor, el que hubiera sido el cuarto de Miranda y el que él, entonces, habría perdido. Estaba tal cual Lidia lo había dejado. Las negociaciones de Joaquín con el administrador tuvieron un tope, solo el living y la cocina se incorporaron a la reparación y la pintura.

Despejó la mesa de trabajo para prepararle el lugar al técnico.

Pronto la máquina quedó lista, con la impresora en funcionamiento. Colocó el CD, encontró el archivo buscado y cliqueó *enter*. Veinticinco páginas a doble espacio. No se detuvo a revisarlas; apenas salían de la máquina, Lidia las plegaba para guardarlas en la cartera, sin dar oportunidad a que husmearan.

–¿Es lo que buscabas, tía?

–Por suerte, sí –y agregó, hacia Martín–: Es un capítulo corto del libro de mi marido, pero sustancioso.

El técnico le aconsejó cubrir el equipo con una manta mientras los pintores estuvieran trabajando. Dijo: Nada peor que el polvo. Miranda: ¿Sí? Lidia fue a buscar una frazada al dormitorio; a su regreso la sobrina revisaba una carpeta que Martín acababa de entregarle. Miranda elogió su eficiencia. Intercambiaron detalles sobre el catálogo de las cámaras digitales, cuáles podría conseguir en veinte días y cuáles en dos meses. Miranda no soltó prenda acerca de para qué las quería.

Después, antes de dejar el departamento, Lidia sacó al tuntún varios libros de unas cajas, no toleraba irse con las manos vacías. Colocó el artículo plegado entre las páginas de *Cuatro años a bordo de mí mismo*, la novela de Zalamea Borda que pujaba por escapar de una caja, para protegerlo mejor dentro de la cartera. El último artículo de Víctor enviado a su amigo de EE.UU; sí, volvía a pensar en Bernal Carranza en términos amables.

Miranda propuso que fueran a conocer el PH de Joaco.

–Es que no tenemos la dirección exacta. Otro día.

–Lo llamo por teléfono y le pregunto. Sé que está cerca.

–Mejor vayamos mañana. A mí me gustaría más. De paso, si no te molesta, venimos otra vez y me ayudás a llevarme unos libros. –Lo único que quería era sentarse a leer a Víctor cuanto antes.

Los nombres que había creído oír a Bernal Carranza eran diferentes de los mencionados en el artículo, aunque igual de desconocidos. Víctor jamás le había hablado de Humberto Rodríguez Tomeu ni de Virgilio Piñera. De Gombrowicz, sí. Uno de esos apellidos en los que Víctor caía en un trabalenguas; igual que con Ibargüengoitia y Bernhard. A punto de mencionar a Gombrowicz se ponía rígido destacando por anticipado el tropiezo, cuando nadie habría advertido por cuenta propia el cambio de lugar de la "r" o la "b". Comprensible era que no recordara a Víctor leyendo a Gombrowicz; demasiados libros y demasiadas lecturas. Hubo un tiempo en que no pasaba semana sin que llegara con nuevas adquisiciones; varios libros a la vez. Y hubo otro en que aquello menguó. Coincidió con el desajuste del reconocimiento del que gozaban los colegas de su camada en la universidad por sus libros y el ninguneo olímpico –le gustaba usar esa palabra– hacia él, que no había publicado más que en volúmenes colectivos. Una contraposición que Víctor no definía en esos términos; con respecto a los libros argüía que al pasar cierta edad el mayor privilegio residía en las relecturas, en revisar la propia biblioteca en vez de perderse entre los escaparates de las librerías. Y para restar toda posibilidad de que lo contradijera ponía por delante la necesidad constante de volver a *La montaña mágica*, la novela preferida por Lidia desde sus quince años, casi a la par de *La historia de San Michele* de Axel Munthe. Con más sigilo que astucia, ella, entonces, asumió el hábito que él había dejado vacante. Visitó sola las librerías, compraba las novedades y, lo fundamental, títulos que sabía estaban en la biblioteca de su casa para obligar a Víctor a que fuese a cambiarlos por otros. Cinco o seis compras insufladas por ese estilo bastaron para que él recuperara el impulso sin que volviera a soltarlo. Ubicaba aquella etapa siete años atrás, luego del alta de la anteúltima internación.

¿Cómo habría actuado Víctor sin su intervención? Debía evitar esas cavilaciones inconducentes que coqueteaban con la muerte. Anduvo un rato repitiéndoselo, fijada en lo que Víctor había anotado en *El alma y las formas*, un comentario que hablaba de la amada muerta y el amigo muerto. Nada que hacer: Víctor era un hombre afortunado: ella estaba viva por él y él vivía por ella.

De lomo blanco y letras rojas. Se le figuraba con claridad el lugar exacto de la biblioteca donde estaba ese grueso volumen de Gombrowicz. Podía ordenar, y así lo haría, los estantes prácticamente del mismo modo en que Víctor los había dejado. Mejor: ordenarlos igual. El blanco y rojo de ese lomo contrastaba con el azul claro de *Ferdydurke*. No recordaba qué otros títulos había del autor. Suponía ausentes los libros mencionados en las notas al pie del artículo. La edición de *Ferdydurke* no debía ser la aludida por Víctor en el artículo. Gombrowicz había llegado a la Argentina en 1939 sin hablar una palabra de castellano; pocos años después se empeñó en traducir al español la novela que había escrito y publicado en Polonia, traducirla con un grupo en el que estaban Piñera y Rodríguez Tomeu, escritores y poetas que ni una jota sabían de polaco. A lo largo de veinticinco páginas Víctor recorría escenas de los malentendidos en el bar donde se encontraban a trabajar. Curiosidades y opiniones variadas de los participantes sobre Gombrowicz. En la mayoría de las notas al pie se leía: “Después colocar fuente”, “no recuerdo libro, podría obviarse, no es relevante”, “?”, “??”, o “???”.

Lidia se empacó en que Bernal Carranza mentía: Víctor no había escrito un artículo para publicar, le había entregado esas páginas por pura generosidad, seguramente para reparar la ignorancia de su amigo a punto de disertar sobre el tema en la universidad. Bernal Carranza se había aprovechado de la buena fe de Víctor, codiciaba el mérito de una publicación póstuma. El hecho de que el escrito conservara la forma de un artículo en lugar de presentarse como unas notas rápidas, otorgaba un crédito todavía mayor al desinteresado desprendimiento de Víctor: facilitaba el camino para que el otro completara sin esfuerzo los espacios en blanco a la manera de un estudiante ramplón.

La traición requiere vínculos estrechos, no hay traición

entre desconocidos, ni entre meros colegas. Lidia, entonces, se inclinó por convertir a Bernal Carranza en un ángel caído, el amigo que sucumbe a la tentación. En pocos minutos, ante el riesgo de justificarlo en su debilidad, lo devolvió al lugar de enemigo; eso sí, dotándolo de cualidades que hicieran de él un adversario digno del héroe. Un Héctor para su Víctor, tan impulsivo en ocasiones como el mismísimo Aquiles, que de haber escrito sobre el asunto también habría pasado por alto las referencias bibliográficas. Bernal Carranza debía ser brillante por la sencilla razón de que Víctor lo era diez mil veces más.

El resto carecía de importancia. Víctor no le había dado a leer a ella esas páginas porque las juzgaba irrelevantes; la prueba estaba en que *catástrofe* se repetía cuatro veces y *devenir* pululaba bastante más.

Ningún crujido del parqué la sobresaltó esa noche. Trabajó fichando las veinticinco páginas hasta la madrugada. Diseñó una serie diferente de las habituales. Transcribió las mejores frases transformándolas en comentarios. En nada se alejaba del plan; Víctor había escrito acerca de un libro y ella completaba las conexiones. Ya también era, a su manera, la traductora de un libro imposible. Al amanecer se vio delante de una suculenta pila de fichas. Lo mejor de ese último escrito de Víctor. Los brazos le pesaban tanto como los ojos, aunque el júbilo se empeñaba en mantenerla despierta. Era evidente su fatiga, Miranda la advirtió mientras se preparaban para salir. Lidia propuso que pasaran por el departamento antes de ir a conocer el PH de Joaco.

–Me quedaría más tranquila si primero vamos a buscar los libros.

Durante el viaje de Floresta a Palermo, Lidia se quedó dormida en el taxi con la boca abierta. Miranda había pedido un auto confortable a través de su celular; en la compañía de taxis la conocían y le enviaban los mejores, en los que podía, además, revisar los quince RIC de Reuters que tenía en su tableta.

–Si me decís qué buscás, podría ayudarte –dijo al verla desarmar la tercera caja de libros. Lidia se había lanzado a abrirlas apenas entraron en el departamento.

Los pintores se habían quedado observándola; se les hacía difícil continuar entre tanto revuelo. En unos minutos se vieron acorralados entre libros y cajas. No era que Lidia hubiese cambiado de opinión, buscaba los libros de Gombrowicz para ver cómo eran las anotaciones de Víctor en esas páginas.

Le dolió dejar el departamento sin encontrarlos, pero no quería retrasar a los pintores después de pedirles tanto que se apuraran. En el PH de Joaco apenas si logró mantener la atención en lo que se conversaba. Supo reprimir unos cuantos bostezos, otros no. Soltó los halagos esperables. En el baño flamante, de azulejos blancos y pisos relucientes, se encerró y durmió unos minutos al arrullo de las voces de sus sobrinos.

Dos testimonios sobre Vicky.

Joaco jamás aceptó haberla perseguido; diría que estaba preocupado por ella y que le intrigaba saber qué hacía con su vida. Adriano era el marido de su amiga Patricia, y con ellos Vicky se pasaba días enteros mirando películas en DVD. “Es una tontería pensar que la estuve persiguiendo. Una vez, mientras andaba caminando por la zona, encontré de casualidad a mi hermana. Me comentó que venía de acompañar a Patricia hasta el negocio de su marido; le pregunté cuál era y ella señaló la ferretería. El negocio tenía materiales y herramientas, así que pasé otro día por unas consultas. Era ridículo que me presentara ante Adriano diciendo que era el hermano de Vicky, y después, más adelante, no tuvo sentido volver atrás. Eso no puede llamarse persecución” (Joaco).

Ximena había sido la mejor amiga de Vicky desde los catorce años. Dejaron de verse cuando Ximena se casó, unos meses antes de que Vicky comenzara a convivir con Pablo Munro. Ximena estaba convencida de que su amiga la evitaba desde que se enteró de que iba a someterse a una operación gástrica para solucionar su problema de obesidad. Tuvieron una larguísima discusión. Ximena evitó entrar en detalles, aunque todo parece indicar que se relacionaba con los posibles efectos de esa cirugía. “Llegué a dudar si realmente debía operarme, si no corría el riesgo de dejar de ser yo misma con los treinta y dos quilos menos con los que estoy

ahora". No volvieron a verse. Intentó comunicarse con Vicky al ver en el diario la nota sobre Munro. Dos llamadas sin respuesta. Se había enterado –no mencionó de qué manera– de que Vicky y Munro ya no estaban juntos. "Una relación a la que nunca le vi futuro". En la manera de decirlo daba a entender que era diametralmente opuesto lo que pensaba de su matrimonio. ¿Por qué la había llamado? ¿De buenas a primeras recordó a su amiga? Nada sabía de la depresión de Vicky ni del grupo de terapia donde conoció a Patricia. "Fuimos muy amigas. Eso no se va a borrar. Pero ya no podríamos ser mejores amigas, cambiamos mucho. En mi caso para bien. No hay día en que no piense en Vicky al menos una vez. La llamé, quizá, porque quería contarle que estaba pensando tener un hijo. Ese pudo ser el motivo" (Ximena, 26 años).

En los días de los dos llamados de Ximena, Vicky había estado a punto de comprar la historieta de Munro que acababa de publicar en castellano Ediciones de La Flor. La hojeó en la librería El Ateneo de Santa Fe y Callao, la que antes era un cine que ella no conoció y que tenía un bar donde había estado el escenario, prueba de que con anterioridad fue un teatro. Centró la lectura en los dos prólogos, uno contaba lo que ya había leído en *Clarín*, el otro proponía un perfil de Munro y de cómo había realizado *Amianto*. Datos que Vicky debería conocer en caso de que fueran verdaderos. Cuatro páginas en las que el departamento de Almagro brillaba por su ausencia. Dejó el libro sobre la mesa expositora, liberada del capricho de leerlo. Miranda, en cambio, había comprado un ejemplar sin comentárselo, para no lastimarla y a la vez conocer algo del que había sido la pareja de su hermana en los tiempos en que ella pasaba de El Salvador a Colombia y de allí a México. Vicky se topó con ese ejemplar en el cajón donde Miranda guardaba la ropa interior. Se lo llevó a escondidas para curiosearlo. Le habría gustado decirle, y sabía que no lo haría, que no tenía por qué preocuparse, que a ella no se le movía un pelo por Munro porque era un reverendo hijo de puta.

Poco tardó en modificar su percepción: demasiado hábil era Miranda para no calcular que ella habría de encontrar esa historieta. Un arrebato de furia la sacudió. Solía sucederle;

terminaba por sentirse la única responsable de todas las calamidades.

Salió a las corridas del Palacio Riera, había quedado en cenar con Patricia y Adriano. Cuando llegó a Villa Crespo, Patricia estaba sola y abatida como en los tiempos del grupo de terapia. El veterinario acababa de irse, le había explicado que Trinity atravesaba el tramo final de la enfermedad.

–Mañana o pasado, tal vez. Le dio una inyección para calmarlo. –No se animaba a acercarse al perro acurrucado sobre un sillón–. No sé si está muerto o vivo. Lo miro y no puedo saber, Vicky. ¿A vos qué te parece?

–Duerme, creo. –Dudaba entre seguir acariciándolo o correr a consolar a su amiga. Patricia estaba en el vano de la puerta, acaparando las posibilidades de esconderse a un lado o al otro de la misma desesperación.

La mierda de Trinity germinaba en todas partes. Chirle. Casi líquida a veces. Había ido adquiriendo diversos colores en las últimas semanas. Del mostaza al anaranjado hasta virar a un amarillo intenso. Vicky pensó en la historieta de Munro, y no quiso pensarlo. Sillones, paredes, almohadones y felpudos, todo cagado. Habían ido cediéndole cada rincón; la cama era lo único a salvo, la cubrían con una tela plástica y una manta. Trinity no dejaba nada sin marcar. Vicky limpió las cagadas del día.

–El veterinario dijo que se puede morir hoy, y Adriano todavía no llega. Pero ahora no sé si dijo eso. ¿Te parece que sufre? –Patricia seguía allí, clavada en el aire, como en los peores momentos de sus crisis.

–Duerme tranquilo. –Siempre quedaba un nuevo charquito de mierda, algún chorrito pegado a las cortinas, al vidrio del ventanal del balcón, en los muebles. Trinity se frotaba con lo que encontraba a su paso. Buscaba una salida o dejaba marcas ilusionado con un regreso.

9

Era lo mínimo que podía hacer cuando apenas faltaban días para regresar a su departamento: atender a los clientes para que la cuñada fuera a la peluquería. Elena no se perdía las finales de Joaquín, lo acompañaba en esos torneos de veteranos con el mismo ímpetu que a los campeonatos y exhibiciones de squash de otros tiempos.

–Conmigo no tenés ninguna obligación –repitió Elena dándole la última oportunidad de arrepentirse, antes de cederle el taburete. La carpeta de turnos mostraba una tarde tranquila.

Entre los cinco volúmenes escogidos, Lidia se decidió por uno que venía postergando. Una situación inusual ameritaba un libro poco común, de tamaño frágil, *La eternidad por los astros,* de Auguste Blanqui. Flamante reedición del libro escrito en 1871 por un revolucionario que había estado treinta y siete años en prisión, más tiempo del que Víctor y ella estuvieron juntos, sin el sometimiento de ninguna cárcel aunque en una eternidad con los astros. De inmediato corroboró su primera intuición: las notas al margen, escritas con un lápiz de punta más delgada que una aguja, no pertenecían a Víctor, alguien le había prestado ese libro y él terminó por apropiárselo. Entre los incesantes rebotes de pelota de los únicos jugadores anotados en la carpeta, se le ocurrió pensar cuántos serían los libros de Víctor que corrieron una suerte inversa. Una carambola fugaz quiso sembrar la duda de si no estarían entre ellos las fuentes ausentes de la clase magistral de la que Bernal Carranza había intentado apoderarse. No germinó, Lidia estaba inmersa en su propio juego.

Reconoció admirada, sin embargo, párrafos subrayados por Víctor. Estuvo a punto de desvanecerse al leer: “Cada

ejemplar nace, vive y muere a su vez. Nace y muere por miles de millones, en cada segundo que se escurre. Sobre cada uno de ellos se suceden todas las cosas materiales, todos los seres organizados, en el mismo orden, en el mismo lugar, en el mismo minuto en el que se suceden sobre las otras tierras, sus sosías. En consecuencia, todos los hechos cumplidos o por cumplirse sobre nuestro globo, antes de su muerte, se cumplen exactamente iguales en los miles de millones de sus semejantes". Intenso el lápiz en ciertos trazos, algunos de ellos llevaban al final una cola de mono, trazo típico de Víctor, la transmisión de su emoción llegando intacta hacia ella, mientras que como fondo tenía el rebote enloquecido de una esfera negra en el blanco universo del squash.

Copió lo subrayado sin detenerse un segundo. Al colocar el punto final, releyó lo escrito ladeando la cabeza, como un artista frente al lienzo, y entre dudas agregó las comillas de apertura y cierre a la cita. Se abstuvo, de todos modos, de poner esa ficha junto con las demás.

Aun cuando todavía faltaba un rato para que terminara el turno de los que estaban jugando, llegaron otros, la pareja de tórtolos, como los llamaba Elena. Ella muy flaca con una ridícula cola de caballo; él un cincuentón prensado como morcilla por las fajas plásticas y con zapatillas de astronauta.

Golpearon la puerta con insistencia, arrancándola del libro de Víctor y Blanqui.

–¿No está la señora? Nosotros somos jugadores habituales, la señora siempre nos encuentra un lugar para que practiquemos.

–Mi cuñada no está, pero no hay inconveniente. Lo que le decía es que ustedes no hicieron una reserva para hoy.

–Disculpe la confusión. –La clienta se refería al hecho de haberla supuesto empleada de la casa, Lidia en cambio prefirió confundir las cosas a su manera.

–No se preocupe, cada vez se hace más frecuente que alguien crea haber hecho lo que no hizo. Digo por lo de la reserva. –Como una pelotita dejó picando su mirada entre uno y otro. Luego volvió a la carpeta, sin dar lugar a que vieran que estaba vacía–: Por suerte tengo libre la cancha en unos veinte minutos. Una hora, ¿verdad?

Esperaron frente al blíndex. Él hacía ejercicios de

calentamiento, ella se arregló la colita de caballo unas treinta veces; en ningún momento se miraron para decirse las tiernas palabras que se repartían durante el juego. Cielo. Mi vida. Reina. Bastoncito mío. Aburrida de esperar, la mujer se acercó a Lidia para preguntarle por los preparativos de la boda. Se hizo la desentendida, no quería ser un entretenimiento para la tórtola.

–Elena me contó que todavía no se decidieron sobre el servicio de catering. Decile que cualquier cosa me avise. Conozco un *wedding planner* excelente.

–Voy a decirle, no se preocupe. –No iba a hacerlo ni le interesaba su preocupación. Que la hubiera confundido con una mucama era lo de menos, no vivían iluminados por los mismos astros. Acaso mejor: los astros aparentaban ser los mismos pero solo los suyos se sabían eternos.

Cuando los tórtolos se fueron, Lidia apagó las luces de la cancha, tal cual Elena le había pedido. Tres horas después –lo supo porque miró el reloj–, llegó la cuñada peinada de peluquería y apurada por vestirse.

–No todas las luces. Tampoco hay que exagerar con el ahorro, Lidia –bromeó encendiendo las del bar y el living del Palacio Riera, antes de correr a vestirse para que la viera. Y después preguntó–: ¿Cómo estoy?

–Impecable. –Y era verdad, había un brillo particular en Elena. Dudó si debía decir que no faltaría a la próxima final, no en obviar el comentario de la clienta. Para qué poner a Elena en un aprieto, si seguramente la cuñada intentaba aparentar entre los clientes acerca de su participación en los preparativos de la fiesta. Que nadie la tuviera en cuenta no era tampoco un asunto de Joaco, los Bresanello habían decidido encargarse por completo del casamiento.

Pantalones beige con un suéter de hilo al tono, y el collar haciendo juego con unos pendientes de piedras que Miranda le había traído de México. Arreglada pero sport: fue la frase que usaron las dos, sin saber quién la tomó prestada de la otra; al fin y al cabo les pertenecía a ambas por derecho propio de generación compartida.

–Tampoco es cuestión de ir vestida demasiado elegante, es algo informal. –Elena estiraba el empeine para mostrar la combinación entre los zapatos y los pantalones–. Apenas

termine el partido te llamo para avisarte si Joaquín ganó. Si es así, vamos a llegar tarde porque seguro comemos algo por ahí.

Podría arriesgar otro motivo para la incomodidad de Elena sobre los preparativos del casamiento. Que no estuviera segura de si Joaquín habría aceptado poner un solo peso, o a qué costo lo habría hecho. Lidia pensó aquello cuando volvió a quedarse sola en el Palacio Riera, a oscuras otra vez sobre el taburete, sin sentirse en falta por no correr a la cancha 1 a retomar el trabajo. Estaba en tránsito, igual que sus cosas, esperando para retornar al departamento en pocos días. Nada sucede de la nada, se dijo envuelta por las palabras de Blanqui: todo lo que es, antes dejó su huella. Por primera vez estaba sola donde Víctor había vivido su infancia. El llamado de Elena anunciándole el triunfo de Joaquín la sacó de esa atmósfera; enseguida volvió a ser una hoja en blanco. Víctor y Blanqui habrían dicho que no por blanca era una hoja vacía. Estaba tan escrita que se leía sola. Lo que no implicaba que contuviera una línea sobre la boda del sobrino y los fastidios de Elena. ¿Por qué insistía? En la hoja en blanco solo se hablaba de Víctor: Víctor y sus hermanos, Víctor y esa casa, Víctor y los astros, Víctor y ella.

Una oscuridad llena de luz. Era capaz de caminar a ciegas por el Palacio Riera luego de los veinticinco días que llevaba viviendo allí. Sin tropezarse siquiera con las personalidades de Elena y Joaquín. Sin dejarse engañar por el recelo ni por el cariño. Encendió la luz ante la llegada de Vicky, solo la lámpara que estaba en el extremo de la barra. La sobrina le hizo un gesto a la distancia para no molestarla.

–Vení si querés. Estaba pensando, y no sé muy bien en qué.

En el roce de las mejillas percibió el olor pútrido. Esta vez no quiso callarlo. Vicky le contó que su amiga Patricia tenía un perro con cáncer. Los tumores lo carcomían por dentro y el pobrecito cagaba en todas partes.

–Hace unos días le dieron una inyección. Creímos que no iba a pasar de esa noche. Pero Trinity resistió para seguir sufriendo. Es un cocker, aunque ahora parece una rata. Ni pelo tiene.

–Quizá sería mejor que lo sacrifiquen para que descanse

en paz.

–Mi amiga no quiere. Y el marido tampoco. O hace lo que ella dice para no afligirla. Es una historia larga, tía.

Dedujo que en la *historia larga* estaba incluido lo del olor de la ropa. ¿No limpiaban esa casa o era la sobrina la encargada de hacerlo? Una razón era peor que la otra, y juntas un desastre. Pero al fin de cuentas ella también se ocupaba de barrer y pasar un trapo húmedo en los pisos del Palacio Riera.

–¿Trinity se llama el perrito?

–Sí. Como el sheriff de una película.

–Era un cowboy, no un sheriff. Una serie de películas de hace por lo menos cuarenta años.

–Adriano es un fanático del cine. Siempre miramos películas. A Pato le hace bien. A Trinity le pusieron ese nombre porque era medio saltimbanqui. Cuando lo ves ahora se te retuerce el estómago.

–Pero no empezó a estar mal recién ahora, ¿o me equivoco? Vos traías ese olor de la calle el otro día, cuando estábamos con tu papá…

–Hace meses que está enfermo.

La sobrina no tenía voluntad de explayarse. Lidia prefirió contarle que Joaquín había ganado el torneo de tenis. Una conquista que no merecía demasiada atención para los hijos. El trofeo encontraría un lugar en la repisa del bar, junto a la colección de raquetas rotas, y por unos días atraería comentarios de los clientes.

Miranda llegó en ese momento y se espantó también por el olor.

–¿A todo el mundo tengo que explicarle? Patricia tiene un perro que se está muriendo y caga en todos lados.

–No sabía, perdón –dijo Miranda con una candidez que Lidia le desconocía–. Compartimos el mismo cuarto y nunca había sentido antes ese olor.

La actitud de Miranda no parecía ajustarse a la situación, no era solo cosa de ingenuidad. La irritación de Vicky también resultaba desmedida. Lidia nunca las había visto así; tuvo la impresión de que se perdía algo. Trató de explicarle a Miranda lo que Vicky había contado del perro enfermo; insistió incluso sobre su opinión de que lo más adecuado sería

sacrificar al animal. Quería dejar todo como al principio para que comenzaran de nuevo. Miranda, de golpe, empezó a reírse. Algo se había perdido, sin duda; ninguna de sus sobrinas deslizaba una pista. Miranda se había plantado una mueca socarrona en la cara, empacada en enfurecer a la hermana. Una veta cínica que Lidia tampoco le conocía. Vicky estaba furiosa; la otra sabía dónde molestarla y ella no sabía cómo defenderse.

–No entiendo, ¿qué es lo que te causa tanta gracia? –repetía Vicky. Y Lidia trató de aludir a una cita del libro que estaba sobre la barra, pero desistió en el último instante. Ni una ni otra terminaban de darse por vencidas, las dos daban vueltas alrededor de su taburete.

–Perdón, Vicky, te aseguro que no me río del perro. Es que me tenté con la coincidencia. Vos me contás de un perrito que se muere, y Joaco, el otro día, nos contó a la tía y a mí que encontró unas urnas con cenizas debajo del piso del baño. Conecté una cosa con otra. ¿Qué les pasa a mis hermanos que están atrapados por tanta cosa morbosa? No pude evitar pensarlo. Nada más que eso.

–No me acuerdo que Joaco lo haya contado.

–Sí, tía. Fue el otro día, cuando estuvimos en el PH. El plomero levantó el piso del baño y se encontró con eso.

–Estoy segura de que a mí no me lo dijo. Tal vez fue en ese rato en que estaba en el baño. No me sentía bien.

–Puede ser, sí. A vos, Vicky, no te lo contó.

–No. Pero se lo escuché contar a un amigo del plomero. No sabía que se trataba de la casa de Joaco. El marido de Patricia me lo contó. Por lo visto a Joaco le gusta espiar a mis amigos. Debe intrigarle mucho lo que hago con mi vida.

Lidia se empeñó en convencerla de que debía ser una casualidad.

En los días que le quedaron en el Palacio Riera no volvió a ver que sus sobrinas se dirigieran la palabra. Hacían lo imposible para evitarse, especialmente Vicky.

Vicky estaba susceptible porque había leído la historieta de Munro que encontró entre las ropas de su hermana. Miranda, en realidad, no sabía que el plomero era un conocido del ferretero, y menos que el ferretero era Adriano.

De todo eso se enteró en la discusión. Había querido molestarla, sin dudas, pero con los muertos, no con los vivos. Pero Vicky se sentía tan culpable por el episodio de La Cantante de Ópera que dejó que ese único sentido lo controlara todo.

La Cantante de Ópera se había retirado a Coronel Amianto a conjurar las causas que la llevaron a su retiro. Vivía encerrada en su casa, jamás pisaba la calle. Era pelada, al menos era lo que se suponía al verla día tras día con turbantes de distintos colores. Los rumores decían que se vestía con las ropas de las heroínas que había encarnado. Munro era el único que sabía cuanto sucedía dentro de esas cuatro paredes de la historieta. En efecto, La Cantante de Ópera se vestía con los atuendos de las grandes heroínas y actuaba escenas; mejor dicho: las des-actuaba, las actuaba para atrás. Y mientras lo hacía, cantaba sin voz. Iba tragándose el aire como si se prohibiera el sonido. Gesticulaba cantando para adentro. Descantaba lo que en los tiempos de su gloria había sido el deleite de los melómanos en distintos teatros del mundo. Munro proponía un muestrario exhaustivo de su boca abierta llenándose con lo que alguna vez había expulsado. Con un exquisito regodeo mostraba los suculentos pedos emanados tras esas actuaciones íntimas; ventosidades que sacudían cuadros y muebles con un poder hercúleo. Debían ser óperas completas, pese a que Munro economizaba en provecho de su propio arte, en una página reunía escenas de *Aída*, *La Bohème*, *Madame Butterfly* y *Bomarzo*.

En los desesperados intentos de la cantante por expiar su culpa, aparecían en la historieta fragmentos de otra escena, centrados a veces en la mano de un hombre, un pie, o el agua de una bañadera con ese mismo pie y la uña bien larga del dedo gordo; o el detalle de una mano, siempre se trataba del mismo hombre con una pierna enyesada metido en la bañadera. Era la pareja de La Cantante de Ópera. Había salido de gira dejándolo postrado con su yeso en una gélida semana de invierno, que Munro dibujaba con gorriones prisioneros dentro de cubitos de hielo en el alféizar de la ventana del baño. Veintitrés días tan llenos de aplausos y agasajos que la diva no logró recortar un mísero cuadrado de su historieta

para ocuparlo con el recuerdo de ese hombre que la esperaba en su casa. Pero ya estaba de regreso, toda para él. Decía: Amor mío, he llegado, aquí estoy. Deseosa de entregarme a tus brazos. Lo buscó en cada cuarto de la casa. Toda tuya, amor mío. Hasta que lo encontró muerto en la bañadera con el agua helada al cuello.

Un primer plano de la cabeza congelada del hombre ocupaba el último cuadrado del episodio, y como fondo la boca abierta de la cantante. Vicky reconocía en esa muerte la del padre de Miranda. Simón había encontrado a Lucas muerto en la bañadera. Simón no tenía ninguna relación con la ópera, ni Lucas tenía un yeso tan alto cubriéndole la pierna, pero ese muerto era él, y ella, por más que no recordara cuándo ni cómo, había compartido esa confidencia con Munro. Miranda lo había descubierto del peor modo, difícilmente la perdonara; o quizás sí, lo imposible era que pudiese olvidarlo.

Las dos valijas con las que Lidia había llegado al Palacio Riera no dieron abasto para tantos libros, tampoco quiso cometer la torpeza de llenarlas demasiado. Elena la ayudó a cargar los bultos en un taxi, Joaquín no había llegado a la hora convenida para llevarla en el Gol. Se encargó de excusar al marido: le había surgido un imprevisto en una obra en Boedo. Vicky se ofreció a acompañarla. Ya no emanaba ese olor, Trinity había muerto dos días atrás; Lidia, sin embargo, la vio olerse la manga del suéter un par de veces.

–No puedo irme sin hacerte una pregunta –dijo Lidia al quedarse a solas con Elena, minutos antes de abandonar el Palacio Riera.

–Tenés toda la razón, al final no encontramos un momento para conversar acerca de lo que querés hacer con tu parte de la casa. Una vergüenza, Lidia, porque nos sobró tiempo.

–Otro día hablamos de eso. ¿Por qué ponés esa cara?

–Debe ser porque me alegra oírtelo decir. No me refiero a lo material, entendeme. Me alegra el hecho de saber que a partir de ahora vas a venir a visitarnos. Hablamos cuando vos quieras. No sé, me emociona saber que vas a estar con nosotros disfrutando del casamiento de Joaco. Esas cosas. Una

se conmueve con facilidad al llegar a cierta edad. Así es. ¿Qué querías preguntarme?

–Es que no dejo de pensar por qué me dijiste que los chicos querían ver a Víctor mientras estuvo internado.

–Porque era cierto, Lidia. El error fue mío por avisarles tarde.

–Fue lo que me dijiste. Me acuerdo. Lo que no me contaste es por qué después no vinieron al velorio. No es un reproche. Es una duda, nada más.

–Me pareció que te iba a gustar saber que ellos pensaban en ustedes. Que los tenían presentes. Tal vez lo mejor habría sido cerrar el pico. Estaba aturdida todavía por el accidente de Joaco.

–Entiendo, Elena. Pero, ¿a Miranda le llegaste a contar que Víctor estaba internado?

–Después le conté. A ella también le avisé cuando pasó todo. Fue a la primera que le dije.

–¿Cuando murió Víctor, querés decir? No te entiendo.

–Sí. En realidad, sí, y fue un error no contarte desde el principio cómo fueron las cosas. Miranda estaba tan atareada con sus cosas, tratando de que la autorizaran a viajar a Buenos Aires. Si no ella te hubiera llamado, Lidia.

–Seguramente. Igual tampoco habría logrado nada llamándome.

–Por lo visto, sí, Lidia. De otro modo no tendríamos esta conversación. Uno no siempre actúa como quiere. Eso vale para mis tres hijos, para mí, y me imagino que para vos también, ¿o no?

10

Solo Miranda conocía las razones por las que Southern World Consulting la había asignado a un equipo en Buenos Aires, una decisión en la que no tenía incidencia el accidente de Joaco. En las normas de la empresa estaba estipulado que ningún miembro de un equipo asesor debía pertenecer al país de la firma contratante; el principal motivo acaso fuera que la condición de extranjería añadía mayor credibilidad a los resultados. Ella ni siquiera vivía con el equipo asignado y se ocupaba a tiempo parcial de las tareas; apenas si mantenía alguna reunión semanal con el *team leader*, un tico que en nada osaba contradecirla. Eran demasiadas excepciones para un contrato de cuatro meses de asesoramiento a empresas de telecomunicaciones, que estaba por llegar al final. Reconocía que las prerrogativas tenían un costo y que no debía continuar en la Southern. Mejor: Miranda estaba convencida de que la suerte era una ruta de doble vía en la que siempre había que estar atenta a lo que venía por la otra mano, jamás cegarse en el propio camino. Lo ocurrido con el equipo en México le había otorgado privilegios que no eran más que anteojeras.

Nadie en la familia preguntaba por sus planes, se conformaban con que estuviera estudiando las posibilidades de quedarse en Buenos Aires, como se conformaron con lo poco que contó de sus peripecias con la gripe A en México. Para todos era la única que tenía las cosas resueltas en la vida, aunque jamás lo mencionaran.

“Por supuesto que para nosotros (se refería específicamente a Elena y a él) nada podía ser mejor que Miranda viviera en Argentina, pero nunca quisimos interferir en sus decisiones. Y no nos habría llevado el apunte, eso

seguro. Cortamos por lo sano: no le preguntábamos, y punto" (Joaquín, 59 años).

"Mientras daba vueltas esa gripe, lo único que me interesaba saber era que Miranda no se hubiera contagiado. Cada vez que hablábamos por teléfono se me retorcía el estómago si le oía rara la voz. Me daba pánico, y en el fondo no podía quitarme esa idea de la cabeza. Así como le había pasado algo malo a Vicky y a Joaco, creía que algo tenía que tocarle a ella. Algo que por suerte no ocurrió" (Elena).

Tal vez por esa manera de entender la suerte, Miranda vivía preguntándose *Qué habría pasado si...* En el equipo del DF eran solo dos mujeres en un grupo de cinco. Desde el principio Miranda y Doris, la *team leader*, congeniaron, quizá porque era una manera de sentirse más seguras: los otros tres debutaban con esa asesoría. Ante la noticia del accidente su primera reacción fue regresar a Buenos Aires, al día siguiente habló directamente con su hermano y decidió quedarse. Joaco ignoraba que Eugenia estaba en coma. Entre las preguntas de Miranda había una fundamental: *¿Qué habría sucedido de no haber alentado a Joaco a que se comprara esa moto?* Todas por igual se convirtieron pronto en acciones en falso, opciones vencidas en el mercado de futuros, porque uno o dos días más tarde escucharon por televisión el anuncio de una cuarentena para el DF ante la pandemia de la gripe A. Debían permanecer encerrados los cinco en el apartamento de Chapultepec y trabajar *on line* con las empresas. Ni restaurantes ni discotecas, exigía la Southern.

¿Qué habría sucedido si antes de anunciarse la cuarentena hubiera emprendido el regreso hacia Ezeiza? El primer caso se había registrado en San Diego; seis semanas después la pandemia alcanzaba a los tres países de América del Norte. Cien víctimas fatales en México. El ejército se había movilizado para distribuir seis millones de barbijos entre la población del DF, que superaba los 20 millones. En el resto de América Latina y en el mundo, decían, la situación no era más auspiciosa. Se tornó espesa la convivencia en el apartamento. Los tres varones se prepoteaban ante la menor diferencia. Dos contra uno, generalmente. En todo se excedían. Doris y Miranda se turnaban en los desplantes. Una

madrugada la *team leader* apareció en su cuarto, desencajada porque su vecino de pared estaba medio borracho y masturbándose. Intolerable. Miranda le ofreció intercambiar los cuartos por esa noche. Concilió el sueño sin oír ni los jadeos ni los palmoteos que tanto habían enervado a la *team leader*. Al rato la despertaron sus alaridos y corrió topándose con los demás en el embudo del auxilio. Doris batallaba por sacarse de encima al compañero borracho que se había lanzado sobre su cama. *Qué habría pasado si ella no le hubiera cambiado de cuarto; qué habría pasado con el otro de haber sabido que era Doris la que estaba en esa cama y no ella con quien, en los últimos días, coqueteaba para paliar el aburrimiento.*

El hombre quedó ensangrentado, boqueando desnudo en el suelo con los soquetes puestos. Acordaron callar el suceso y seguir adelante; horas más tarde Doris cambió de opinión. Southern World envió rápido a un abogado. El equipo quedó disuelto. La empresa calló lo ocurrido repartiendo premios y castigos, pero les ordenó a todos permanecer en el DF hasta mediados de diciembre. Fueron meses de inagotables entrevistas y acuerdos que impidieran cualquier reclamo.

Miranda hacía planes, listas de proyectos para quedarse en Buenos Aires y renunciar a Southern World. Ingenuos y estrambóticos muchas veces, posiblemente porque temía descuidar las alternativas menos previsibles, las que se alejaran de lo que sus manos podían tocar con naturalidad. (N. del A.: Tampoco esto resulta del todo convincente). A Simón le había propuesto un negocio, importar antigüedades de otros países latinoamericanos, le sobraban contactos, los colegas con los que había trabajado en esos años, todos hijos de familias acomodadas, herederos de rarezas centenarias devaluadas en la era del plástico digital. Contaba con buenos ahorros pero necesitaba la experiencia de Simón, que ya a fines de los sesenta tenía un puesto en Plaza Dorrego que atendía disfrazado de hippie, como lo había calificado la revista *Panorama* en una nota sobre “La bohemia de San Telmo”. Simón insistía en su negativa. Porque estaba mayor, dijo, para empezar algo nuevo; porque ella debía continuar haciendo lo que sabía que para eso había estudiado; porque el

hecho de que le faltara otro candidato a socio era la mejor prueba de que su lugar no estaba en el país.

–Eso último es lo único sincero: vos no querés que me quede. Y yo sí, Simón. ¿Para qué? Porque estoy grande y vos también.

–No ha lugar, como dicen los abogados. Conversemos otro día. Y de otra cosa. Ahora es el momento en que las visitas tienen que irse.

Típicas reacciones de Simón. Miranda rumiaba lo que siempre se le quedaba en el tintero: que él era la otra parte del padre que le faltaba. Presuponía el latiguillo de Simón: Soy simplemente una persona que ha nacido con una alita quebrada y no he hecho más que ingeniármelas para sobrevivir. ¿Diría lo mismo de Lucas? Seguramente, pero habían dejado de importarle las tribulaciones sexuales del padre. Simón ya no se parecía a El Santo. Si el tiempo comenzara de nuevo ese día nadie lo apodaría Simón por Simon Templar, debería conformarse con ser apenas Enrique, aunque eso no modificaba que continuara siendo el único santo que ella veneraba, la única iglesia en la que su padre resucitaba cuando ella quería.

–Si mañana a la noche no tenés nada mejor que hacer, te espero a comer. Alrededor de las ocho, antes no porque tengo que arreglar un asunto de la casa del Delta. Después te explico –dijo acompañándola al ascensor.

¿Qué más tendría para contarle si ya le había contado que quería vender la casa? Simón reflejado en el espejo. Enmarcado como un retrato de época. También Joaquín se teñía el pelo, cada domingo a la mañana Elena lo sentaba en una silla en el fondo para retocarle la tintura color castaño. No le quedaba tan bien. Simón buscaba hacerle trampas al tiempo, Joaquín añoraba detenerlo. Desde su Blackberry, apenas salió a la calle, canceló la entrevista con el *team leader*. Quedó en volver a llamarlo para concertar otra; ningún reparo del otro lado. Tomó un taxi de calle para ir al PH de Joaco. ¿Su hermano había pensado invitar a Simón al casamiento? Iba a pedirle que lo hiciera. Cuando estaba por llegar recordó la pelea con Vicky. Cambió de planes. Bajó del taxi sin saber adónde ir.

Los pasos decidieron por ella. El tugurio del técnico de

ojos verdes estaba cerca. Martín se sorprendió al verla. Hablaron de las cámaras. Miranda lo puso a prueba sobre las técnicas digitales. Martín habló de la obsolescencia programada. Las computadoras se fabricaban para tener un tiempo predeterminado de vida útil, después *mueren*, dijo; desde hacía meses buscaba la solución para prolongar el uso de las impresoras, a las computadoras las afectaba menos ese problema porque caducaban antes por los bombardeos de publicidad y el consumo desesperado, otra cosa quizá ocurriera con los celulares y los nuevos *gadgets*. Ella le mostró su tableta. No tenía libros electrónicos, la usaba para leer revistas de finanzas y las alertas de Bloomberg y los RIC de Reuters. Luego contó para qué quería las cámaras. Monitoreo de ancianos y personas discapacitadas o de movilidad restringida que vivieran solas. Cámaras instaladas en viviendas y conectadas a una central que diera aviso inmediato ante el menor percance. Auxilio médico y enfermería las veinticuatro horas. Todo tercerizado, bla bla blá.

La efectividad de ese proyecto solo le resultaba creíble si lo miraba con sorna. Tal vez ni siquiera fuera el sexto de su lista, como decía. El primero era el menos viable, consistía en montar otra consultora aprovechando su experiencia en las NIIF; la dificultad de base estaba en que los posibles clientes ya contarían con ese servicio. El segundo era más factible, postularse como broker de los productores cerealeros argentinos para invertirles el dinero en fondos de México y EE.UU. Conocía el circuito del mercado para desarrollar el emprendimiento. Eugenia se había ofrecido a concertarle una reunión con el padre, productor de girasol en sus campos de Maipú de toda la vida y que en los últimos años había adquirido otros en las afueras de Rosario para concentrarlos en la soja.

–Estoy segura de que la propuesta le va a interesar. Tenés que llamarlo.

–El día en que los chinos se cansen de la soja, no sé qué será de nosotros. –La intervención de Joaco era un modo de aprobar el contacto. Miranda no tuvo dudas de eso.

Habían pasado dos meses desde aquella cena de los tres

hermanos y Eugenia en un restaurante de Las Cañitas. Vicky se levantó de la mesa antes de que pidieran el postre; unos amigos la esperaban para ver una película. Preguntas de Joaco: ¿Al cine tan tarde? Un DVD. ¿Qué película? *Camille Claudel*. ¿Es buena? Ninguno la conocía; Eugenia fue la única en hacer comentarios, buscaba desviar el interrogatorio de Joaco. Miranda notó excesiva también la actitud de su hermano hacia Vicky, por eso salió con su proyecto de convertirse en broker de los productores cerealeros. Si no había vuelto a retomar la conversación desde aquella ronda de café en que quedó a solas con Eugenia y Joaco, era porque aún sentía miedo de la suerte que la había devuelto a Buenos Aires.

De haber continuado el viaje en taxi hacia el PH de Joaco, habría llegado en el momento en que su hermano y Eugenia se preparaban para desayunar. Se habían acostado tarde la noche anterior. La refacción había ingresado en una etapa que permitía disfrutar mejor los espacios de la casa. El baño funcionaba –Joaco ya no debería ir a ducharse al Palacio Riera al término de cada jornada–, el deck estaba colocado y apenas faltaban detalles de decoración en el dormitorio; Eugenia no se decidía por los colores de las cortinas, más aún pensando que en un futuro cambiarían el cemento alisado por un piso de madera tarugado. El living era el único ambiente que permanecía, decía Eugenia, en “estado Kosovo”. La biblioteca de cajones se mantenía rezagada. Menos en eso habían acordado en todo. En lugar de oponerse de manera explícita, ella desgastaba la idea, como si la fuera limando hasta que no quedara nada.

Cafetera italiana sobre la hornalla encendida. Fuego azul sobresaliendo de la base de metal. Eugenia distrajo la vista para pedirle a Joaco que le alcanzara la cartera. Quería mostrarle algo, recién ahora se acordaba.

–A ver qué te parece –murmuró hurgando en su billetera hasta encontrar la tarjeta profesional recién impresa. Se la pasó a Joaco para que la viera. Compartir la emoción de la primera vez en que uno de los dos anotaba la dirección del PH como propia. Y añadió: –Es lo de menos si después atiendo acá o alquilo un consultorio.

–Pero pusiste que sos psicóloga y no es verdad.

–Voy a serlo en menos de dos años, Joaco. ¿Cuál es el problema? Conozco gente que atiende sin el título. Lo importante es que está la dirección del PH. Y que puse "de Riera". ¿Tampoco te fijaste? Tenés una facilidad increíble para arruinar las cosas. Dámela, no importa.

–Lo único que te dije es que no es verdad…

–¿De qué verdad me hablás? –Fue lo último que dijo antes de irse dejándolo con la cafetera que gorgoteaba en el hervor.

No esperaba que Joaco fuera detrás, ni él amagó hacerlo. Tardó unos segundos en reaccionar. Después, como quien retoma una tarea suspendida hace instantes, retiró las dos urnas que estaban bajo la improvisada mesa ratona y las vació en el inodoro. Rompió las cajas a pisotones. Luego tragó una de las pastillas amarillas con un sorbo de café y mucha leche fría.

Si Miranda hubiese estado presente en el PH quién sabe cuánto más habrían permanecido esas cenizas allí, en cambio la discusión apenas habría cambiado la mañana por la noche. Pero ya era pasado el mediodía, ella estaba en el sótano de Martín, terminaba de contarle de las cámaras para su proyecto y, de golpe, lo vio ponerse pálido.

–Vinimos a traerte esto que te olvidaste. –Irene le alcanzó el tupper del almuerzo mientras los chicos corrían a besar a su papá–. No queríamos interrumpirte.

Los hijos querían quedarse, no habían tenido clases ese día y el plan de jugar en la plaza era menos atractivo que husmear en unos jueguitos nuevos. Irene inspeccionó a la intrusa. Miranda supo soportarlo. No huyó despavorida; es más, demoró un rato en irse. Dos mediodías después regresó con la cinta de un Geloso que Simón le había dado la noche anterior. Un carretel de plástico transparente con una cinta y una etiqueta que decía "Canciones Lucas"; la había encontrado en un ropero de la casa del Delta. Simón dijo que tardaría unos días en conseguir un grabador de cinta abierta para escucharla. Ella no quiso esperar tanto para conocer la voz de su padre. ¿Por qué pensó que Martín conseguiría más rápido una solución? Lo que sea, pero no se equivocó.

–Cierro la puerta con llave, mejor –dijo mientras la voz de

Lucas se empecinaba en conquistar el aire del sótano. Eran canciones de Los Beatles cantadas por Simón y por Lucas rasgueando una guitarra. La voz de Lucas no parecía la voz de un padre, sonaba chillona, temeraria sin reconocerse frágil–. Me gustaría darte un beso como parte de pago. ¿Puedo?

Apoyó las manos a ambos lados del sillón de trabajo de Martín para evitar que se escapara. A través de las ventanas del local, pegadas al cielorraso, se veían los pies de los que caminaban por la vereda.

Joaquín recién sintió la ausencia de Lidia en El Palacio Riera unos días más tarde, al desconectar el cablerío de la cancha. Elena se detuvo a observarlo del otro lado del blíndex. Esperaba que hiciera la típica promesa de que arreglaría esa cancha; pero no, se quedó como una estaca sobre la T enrollándose el cable en el brazo.

Durante el mes en que Lidia estuvo en la casa, la única vez que habló a solas con ella fue luego de la semifinal del torneo de dobles. No había sabido buscar oportunidades. A menudo pispeaba por el vestidor o se inclinaba desde la escalera para verla trabajar con sus libros, sin animarse a molestarla. Víctor le había comentado una vez que en una novela de Dickens unos personajes jugaban al squash. Creía recordar que se trataba de *Papeles de Pickwick*. Nunca encontró el pasaje porque tampoco leyó la novela. ¿Estaría ese libro entre los que Lidia tenía a su alrededor? Le habría gustado saber si Víctor había compartido con ella esa curiosidad que tanto hablaba de él.

Pero cómo preguntarle sin que Lidia lo malentendiera. Que creyera que buscaba manipular su decisión sobre la herencia. La casa que había pertenecido a los hermanos Riera ya no existía; él se había encargado de demolerla para construir el club de squash, acrecentando el valor de la propiedad, un beneficio que a ella no le correspondía, la valuación de su parte debía realizarse en base a lo que había sido la casa original, no sobre la edificación actual. Por más que fuera antipático sacarlo a relucir, se trataba de algo imprescindible para poner en claro. Ser justos y punto. Era irrelevante que el club no estuviera terminado, la estructura estaba preparada para completar la edificación. Podía

transformarse en un gimnasio para deportistas de alto rendimiento; y todo eso pesaba en la tasación que se hiciera. Lo justo era hacer un cálculo razonable y que entendiera que no estaban en condiciones de desembolsar el dinero de una sola vez.

–¿Qué es eso? –Vaciló unos instantes antes de reconocer la música que salía de los bafles del Marantz.

–No sé, Joaquín, lo puso Miranda, preguntale a ella. –La displicencia de Elena se disolvió antes de terminar la frase.

–Es Lucas cantando canciones de Los Beatles –dijo Miranda.

Tampoco a Joaquín le llamó la atención que no dijera "mi papá". Se concentró en la voz de su hermano, que salía bastante límpida de ese ruido latoso. Como hipnotizada, Elena se acercó al sillón frente al televisor y el equipo de música.

–Cuesta creer que sea él. No le conocía la voz. –Miranda se acurrucó en los brazos de Elena, aunque no estaba conmovida como la madre había esperado; como siempre esperaba en realidad.

Pronunciación de inglés de academia. Exagerada, explosiva. Los tres hermanos Riera habían tomado clases con un matrimonio de ingleses que vivían en las Casitas Baratas, y rendían los exámenes en la Cultural Inglesa. Lucas y Víctor terminaron el ciclo completo, Joaquín solo los dos primeros años. En "Here, There, and Everywhere" había varias frases mechadas en castellano. Joaquín: A Lucas le gustaba traducirlas. Las otras dos canciones estaban cantadas íntegramente en inglés.

–"Guitarra vas a llorar", "Aquí, allí, y en todas partes" son de Los Beatles. Pero la otra no. "Orgullosa Mary" es de Creedence.

–¿Estás seguro?

–Segurísimo. Es de Creedence, ponele la firma.

–Es lo mismo –dijo Elena cortándole las ganas de explicar–. Lo que importa es que Lucas cantaba realmente bien. Podría haber hecho una carrera en la música.

La grabación recomenzaba una segunda vez cuando Vicky llegó. Se quedó escuchando.

–¿Es el tío Lucas el que canta? –se animó a preguntarle a

su hermana.

–Sí –dijo la madre.

–Lucas y Simón –agregó Miranda–, que le hace los coros. Ese ruidito molesto que se oye atrás es un toc-toc, me parece. Palitos de escoba cortados, igual que hacíamos en el jardín de infantes. Eran dos personajes.

El nombre de Simón mantenía un poder mágico en la familia. Bastó que Joaquín lo oyera para que perdiera interés. Podía permitir que Simón le diera esa grabación a Miranda, no oírlo mencionar en su casa.

En cuanto Elena vio que se alejaba al cuarto, le pidió a Miranda que le hiciera una copia del CD.

–Para que lo escuche tranquilo cuando está en el auto. Dale ese gusto. –Hablaba dando por sentado que Joaquín era el único padre que Miranda podía reconocer, por encima de todo porque ella era su madre. Sin duda no se trataba de una reacción infatuada. Y levantó más la voz hacia Joaquín que subía las escaleras–: Miranda quiere hacerte una copia para vos. ¿Te parece bien?

Todo estaba en orden.

La cartera de Vicky en el suelo, enorme y repleta. A la agenda se le sumaban papeles que no aceptaban mantenerse entre esas páginas y se hacían bollos entre mudas de ropa interior, un desodorante, toallitas femeninas en una bolsa de nylon de Carrefour, un mp3 con auriculares rotos y otros en mejor estado pero con el cable enredado, un celular con la pantalla astillada, una remera, un suéter, volantes que le daban en la calle, una billetera con más papeles que billetes, un monedero bien cargado, caramelos sueltos, una cajita de fósforos Fragata donde guardaba las tucas que fumaba en el baño asomada a la ventana, el recorte con la nota sobre Munro ya bastante arrugado, y el recibo de una cuenta de luz de la casa de Patricia y Adriano que había pagado. Patricia había tenido una nueva recaída luego de la muerte de Trinity. Ella se encargaba de cuidarla y la ayudaba con la casa. El olor de Trinity quería retornar.

Para cambiar la rutina anterior Lidia decidió trabajar en la

mesa de la cocina. Todavía no había ordenado la biblioteca, los libros aún permanecían en las cajas. Retomó la tarea ocupándose de unos volúmenes de memorias. Sin revolver demasiado reunió diez; los números redondos le parecían auspiciosos. No comenzó, como había pensado, por el de Antonieta Rivas Mercado sino por el de Wittgenstein. La intrigó que Víctor dejara sin comentar ciertos aforismos. Le llamaba la atención que sintiéndose tan representado por ese que decía "De hecho, pienso con la pluma, pues a menudo mi cabeza no sabe lo que mi mano escribe", y que remarcó con un círculo, pasara por alto el número 62. Ni un signo de exclamación, ni una mísera línea vertical en el borde. Luego de un buen rato, dilucidó el motivo de la elisión. El número 62 era una velada alusión a la edad, el último año completo de vida. Víctor no marcaba lo que ya estaba marcado, es decir, su vida; o no marcarlo era una manera de marcarlo, bla bla blá. Temió precipitarse en un vórtice de conjeturas, más al verse preguntando al aire razones que él era incapaz de ofrecerle.

La salida que encontró fue transcribir el aforismo como si Víctor lo hubiera señalado. Lo copió en la serie de fichas que mantenía apartadas, un pilón apretado con una bandita elástica. Un conjunto considerable. Luego decidió incorporar un acto salomónico. Ya que Víctor no lo había marcado decidió partirlo en dos, haciendo que una mitad le perteneciera a él y la otra a Wittgenstein. De esa manera lo que comenzaba dicho por Wittgenstein terminaba siendo comentado magistralmente por Víctor. "Una tragedia –decía W– podría empezar siempre con las palabras: 'Nada hubiera sucedido si no…' (¿Si él no hubiera quedado atrapado por un extremo de su ropa en la máquina?)". Y Víctor retrucaba: "Pero esta es una consideración unilateral de la tragedia, que solo muestra que un encuentro puede decidir toda nuestra vida".

Se permitió la licencia de una corrección: "Pero se trata de una consideración que pretende arrancarnos nuestra libertad, porque cada uno de nosotros debe decidir cuál es el encuentro que define nuestra vida".

En la revisión posterior le molestó la insistencia de la primera persona del plural. Se conformó pensando que ese

desliz era una manera de acompañar a Víctor en sus escritos.

11

El blanco con el que habían pintado la biblioteca era otro blanco. Parecía más brilloso y resaltaba la diferencia con el blanco de las paredes. Quizás tenga que gastarse, pensó Lidia con la vista entregada a los estantes vacíos. Se figuraba la disposición general sin inconvenientes, el panorama de lomos coloridos que aplacarían esa impresión. La ubicación de los libros en los estantes no obedecía a otro rigor que los del gusto y los intereses de Víctor. Cuando la acompañó en su regreso, Vicky se había ofrecido a ayudarla a ponerlos en orden, sin embargo ella prefirió mostrarle el departamento y despacharla rápido.

–No es muy grande ni muy chico, ¿no es cierto? Con tu tío a veces pensábamos en mudarnos a uno más amplio, por los libros; y al final terminábamos quedándonos en este, también por los libros. Siempre tironeados entre los libros que teníamos y los que iban a venir.

¿De dónde había brotado ese comentario que ella no quiso decir? Se había lanzado a hablar ansiando el momento de quedarse a solas y se perdió, posiblemente en el instante en que quiso mencionar a Víctor. Porque estaba por pronunciar su nombre y le resultó impertinente hacerlo ante la sobrina que tenía un recuerdo vago de él, confundido con el olvido. Igual que Miranda, en definitiva. No: le molestó haber hablado de los libros como hijos. Eso era. Hijos que no habían venido quién sabe desde dónde, o como los sobrinos que le faltaban tanto como los hijos propios. El libro de Víctor valía por todos los libros del mundo.

Los estantes siguieron despojados durante veinte días. La tarea de ordenar la biblioteca le demandó tres jornadas. Terminaba exhausta cada vez pero, como se repetía a sí misma, equilibrada. Ni una comida dejó pasar. Todo había

cambiado. Dependía de ella en el más amplio sentido del término. Libre en las decisiones que habría de tomar. Apenas si se detuvo en consideraciones al advertir que faltaba espacio en la biblioteca para algunos volúmenes, a pesar de que la cantidad no se había modificado. Una constatación semejante en otras circunstancias, semanas atrás sin ir más lejos, la habría desquiciado; esa vez fue un mero dato de la realidad. Barajó conjeturas. Que había llevado al living volúmenes que pertenecían al escritorio o que estaban sobre las mesitas de luz (lo que no era cierto); que acomodó de manera correcta ciertos libros que habían estado en posición horizontal encima de otros (lo que era muy posible); que antes los libros estaban más apretados entre sí (probable); que los libros humedecidos habían engrosado su volumen (más que probable); que cobraron mayor espesor al ser revisados (posible pero improbable); que el ensanchamiento se debía al peso acumulado en sus lecturas, insufladas de nuevas intenciones, en las que ella era una simple médium de Víctor (incierto). Múltiples y variadas posibilidades, aunque ni amalgamadas se animaban a afligirla, cosa que sí conseguía el hecho de que Miranda no la hubiera llamado ni una vez desde que regresó del Palacio Riera. Ese detalle tan huérfano durante más de dos décadas lograba ahora cortarle el aliento. Elena, en cambio, la llamaba con frecuencia para recordarle que la esperaban, y ella escuchaba a medias y respondía que sí, sin comprometerse a fijar un día para su visita.

Lo demás era un silencio que no hacía mucho se había mostrado devastador. Se empeñó en mantener acotado el desinterés de Miranda, para hacerlo manipulable. Era Víctor el único que faltaba, y ni siquiera era capaz de convocarlo. Sí: lo estaba dejando ir para que volviera a través de su libro y se quedara toda la vida.

Llegó a pensar en Miranda solo en los minutos en que Elena la convocaba al teléfono. Se sintió completa.

Trabajaba en libros muy viejos, lecturas de estudiante de Víctor en los inicios de su elástica carrera. Notas que intentaban ser imponentes, aun cuando la mayoría naufragaba a la deriva de la pretensión. De quince volúmenes extrajo apenas cuatro párrafos. Una nota en el ejemplar de *La República* que parecía menos añeja que las demás la condujo

hacia otro estante, muy lejos de aquellas lecturas. Un largo trecho anduvo junto a Víctor montada en los centauros de Arno Schmidt; huían de los *never-never* tratando de llegar a *la república de los sabios*. "¿No habrá un refugio mejor para San Flaubert?", había escrito Víctor al margen, y ella volvía a leerlo una y otra vez tratando de descifrar el pasaje, cuando oyó el portero eléctrico. Ese "tía" reclamándola siete pisos abajo la devolvió al frío del otoño de este mundo.

–Debe estar cerrada con llave, bajo a abrirte. Qué alegría. En un minuto. –Hacía semanas que solo hablaba lo indispensable; en el supermercado menos que en la panadería, porque eran chinos. Cerró el libro para no dejar las notas a la vista. Antes de bajar pasó por el baño a mirarse en el espejo. Volvió a mirarse en el que había en el ascensor; ningún resto de los centauros en la piel. No dudó de que se trataba de Miranda hasta llegar a la planta baja. Fue el relámpago de un instante antes de salir al hall. Apuró el paso para recibir a Vicky con un abrazo.

Ordenados alfabéticamente, sí, del primero al último. Ubicados por áreas o disciplinas afines en los estantes. Sí, había usado una escalerita que guardaba en la cocina para los más altos. No, nunca demasiado trabajo.

Parada ante la biblioteca, Vicky contemplaba el paisaje de libros sin el menor amago de acercarse. Por suerte evitaba ciertas preguntas, la que tanto sulfuraba a Víctor ("¿Los leyó todos?") y la que Lidia habría tolerado aún menos: "¿Había ordenado la biblioteca tal cual Víctor la dejó?". Contestar hubiera sido desprenderse de una dicha que se negaba a compartir.

–Preparo café. Te lo debo desde el otro día. Si tenés hambre puedo hacerte un sándwich. Esta vez tengo pan y fiambre. –En el reloj de la cocina vio que eran las cinco y veinte, demasiado lejos del mediodía y temprano para la noche.

Vicky solo quería café. Inmóvil en el centro justo de la biblioteca, repitió que estaba de paso y que no quería molestarla.

–Vengo de conocer el PH de Joaco. Acompañé a Eugenia a lo del fisioterapeuta, y aproveché para pasar. No sabía que

estaba tan cerca de tu casa, tía –y continuó hablando del PH.

Lidia alimentaba la conversación con frases cortas y monosílabos, le costaba concentrarse en dos tareas a la vez, había perdido el ritmo. Al darse vuelta para hacerle un comentario, notó que desde su ángulo de visión la cabeza de la sobrina tenía de fondo los estantes de literatura latinoamericana. Intentó descifrar cuáles serían los volúmenes que la rodeaban a la altura de las orejas. Docenas de cada lado en realidad, no menos; aun así se empacó en dilucidar unos pocos. Imposible. Igual se quedó con dos títulos mientras pasaba al living con la bandeja: *Yo, el Supremo*, lomo negro y tipografía en blanco, y *La Habana para un infante difunto*, con los mismos colores pero invertidos en su posición. Era preferible que Vicky le contara cualquier cosa del PH a que declinara en preguntas sobre la biblioteca. Pero conocía muy poco de su sobrina.

–Traje leche por si lo querés cortado. Acercate, Vicky, no te quedes parada ahí como un obelisco. –Pudo haber dicho también que apenas sabía que le gustaba el café de tanto oír a Elena regañándola porque tomaba demasiado. O completar que parecía un obelisco con joroba cargando esa cartera enorme.

–Sé que parezco un ekeko, todos me lo dicen. –Descargó la cartera en el piso, y se agachó a sacar algo–. Son los libros de inglés y el cuaderno del tío Víctor. Como los dejaste en casa, te los traje.

–¿Eran para mí?

–Claro. Tal vez te sirvan para el libro. Te los hubiera traído antes, hace un tiempo que los tengo en el bolso. Pero en mi casa me dijeron que no te moleste.

–Es un placer que vengas a visitarme.

–¿Y dónde los vas a poner? Estos libros. ¿Dónde? En la biblioteca del escritorio, acá no me parece, ¿no?

–Tendré que ver.

–Me hubiese gustado ayudarte, aunque más no fuera sacando los libros de las cajas. El tiempo me sobra.

–Ya vas a encontrar algo que te interese. ¿Está bien el café? Es descafeinado. Hace años que no tomamos otro. Me acostumbré por Víctor.

Vicky terminó su pocillo de un sorbo. Atolondrada como

siempre, habría dicho Elena. Lidia estaba compenetrada en sus propias cosas como para averiguar si aprobaba el café por puro compromiso. Vicky era franca, eso creía saberlo. Elena decía que vivía pensando que podía llevarse el mundo por delante; Miranda no opinaba lo mismo, decía que todos a quienes socorría terminaban por lastimarla.

–Es raro estar acá.

–¿Lo decís por tu visita o soy yo la que te parece rara, Vicky?

–El problema es mío. ¿Te acordás que te dije que me acordaba del tío? Te mentí, no me acuerdo nada. Había oído hablar de ustedes, pero para mí eran desconocidos. Ahora que te lo dije tal vez todo empiece a ser menos raro. Ni siquiera estuve en el velorio.

–Tu mamá me contó que les avisó tarde a vos y a tus hermanos. Primero me dijo una cosa y después otra.

–Puede ser. Pero yo estaba en mi casa cuando ellos fueron al velorio.

–Escuchame, Vicky. Si hubiera tenido una ínfima pizca de rencor no habría estado un mes viviendo con ustedes. Una elige cuáles son los actos que importan. Permitime hacerte una confesión: los dos estamos agradecidos por la manera en que se comportaron conmigo. Lo que siento yo, desde algún lado sé que lo siente él. ¿Suena alocado?

Vicky negó con la cabeza.

Era la primera vez en mucho tiempo que Lidia encontraba interés en una conversación. Quería capturar ese momento; en verdad, lo que deseaba era dejarlo ir con la condición de que se llevara consigo todo rastro. Tentativas improbables, aunque mucho mejor que andar repitiéndose que Víctor ya no sentía nada.

–Me reconforta que no me veas como a una loca. Te digo más. A pesar de que no tenías ninguna obligación de ir a despedirte de Víctor, me reconforta saber, y no imaginás cuánto, que lo que pasó no se te haya escurrido entre los dedos como si nada. Ojalá pierdas esa sensación de distancia que sentís entre nosotras o en esta casa. ¿Querés más café?

–No, está bien. Hay algo más. El otro día, cuando te acompañé a traer tus cosas, en un momento me olí el puño del vestido, y vos me preguntaste algo. ¿Te acordás?

–Si fue algo desatinado, prefiero olvidarlo. No me acuerdo. Tengo presente el momento, eso sí. Pensé que era por el perro de tus amigos.

–Trinity, sí. Vos me preguntaste qué habíamos hecho con el perro y no supe qué contestarte. –Vicky se contuvo un instante, recién caía en la cuenta de que se refería a un perro muerto luego de hablar de Víctor.

–¿Y te hice un comentario desagradable al respecto? El olor me había dejado pasmada, pero no ese día, estoy segura.

–Me mirabas de soslayo. Te descubrí un par de veces haciéndolo. Y al rato, me preguntaste qué habíamos hecho con el perro.

–¿Eso te dije? Qué metida. ¿Y a cuento de qué?

–De nada. Lo de olerme se me había vuelto un tic. Me quedé en babia al escucharte. ¿Cómo yo no sabía qué habíamos hecho con Trinity? ¿Entendés? En ningún momento había considerado qué pasó con el perro después… Que no lo supiera Patricia, vaya y pase. Ella estaba aferrada a Trinity. Se le murió un bebé de cuatro meses, muerte súbita, creo, y después perdió varios embarazos seguidos. No se pudo reponer más y se le pasó el tiempo de tener hijos. Trinity no era solo un perro para ella. Lo tenían desde que estaba embarazada del bebé porque querían que el chico creciera teniendo cerca una mascota. Pero no es eso lo que quiero decir. No. Yo había estado pensando todo el tiempo en la muerte de Trinity, no en que iba a estar muerto. Que iba a estar ahí hasta que lo cargaran en una bolsa para llevárselo.

Fijos los ojos en el segundero de su reloj Seiko. Contaba el tiempo en que leía una página y hacía proyecciones de cuántos libros llegaría a leer un individuo al cabo de cincuenta años. Variaba a menudo el tiempo de lectura por página, las horas dedicadas a la lectura, el tamaño del volumen promedio; lo inamovible eran los cincuenta años. Esa era la vida útil de un lector de setenta años: porque había que restar doce de infancia, tres de lecturas desaforadas, y otros cinco malgastados por temporadas a lo largo de las décadas. Había conocido a Víctor cuando todavía hacía esas cuentas. Ignoraba cuándo las dejó de hacer, nunca fue un tema relevante. Calculó que restando los años de lecturas

desaforadas y malgastadas, los setenta quedaban en sesenta y dos. Pensó si la coincidencia debía ser considerada una casualidad. Si Víctor, en algún lugar de sí mismo, sabía que viviría solo sesenta y dos años.

Pensó que Víctor, tal vez, ignoraba lo que los libros sabían por adelantado acerca de su futuro.

Un lector tan perfecto que había decidido no leer su muerte para no distraerse.

Pensó que ella era un fracaso como lectora por no descubrirlo antes.

Con cierto temor se acercó a esa zona franca de la biblioteca, donde los estantes de literatura latinoamericana terminaban sin que los de literatura argentina terminaran de empezar. Cerca de los volúmenes de William Henry Hudson, venerado por Víctor, estaban los de Gombrowicz. Glisó un dedo sobre el lomo de los últimos, en una y otra dirección, hasta que extrajo uno. Los datos biográficos de la solapa. Una cuenta pendiente. Verificó si había errado en su decisión. Respiró tranquila ante la ausencia de coincidencias: Gombrowicz había muerto a los sesenta y cinco, no a los sesenta y dos. Eso probaba que no era una mala lectora. Quedaba avalada su tarea en el libro de Víctor. Un tratado de su vida de lector.

Zonas francas llamaba Víctor a esos espacios que refulgían con intermitencias en los estantes. Otros lectores, quienes tampoco se ajustaban a las catalogaciones –la catalogación decimal que Lidia estudió inútilmente para emplear en la escuela–, preferían llamar “misceláneas” o “varios” a esas caprichosas superposiciones de literaturas, libros de entrevistas, curiosidades científicas. Una biblioteca de zonas francas era una redundancia, la biblioteca misma era una zona franca. Hojeó los manuales de los cursos de inglés que le había dejado Vicky. Eran las lecturas más antiguas de Víctor, más o menos contemporáneas de las de sus cuadernos escolares. Pertenecían a la etapa inclasificable de los doce años. Tim le preguntaba la hora a Tom; Kate y Penny dialogaban con la maestra; Kate cocinaba una torta con su mamá; Tom jugaba con un balón; Tim y su mamá despedían a su papá que se iba a la oficina en su automóvil. Todos ellos tenían barbas, anteojos, dientes picados, mocos colgando de

sus narices, y estaban atravesados por flechas o bombardeados desde aviones o por rayos mortíferos lanzados desde platos voladores. Ninguna ilustración estaba exenta de la intervención de un lápiz, birome, fibra o pluma. Sin una palabra. Ni era posible dilucidar qué trazos pertenecían a Víctor, y cuáles a Lucas y Joaquín.

"Un coma farmacológico de cuatro días. Los médicos necesitaban mantenerme estabilizada, tenía un coágulo en algún lado de la cabeza y fracturas diversas a lo largo del cuerpo. No quiero saber dónde estuve durante aquel tiempo, los demás tampoco, jamás me hablaron de esos cuatro días y yo no pregunté. Los problemas de columna y cadera acapararon la atención. Se me eriza la piel al pensar en esos cuatro días. O no, ya no. A veces lo pienso, en las mañanas sobre todo, cuando me despabilo para empezar el día. Pasa rápido. Cuanto más se acercaba la fecha del casamiento esa sensación se hizo menos frecuente. Estábamos muy felices. Joaco, constantemente, se preocupaba por mí, al punto de ocultarme lo de sus ataques de pánico. Sabía que tomaba una medicación que no era la mejor, pero no me parecía prudente apurarme a decírselo. Era mejor esperar a que viviéramos juntos. Necesitaba una medicación sostenida y un tratamiento. Vicky estaba al tanto de que yo lo sabía, pero nunca se lo fue a contar a Joaco. Compartíamos mucho las dos. Nos ayudábamos. A Joaco y a Vicky los convencí por separado de que era una barbaridad que se enojaran por un malentendido. Ni él espió a Vicky ni ella tenía por qué ocultar nada. Como siempre dice Miranda: Todos nacimos con una alita rota. O con una patita, pensé cuando se lo oí decir la primera vez. Se lo comenté a Vicky la tarde que la llevé a conocer el PH. Le hablé también de esas sensaciones en la peluquería. El día de mi casamiento fue el más perfecto de mi vida. Una fiesta a toda pompa, como querían mis padres. Ni siquiera faltaron políticos. Fue mi última concesión, mi último regalo de hija única. Se lo prometí a Joaco. Dejé que se ocuparan de todo, lo que molestó bastante a los Riera, en particular a Elena. Confío en que lo va a superar. Mis padres se quedaron con la potestad de distribuir la cantidad de invitados. Pero nadie dejó de estar presente. Simón fue uno

de nuestros invitados. No nos habríamos sentido plenamente felices sin satisfacer ese deseo de Miranda. También invitamos a la pareja amiga de Vicky. Miranda tuvo la idea, seguramente buscaba compensar la invitación de Simón. El regalo que nos hicieron no podía ser más simbólico: un completísimo juego de herramientas para usar en la casa" (Eugenia, 26 años).

Domingo, el único día de la semana en que el club de squash estaba cerrado. Un mediodía frío. La parrilla humeaba en el fondo del Palacio Riera. Joaquín mantenía su posición de asador. Cada tanto se levantaba de la reposera para acomodar las brasas. El buzo que le había alcanzado Elena descansaba sobre el respaldo de un asiento; no tenía frío, o prefería quedarse solo con su vieja remera roja de manga corta que al menos era de marca, igual que las zapatillas, demasiado vencidas para jugar al tenis. Una gorrita de béisbol le protegía el pelo del humo, un flamante castaño bastante intenso.

–¿Cómo llamás a esto?

–Perezosa. Y vos, ¿cómo?

–Reposera, tumbona, cualquier cosa menos eso. ¿O no? – La risa de Miranda atrajo a sus hermanos. Eugenia avanzó enamoradamente colgada del brazo de Joaco, que se calzó una mueca como única intervención. Era la primera vez que Eugenia estaba en el Palacio Riera, y la última antes del casamiento.

–No se pongan cargosos –dijo Elena llevando a la parrilla el pan abierto para los chorizos. Vicky robó uno al pasar la bandeja–. Vayan a ayudar a la tía a poner la mesa en vez de molestar.

Como chicos, podría haber agregado. En ese tono les hablaba, disfrutando con la sensación de ser transportada a una galaxia lejana –una frase que tanto había repetido Joaco en otros tiempos– en la que los hijos eran más sus hijos y ella más su madre.

–Tendrías que ponerte el buzo. No te das cuenta del frío que hace porque estás cerca del fuego. Pero te vas a enfriar, vas a toser, no me vas a dejar dormir, y te vas a enojar.

Joaquín, como si nada, continuó separando los chorizos

para servir y Elena volvió a la cocina, ocupándose de cerrar bien la puerta. El fondo estaba lejos de parecer un jardín, aunque se lo veía más ordenado con los arreglos de Elena de las últimas semanas. Menos yuyos, plantas nuevas y unas piedritas de canto rodado –Joaquín las trajo de un corralón de materiales– que emprolijaban el cantero de la áloe vera. Le habría gustado hacer un asado con los consuegros, un modo de que los Riera se hicieran presentes, ya que no les habían permitido contribuir con nada en la fiesta. Como no consiguieron ponerse de acuerdo con los Bresanello, combinaron una comida en un restaurante entre los dos matrimonios y los novios. Elena, aun así, mantuvo la idea del asado porque ni Vicky ni Miranda habían estado en Puerto Madero aquella noche. Además quería que Eugenia conociera la casa. Lidia no puso excusas ante la invitación. Los reclamos se hicieron insistentes desde que la cuñada se enteró de que Vicky había ido a visitarla. Si tenía tiempo para dedicarle una tarde a la sobrina, también podría compartir un asado con la familia.

–Somos siete, Lidia. Los padres de Eugenia al final no vienen.

La mesa estaba armada en el pasillo entre las dos canchas. El tablón sobre caballetes, bien ocultos debajo del mantel, se extendía en paralelo entre los dos blíndex. Para ganar espacio corrieron hacia atrás los taburetes del bar y la mesa redonda que usaban a diario. Lidia retiró los cubiertos sobrantes, uno de cada lado. La cabecera quedó dando la espalda al fotario. Joaquín eligió ese lugar, aun cuando la otra punta resultaba más cómoda para ir y venir de la parrilla.

En una de las canchas Joaco paseaba con un choripán explicándole a Eugenia la importancia de la T y el frontón.

–No coman ahí –advirtió Vicky.

–Después barremos, no importa –agregó Elena.

Una bandeja con chinchulines, riñones y morcillas. Joaquín se quedó sosteniéndola con la atención puesta en lo que sucedía en la cancha 2: Joaco imitaba en seco un gesto de revés para Eugenia.

–Creía que ya estaban todos sentados. Se va a enfriar.

–Sin apuro, Joaquín. Calma. –Elena se había reservado uno de los flancos de la cabecera, el otro lo ocupó Vicky.

Lidia se ubicó en medio de sus sobrinas; Joaco frente a su tía, entre su madre y Eugenia.

–¿Compartimos la mitad? –Eugenia aceptó y Miranda partió la morcilla.

Joaco servía las bebidas.

–Una copa de vino no te va a hacer mal. –Elena tomó el repasador que Joaquín había dejado sobre la mesa y se lo apoyó displicente sobre las piernas. Sin dejar de hablar: –No hay día que no escuche un dato nuevo sobre los beneficios que trae tomar una copa de vino por día. Tiene que ser tinto, el blanco está cargado de compuestos químicos, es menos natural.

Con el pico de la botella sobre la copa, Joaco esperaba la aprobación de su tía.

–Hasta la mitad, no más. Gracias, querido.

–Si alguien quiere otro choripán, me avisa, tengo más esperando en la parrilla. –Joaquín aún no había probado bocado. Lo que despertó de inmediato la ironía de sus hijas, y la defensa de Elena.

–Está muy bien que tu padre se cuide, sea por salud o porque le gusta estar en forma. Las dos cosas van juntas.

–Así de ácidas son mis hijas conmigo. ¿Te das cuenta, Eugenia? –y expandió el comentario hacia Lidia, que enseguida aseguró que Joaquín estaba igual que treinta años atrás.

–Igual que en esas fotos –concedió Eugenia refiriéndose a las imágenes que sobresalían a su espalda.

–Tampoco hace falta que exageres para congraciarte.

–Pero lo digo de verdad, Joaco.

–Es que se pone celoso –dijo Joaquín guiñándole un ojo a Joaco. Disfrutaba compartir una broma con el hijo.

–Ahora, si querés, podrías ir trayendo la carne. No toda junta, Joaquín, porque se enfría y es una pena.

Miranda le recordó que a ella le llevara solo una porción de vacío y muy cocido. ¿Por qué creía que el padre olvidaba sus gustos? Mientras, Lidia preguntó a los novios por la luna de miel en Europa. Elena se adelantó a contestar por ellos: habían decidido postergar el viaje.

–Para asentarnos un poco en la casa nueva –añadió Joaco–. Nos quedan detalles de decoración. Dejamos el viaje

para febrero, que es un mes más tranquilo en la agencia de publicidad.

–Y porque a mí me gustaría estar mejor de la pierna. Vamos a caminar muchísimo en el viaje.

–Es preferible febrero porque así evitan el verano europeo. El calor es agobiante. –Vicky buscó la complicidad de Miranda; no la obtuvo como esperaba. Cada una hizo hincapié en aspectos diferentes. Miranda discurrió sobre la dureza del invierno, ese clima tampoco hacía más confortable el tránsito por las ciudades. Por suerte terminó por enfatizar que febrero no era tiempo de nevadas.

–Una buena decisión –agregó Lidia–. Y los felicito por la casa, que es preciosa.

–Es un sueño, ¿viste, Lidia? Mi hijo recién se dignó invitarme a conocerla la semana pasada –dijo Elena.

–Quería que la vieras terminada –contestó Eugenia–. Mis padres todavía no la conocen, así que no te preocupes.

–Eso me tranquiliza –replicó mientras despejaba la mesa para apoyar la fuente traída por Joaquín.

Comenzaron a servirse. Vacío y asado preparado en distintas cocciones. Papas y morrones a las brasas. Joaquín le indicó a Miranda cuál era la porción elegida para ella. Y Elena, recién entonces, volvió sobre lo suyo:–Si lo pienso mejor, no me tranquiliza nada. Porque ahora somos nosotros los que conocemos el PH y tus padres no. De nuevo se impone una desventaja.

–¿Lo decís en serio? –preguntó Miranda.

–No fue nuestra intención hacer diferencias, Elena. Pensábamos invitarlos el mismo día pero mis padres tuvieron que salir para el campo. ¿No es cierto, Joaco?

–Era una broma, Eugenia, no me hagas caso.

–Es admirable lo que hicieron con el PH –Joaquín soltó aquello como si se tratara de un veredicto que todos esperaban.

–Sin embargo, mamá me dijo que le encontraste problemas.

–¿Dije eso? Estás equivocado, Joaco. Lo único que comenté es que al alero le faltaba pendiente. También pude haber dicho algo sobre la ventana de la cocina. A mi modesto entender, es un poco chica. ¿O te comenté otra cosa, Elena?

–Lo único, y sin tono de crítica. No sé de dónde sacaste que te dije eso…

–¿Sabían que cerca del PH vivió Mengele, el doctor nazi? –Miranda irrumpió de la nada–. El médico de Auschwitz. Apenas llegó al país, en 1949, vivió unos meses en un hotel que se llamaba Palermo.

–Realmente preferiría otra clase de acompañamiento honorífico –dijo Joaco.

–Es una curiosidad. Vivió unos meses allí, después se mudó a Vicente López. Hacía abortos, además de unos trabajos en el campo. Perón llegó a conocerlo, estaba admirado por una clonación de terneros que había logrado. En Auschwitz había hecho experimentos con mellizos y, por lo visto, consiguió algún resultado.

–Mejor pasemos a otro tema –sugirió Elena–. Digo, ¿no?

Joaquín, sin embargo, le preguntó a Miranda si había obtenido esos datos en internet. Estaba dispuesto a retomar el debate sobre la tecnología en el que con frecuencia, y sin proponérselo, viraba desde la posición de fiscal a la de defensor a ultranza.

–Algunos, aunque todos son ciertos. –Una respuesta con palabras del padre en el tono de una hija condescendiente. Miranda cambió de dirección la atención para decir que el dato se lo había pasado un amigo: –¿Sabés quién, tía? Martín, el técnico de la computadora. Ahora también hay un hotel ahí, en Godoy Cruz y Santa Fe, aunque tengo mis serias dudas de que sea el mismo.

–Eso está más cerca de la casa de la tía que del PH –aclaró Vicky, mientras pensaba en una película en la que una mujer se encontraba con su torturador, convertido en conserje de hotel. No recordaba si la mujer había estado en Auschwitz.

Lidia apuró otro bocado para mantener la boca ocupada. La irritaba que Miranda tuviera algo que ver con el técnico, un hombre casado y con dos hijos. Hacía unos días el técnico había ido a verla para revisar el funcionamiento de la máquina y creyó que era un buen gesto hacia Víctor cuando, seguro, estaba buscando a Miranda. ¿Se le notaría el fastidio? Mejor, que la sobrina se diese cuenta. Se apuró a tragar para agregar que no sabía que se habían hecho amigos.

–¿A quiénes te referís?

–A Miranda y ese técnico, mamá. No seas metida –dijo Vicky.

–Amigos, no. Nos pusimos en contacto porque necesitaba detalles de unos aparatos técnicos para un proyecto.

–¿Para quedarte en Buenos Aires? –Joaquín siempre buscaba la manera de aprobar esa decisión. Aunque apenas si sabía que Miranda semanas atrás había terminado el trabajo pendiente con Southern World Consulting.

–Creo que se puede concretar algo. –Y Eugenia explicó para Lidia–: Es que Miranda tiene en vista varios proyectos.

–Lo sé, sí.

–Que ninguna relación mantienen con el técnico de computación, por otra parte –añadió Miranda.

–A mí me haría muy feliz que te quedes en Buenos Aires. No me voy a cansar de repetirlo.

–La decisión es de Miranda, mamá. No la presiones. Ella sabe lo que le conviene –dijo Joaco, y Eugenia asintió como si el "nosotros" en el hablar se les hubiera expandido en el decir–: A mi papá lo vimos más que interesado con la posibilidad de un asesoramiento de inversión. Es uno de los proyectos de Miranda.

–A Miranda le sobra capacidad para llevar adelante cualquier negocio. Ponele la firma –dijo Joaquín.

–Mis tres hijos son igual de brillantes –dijo Elena mirando a Lidia–. Pero yo siempre soy la última en enterarme de las decisiones que toman. De esa reunión con el padre de Eugenia ni siquiera estaba al tanto.

–Prometo contarte si se concreta.

–Y ojalá, Miranda, puedas conseguirle algo a Vicky –dijo Elena.

–Todavía no tengo nada.

–Pero estoy segura de que se van a entender –intercedió Eugenia–. Ya van tres veces que nos preguntó cuándo ibas a llamarlo. ¿No es cierto, Joaco? Está realmente interesado.

–No digo que tenga que ser una cosa importante –insistió Elena–, un primer trabajo para Vicky que está todo el día sin hacer nada.

–Vicky tiene un trabajo, Elena. No es algo rimbombante, pero lo hace muy bien. Esta semana empezó a trabajar conmigo. ¿No te contó? Está ayudándome a poner en orden

las investigaciones del libro de Víctor. –Lidia sintió la mano de Vicky apretando la suya por debajo del mantel.

III

Inquietas sombras de papel

12

No necesitaba anteojos para ver de lejos ni para jugar al tenis, apenas si los usaba para leer los contratos y algún copete del diario, el resto de las noticias que le interesaban las conocía por Elena, prendida a la radio de la mañana a la noche. Un temblor en Mendoza, la caída de los restos de un antiguo satélite soviético en las costas de Portugal, una toma de rehenes en un banco del Gran Buenos Aires, ciento veintitrés muertos en el segundo día de revueltas en Filipinas. Pero aun sin anteojos Joaquín no pudo evitar el desconsuelo ante la falta de disquerías en el barrio de Flores; ninguna en Rivadavia desde Nazca a Boyacá. Estaba en el auto escuchando el CD con las canciones de Lucas y se le había ocurrido comprar un disco de Creedence para Miranda. Fue tanto el malhumor que cuando vio unos mocasines abotinados en la vidriera de Muglia ni siquiera entró a probárselos. A Elena le contó sobre la ausencia de disquerías, nada de los zapatos, tal vez porque sabía que esos no le servían para el casamiento. Una queja sin respiro durante media hora; después se olvidó de la compra del disco.

Otro día. Zapatos de vestir, horma angosta y con cordones. Negros. Incómodos. Solo los usaría una vez. Se quedó observando la compra.

Faltaban dos días para el casamiento.

Por las noches Joaquín se demoraba en el baño estirándose la piel de la cara frente al espejo. También se olía el cuerpo, aterrado de empezar a oler a viejo. Lo invadían a veces unas tremendas ganas de morir al despertarse; pero se evaporaban pronto y se sentía completo, sinceramente feliz. Tenía, sin embargo, una memoria excelente. Podía recrear las veinte mejores jugadas de Jahangir Khan tomadas de un

video que compró por internet con la ayuda de Miranda, o recitar cada uno de los triunfos de Guillermo Vilas en 1977 sin dejar de destacar que él había conocido el tenis antes de los tiempos del gran Willy, pero que su pasión estaría siempre en el squash. Imaginarias conferencias de prensa que Elena escuchaba con la misma fascinación con que compartía sus hazañas en el tenis de veteranos.

De vez en cuando deambulaba un rato con el auto antes de regresar a su casa. Pasaba por lo que había sido El Irupé, que hacía años no existía, y por el Ateneo Popular de Versalles, casi abandonado después del esplendor que apenas si habían conocido con Elena. De esas excursiones no le contaba a nadie.

Había sido el único de los tres hermanos para quien el Ateneo fue un apéndice de su casa. Desde los diez años se pasaba tardes enteras en el club. Peloteaba en un frontón de tenis, inventándose obstáculos. La madre estimulaba su constancia. Había criado prácticamente sola a sus tres hijos, el esposo era un viajante que confundía el trabajo con las separaciones y la distancia con el abandono. Azucena confiaba en que inscribiéndolos en ese club fundado por un cura español ultramontano los protegía de las habladurías. Ninguno de sus hijos quiso ser boy scout, aunque Joaquín al menos parecía encauzado por el deporte.

Hubo años en que eran más los meses en que el padre estaba lejos que viviendo en la casa. Joaquín recordaba los tiempos mejores, quizá porque tenía seis años cuando el padre amaneció muerto luego de pasar un invierno entero sin viajar. Despertó entre los gritos de la madre. Lucas, que tenía doce años, arrastró a sus hermanos fuera del cuarto para llevarlos a pedir ayuda.

A los catorce, unos socios mayores del club invitaron a Joaquín a jugar a la pelota a paleta. Fue el momento en que empezó a relegar al tenis. Se fascinaba oyendo cómo retumbaban los ruidos dentro de la cancha; decía que era como estar en una cápsula en el espacio. Conoció a Elena poco después, ella salía de una clase de gimnasia y se acercó a mirar un partido, a espiarlo en realidad entre las rejas de las ventanas, de allí en más Joaquín empezó a buscarla. Quince

años los dos. El Ateneo Popular de Versalles era el único lugar al que los padres de Elena le permitían ir sin compañía, así que se convirtió en un mundo ajustado a sus posibilidades durante un buen tiempo. “Buscábamos lugares donde estar a solas. Como Joaquín se pasaba el día en el club, se las ingenió para conseguir las llaves de un cuartito de utilería. Pasábamos horas encerrados ahí. Una vez en una clase de gimnasia, mientras hacía ejercicios, descubrí el olor de Joaquín en una colchoneta, y me sentí toda una mujer. Tardé bastante en contárselo porque me daba vergüenza” (Elena).

El squash apareció en su vida al cumplir los dieciocho. Uno de los compañeros de pelota a paleta, el canadiense, lo invitó a jugar a un *court* en San Isidro. Un ejecutivo de una empresa multinacional había inaugurado una cancha en su casa, cerca del hipódromo. Jugaban los sábados por la tarde. Joaquín era el más joven y el único argentino entre los seis jugadores. Pronto conoció otros *courts* privados, en Martínez, Acassuso, y Belgrano R. Entre 1972 y 1974 participaba en dos circuitos de juego, donde no faltaban apostadores entre el público invitado, uno en zona norte y otro en el sur, en Bernal, liderado por un profesor inglés del St George’s College. (N. del A.: Ese profesor insistiría en que se construyera una cancha en St George’s y moriría en 1981, dos años antes de que edificaran una donde había estado la de pelota a paleta durante décadas). El squash prometía despuntar. Se inauguraban canchas abiertas al público en general, en todas Joaquín logró destacarse. La historia, después, es bastante sabida.

Sacó los zapatos de la caja para calzárselos de nuevo. Incómodos. El problema estaba en la horma, en la falta de costumbre de usar zapatos de vestir. Se los dejó puestos para amoldarlos. Elena estaba en la peluquería. Era un fin de semana especial, no había squash tampoco el sábado.

A través de un conocido del club supo de El Irupé, un hotel alojamiento en una calle desolada de Liniers, a dos cuadras de la General Paz. Desde fuera parecía una pensión de mala muerte, desde adentro también. La primera vez fueron a celebrar los dieciocho años de Elena. En las

habitaciones había un ropero con frazadas, toallas, y el rollo de papel higiénico; la ducha estaba sobre el inodoro, imposible que no lo empapara todo, incluso la cama si no se cerraba la puerta.

Un parlante en la pared dejaba oír boleros. Siempre los mismos. Conocían de memoria la sucesión de las canciones.

Olor a humedad, a desodorante barato, a veces a lavandina. Igual se encariñaron con El Irupé. Al tercer año de visitarlo ya tenían una habitación preferida en el primer piso. La ventana daba a los techos de las casas bajas de la manzana. Rutinas de patios y terrazas que les adelantaban la futura vida de casados. El noviazgo venía fatigándolos desde que pasaron el sexto año, y ya habían pasado el décimo; Elena mantenía presentes esas precisiones que cada tanto derramaba entre los dos. Aceptaban las razones de la postergación del casamiento, el entrenamiento de Joaquín era el principal obstáculo para tener un trabajo que les permitiera ahorrar. Saber esperar, sí, el squash iba a terminar por imponerse, lo mismo había pasado con el tenis, y el squash tenía la ventaja de que podía practicarse en cualquier temporada del año. Buenos Aires tenía más de cuarenta canchas funcionando a pleno. Obtendrían el rédito de los pioneros, sí, y se irían a vivir a Inglaterra, o a Australia, donde la competencia profesional era menos feroz.

Acodados a la ventana o echados en la cama se repartían la suerte. Australia era un buen primer paso para radicarse después en Inglaterra, unos años no más, sí, pero era necesario que antes el squash prendiera en el país para entrar en el circuito internacional, bla bla blá. Sin embargo, fue la habitación de El Irupé lo que aceleró sus postergadas decisiones. Elena quedó embarazada en 1977; de inmediato fijaron la fecha del casamiento. Nunca tuvieron la menor duda de cuál había sido el día, o mejor, la tarde de noviembre entre las seis y las ocho en que engendraron a Joaco. El padre de Elena murió convencido de que su nieto era sietemesino.

Treinta y dos años después Joaco estaba a punto de casarse. Joaquín volvió a calzarse los zapatos negros con cordones que usaría esa noche en la fiesta. Los notaba más blandos luego de los ejercicios que había hecho durante el día. Elena pasó la tarde en la peluquería, ni se había detenido

a observarlos.

–Muy elegantes –dijo, algo más quizá, mientras se movía de un lado a otro, retaceándole detalles de su vestido; no pensaba mostrárselo hasta que fuese el momento.

"Nos negábamos a hacer el típico video de casamiento. Pedimos fotos de Eugenia y Joaquín a todo el mundo. Estuve a punto, y me contuve, de contactarme con un ex de Eugenia. A todos les hice jurar silencio. Ellos, y más que nada Eugenia, a la que nunca se le escapa nada, intuían que tramábamos algo; no imaginaban, y les creo, que saldría tan bien. Pusimos las típicas fotos y filmamos mensajes, pero editamos también los videos de las cámaras de seguridad de la casa de Eugenia. Y de distintas épocas. Me pasé días seleccionando. Descarté, obviamente, unas tomas geniales de los dos en el garaje con la moto. Dejé algunas fantásticas. En una discuten y Eugenia le levanta el dedo frente a la cara, al mejor estilo de una maestra inglesa. *Loopiamos* el gesto para volverlo gracioso. Hay unos chapes desaforados que son increíbles" (Isabel, 24 años, prima de Eugenia, estudiante de Imagen y Sonido).

Elena se asomó al cuarto desde el vestidor, Joaquín estaba sentado al borde de la cama, todavía en calzoncillos y con las medias y los zapatos puestos, mirando al suelo.

–¿Qué te parece este collar? Me lo dio Miranda. Es delicado, ¿no? Va a quedar muy bien.

Joaquín levantó apenas la cabeza, tenía los brazos apoyados sobre las piernas abiertas y las manos colgaban entre ellas. Solo cambió la posición de los brazos para acompañar la mirada. Elena se acercó a mostrarle el collar. Llevaba un salto de cama sobre la ropa interior.

–Depende del vestido.

–Ya vas a verlo. Espero que te guste. Si te parece muy escotado, igual no me digas nada.

–Me va a gustar, estoy seguro.

–Vamos a ver –soltó, alejándose. Antes de salir del cuarto, agregó–: ¿No te vas a cambiar?

–Ahora, ya. Me gusta cómo te quedan los corpiños negros.

–Por eso elegí este. Espero que opines lo mismo del vestido. Es precioso, vas a ver. Vicky y Miranda dicen que me

queda fantástico.

Joaquín retomó la pose de antes.

–¿Te sentís bien?

–Claro –y se le apagó la voz–. Muy feliz.

–Pero cambiate rápido para que después no andemos apurándonos. Tenemos que pasar a buscar a Vicky y a Lidia. Vicky está entusiasmada con ese trabajo que le dio. La estuve llamando esta semana para controlar cómo iba a todo. Y bien, por suerte, muy bien. Ahora vestite.

Lo había olvidado. Una tarde encontraron en el ropero del cuarto de El Irupé un frasco de Nescafé, una taza y una cucharita. No pensaron lo obvio: que se lo había olvidado una de las mujeres que limpiaban; creyeron que una pareja lo había dejado ahí, que así como ellos llegaban con algo para comer, otros llevarían Nescafé y un termo y olvidaron el frasco.

Elena le habló desde el baño cuando él estaba a punto de compartir ese recuerdo.

–Que te vistas de una vez. Eso te estoy diciendo, Joaquín. –Y se acercó de nuevo–: ¿De verdad estás bien? Yo también me siento conmovida, pero no dejo que eso me quite ni un segundo esta enorme felicidad. ¿O te sentís mal? No me asustes ni me mientas.

–Estaba pensando.

–¿En qué? Decime.

–Nada. Es que el otro día cuando fui a comprarme los zapatos después pasé por El Irupé. No está más. No pude encontrar el lugar exacto. Toda la cuadra está muy cambiada.

–Fueron muchos años. ¿Eso te tiene preocupado? Nosotros estamos juntos, hicimos una familia maravillosa y hoy se casa Joaco. No hay derecho para estar tristes.

–Fui otras veces. Al Irupé. Aunque nunca me impactó tanto no encontrarlo.

–¿Y por qué no me contaste que habías ido? ¿O por qué no me dijiste para que fuéramos juntos?

–Porque no tenía importancia. Recién me acordé del día que encontramos el frasco de Nescafé. ¿Vos te acordás?

–Por supuesto. Cómo no. Pero empezá a cambiarte que los apuros me ponen nerviosa.

–Después de ese día no volvimos más.

–Volvimos. Eso fue antes de que encargáramos a Joaco.

–A mí me parece que fue después, un poco después, antes de que supiéramos que estabas embarazada. Vos decías que tal vez era un frasco que había dejado olvidado un subversivo. Me acuerdo. Pensábamos que quizás alguno había usado El Irupé como escondite. Eran tiempos bravos. ¿No te acordás? Sí. Pensamos eso. Eran las cosas que se decían en esa época. Nos asustamos y no volvimos más. No fuimos más por miedo, no porque estuvieras embarazada.

13

Azucena murió el 8 de julio de 1971, mientras Lucas estaba de viaje por los Andes; no fue después, como Simón prefería recordar. Víctor y Joaquín no pudieron localizarlo a tiempo. En las cartas que Lucas le enviaba a la madre no había información sobre la ruta que seguían, solo contaba de fortalezas, ruinas y de las variedades de orquídeas silvestres que encontraban. Azucena había releído esas cartas cada noche como si fueran las de un amante. Lucas llegó a Buenos Aires días después del entierro y se lanzó a trompear a Víctor. Forcejearon como bestias los dos, la fatalidad se les hacía menos creíble que echarse culpas.

Después se encerró en el cuarto de la madre. Los hermanos oyeron al rato que rompía el espejo, la cómoda, la cama y el ropero.

–Dejá que se descargue –le dijo Víctor a Joaquín cuando atinó a acercarse.

Lucas pasó la noche sentado en el jardín, que estaba al frente de la casa, donde años después se construirían las canchas de squash. Víctor y Joaquín lo acompañaban a la distancia, como sombras indecisas en medio del frío.

Solo una vez, y fue un mes más tarde, Víctor sugirió vender la casa y que se repartieran el dinero. Era lo más conveniente para él que trabajaba de maestro y había comenzado la carrera de Letras; también para Lucas, que desempolvó el título de Maestro de Mayor de Obras para montar su propia empresa constructora, no para Joaquín que a los veintiún años ganaba unos pocos pesos como mandadero de un gestor conocido de la madre.

–La casa no se vende. Mamá quería que estuviéramos juntos. –Lucas podría haber dicho *Yo me encargo de todo*, como el coloso en que ansiaba convertirse–. Más adelante, tal

vez.

Joaquín estuvo de acuerdo, era capaz de pasarse la vida esperando. Dos veces a la semana viajaba a La Plata para hacerle los trámites al gestor en el edificio de Rentas y regresaba a media tarde, ese era su trabajo y parecía bastarle. Si lo aprendés bien podrías convertirte en gestor, te sobraría tiempo para tus cosas, solía aconsejarle la madre. Ella ya no estaba, las cosas sí: horas de juego y entrenamiento en el gimnasio. El gestor tardó muy poco en retacearle el trabajo. Joaquín cambió de espera, anduvo un tiempo detrás de un posible empleo en la embajada de Australia, una manera, creía, de preparar sus contactos deportivos.

El cuarto de la madre fue la primera oficina de Construcciones Riera. Lucas andaba todo el día de saco y corbata, las épocas de Plaza Francia y San Telmo habían terminado. Comenzó otra vida. Simón oficiaba de secretario. Se encargaba también de los diseños y las decoraciones sin abandonar su negocio de antigüedades. Dos albañiles bastaban para las refacciones. Unos locales en la avenida Santa Fe fueron su primer trabajo. Por un contacto del coronel Bignoli, el padre de Simón, consiguieron la construcción de una casa en un country de Pilar que recién se había inaugurado. El diseño mediterráneo, que Simón tomó prestado de una revista italiana, hizo furor entre los propietarios de Golfer's Land. Paredes blancas, ángulos en falsa escuadra, revoques bolseados, pisos rústicos y una especie de cúpula abombada simulando el lapislázuli. Acapararon de inmediato los proyectos del country, uno de los pioneros en la zona. Los propietarios tendían a cerrar filas en la seguridad de lo conocido, temían a los atentados subversivos, y Simón y Lucas tenían el salvoconducto del nombre del coronel Bignoli. Todos requerían el mismo tipo de casa que ellos ya habían construido, y exigían originalidad para la propia. Simón encontró una solución. Combinar los diseños mediterráneos de las revistas italianas con los decorados de películas de aventuras, esos típicos ambientes donde combatía la Legión Extranjera. "Estilo Gary Cooper", lo llamaban y se entendían, o "Gary Cooper con visitas de la Dietrich", cuando las combinaciones de estilos eran rutilantes. Siempre se entendieron. Casas con torreones, listones de

madera incrustados en el cemento y bordes que terminaban en almenas que conservaban el halo de aquellos fuertes de Hollywood. Lo mediterráneo se había reconducido al universo morisco, antes de que se hiciera popular "la fiebre de los petrodólares" que repercutiría tanto en la deuda externa de Argentina y los países de la región a lo largo de los 70.

Los campos de golf del country eran un desierto en medio de la pampa húmeda. El coronel Bignoli, después, utilizó sus relaciones para que Construcciones Riera obtuviera una licitación en la Costa Atlántica, en San Bernardo. Pronto consiguió otra en La Lucila del Mar. Simón dudaba en fomentar esa implícita sociedad, detestaba depender del padre, que por fin parecía tenerlo bajo control.

–Es un hijo de puta. Algún día lo van a hacer volar por el aire, y no quiero que nos arrastre a nosotros.

–Entonces aprendé a ser huérfano. Porque hablás como un nene de mamá dolido y asustado. Nosotros hacemos nuestro trabajo, y bien. El resto cargalo a las quejas del nene rico.

Simón jamás aceptaría decir que fue solo voluntad de Lucas continuar el trato con el coronel. Asumía la mitad de las responsabilidades (N. del A.: Conociendo la historia habría que tomar con pinzas esa aseveración), a pesar de que jamás hubo papeles entre ellos. Reinvertían la mayor parte de las ganancias, el resto lo gastaban juntos. Pero no frecuentaban los lugares de antes. Escaparon de los rincones de Olivos al cruzarse con el amigo de Simón que había participado en la troupe teatral de *Hair*. Un pésimo cantante que ni siquiera sabe bailar, repetía Lucas; sin embargo, fue Simón esa vez quien tomó la iniciativa de evitarlo. Así hacían con bares y discotecas en cuanto se topaban con algún conocido de otros tiempos. En los días que pasaban en la casa de Simón en el Delta se ilusionaban con abandonar las construcciones, comprar una lancha y empezar de cero viviendo a orillas del Carapachay. Sumas y planes inquietos que quedaban a la sombra apenas ponían un pie en la ciudad.

Era Simón el que llevaba la iniciativa en los planes. Lucas aún estaba pendiente de las reacciones de sus hermanos. En eso no había cambiado, aunque lo callaba. Prefería quedarse con la otra parte, decir que se sentía responsable porque era el hijo mayor y el más querido por su madre bla bla blá.

Simón, a veces, necesitaba creer que esa era toda la verdad. Cuando Joaquín dejó de trabajar con el gestor, comenzó a hacer trámites para Construcciones Riera. Pagos en bancos, llevar y traer planos y documentos, encargos sencillos que cumplía con desdén a cambio de un dinero semanal que nunca bastaba para tantas tardes en El Irupé. Elena apenas si pisaba la casa de los Riera, decía que no quería exponerles su intimidad; lo que buscaba era presionar a Joaquín para que consiguiera un trabajo. Recién cuando Lucas vio la nota de *El Gráfico*, decidió tomar en serio la carrera deportiva de su hermano. Le ofreció un empleo con horario laxo y sueldo fijo. Prometido, nada de trámites, sí; debía acompañarlo a las obras para empaparse del trato con los albañiles. Unos meses antes de casarse, en 1978, Joaquín tuvo a cargo la remodelación de unas oficinas; algo sencillo. El título de Maestro Mayor de Obras también terminaba por serle útil, algo que jamás había imaginado. Un empleado de Lucas, no un socio. La madre había conminado a sus tres hijos a que estudiaran en la escuela industrial. Víctor fue el único que pataleó hasta conseguir cambiarse a un bachillerato al tercer año, y ella nunca le perdonó la desobediencia, tampoco su hermano mayor. Lucas: Siempre haciendo de oveja negra, no sé qué te creés. Víctor: Prefiero no seguir la moral del rebaño. Ni uno ni otro eran lo que pretendían ser, en eso sí Joaquín les llevaba ventaja.

La madre se había cansado de repetirles: En esta vida lo único que no cambia es que uno vive y se muere; si no quieren ganarse el pan como funebreros, tienen que construir casas.

–¿Tenés un minuto? Quiero mostrarte algo. –Joaquín estaba esperándolo con un tubo de planos en la oficina, la que acababan de alquilar en Tucumán y Rodríguez Peña. Mientras Lucas se acomodaba en su escritorio, desplegó el primer esquema de lo que sería Squash Argentino Riera–: Lo único que necesito es tu consentimiento y el de Víctor para demoler la casa. Y un préstamo para comenzar. Una vez que el club esté en funcionamiento, te lo devuelvo.

–¿Y Lucas aceptó así no más que demolieran la casa para hacer ese delirio? –interrumpió Miranda.

–Vos sabés que sí –repuso Simón–. Tenía otras prioridades. Te llevaba a cuestas todo el día. Era muy torpe para manejarse con una nena que ni había cumplido un año. Mil veces te lo habré contado.

–Quiero saber si alguna vez puedo entender. ¿Víctor tampoco se opuso?

–Seguramente, de otro modo no habrían demolido la casa. Mi humilde opinión es que no le importaba. Ya no vivía allí. Lucas tampoco. Era la casa de Joaquín y Elena. Cuando empezaron a edificar el club, ellos se mudaron a uno de los departamentos de Lucas, en Acoyte y Rivadavia, sobre la Galería París, que después se tuvo que vender por el juicio. No sé si te acordarás, eras muy chica. Ojalá Lucas se hubiera desentendido de la familia como hizo Víctor. Tampoco estaba en el momento indicado para reflexionar. Estar con vos era lo mejor que le pasaba, y lo más difícil. ¿Suficiente?

–¿Seguían peleados ustedes dos?

–Nunca. Podríamos habernos matado, pero no hubo un día en que dejáramos de estar pendientes el uno del otro. Lo que a veces no era lo mejor. Hubo un tiempo en que nos vimos menos, yo pasaba rachas en el Delta. Probaba vivir esa calma, como tantas veces lo habíamos pensado para los dos. A Lucas le habría gustado hacer lo mismo. Es una lástima no tener fotos de la vez que te llevó al Delta. Debías tener más de un año porque caminabas bien segura, me acuerdo. Ni un segundo se te podía dejar sola. Te lo habré contado, ¿no? Entonces, no hay más que decir. Y yo no tenía celos de lo que Lucas hiciera.

–Hablame de Ana. Decime algo que no sepa. Si me contás algo nuevo te prometo que acepto trabajar con el padre de Eugenia, y te liberás de aceptarme como socia. ¿Por qué Lucas estuvo con ella?

–Fácil. Porque era un hombre y ella atractiva. Digamos, vistosa, o muy vistosa, si te gusta más. Fue una época de confusión entre nosotros. Lo mejor que hizo en ese tiempo fue traerte al mundo. Lamento que no me creas.

–¿No intentaste hacer algo para impedir que estuviera con ella?

–Sin ella, querida, no existirías vos. No hay una o dos maneras de ser hombre, hay tantas como personas habitan en

la viña del Señor. Algo nuevo querés... ¿Te conté de la primera vez que la vimos? A Ana, sí. Lo que no te dije, me parece, es que ella se hizo notar entre la gente de Plaza Francia porque un domingo a la mañana salió a hacer *streaking* por la avenida Pueyrredón. Corrió en pelotas varias cuadras. Después algunos la imitaron. Unos años más tarde la reencontramos. Uno siempre se encuentra con la gente, porque aunque no quieras, están ahí dando vueltas y vuelven. Es así. Planeaba irse a California, había cambiado por el misticismo. O eso era lo que quería. Fue persistente en esa creencia. Al menos supo esperar trece meses. Creo que nada en la vida le duró tanto como ese compromiso con vos. Nueve meses de embarazo y cuatro más para despegarse. Eso sí te lo había contado; lo del *streaking* no, estoy seguro.

–Entonces no debe ser cierto.

–No sé por qué, Miranda, últimamente me hacés caer en estos enredos.

Pero Miranda callaba, ahogaba otras preguntas. Simón no era ni su padre ni su madre ni podría haberla adoptado a los cuatro años, pero ¿por qué se desentendió de ella? ¿Por qué esperó a que fuera ella a buscarlo? Lo de siempre en Miranda: ¿Qué habría sucedido si ella no hubiese tomado la iniciativa a los quince años de ir a buscarlo? Daba vueltas para no encontrarse perdida, y realmente no lo estaba. A menudo se tomaba un instante para disparar el nombre completo de Ana en la red. La mujer que la había parido era cada vez más joven en su presente. La imaginaba en situaciones cotidianas. Mujer al cuidado de sus nietos, olvidada de aquella vida anterior. Mujer preparando en domingo una comida para hijos mayores. Mujer de manos gruesas. O mujer sola que reía y solo en ese instante perdía sus muelas. Mujer de ojos verdes, o casi verdes, como los suyos, inhallables en el resto de los Riera. Mujer que vivía en una sierra, en alguna de las casas que ella vio de lejos en una excursión a Taxco, o en Valparaíso, Panamá, Lima, Córdoba, rodeada de gallinas y que de tanto en tanto bajaba al pueblo en busca de provisiones. Ella la había visto sin detenerse a mirarla, ella pudo haberla visto alguna vez, no necesitaba buscarla.

Una bomba de estruendo rompió el costado de la verja del

jardín. Cientos de volantes se esparcieron entre las plantas. Madrugada de invierno de 1979. El coronel Bignoli salió en pijamas con una pistola en la mano. Se asomó a la calle y creyó ver las luces del auto perdiéndose por Senillosa. Ningún vecino parecía advertir lo ocurrido, ni un ruido había en Caballito. Recogió los volantes desparramados. *Muerte a los torturadores y asesinos de los compañeros*. Los apretujó en los bolsillos del saco pijamas y entró a la casa.

La advertencia no guardaba relación con los contratos de los edificios en las ciudades balnearias, estaría conectada con otros asuntos también pretendidamente castrenses. Para Simón fue la evidencia flagrante de que ya no debían aceptar sus favores. El mes anterior habían terminado un segundo edificio en Villa Gesell, el que sufriría el accidente del balcón el 20 de enero de 1983, y estaban por comenzar otro a principios de septiembre. La fisonomía de Villa Gesell era una gélida sombra de moles de hormigón y cemento tragándose médanos y pinares. Lucas en tono ligero: El Proceso no quiere pelos largos ni fumatas, quiere departamentitos.

Si había algo en lo que Simón fracasaba era en las discusiones con Lucas. Imposible hacerlo entrar en razón. Se fue a la casa del Delta y Lucas se sintió abandonado, en medio de temores que no aceptaba genuinos ni propios. Las mutuas recriminaciones despertaron otras. Eran débiles los dos si no estaban juntos, aun cuando en cada encuentro volvían a sentirse solos. Más prolongadas se hicieron las estadías de Simón en el Delta. Las veces que Lucas lo sorprendía con una visita evitaban las menciones al trabajo. Pero eran equilibristas tan inexpertos que cada paso seguro lo convertían en un otro abismo. Se escondían entre las conversaciones de los invitados, amistades recuperadas por Simón para aplacar el vacío, ese "mal de sauce" que se negaba a soltarlo. Lucas rumiaba por lo bajo: Qué hacen acá esta manga de chongos; qué se cree este bicho que ni sabe bailar ni cantar. Simón fingía no oírlo. Nada de eso se modificó hasta que Lucas apareció con la noticia de que iba a ser padre.

Escupió la novedad mientras saltaba al muelle de la casa, un sábado a la mañana, con el ronroneo de la primera Interisleña del día: Nunca más voy a estar solo. Sentimental,

muy sentimental, el huérfano quería ser padre para darle una bofetada al hijo del coronel. El huérfano convertido en padre todopoderoso. Espanto de sentimentalismo: el huérfano convertido en padre moriría después en soledad, suicidado en una bañadera. Paro cardíaco fue la versión oficial. La hija estaba en casa de sus tíos y su primo, era invierno, el más frío que Simón recordaba, el primero que pasó completo en la isla.

Violentamente sentimental. Le costaba aceptar que Lucas no lo hubiera planeado todo. Días antes de su muerte se había fracturado una pierna, le mandó a decir al Delta que estaba deprimido en el encierro de su departamento. Simón prefirió quedarse con la idea de que el suicidio había sido un error colándose a destiempo, algo que pensó sin querer y que se le impuso por accidente entre lo que deseaba. La familia se ocupó de que el certificado de defunción sostuviera la muerte por paro cardíaco. Víctor lo propuso, Joaquín aceptó. Dijeron: Hay que pensar en la nena. Víctor era quien había elegido ese nombre latino para su sobrina, prendado por los ojos de Miranda cuando todavía era una recién nacida incapaz de fijar la vista en alguien.

Simón confiaba poco en lo que alguna vez había creído. Podría haberle dicho a Miranda: Cuando algo molesta hay que verlo con la perspectiva que tendrá en treinta años, y la molestia se disuelve. Sí. En los próximos treinta años olvidaría lo sucedido en los setenta años anteriores, y lo mejor era que no estaría para recordar ni lo uno ni lo otro.

La tarjeta de invitación al casamiento estaba pegada en el espejo del dormitorio, en una esquina. Simón empezó a prepararse con unos días de antelación. Quería lucir impecable ante los Riera, a los que no había vuelto a ver desde el entierro de Lucas. Sesiones de peluquería, masajes extras. Dejó el traje colgado de las puertas del placard para verlo constantemente. Aún lo tenía a maltraer la elección de la corbata; estaba entre dos, una destacaba el rojo para contrarrestar la envidia, la otra tendía a la discreción del color salmón.

–Si me das a elegir, me quedo con esta –dijo Miranda.

–Demasiado apagada. Da vejete. Me inclino por la otra.

Los desacuerdos entre los dos, y más en las últimas semanas en que se veían casi a diario, eran maneras de confirmar el cariño. Simón se probó el traje para mostrárselo. Algo le sobresalía del bolsillo del saco.

–¿Esto? Una tarjeta de la última vez que lo usé –y la guardó enseguida en el bolsillo interior. La celeridad no le pasó inadvertida a Miranda, menos al oír que así porque sí Simón le preguntaba por el padre de Eugenia. Había tenido ya dos reuniones y en la última Eliseo dejó pendiente una invitación al campo para que analizaran la propuesta en detalle–. Eliseo Bresanello. Una "s" y dos "l", ¿no? Me suena el apellido. Habrá pasado alguna vez por mi negocio de cambalaches. En la fiesta señalame quién es a ver si lo reconozco.

–Te vas a dar cuenta de todos modos.

–Vos igual indicame quién es antes de que me dé cuenta. Para estar prevenido. Me imagino que no te irás al campo después de la fiesta, los recién casados van a estar ahí de luna de miel.

–Me iría en tres semanas, cuando ellos estén de vuelta. De todas maneras es posible que nos vayamos los tres. Es una casa enorme.

–Costumbres. ¿Cómo me veo? Debe tener nuestra edad. Eliseo Bresanello, digo.

–La tuya tal vez, no la mía.

–No seas insolente.

"Ni mi mujer ni yo nos despegamos de Eugenia el tiempo en que estuvo internada. El único momento fue cuando Joaco nos pidió que los dejáramos a solas. Traía un ramo de flores, muchas veces le traía flores para animarla. Eugenia estaba abatida. Los médicos no nos garantizaban que volviera a ser la de antes. Ella era consciente de lo que sucedía; no sé cómo porque nos aseguramos de que no se filtrara ninguna información. Estaba empacada en no dar batalla. Fingía que dormía, se pasaba el día entero con los ojos cerrados. Cuando Joaquín salió a buscarnos y volvimos a la habitación, Eugenia estaba cargada de vida. Ella misma nos contó que Joaco acababa de proponerle matrimonio. Y empezó a mejorar. Los pronósticos médicos quedaron deshechos con el correr de los

días. Mi gratitud hacia Joaco es inconmensurable. Veo su mirada en los ojos de Miranda" (Eliseo Bresanello, 72 años).

Simón y Miranda llegaron juntos a la fiesta y rieron con las bromas de Adriano, que no paraba de hablar, sentado entre Vicky y Patricia, que apenas abría la boca. Miranda festejaba las ocurrencias, las hermanas recuperaban cierta complicidad. Lidia era el sexto integrante de la mesa, intervenía poco aun pese a los esfuerzos de Vicky. La sobrina creía que estaba dolida porque no la habían sentado con Joaquín y Elena. Se equivocaba.

Comentarios por lo bajo de Simón a Miranda: que Patricia estaba más pintada que una puerta y que aun así se la notaba demacrada.

Que Vicky estaba radiante.

Que el vestido de Eugenia era, dijo, de una exquisitez supina.

Que hacía tiempo no conocía un hombre tan despierto como Adriano.

Que Lidia era una Blanche Du Bois disfrazada de mística. Nunca hay que depender de la bondad de los extraños, dijo: Por ser extraños y por ser bondadosos.

Que el vestido de Elena tenía demasiado escote aunque todavía lo llevaba con cierta altura.

Que Joaquín era el vivo retrato de Dorian Gray.

–Ese hombre esconde los años en alguna parte –dijo, y hablaba de él también, no por el aspecto físico sino por lo que escondía en el bolsillo interno del saco. Una foto con Lucas en Ollantaytambo, de su viaje a los Andes. Un alemán, suizo, o belga, no recordaba, les había tomado esa instantánea. El único objeto que sobrevivía de aquel viaje. Planeaba mostrársela a Joaquín en algún momento de la noche. Paladeó la escena cada minuto de los días previos, mostrarle la foto destilando alguna cosita acerca de la otra que estaba en el fotario entre las canchas de squash, como le había contado Miranda. Un recuerdo justiciero. Hasta su último instante en la fiesta, pasadas las tres y cuarto de la madrugada, anduvo pendiente de ese acto que dejó incumplido.

14

El regalo de bodas de Patricia y Adriano llevaba una carta adosada con cinta scotch y una tarjeta que decía: “La pareja es la clave del enigma. Que sean muy felices, querida Eugenia y querido Joaco”. Escrita a mano alzada, la carta tenía al final dos notas al pie y un agregado:

“1. Eugenia, seguro que Joaco te estará explicando las razones de la misma. Perdón por la extensión. Sé que te va a interesar más que esa pseudoteoría de Los Seis Grados de Separación. ¡Y más pensando que estamos en un casamiento y no en un divorcio!

”2. Con este juego de herramientas van a poder multiplicar, y quién sabe cuántas serán las posibilidades combinatorias, las soluciones para los desarreglos que se les presenten. Ninguno va a resistírseles.

”Addenda: Levi-Strauss decía, en 1955, que las matemáticas del nuevo tiempo dejarían de preocuparse por ‘los grandes números’ para concentrarse en ‘los pequeños números’, los cuales son los únicos portadores de los verdaderos grandes cambios” (Adriano, 48 años).

Se había decidido por esa completísima caja de herramientas de procedencia alemana, una exquisitez para hobistas, sin pensar que la acompañaría de una carta, la ocurrencia lo capturó días después de que el valijero con el que tenía trato –“un valijero conocido”, decía–, se la dejara en el negocio. Utilizó montones de borradores para redactar las tres páginas, y otros tantos para pasarla en limpio sin tropiezos. El contenido era la explicación de la teoría de Pascal que le había contado a Joaco una vez, aquello de que en un grupo de 23 personas las posibilidades de que al menos dos cumplieran años el mismo día rondaban el 50%. El punto no estaba en hacer el cálculo buscando la coincidencia de ese

par en relación con los 365 del año sino en lo que Adriano llamaba “los pequeños números”; es decir, en los 253 pares de posibilidades –Adriano escribió “parejas”– que podían formar entre sí las 23 personas. El 50% de posibilidades era matemáticamente infalible en su demostración. Porque la relación debía hacerse entre 365 y 253. ¿De dónde salía el 253? Muy simple: la primera persona de las 23 se puede agrupar (“coincidir con el día de su cumpleaños”) con cualquiera de las 22, conformando así 22 parejas; la segunda con las 21, conformando otras 21; y de igual modo con las restantes, que sumadas darían 253 parejas.

–A mí me parece que no tiene sentido la nota –dijo Patricia en cuanto Adriano terminó de leerla en voz alta para ella y para Vicky–. Es un capricho tuyo. Son esas explicaciones que a vos te encantan. Además es muy larga. No sé. Son cosas que conversaron vos y él y que a su mujer la dejan afuera.

–Eugenia juega al sodoku. No sé si tiene mucho que ver, pero tal vez le interese –repuso Vicky.

–Para el caso yo hago palabras cruzadas y eso que leyó Adriano es chino básico para mí. –Patricia se dirigía a Vicky. Adriano parecía estudiarlas. Los tres estaban sentados en distintos sillones del living; Patricia bien apoyada en el respaldo y acodada en uno de los brazos del sillón doble, Vicky acuclillada en otro con los pies descalzos, y él sentado en el borde del tercero, enfrentado a las dos.

–Nunca te vi haciendo palabras cruzadas.

–Tuve una época en que me pasaba horas. De un día para el otro…

–Entonces, si no les parece bien, dejamos el regalo sin la carta. No hay problema –dijo Adriano.

–Pero vos querías ponerla, por eso la escribiste. Para mí tiene que ir. Que lo decida Pato.

–Lo que ustedes quieran, ya dije lo que pienso. Qué querés que te diga, Adriano, es una carta que escribiste vos, con cosas tuyas, que solo a vos te interesan. Ni Vicky ni yo tenemos parte en eso.

–Al final van los nombres de los tres. No los leí porque era obvio.

–Es la intención lo que cuenta. En la carta está tu

intención, no la nuestra.

–No sabía que participaba en el regalo. –Vicky recién se daba cuenta que ni había considerado hacerles un regalo a Joaco y Eugenia.

–Por supuesto, Vicky. ¿Te molesta?

La carta terminó, sin modificaciones, acompañando la caja de herramientas. No lo decidieron esa tarde, tampoco a la noche, como pensaron que harían luego de ver una película de Lars von Trier. Hacía un tiempo Adriano había intentado con *Dogville* y no llegaron ni a la mitad; Patricia refunfuñaba en cada escena, demasiado sensible todavía por Trinity. Pero ahora el perro ya no estaba y ella parecía haber dejado atrás los picos altos de angustia. Por lo que Adriano sabía, *Los idiotas* era una película diferente, una comedia en la que unos jóvenes convivían mientras trataban de descubrir el idiota íntimo que cada uno llevaba maniatado.

Vicky sospechó que Adriano pretendía probar cuánto había mejorado Patricia. No era la primera vez que tenía la sensación de que hacía ese tipo de cálculos, y de manera solapada para que tampoco ella lo advirtiera.

Pidieron pizzas en el delivery de costumbre.

Ser idiotas, comportarse como idiotas, fingirse idiotas, volverse idiotas. Patricia llevó al cuarto las pizzas tal como se las habían entregado en la puerta del edificio, sin siquiera sacarlas de la bolsa, y Vicky la siguió con la botella de cerveza, los vasos y las servilletas de papel. Adriano puso el DVD. Se acomodaron en la cama, cargando cada uno los almohadones donde apoyarse, un hábito que mantenían desde los tiempos de Trinity.

Una porción de muzzarela entre dos fainás. La voracidad de Adriano nunca había llegado a tanto. Vicky miró de reojo a Patricia. Pensó si Adriano estaría calculando también las reacciones de Pato ante lo que él comía. Y pensó enseguida que era mejor no saber ni preguntar.

–Ya sé cómo es esta película –soltó Patricia ante las primeras escenas–. No me interesa. Es evidente que esa mujer tiene un problema con los hijos. Lo presiento.

–Pero si recién empezó.

–Es cierto, Pato, todavía no pasó nada.

–No voy a ver esta porquería. Sé adónde va. Mírenla

ustedes si quieren, a mí no me interesa –y salió del cuarto rumiando. Adriano saltó de la cama para apagar el aparato, no encontraba el control remoto.

Vicky trató de serenarla mientras iban hacia la cocina. Adriano se quedó en el cuarto terminando su porción de pizza frente al televisor apagado; enseguida volvió a encenderlo.

–Me lo hace a propósito, ¿te das cuenta? Sé lo que le pasa a esa mujer. Sé qué le duele. Oí: se quedó viendo esa porquería porque no le importan los bebés, a mí sí porque no puedo tener otros.

–No es así. –Vicky cerró la puerta para acentuar la distancia con el bullicio que hacían los idiotas dentro de la casa –en la película– metidos en el cuarto con la puerta cerrada. Vaso de agua. Té para las dos. Rodaja de limón para la taza de Patricia. Una cucharada cargada de azúcar y una pastilla. Otra recaída en la espiral conocida.

Adriano entró a la cocina deshaciéndose en disculpas. Era como ella decía; sí, una madre y un hijo. Se acuclilló delante de la silla donde estaba Patricia. Vicky quedó entre los dos, sosteniéndolos juntos.

Faltaban diez días para la fiesta. Patricia puso su mejor empeño en recuperarse. Se trataba a sí misma como si manejara un monigote al que le ordenaba no quedarse en la cama, arreglarse, estar en movimiento y tragarse las quejas que arruinaban las situaciones más perfectas. En ninguna de sus crisis anteriores se había comportado de ese modo. Adriano y Vicky se convencieron de que era un buen indicio. O mejor: Vicky intuyó que eso era lo que Adriano creía. Él no hablaba, ella no preguntaba, Pato no se quejaba. Las palabras declinaban, ellos no, el amor tampoco.

Vicky ignoraba demasiadas cosas. Ni siquiera sabía si Pato había tenido alguna crisis antes de perder a los bebés. Ignoraba todo de ellos antes de ser parte de su mundo. Una manera de decir, o de pensar en realidad, porque de sí misma, exclusivamente de sí, conocía todavía menos.

–Es fácil, te voy diciendo.

Maquillaje. Era la noche de la fiesta.

Vicky la ayudó a pintarse, a Patricia le costaba mantener el pulso firme. Se negaba a consultar al médico, había terminado con psiquiatras y psicólogos.

Llevaban diez años de casados aunque convivían desde hacía doce. Decían que habían querido esperar el primer día hábil del nuevo siglo y el nuevo milenio. Más de una vez Vicky los sorprendió contradiciéndose en las fechas. Sí, hablaban de ellos como de una logia de dos, algo que la incitaba a la envidia. Sin embargo había momentos en que lograba sentirse libre de eso, lo que no dejaba de contrariarla porque eran las situaciones más desoladas entre Patricia y Adriano. Ocasiones en las que Patricia fruncía el ceño antes de abrir en dos el mar muerto de los llantos sin que nadie fuera capaz de cruzarlo, y ahí, justamente en ese hueco oscuro, sobre el hilo de vino de la copa caída, el blíster vacío, los pies helados, el trámite por hacer y el departamento deshecho, Vicky brillaba sintiéndose más plena y segura de lo que jamás había estado.

–Sos la hija que no pudieron tener –le deslizó Lidia una tarde, en la primera semana que llevaban trabajando juntas.

Si era así apenas lo fue al principio, y nunca por completo. Vicky cambió el tema de conversación. Tal vez en los tiempos del grupo de terapia fuera como su tía decía; Patricia la buscaba para cada ejercicio, aseguraba que a su lado era capaz de hablar sin que se le ahuecara la voz. Dejó el grupo amparada en esa certeza. Después, Adriano también estuvo pendiente de Vicky; a los dos los fascinaba la transformación que expandía a su alrededor. Era estar en la promesa de una alegría inagotable que ninguno de los tres quería alterar en nada.

Quizá por eso Vicky se conformara con saber tan poco de la vida de Patricia y Adriano. Lo que conocía era lo que había preguntado en los primeros días, interesada sobre todo en que le contasen cómo eran ellos en los tiempos en que tenían más o menos su edad. Y quería creer que bastaba con eso. O que era mejor que por una vez las cosas se cargaran de ella y no al revés. ¿Acaso sabía por qué el dolor de los otros la hacía sentir tan segura?

–Yo tenía la cabeza llena de rulos –dijo Adriano.

–¿A lo Peter Frampton? –la pregunta de Patricia parecía un pasaporte hacia otro tiempo.

–Nada de Peter Frampton, me parecía a Roger Daltrey, el de The Who. Tenía una pelota de rulos rubios que me caían

por los hombros. No siempre tuve el pelo finito ni estas entradas.

–Y sus respectivas salidas profundas –bromeó Patricia.

Vieron *Tommy* al día siguiente. Fue la primera película que compartieron. Patricia ya la había visto dos veces. Trinity era todavía un perro juguetón y en permanente estado de calentura. Vicky se quedó dormida en la mitad, se despertó al final. Tiritaba. Pato y Adriano estaban observándola. Él fue en busca de una frazada; ella la arropó. Demasiado tarde para que volviera sola a su casa, menos para caminar esas cuadras oscuras hasta Juan B. Justo y tomar el 34.

Más de un 50% de posibilidades había de que ese joven de 22 años parecido a Roger Daltrey –y no a Peter Frampton– se cruzara con esa chica de 18 años en el cine Cosmos, donde uno descubrió *La Zona* mientras estudiaba Ingeniería en la UTN y ayudaba a su padre en la ferretería, y ella *Hiroshima, mon amour*, convencida de que sería maestra y licenciada en Ciencias de la Educación. Es decir, dos unidades puestas en relación con los típicos espacios de un circuito acotado, no con los nueve millones de habitantes de la ciudad.

Costaba creer que debieron pasar quince años desde aquellos 22 para que se cruzaran por primera vez. Si las probabilidades de Pascal eran matemática infalible, a ellos les concernía la igualdad de los resultados. Luego de reiteradas vacilaciones Adriano abandonó la carrera de Ingeniería, apuró los trámites para obtener la ciudadanía italiana y a fines de los 80 se fue a vivir a Roma, donde conoció a una odontóloga argentina radicada en España que estaba de vacaciones en Italia. Enamorado hasta los tuétanos recogió las migas turísticas de ese amor de una ciudad a otra, día tras día en un verano agobiante en el que supo ver a dos putas delicadísimas lavándose las tetas en una fuente de Florencia mientras despuntaba el alba. Tomó la escena como un anuncio de Cupido; debía seguir a esa mujer que en pocas horas emprendería su regreso a España y quererla en Vigo, donde se dio maña para reparar los desperfectos mecánicos y eléctricos de los consultorios de los odontólogos, casi todos rioplatenses. Tres años duró la convivencia con esa mujer que jamás había visto una película de Fellini. Adriano regresó a

Buenos Aires con la dentadura perfecta (pero sin ganas de sonreír) y heredó la ferretería. Patricia, que entonces ni recordaba completa la letra de "Rosarito Vera", transitaba feliz un matrimonio con un hombre unos años mayor, vinculado al mundo del espectáculo y dueño de una FM comercial en el barrio de Palermo. Mediante los beneficios de la paridad del peso con el dólar y con la venia de la municipalidad, compraron un equipamiento importado que les permitió ampliar el alcance de la señal. Adriano no era un oyente de radio, le evocaba el fastidio de las mañanas infantiles; así y todo una vez a la semana, los miércoles de doce a una de la madrugada, escuchaba el programa de cine que hacían tres amigos en la emisora. Contaban películas encabalgándolas unas con otras, la gracia del procedimiento residía en la sorpresa de los enlaces más que en el uso de los efectos sonoros con los que ambientaban las narraciones. *Asa Nisi Masa* se llamaba el programa. Adriano se sumó como auspiciante. Patricia era la encargada de las ventas de publicidad. Se vieron por primera vez. Un encuentro de escasos minutos y poca atención que tampoco facilitó que, dos años y medio más tarde, se sentaran a conversar en una reunión de amigos comunes que estrenaban su convivencia. Una tallarinada de salsas variadas, sin mesas, todos de pie buscando un rincón donde acomodarse. Un departamento con un balcón terraza. Dos latas de pintura, disimuladas junto a una maceta. Fue la altura del limonero lo que los invitó al diálogo. Patricia se había separado meses atrás, lo que sugeriría que el romántico plan de casamiento con Adriano estuvo condicionado, quizás, a la burocracia del divorcio. El porcentaje de probabilidades sería alto, y no menor al de que ese hombre que de muy joven se parecía a Roger Daltrey hubiera estado casi quince años antes, cuando aún estudiaba Ingeniería, de vacaciones con sus amigos en Villa Gesell, como todos los veranos, durante los días de enero de 1983 en que se desplomó el balcón de un piso 11. Los tres jóvenes muertos tenían entre veintiún y veintitrés años, edades afines a la suya que aumentaban las probabilidades de que al menos se hubieran visto las caras en los días previos al accidente.

Tres jóvenes a las cuatro y media de la madrugada saltando a los gritos en un balcón. Regresaban de bailar.

Cuatro compartían el monoambiente del piso 11, uno se había demorado en la discoteca, los otros tres se asomaron a negarle la llave de entrada al edificio, recelando que hubiera encontrado una compañía mejor para no haber regresado antes junto con ellos. Los testimonios de los vecinos dijeron que estuvieron un largo rato a los gritos antes de que el balcón se desplomara. Cayó limpio, desprendido de las ménsulas de hormigón que lo ligaban a la estructura. Los tres jóvenes salieron despedidos al vacío.

La inmediata reacción de Simón fue pensar que era una treta de Lucas para hacerlo abandonar el Delta. Los hechos impusieron de inmediato su contundencia. Perdido en la desesperación, Lucas pasaba de lamentarse por la fatalidad y la negligencia de esos pibes a considerarse responsable por haber hecho no sabía qué ni cómo. Restaba validez a cualquier estrategia propuesta por su abogado. Simón dejó la casa del Delta para acompañarlo de cerca, pero la convivencia bajo el mismo techo se hizo imposible.

Obedeciendo al clima de aceleración general, la tragedia pronto tuvo su juicio. Con la dictadura en retirada ante el llamado a elecciones para la primavera del 83, los diarios obviaron reparos para dar a conocer los negociados de algunos militares. El coronel Bignoli figuraba en la nómina de los implicados, mayormente civiles, entre los que estaba Lucas Riera, constructor responsable del edificio siniestrado. La celeridad y el inédito fervor de la justicia dieron a pensar que el peso que recaía sobre los implicados era una tentativa de expiación futura de las demás atrocidades cometidas.

Incierta al principio y luego probadamente falaz, circuló la versión de que uno de los jóvenes muertos en el balcón había estado en Malvinas. Los diarios no se retractaron. Lucas redactó una carta pública denunciando el error, lo consideraba la punta de un iceberg de calumnias y malas interpretaciones, escribió, que afectaba el libre desempeño de la justicia.

–No tengo por qué buscar aprobación en el abogado, te estoy dando la carta a vos para que la corrijas antes de que la mande a los diarios.

–Y para que te dé mi opinión, te olvidás de decir –replicó

Simón.

–Eso se sobrentiende.

El envío de la carta no prosperó. Habrá sido la única vez que Simón logró convencerlo de algo. Difícilmente lo recordara. Entre los dos se había abierto un abismo, en el que lo único que abundaba eran las recriminaciones. La mayor parte de las veces terminaban en portazos y empujones. Cualquier tontería desencadenaba discusiones. Que Simón llegara más tarde de lo convenido de la casa del Delta, que insistiera en acompañarlo a una reunión con el abogado o que no lo hiciera. No podían ni estar juntos ni viviendo separados. Pero Simón nunca lo abandonó, aun cuando los desencuentros le trituraran la paciencia.

–Me revientan tus silencios de mariquita.

Sí: Lucas se hundía y arrastraba todo a su alrededor. Era incapaz siquiera de ocuparse de Miranda, que aún ni tenía tres años. Simón, a veces, también llegó a olvidarla. Una vez la descubrió en un rincón con los ojos cerrados, tapándose los oídos para apartarse de una discusión ríspida.

Desde antes de conocerse los resultados de las pericias, Miranda pasaba días enteros con Joaquín, Elena y su primo; Virginia aún no había nacido. Vivían en el tres ambientes sobre la Galería París comprado por Lucas con las primeras ganancias fuertes, cuando el edificio era apenas un pozo y él empezaba a sentirse un gigante sin sombras de desmoronarse. Pese a lo que Lidia creía fueron pocas las veces que Miranda estuvo en su casa. Del mismo modo también se convenció de que había sido suya la iniciativa de celebrarle el cumpleaños, de decorar el departamento con globos y preparar una torta; es decir, todo lo que en efecto sucedió pero organizado por su cuñada. De no haber sido por Elena, el tercer cumpleaños de Miranda habría pasado inadvertido. Simón no estuvo invitado al festejo. Desde ese día Miranda empezó a vivir con sus tíos.

Las pericias terminaron por acorralar a Lucas: de ser el posible principal responsable se convirtió en el único responsable. El ingeniero demostró lo anticipado en sus declaraciones. En el Libro de Orden de Pedidos había quedado perfectamente asentado que el diámetro del hierro de hormigón no era el requerido en los planos para las ménsulas de los balcones. Los vicios ocultos quedaban bajo la

entera responsabilidad de la empresa constructora. Lucas no había cumplido con la advertencia del sobrestante de la obra, ese libro había pasado por sus manos, recordara o no los detalles, aunque la diferencia en el diámetro del hierro fuera menor y él pudiera jurar, y no servía de nada, que en su momento recibió la aprobación del ingeniero.

–Me quieren meter preso. El abogado es otro hijo de puta. Todos se lavan las manos. Si el problema estaba en las ménsulas, ¿por qué no se cayó también el balcón del décimo? Seis departamentos de un ambiente por piso. Alquilados todos en verano por cinco, seis o siete personas. ¿Nunca antes salieron cuatro al balcón? Tendrían que haberse desplomado los demás, ¿o no? Me quieren esquilmar.

Lucas pegaba trompazos a las paredes y se lastimaba las manos. ¿Por qué Simón debía sorprenderse de que le enyesaran una pierna por encima de la rodilla? ¿Por qué debía tomarlo como una señal de alarma mayor que todas las anteriores?

Miranda pidió un taxi para Simón desde su celular, no quería dejar la fiesta para acompañarlo.

–Ya sé que hay taxis en la puerta del hotel, pero me siento más tranquila si pido los de una compañía que conozco. Es una costumbre que me quedó de tanto vivir afuera. Argentina es cada vez más afuera y nosotros estamos adentro. Además tomamos mucho.

Simón repitió que Joaquín era la viva réplica de Dorian Gray.

–¿Sabías que es la primera vez en mi vida que los veo juntos, a vos y a ellos?

–Más te vale que atesores el recuerdo, no creo que se repita, al menos hasta que te cases. Y si te casás. ¿De verdad vas a acompañarme hasta que me suba al taxi? –hablaban todavía en el salón, sentados uno al lado del otro; los demás bailaban y ellos cada tanto les concedían miradas.

–Ella también está divina –soltó Miranda sin mover los ojos de la pista. Enseguida destacó, o creyó que debía destacar–: Elena, digo, mi mamá.

–Los dos hacen juego. ¿Te molestó el comentario que hice

sobre Lidia? Pero decime si no tiene un semblante místico ahí sentada.

–No me parece. Tampoco me molestó. –El Blackberry sonó con un ring de teléfono de baquelita, esos que ella desconocía: le avisaban que el taxi esperaba en la entrada del Hotel Alvear. Al salir del salón, agregó–: Lo que me revienta es esa coraza de ciniquito que te ponés a veces. Sí, de cínico en pequeñas dosis.

–Había oído mal, nada más. ¿Qué oí? Una antigüedad. Que me decías "tisiquito", y justamente los tísicos, siempre se dijo, escuchan muy bien. No sé cuánto asidero tendrá, ¿no?

Mientras Simón se acomodaba en el taxi, Miranda se asomó a hablar con el chofer.

–Le pido, por favor, que espere a que mi papá entre al edificio.

–Demasiadas sorpresas para una sola noche.

De vuelta a la fiesta, Miranda se sumó a bailar un poco con Vicky y Patricia. En la mesa Adriano y Lidia conversaban sin prestarse mucha atención, se los notaba agotados. Era tarde, querían irse. Vicky y Patricia bailaban descalzas, pero Patricia no era una veinteañera ni la hermana del novio. Bastó que Vicky mirara hacia la tía para ir en busca de sus tacos y empezar el lento recorrido de la despedida. Miranda quería quedarse un rato más, en toda la noche apenas si se había cruzado con Joaco.

–Es que la tía está cansada y quiero acompañarla –dijo Vicky sintiéndose obligada a las explicaciones. Aún no sabía si quedarse en lo de Lidia o con sus amigos, lo decidió de camino al auto de Adriano, estacionado a dos cuadras.

Hacía frío, aunque no tanto como para que Patricia protestara por no haberlo dejado en un garaje o más cerca. Todos estaban cansados para terminar la noche entre sus berrinches. Adriano buscó la mirada de Vicky; ella lo esquivó. Querría compartir, tal vez, algo que nadie más podría entender: en menos de diez minutos Patricia había pasado de bailar sin importarle nada a quejarse por cualquier cosa.

Quizá solo quisiera saber si se iría con ellos y le resultaba incómodo preguntarlo. Vicky le esquivó la mirada. A Lidia no la tomó desprevenida el pedido de su sobrina; ya se había quedado en el departamento la noche anterior. Llevaban una

semana trabajando juntas, se sentía cómoda con ella.

–¿Aquel que está allá es nuestro auto? –Patricia se detuvo en medio de la vereda. Miraba hacia adelante, sin girar la cabeza hacia los demás, acaparando la atención–. Tiene algo arriba del capot. Qué es. ¿Ustedes lo ven o estoy loca?

Los tres acompañaron su mirada hacia el auto estacionado media cuadra adelante. No compartían la misma desazón, lo que intrigaba a Vicky, y sobre todo a Lidia, era si convenía decir lo evidente. Barajaron posibilidades para disolver pronto la preocupación de Patricia. Una bolsa de basura caída de un camión recolector. Algo que arrojaron desde una ventana. Desperdicios que dejaron los que andaban cartoneando.

–Es un gato –sentenció Adriano. Esa era la verdad que Vicky y Lidia escamoteaban–. Se habrá recostado ahí buscando el calor del motor y se durmió.

–Entonces andá a despertarlo. Puede estar enfermo. Sarna o toxoplasmosis. Me muero de un síncope si se nos viene encima.

Y se agachó a recoger un pedazo de baldosa. Adriano la detuvo y caminó rápido hacia el auto.

El gato ni se movió con el ruido de la puerta. Adriano puso el auto en marcha y aceleró en seco; tampoco. Con la punta de un paraguas que guardaba en el piso de atrás, lo tocó con cuidado. Nada. Insistió con énfasis hasta que el gato se escabulló en un solo movimiento. No dio la impresión de estar lastimado ni enfermo. Adriano buscó en vano la reacción de Patricia, las tres conversaban sin llevarle el apunte. Arrimó el auto unos metros para ahorrarles unos pasos.

–Gracias por darme el gusto. Me desespera pensar que pudo saltar de golpe. Decime que ese gato estaba muerto. Nunca me gustaron los gatos. El solo hecho de pensar que me miran o que los toco, me hace mal.

–Pero ese gato estaba muerto, no pienses más –dijo Lidia–. ¿O me equivoco?

Adriano comenzó a vacilar. En un abrir y cerrar de ojos se figuró la deriva de esa conversación; se resistía a que los miedos de Patricia desbarrancaran. Dijo que nada inusual había en que un gato retozara en una noche de invierno sobre

el capot de un auto estacionado. Soltó la frase midiendo la reacción de su mujer, enseguida otra sin mirarla, y una siguiente antes de afirmar que todo cuanto escapaba a nuestra percepción adquiría en la razón una significación ambigua.

Se sintió satisfecho de cambiarle el foco de atención. Vio, a través del espejo retrovisor, que también Vicky parecía concentrada en la explicación.

–Las cosas que no tenemos delante de los ojos se comportan a la manera de ese gato: está de un modo, y está de otro modo al mismo tiempo. Es sumamente interesante si uno se detiene a pensarlo. Lo único importante de esto que ocurrió. En física cuántica hay una experiencia centrada en eso, y es con un gato también. Se la conoce como El Gato de Schrödinger. El gato está vivo si así queremos pensarlo y si así lo deseamos. Son probabilidades.

–Otra vez con eso, no, por favor –soltó Patricia buscando la complicidad de Vicky, pero sin la voz acelerada que tomaba vuelo en sus caprichos. Así era: llegaban y se iban igual que las tormentas de verano.

Como Lidia no entendía la broma, le contaron del regalo y la carta para Joaco y Eugenia.

Risas en el auto. La fiesta vivió de nuevo mientras iban de Recoleta a Palermo para dejar a Vicky y a Lidia. De Palermo a Villa Crespo, Patricia se recostó sobre el brazo de Adriano.

Sin pesadillas de gatos vivos o muertos.

Antes de que comenzara a clarear Lidia se desveló.

Se preparó un té y repasó las fichas. Vicky dormía en el destartalado diván del escritorio, el que habían comprado al comienzo de la convivencia con Víctor. Sin desplegarlo siquiera, la sobrina se había echado encima así no más, apenas permitió que tendiera una sábana para evitar el roce con el tapizado sucio. Entre una ficha y otra se asomó a verla dormir. Cerró la puerta para no molestarla. De inmediato, recordando lo que Adriano había contado en el auto, fue a espiarla de nuevo.

IV

Palomas

15

Entre las cualidades de Vicky no estaba saber tipear, tampoco era una lectora. Lidia ignoraba en qué podía serle útil su ayuda; mejor, sabía perfectamente que de muy poco, pero se había comprometido con la sobrina. En su interior algo le decía que con o sin ella cumpliría el plazo que se había propuesto para terminar el libro; faltaban menos de dos meses para octubre, nada le impedía extenderlo unas semanas. No quiso pensar que esa voz interior fuera la de Víctor. Ya no esperaba sus señales, su aliento se había convertido en el silabario de cuanto escribía y de lo que aún quedaba por escribir.

–Dispongo de todo el tiempo. Puedo llegar como hoy, a las nueve y trabajar hasta la noche –había dicho Vicky el primer día, el lunes siguiente al del asado en el Palacio Riera. Cargaba el bolso ekeko, el pelo de mechones desparejos y las uñas cortitas y despintadas por la mitad con un feo esmalte oscuro–. Si vos no usás la computadora puedo practicar cuando no me des nada para hacer. Si insisto todos los días tengo que aprender, aunque no prometo nada porque si no es peor.

Para entretenerla Lidia le pidió que revisara los estantes de literatura clásica grecolatina y verificara si los libros estaban acomodados por orden alfabético. Una sección bastante desatendida por Víctor y que no era de lo más accesible; la sobrina tuvo que buscar la escalerita de la cocina para llevársela al living. Lidia, mientras, dispuso sobre la mesa un pilón de fichas en blanco. Había separado cinco libros de Fogwill bien nutridos de anotaciones. Como contrapunto, sumó tres de Sándor Márai. Empezó por el húngaro, una lectura de los últimos años de Víctor. Se detuvo un rato en el primer comentario, le costaba concentrarse, las

palabras se escapaban detrás de los ojos yendo a pispear a Vicky en la biblioteca. Demasiado libresca la nota sobre Márai, se refería a los tiempos de juventud del escritor, cuando tradujo *La metamorfosis,* y el rechazo que la versión había despertado en Kafka. Cambió de autor, se concentró en las caras de asombro de Fogwill contenidas en sus libros, las primeras en las contratapas, las más recientes en las solapas de cada volumen. Dudó si alguna de ellas se parecía a la del hombre que conoció con aspecto de marino en agua seca un día de invierno como en el que estaba ahora, arratonado como saco viejo, en una mesa redonda coordinada por Víctor en la vieja librería Gandhi, en la calle Montevideo, donde antes había estado La casona de Iván Grondona. Una desafortunada experiencia. Héctor Lastra y Briante eran los otros autores invitados. Víctor no había estado en su mejor día; aquella vez ella le mintió, ninguno de esos escritores le interesaba demasiado y a él sí, sobre todo Briante. En contadas ocasiones le había mentido. (N. del A.: ¿Contadas por quién?). Víctor estaba pendiente de las reacciones del público, había mucha gente, sí, a mediados de los ochenta los debates eran concurridos, discutían sobre los hábitos a la hora de escribir y se empantanaron en un peregrino debate sobre las ventajas de usar o no computadoras. Víctor estaba desconcentrado, igual que ella ahora, cuando se levantaba de la silla para acercarse al living. Tardó un instante en hablar; la respuesta de Vicky, sin embargo, fue inmediata.

–Como terminé rápido con lo que me pediste, me puse a limpiar los estantes. Los libros juntan polvo. No te preocupes, voy a dejarlos como los encontré. –En lugar de usar una franela limpiaba con una remera que había sacado de su bolso–. No quise interrumpirte pidiéndote cosas. Si te fijás, ni toqué los estantes que a vos más te interesan –y señaló los del centro, los de literatura latinoamericana; Lidia no recordaba haberle hecho ningún comentario.

–Pero tu trabajo no tiene que ser la limpieza del departamento.

–Mientras tanto sí porque no sé hacer otra cosa. A la tarde voy a practicar con la compu, si no te molesta. ¿Qué hay de malo en que limpie?

–A mí no me parece, no sé. –Lidia se restregó las manos

ganando tiempo para encontrar una razón. Le daba vértigo ver a su sobrina en lo alto de la escalera y hablando al mismo tiempo.

–Ya que te interrumpí, pregunto: ¿querés que cada tanto te alcance un café? Te lo dejo en la mesa y sigo con lo mío.

–Como vos quieras, Vicky. Movete con total libertad. –Recapacitó: no era el vértigo a la altura sino a los movimientos que la sobrina le obligaba a hacer a ella–. Solo una cosa te pido, que para mí sea descafeinado, o té. Sí, mejor que sea té.

Diez fichas salieron de Fogwill. Para darse un respiro, buscó dos novelas de Mujica Lainez; *El gran teatro* estaba mucho más escrito que *Bomarzo*. Al levantar la vista había dos tazas de té a su lado, ya vacías. La desconcentración era menos impertinente.

Latidos desacompasados. Buscaban acertar a los tumbos. Un corazón dolorido. Mensajes en clave morse, se dijo con la mirada en el aire. Había oscurecido y la luz de la cocina estaba prendida; Vicky se había ocupado de encenderla antes de irse a teclear en la computadora. No eran latidos. Fue a verla al escritorio. Estaba sentada como Víctor, frente a la máquina de Víctor, tratando de tipear un artículo de Víctor de uno de sus libros colectivos. En tres horas no había conseguido terminar aún con el primer párrafo. El desaliento le estaba ganando. Podría haberse quedado horas parada allí, apoyada en el marco de la puerta igual que hacía con él; pero luego de soltarle unas palabras de aliento se alejó hablando de la comida que iba a preparar.

Dijo que era una vergüenza que en todo el día no le hubiera dado nada de comer.

Un menú con escasas opciones. Sopa y fideos, o sopa y arroz con manteca. Urgía hacer unas compras. Vicky estuvo de acuerdo en que fueran juntas al supermercado al día siguiente para elegir según los gustos de cada una. Después de la sopa y antes de los fideos conversaron del sueldo.

–En realidad no es mucho lo que puedo pagarte.

–Lo que sea, tía, para mí será suficiente. Sobre todo para empezar. Tampoco es tanto lo que sé hacer.

Lidia propuso un horario: de dos y media de la tarde a ocho y media de la noche. De ese modo la sobrina iba a tener

libres las mañanas. En realidad pensaba en sí misma: una cena compartida resultaba una manera halagüeña de terminar una jornada de trabajo, incluso podría saltarse el almuerzo sabiendo que a la noche oiría a la sobrina, un bálsamo para enfrentar la soledad del sueño. La aceptación de Vicky hizo patente su propio egoísmo. Aun contestándole que estaba de acuerdo la había mirado como a una vieja aprovechadora.

Esa noche pensó que también Víctor había sido un egoísta. El pensamiento se le impuso apenas la sobrina salió del departamento. Egoísta por haberse muerto y dejarla sin él. Egoísta por no decirle aquella noche que iba a ser la última en el cuarto. Egoísta por mantenerla en la ilusión de que iba a salvarse. Egoísta por haber pensado siempre en él, nunca en ella, nunca en los dos. Egoísta por aceptar que ella relegara su vida sin desviar ni un instante la atención, para cuidarlo. Egoísta por permitir que dejara de ser maestra. Egoísta por rehusarse a tener hijos por miedo a que alguien lo desplazara del centro. Egoísta por haberle sido infiel tres veces y negarlo. Egoísta por dejarla sin familia. Egoísta por no permitir que adoptaran a Miranda. Egoísta por obligarla a sus gustos y descartar los suyos en libros, películas, en la carne jugosa, en el arroz con leche y canela, en burlarse si quería dormir con medias porque no toleraba el frío. Egoísta porque llegó a molestarse por los arrebatos de calor en su menopausia. Sin aire terminó el listado; luego se tapó la cara con las manos para aplacar un ataque de risa, con la viva sensación de que él estaba a su lado, respaldado en la cabecera de la cama. Pero Víctor no estaba y ella no dependía de sus señales, ninguna duda tenía de eso. En algún lado él la esperaba con su egoísmo a que ella llegara cargando el suyo cuando fuera el momento.

–Quiero que retomemos lo que conversamos ayer –le dijo a Vicky al día siguiente, mientras salían hacia el supermercado–. No me quedé conforme.

–Si es por la plata, tía, no hay ningún inconveniente. Vos me das lo que puedas. Es la primera vez que trabajo.

–No, no. Lo que quiero es hablar del horario. Tal vez sea mucho para vos quedarte hasta tan tarde. –Cruzaban la calle. Lidia indicó que el negocio estaba a la vuelta, a mitad de cuadra, o creyó que le daba a entender eso con el gesto–. Las

dos tenemos distintas necesidades. Una se vuelve egoísta con los años, pierde de vista lo que quieren los demás.

Entraron a uno de los supermercados chinos que había en la cuadra, uno en cada vereda. Lidia acostumbraba ir al de enfrente, nada especial: una vez Víctor había discutido con el cajero del otro por un malentendido con una compra, el percance revelaba una inadmisible falta de modales. Vicky había elegido el más cercano. Daba lo mismo. La escuchaba con atención.

–Vos sos una chica inteligente para perder tanto tiempo conmigo. Tal vez lo que te convenga es quedarte hasta las seis. Tomamos juntas el té, y de paso yo no ceno.

La sobrina apenas asintió, estaba ocupada en elegir las compras. Puso en el changuito un paquete de café, otro de azúcar, y latas para preparar tuco.

–O si preferís tomamos el té antes de las seis. No mucho antes porque si no se me hace cuesta arriba retomar el trabajo.

–Para mí es lo mismo, tía.

Suspiró aliviada. Vicky estaba conforme, solo le interesaba encontrar la manera de ser útil. Al retomar sus fichas, recayó varias veces en la sensación de culpa. Las muestras de su egoísmo pasaban inadvertidas para la sobrina. Siete fichas de un libro de Ciro Alegría, seis de otro de Uslar Pietri. ¿En qué momento Vicky le alcanzó el té que estaba tomando? A pesar de las distracciones no recordaba haber sido antes tan productiva. Luego de incorporar nuevas notas sobre fichas anteriores, llegó a una conclusión: trabajaba más porque se permitía desconcentrarse oyendo el tecleo morse de Vicky. Latidos de un corazón cansado que la cargaban de energía. Vicky irrumpió en la cocina a las seis, preparó el té y dejó lista la mesa del living para las dos.

–No sé en qué momento hiciste las tostadas y los sándwiches.

–De a poco. Adelanté bastante con la biblioteca. Hoy me concentré en tus estantes preferidos. Después practiqué con la compu, aunque no avancé mucho.

–Eran los estantes preferidos de Víctor, no los míos. Y tampoco sé si eran los que él más quería. La biblioteca se ve luminosa.

–Es que no puedo estar con las luces apagadas. Ya habrás oído las quejas en mi casa. Nadie me aguanta, vos debés ser la única.

Pero era Vicky la que parecía iluminada con el reconocimiento de su tía. Satisfecha como si fuera la artífice de una enorme transformación, aun cuando solo se tratara de quitarles el polvo a los libros –y no habían juntado mucho desde la última vez– y preparar el té. Desde luego, para ella hizo café. Iba por el segundo tazón bien cargado, que acompañaba con un sándwich. Lidia consideró oportuno aconsejarle probar con el descafeinado. El café producía estragos en el organismo, lo del desvelo era una cuestión secundaria, a las mujeres les secaba la piel, eso para empezar, era veneno puro.

–En eso, tía, no rompiste la regla, todos me dicen lo mismo. Sin embargo a mí no me hace mal.

Entre las manos tenía el tazón de campo preferido de Víctor. ¿Le importaba eso o que la sobrina tomara tanto café?

–Estuve pensando que me gustaría cambiar el horario. Me parece un poco tarde.

–Podemos tomar el té a las cinco y media, Vicky, o que lo tomes sola, si te parece mejor para no demorarte tanto.

–Me refiero al horario de las dos y media. Es muy tarde, no me alcanza el tiempo para hacer lo que se necesita. El baño pide a gritos una limpieza. Sé que no estoy acá para eso, pero si estamos juntas alguien tiene que encargarse. Me gustaría venir antes, si no te molesta. Los trabajos empiezan a la mañana y este es el primero que tengo. Para mi mamá yo sigo estando medio loca. Loca o incapaz de adaptarme. Es lo que ella piensa. No sé si sabrás que estuve una semana metida en una clínica. Ella cree que si yo no empiezo a trabajar a la mañana es porque algo falla.

–¿Te lo dijo o es lo que a vos te parece?

–Ni me parece ni me lo dijo, es así. Ayer, no bien llegué a mi casa, no paró de hacerme preguntas. Tendrá miedo de que me descompense. Te aclaro, tía, que ni en mis peores momentos vi pajaritos o duendes de colores, solo me quería morir porque nada me importaba. De eso me salvaron Pato y Adriano, ni el litio ni el Rivotril.

Otro día, al día siguiente en realidad, Lidia se animó a

decirle aquello de que creía que ella funcionaba para Patricia y Adriano supliendo a los hijos que habían perdido. Lo dijo sin advertir siquiera que de ella podría pensarse algo parecido. Durante la mañana había completado una pila de fichas con uno de los seminarios de Lacan y los artículos sobre temas artísticos de Freud. Vicky, al rato, la hizo enrojecer con precisiones en medio de tanta novela familiar:

–En mis peores momentos, tía, lo que veía eran porongas enormes que quería cortar. Crecían en un parque y yo iba en un tractorcito dejando todo al ras. Era verdad, era así.

Terminaron muertas de risa, confundidas las dos entre el pudor y la alegría.

Entre las diez y las once Vicky llegaba al departamento, no almorzaban, trabajaban de corrido hasta las seis. Al final de la primera semana, el viernes, un día antes de la fiesta de casamiento de Joaco y Eugenia, Vicky se quedó a dormir por primera vez.

La práctica con la computadora no servía de mucho, salvo para hacerla leer un poco. El libro con ese artículo de Víctor sobre Vallejo y Martí era el único que había hojeado desde su llegada, y apenas llevaba dos párrafos tipeados. Fue la mañana del domingo cuando Lidia la descubrió con un libro abierto entre las manos. Como el desvelo y las copas de más la tenían a maltraer, demoró en reaccionar al verla trepada tan alto buscando una palabra en la enciclopedia. Sin éxito había probado antes con el *Larousse*. Schrödinger. Vicky quería saber más de la experiencia que había contado Adriano la madrugada de la fiesta. Se resistía a googlear el nombre, lo primero que se le había ocurrido. Oír el motivo fue una caricia para Lidia: quería aprender a buscar en la biblioteca por si lo necesitaban para el libro de Víctor.

El gato no era negro ni estaba sobre el capot de un auto, lo habían encerrado en una caja oscura junto a un tubo de gas letal que podría esparcirse o no. Entonces: el gato estaba mitad muerto y mitad vivo para quien lo mirara desde fuera. Solo cabía hacer suposiciones. Vicky soltó una mueca de satisfacción ante la coincidencia. Comprobar que era real el comentario de Adriano convertía en verídicos cada uno de los otros datos que le escuchaba. Quizás eso también despertara

en ella el presentimiento de que los libros mantenían una conexión con su vida, una sensación vecina al deleite que la hacía sonreír cómplice cuando en una película extranjera mencionaban a Argentina, aun tratándose de un asunto calamitoso. Trataron de descifrar juntas los términos científicos. Mezclaron tecnicismos. Incertidumbre. Mundos dentro de otros mundos, y todos posibles. Vicky buscaba una respuesta concreta, saber si el gato negro sobre el capot estaba realmente vivo o muerto, algo que ni Lidia ni la física cuántica eran capaces de contestar. Era lo que a Patricia le habría gustado saber, y ella no quería abandonarla. Pensó en la suerte de que estuvieran conectadas, en el azar de que esa suerte no terminara nunca, en que la suerte repelía cualquier intento de explicación, en que la suerte no se pensaba; y prefirió entonces hablar de la suerte. Dijo que creía en eso. ¿Sí? En la suerte, sí, todas las veces.

Mientras, con idéntico empecinamiento, Lidia trataba de convencerse de lo contrario.

–Víctor, por ejemplo, no toleraba los gatos negros ni el número 13, y a mí el 13 siempre me atrajo. Lo veo como un número portador de cambios. Una humilde opinión, no tengo ningún aval científico para sostenerlo. Víctor nació un día 13, el 13 de julio; tal vez sea por eso.

–Lo que yo me pregunto es si no vendrá de esa experiencia científica la frase “hay gato encerrado”. De verdad lo digo, no es broma. Si lo pensás, las dos cosas se parecen.

Esa puntual diferencia parecía menos una afirmación individual que el detrito de un valor generacional. Para Lidia era imposible comparar dos expresiones de procedencias tan opuestas, en cambio para Vicky las cosas se sucedían en un único plano a riesgo de igualarse hasta la indiferencia.

De sopor y lentitud se tiñó el resto del domingo. Lidia se entregó a la resistencia del blanco que le devolvían sus papeles. Lo consideró un acto de astucia, no de sometimiento: un repliegue para reunir fuerzas. La perturbaba, eso sí, no oír los mensajes en clave morse de Vicky. La sobrina se pasó horas leyendo, con la cabeza inclinada hacia un lado y el otro, los títulos de todos los estantes de la biblioteca. ¿Cansada o se había dado por vencida? Los latidos cluecos parecían en franca retirada. Dejó que saltaran la hora del té

simulando concentración, esperaba que Vicky viniera a interrumpirla. Y no fue así. Luego de revisar el lomo de los libros sin acercarse a tocarlos, la sobrina refregó el baño con puloil, preparó el té para las dos y dejó la mesa lista sin decirle una palabra.

Un té bien peladito, sin sándwiches ni tostadas. La tetera llevaba un rato enfriándose en el living.

–¿Qué estás haciendo, Vicky? –soltó desde la cocina sin aguantarse más–. ¿No vas a practicar la mecanografía? No hay que darse por vencida, los comienzos tienen la mala costumbre del desaliento. Hay que sobreponerse.

–Me siento una inútil. Eso me tiene cansada. –Tampoco se acercó a decirlo, hablaba desde el distribuidor que unía al baño con el cuarto y el escritorio–: No sirve para nada lo que practiqué. Tipeé apenas cuatro párrafos.

Puro placebo habría sido replicar que las frases de ese artículo de Víctor eran extensas, repletas de corchetes, itálicas, comillas y notas al pie. Los placebos, además, eran para los enfermos y los hipocondríacos, ¿era eso lo que pensaba de su sobrina?

–Demasiado esfuerzo para nada, tía. Es pedirle peras al olmo. Eso me dijo Adriano y tiene razón. Así que ahora espero el curso que me va a conseguir. Mientras tanto, me siento inútil.

Lidia estaba al tanto del ofrecimiento de esos ejercicios, Adriano lo había mencionado en la fiesta. Diez lecciones para aprender a tipear que un conocido suyo había tomado con un chino hacía unos cuantos años. Un curso de diez lecciones con dos encuentros presenciales, uno al principio y otro al final. El conocido de Adriano había logrado sacarle chispas a una Remington de oficina. Había perdido de vista al amigo pero en algún lugar conservaba unas fotocopias del curso por si algún día intentaba hacerlo por su cuenta. No fue el domingo sino el lunes cuando Adriano y Patricia dieron vuelta el placard buscando la solución para Vicky. Amarillentas, pero legibles, aparecieron las diez fotocopias. El martes Vicky llegó al departamento de su tía batiendo las diez lecciones como si fueran los palitos del tamborcito de Tacuarí.

Montones de errores ortográficos encontró Lidia en esas páginas de tipeado impecable. Pero aun escritas a máquina,

todas las letras lucían con la misma presión de tinta, ni un solo borde perdía intensidad, ninguna más llena que la otra. Cada página era una ejercitación diferente, una sucesión de frases de azaroso sentido para adiestrar la digitación.

–Cuando lo termines, tal vez lo haga yo. No, mejor no. A vos, Vicky, te va a salir perfecto el tipeo del libro.

Exacto: no interponerse en el camino de la sobrina. Debía hacer todo para permitirle encontrar su rumbo. Lo pensó una y otra vez mientras la oía practicar las estrambóticas frases en los días sucesivos. De la mañana a la noche, sin conseguir un ritmo fluido. Tan concentrada estaba Vicky en el aprendizaje que no le alcanzaba ni una sola taza de té durante la jornada, esperaba la hora de la merienda. Lidia no echó en falta esas tazas. Trece días después del primer ejercicio, justo trece días, levantó de golpe los ojos de las fichas para disfrutar del tecleo que corría parejo. Un trote al compás de un corazón brioso que conjuraba al de Víctor. No, era el mismo corazón. Apoyó con suavidad la birome sobre la mesa para no perderse nada de ese festival de sensaciones y memoria.

Al rato creyó desmoronarse al dejar de oírla.

–¿Y eso? –soltó Vicky irrumpiendo en la cocina y con un dedo que apuntaba hacia arriba–. Con ese ruido es imposible trabajar.

–Son los angelitos de la vecina, los que la otra vez casi me tiraron el techo abajo con la piletita de lona.

LOL, escribió Miranda en respuesta al mensaje enviado por Martín a su celular. Sin ningún otro signo, sin ninguna palabra; un contraste irónico a tantas preguntas y reclamos. El acrónimo contenía todo lo que quería decir.

“La opinión que tengo de Miranda es provisoria. Con ella prefiero que lo provisorio sea definitivo. Hay personas de las que uno nunca sabe lo que quieren. No tengo más para decir de ella, o sí: que me confundí. Cada tanto la veo pasar por la vereda del local. Golpea la ventana, se detiene un segundo y sigue de largo. Lo hace, supongo, porque espera que salga a recibirla o porque le basta con que reconozca sus piernas y me quede pensando que va a visitar a su tía, que en unos minutos estará subiendo el ascensor del edificio de mi casa y

que quizá se cruce con mi mujer y mis hijos" (Martín, 27 años).

No fueron tantas las veces que Miranda tocó la ventana del sótano, como Martín sugería; apenas dos. En una pasó después de visitar a Joaco y Eugenia para combinar el viaje al campo. Una visita relámpago, ellos estaban sacando cuenta de los regalos que habían recibido a través de la lista de casamiento en internet. Salvo la caja de herramientas y unos pocos más, los invitados se inclinaron por comprar *on line* en el sitio que ellos habían indicado; elegían los regalos según las imágenes ofrecidas en pantalla y los precios. Luego de salir del PH y a unos metros del negocio de Martín, Miranda tomó un taxi de calle para ir a lo de Simón. Habían quedado en almorzar juntos pero él no lo recordaba. Miranda tuvo la sensación de que Simón había envejecido mil años en los últimos días. La puesta en venta de la casa del Delta era razón suficiente para el agobio. Debía responder de inmediato a una oferta que parecía inmejorable.

Dijo que no estaba en su mejor día. Miranda puso la excusa de un llamado de último momento y se fue enseguida. Artificiales sonaron las palabras de ambos; los dos las habían calculado. Ya a solas, Simón retomó la búsqueda de la foto con Lucas que había llevado a la fiesta; no sabía dónde la había dejado, sentía pánico de haberla perdido.

La segunda vez, Miranda iba, en efecto, rumbo a lo de su tía. Eran alrededor de las cinco. Vicky, que atendió el portero eléctrico, le propuso a Lidia adelantar el descanso del té para evitar tantas interrupciones. A buen ritmo había empezado a tipear el libro de Víctor. Lidia no había revisado aún ninguna página, estaba entregada a dos tareas simultáneas, completar fichas y preparar los manuscritos para que la sobrina los pasara a la computadora.

Vicky apoyó las quince páginas tipeadas sobre la mesa.

–Parece una oficina –dijo Miranda al entrar al departamento–. Díganme si puedo ayudar en algo.

–Sí. La oficina de una editorial. Ordeno un poco los papeles y estamos con vos. –Los movimientos de Vicky eran aparatosos. Como si a través de Miranda se colaran también los ojos de la madre. Lidia tuvo esa impresión y pensó: El

libro de Víctor comienza a mostrar su poder transformador.

Acompañaron el té solo con tostadas y mermelada de durazno, sin sándwiches, lo que no era habitual. Vicky quería retornar pronto a la tarea para trabajar de corrido hasta bien tarde. Aunque Lidia estuvo de acuerdo, le agradaba oír a Miranda sobre los pormenores de su trato con Bresanello, y en especial tener a sus dos sobrinas con ella. El único momento ríspido fue cuando Miranda se empeñó en conocer las características del libro. Aun habiendo resuelto aspectos complejos del trabajo, todavía le pesaba ofrecer una descripción consistente. Vacilaba por pudor. Vicky se despachó diciendo que se trataba de una novela. La definición desconcertó a Miranda tanto o más que a Lidia, que de inmediato trató de apuntalar a su sobrina.

–En sentido estricto, o técnico, el género del libro es inclasificable. Eso, insisto, si consideramos la última bibliografía que no he tenido ocasión de consultar en profundidad. Y que, debo confesar, me excede. En lo personal me inclino a definirlo como un ensayo filosófico.– Intentaba dejar bien parada a Vicky, pero lo hacía en defensa propia. Porque así como la sobrina decía que se trataba de una novela, ella habría asegurado que era un poema, un canto a diferentes voces que recorrían registros disímiles a lo largo de medio millar de páginas.

–Un libro difícil, por lo que entiendo –dijo Miranda.

–Pero amigable –replicó Lidia–. Complejo y amigable como son las relaciones íntimas verdaderas. Ni un libro ni su lector andan revelando los secretos de su relación, ni siquiera dónde y de qué manera han estado juntos. Entre ellos todo está permitido. No sé si soy suficientemente clara.

–Así y todo no es una novela. –Cuando Miranda mordía algo que le interesaba por nada del mundo lo soltaba. Lidia pensó: De chica era igual en cuanto se le ponía algo en la cabeza–. Porque el tío no escribía novelas, ¿o me equivoco?

–Que yo sepa, no. Ahora, ¿quién sabe? Lo indudable es que yo no podría hacer nada sin la colaboración de Vicky.

16

Vicky aprendió a tipear. Después de las primeras cuarenta páginas en limpio Lidia consideró que era el momento de emprender una lectura conjunta. Aprovechaban el descanso de la merienda para hacerlo, sentadas una al lado de la otra con las páginas impresas del día. Vicky necesitaba de su guía para comprender a fondo lo que tipeaba, y para referirse con alguna solvencia al libro de Víctor la próxima vez que le preguntaran.

Tan arrollador era su entusiasmo que Lidia abandonó pronto el afán pedagógico por temor a convertirlo en obstáculo. ¿Con qué derecho sostenía que no entendía lo que pasaba a máquina? Hacía tiempo había dejado de ser una maestra para pretender inculcarle a Vicky cómo debía leer, mejor era sentirse una compañera de viaje con mayor experiencia recorriendo los rincones del mundo visitados por Víctor. Desde luego, por Víctor y por ella. Las sesiones de lectura se iniciaban en la mesa, entre la tetera, el termo con café, los platos y las tazas, y terminaban en los sillones frente a la biblioteca. Tenían un interludio, a veces, en la cocina, donde Lidia le adelantaba a Vicky un párrafo por venir cien o doscientas páginas más adelante y que mantenía una sutil conexión con lo que acababan de leer.

–Debería ir antes entonces, como anticipo. Para que esté más claro. Tal vez por acá –y la sobrina hacía una marca, una flechita al costado del párrafo ya listo. Lidia la dejaba hacer, murmurando que lo resolverían una vez que tuvieran completa la primera versión.

Las flechas de Vicky se esparcían en las páginas, libres de cualquier error de tipeo. Lidia asimiló el impacto de la consonancia con las marcas de Víctor. Apreciaba esa rima de esdrújulo fulgor. Vicky marcaba las páginas del libro de

Víctor igual que él había marcado las de otros, y ella era la encargada de trazar intersecciones entre los dos caminos. Las flechas, todas por igual, se dirigían al corazón del cuerpo del texto, nunca hacia fuera.

Con similar rigor interpretó los comentarios de la sobrina durante las lecturas a dúo. Un detalle ínfimo, elegido con la insolencia de lo aleatorio –un sustantivo más que común entre la selvática espesura de otros, jamás un nombre propio–, la incitaban a despacharse en opiniones y anécdotas personales. Recorridos íntimos que no lograba captar a la perfección y que se resistía a indagar, por pudor, diría Lidia; en realidad era pánico a que el libro se les escurriera de las manos habiendo todavía tanto por hacer.

–Ojalá que el libro encuentre un lector la mitad de perfecto de lo que sos vos.

Muy convencida se lo dijo la tarde en que la sobrina hizo rodar el comentario de Víctor sobre una moneda que caía en una plaza, el inicio de *Redoble por Rancas*, para iluminar su amistad con Patricia. Especialmente perfecto porque expandía una tangente de asociaciones. Inesperadamente perfecto porque todas las referencias indicadas en la página, como esa que aludía a "El balcón" de Felisberto Hernández, ella las convertía en una única voz que cantaba desde el principio al final. Sin las sombras que se encontraban en los mapas para los mares, ni esos puntos gruesos que destacan ciudades capitales; no, nada de eso, era un coro en el que los continentes se disolvían y persistía el canto. Vicky se emocionó con el reconocimiento, al resto lo pasó por alto, o no lo entendió. Días después Lidia insistió con el halago, aun sospechándose un tanto hipócrita esta vez. ¿Una sensación auténtica o buscaba mantener a toda costa el entusiasmo de la sobrina? A pesar de eso no dejó de repetírselo en posteriores ocasiones. Vicky lo necesitaba y ella ahora se sentía incapaz de continuar sin la sobrina.

Ochenta páginas para corregir y de las que acaso quedarían setenta en la próxima versión. ¿Sería capaz de soportar tanta disciplina? Lidia completaba fichas y preparaba nuevas páginas, temiendo el hastío de la sobrina como una condena que caería de un momento a otro. Desde fines de septiembre que Vicky no tenía fines de semanas

libres, trabajaba sin descanso para llegar a las primeras ciento veinte páginas definitivas. Los reclamos de Patricia insistían en el teléfono, y con el correr de los días fue Adriano quien llamaba por los dos. Ya no preguntaban por los avances del curso de dactilografía del chino, querían saber cuándo iban a verla. Pronto, contestaba Vicky. Sin embargo, lo que más se escuchaba en sus susurros era la puesta al día de sus adelantos: Voy por la página ciento treinta y cuatro, qué sé yo cuánto falta.

Cuando las páginas rondaron las doscientas mantenía la alegría. La velocidad en el tipeo no dejaba de crecer. A esa altura se había encontrado varias veces con Patricia y Adriano. Se iba a la tarde de un día y regresaba a la mañana siguiente, un poco demorada pero irradiando entusiasmo. Solo un cambio reconocía Lidia, no demasiado molesto y ni siquiera en la sobrina sino en ella: estaba adquiriendo la costumbre de Víctor de llevarse el lápiz o la birome a la boca.

Lo detectó porque el golpeteo insistente le hizo doler el labio hasta dejarlo resentido. El ruido del teléfono le cambió la molestia de la boca por la de los oídos.

–Era mi mamá –dijo Vicky asomándose a la cocina–, quería hablar con vos. Le dije que estabas en una reunión. Siempre quiere saber cómo va todo.

–Lo que no entiendo es por qué le dijiste que entregamos parte del manuscrito a un editor. El libro no necesita de mentiras, hablamos de eso la otra vez.

–Es que ella sacó el tema.

–Porque vos antes le pusiste esa idea en la cabeza a Miranda cuando vino, y ella se lo habrá contado. Tendrías que haberte retractado apenas pasó.

El labio hinchado. Lo notaba al llevarse el lápiz a la boca; también al rozarse con una ficha, al apoyar la mano debajo del mentón mientras leía, al tocarse el pelo. Jamás había sido consciente de semejante despilfarro de ademanes durante el trabajo. Trató de privarse de ellos para mantener enfocada la atención; vana treta, el dolor persistía. El labio superior se había convertido en una pelota enrojecida, cuando Vicky irrumpió en la cocina para preparar el té.

–Creo que me está doliendo desde ayer. Pensé que me había golpeado, pero no, es el diente de arriba, o varios. –Ni

conteniendo la respiración lograba abrir la boca.

De haber sido por ella habría aguantado más, pero Vicky actuó con resolución. El dolor se hizo más agudo en la sala de espera de la emergencia odontológica. Ante cada cuidado de la sobrina, pensaba en Elena y sus temores acerca de la cordura y la inutilidad de su hija menor. Pensó también, una vez más, que Vicky debería haber sido su hija y no Miranda; mejor, la hija que lamentaba no haber tenido, como era la hija para ese matrimonio de amigos suyos con los que mantenía un trío que no llegaba a comprender del todo. En ningún manual de cordura debería estar escrito, se dijo, lo que tiene que gustarle a cada uno. Se corrigió mientras estaba en el sillón del dentista, con el foco en la cara cegándola, sí, casi sin querer pensó que Vicky, tal vez, no fuera una hija para sus amigos sino una madre para el hijo deseado que buscaban. Que querían plantarle un hijo en su vientre joven y sano. Eso borraba cualquier posible simetría con ellos, además de hacerla sentir más madre o con mayor derecho de ser la madre que no era.

El odontólogo pudo hacer poco, disminuir la infección con un antibiótico. Era preciso esperar un día o dos para extraer el diente. Lidia apretaba fuerte los párpados para evitar la luz.

–Tu mamá tendría que consultar a un oculista.

–Pero es la boca lo que le duele. El diente –insistió, para patentizar la ironía que Lidia disfrutó por dentro.

–Tiene la vista demasiado fatigada. La luz no debería perturbarla.

Compraron los medicamentos en la farmacia y regresaron al departamento. Lidia se recostó en el diván del escritorio, entregándose al arrullo del tecleo de Vicky. Al día siguiente, como la hinchazón había disminuido, pudieron extraerle la pieza. Después le colocarían un diente postizo; tendrían que ver cómo solucionar ciertos inconvenientes.

–O tal vez me quede así –bromeó Lidia en un balbuceo. No recordaba cuándo se había sentido tan cuidada, librada al suceder de las horas. Tenía la sensación de bailar a ciegas en una cornisa con la certeza de que hacía pie en todas partes.

Llevaban doscientas cuarenta páginas. Vicky había tipeado toda la noche mientras Lidia dormitaba en el diván. Lo que

completó la satisfacción del día fue que Vicky se preparara para salir. Patricia y Adriano la esperaban. Si podía continuar con su vida, entonces el libro no le resultaba un obstáculo; es decir, la sobrina se iba porque elegía quedarse el resto de los días.

–El plan es que comamos, miremos una película y me quede a dormir con ellos. Y me dan ganas. Pero tampoco quiero dejarte sola así como estás.

–Te mentiría si te dijera que estoy perfecta con lo de mi boca. Pero creeme que me siento feliz, y mucho más si vas y la pasás bien.

Vicky no había vuelto a encontrarse con Joaco y Eugenia. Con Miranda se cruzaron unos mensajes desde la última vez, sin llegar a ponerse de acuerdo para verse. Vicky disfrutaba estar atareada. Miranda viajaba con frecuencia al campo para discutir con Bresanello las propuestas del broker que le había presentado. Estaba empeñada en modificar el perfil de Eliseo como inversor, entendía que en un principio fuera poco propenso al riesgo y se inclinara a comprar únicamente bonos calificados por Moody's como AAA, sin embargo su meta era diseñarle un portfolio diversificado con ETF's de empresas brasileras, aprovechando el impulso que cobraban los BRIC, y otros ETF's de oro. Sacar ventaja del coletazo que desencadenaría la crisis estadounidense, adelantarse con cautela aunque sin quedar rezagados, y para ello debía convencerlo de su estrategia.

"Eliseo es una persona que toma decisiones drásticas sin apresurarse. Si cree que se equivocó, no duda en volver atrás. En todo es así. El día del accidente, Eugenia y Joaco iban camino a la oficina porque ella debía firmar unos papeles. Uno de esos asuntos comerciales que nunca llego a entender bien, pero que no vienen a cuento. Eliseo decidió que jamás volvería a ese lugar. Si no desarmó la oficina fue por los tres empleados, dos de ellos trabajan con él desde hace veinte años, cuando compró ese departamento en la calle Venezuela. Llevó los papeles más urgentes para trabajar en el campo. Después de mucho conversar, aceptó contratar a alguien para que maneje la camioneta. Es una persona que nos ayuda

también en otras tareas, no me gusta llamarlo chofer. Una persona responsable, eso me da tranquilidad, capaz de quedarse esperando horas con tal de no salir a la ruta si hay niebla. Las rutas dejan mucho que desear. La otra opción era que llevara la oficina a casa, y a mí no me convencía tener tanto movimiento alrededor. Pero es injusto también para mí estar tan lejos, porque a Eugenia se le dificulta viajar todas las veces que quiere. Puede ser que Eliseo decida comprar una oficina para mudar la otra; lo imposible, y de eso estoy muy segura, es que vuelva a entrar otra vez a la de Venezuela" (Mariana de Bresanello, 57 años).

Días después de la extracción tuvo que hacerse dos tratamientos de conducto en las piezas que rodeaban el hueco para sostener una prótesis puente. Los dos en una sesión. Vicky pidió quedarse a ver; no se lo permitieron. Lidia atesoraba las muestras de sus cuidados, y el último siempre destronaba al anterior. De regreso al departamento tuvieron, sin embargo, un irritado cruce de palabras. Vicky insistía en que debía hacer reposo, ella en que necesitaba retornar a sus fichas. Sobrellevaban las diferencias, no las eludían. El día anterior la sobrina se había molestado porque ella olvidó darle un mensaje de Patricia, que llamó a las seis de la mañana; aun así no habían vuelto a tocar el asunto, pese a lo insolentes que resultaron las excusas de la tía. Que creyó que ese llamado servía únicamente para controlarla y no le dio importancia; que así como a menudo evitaba los llamados de la madre era hora que hiciera lo mismo con los de su amiga, bla bla blá. Reconocía que se había extralimitado, aunque ignoraba el motivo. Que a Vicky se le cayera de las manos la taza de Víctor, no el tazón para el café con leche, la taza que había traído de la Universidad de New Hampshire y que usaba de lapicero con la ilusión de que le durara para siempre, eso, no cabían dudas, era un estúpido percance que de ningún modo podía ser la causa. Realmente no. Lo que había sido tan importante terminaba convertido en una banalidad, no porque Víctor ya no estuviera; al contrario, porque su manera de seguir estando convertía los objetos en un lastre para su vuelo y sombra para su luz.

Tres pedazos. Lidia no pensó en eso al recogerlos, tampoco

al despacharse con las excusas por el llamado de Patricia; lo pensaba recién en el instante en que miraba a Vicky conversar por teléfono con Elena. La madre estaba afligida, le había roto la taza de Starbucks regalo de Eugenia y quería saber dónde podía comprarle otra. ¿Casualidades? Las casualidades son invenciones fútiles o revelaciones que se cuelan desde alguna zona misteriosa, y Lidia, convencida de que era una buena lectora, optó por lo segundo.

–Cuando no cree que voy a descompensarme, piensa que soy Heidi. ¿Te das cuenta, tía? No le importa que estemos trabajando, o no me cree, que para el caso es lo mismo –y salió del departamento hecha una tromba sin decir adónde iba. Nada preocupante en realidad: su bolso ekeko seguía sobre la mesa. Al rato regresó, traía vainillas–. Pensé que te iba a dar menos trabajo que masticar las tostadas. Lo que no se me ocurrió fue comprarte algo salado. Unos sándwiches de miga no habrían estado mal.

Una vainilla en el té. Lidia sintió cómo se deshacía en su boca inflamada. Con la lengua buscó las migas en los rincones de las encías, sin tener presente otra cosa que el dolor. Ni por asomo se le dibujó, como solía ocurrirle en cuanto interrumpía la tarea, la caligrafía de Víctor en los márgenes de un libro que se le hacía mundo, cualquier libro que acaso ocultara una revelación bajo la apariencia de azar y que esa vez bien podría haber sido *La mayor* de Saer, el volumen editado por CEAL y tan mal encuadernado, encolado en realidad, que se había deshecho dejando las páginas sueltas como los restos de la vainilla en su boca.

17

Le costaba digerir la página doscientos setenta y uno –iban bastante atrasadas con las lecturas–; las frases de Porchia y Gómez de la Serna que aparecían como escritas por Víctor le resultaban capaces de evocar el recuerdo de algún lector, y se negaba a que una mancha perjudicara el rugido del tigre. Distinto era el párrafo de la doscientos setenta donde los préstamos de Cioran pasarían inadvertidos; a menos que el libro se tradujera y eso no estaba ni remotamente previsto.

–Habría que volver a hacer estas páginas. No por error tuyo, Vicky. Es que corren el riesgo de prestarse a confusión. La palabra *pena* o esta otra, *sacrificio*, no me convencen. De ninguna manera. No.

–Busquemos sinónimos.

–Después lo voy a hacer yo con las fichas en la mano. Sigamos adelante.

Vicky no entendía, y poco tenía para entender. Ni le preocupaba demasiado. Su principal objetivo era escribir cada vez más rápido y sin errores. Por supuesto, además de que lo leído le despertara evocaciones sugerentes. A boca de jarro soltaba anécdotas o derivaba hacia asuntos estrambóticos que con frecuencia hacían sonrojar a su tía. Una tarde preguntó si alguna vez le había sido infiel a Víctor. Lidia: Jamás. Vicky: ¿Tampoco nunca sentiste ganas de hacerlo? Otra, ante una párrafo en el que Víctor se internaba en un parque de La Habana donde Reinaldo Arenas se escondía de la policía, contó, mientras lavaba la vajilla, que una tarde se había robado un jean en el probador de un negocio de Belgrano.

El día que se apareció con las vainillas no fueron las páginas del libro lo que la impulsaron a hablar, o sí, pero de un modo indirecto; en definitiva también era en la boca de la tía donde se escondían los innominados autores atravesados

por las flechas de los párrafos.

Fue una pregunta sobre el dolor en la boca, nada particularmente especial.

–Apenas si me duele. Igual no pienso mostrarte, Vicky. La herida es interna.

–Nada más lo decía por si querías un analgésico.

–Pero cuando me sacaban la muela y me hicieron los tratamientos de conducto, quisiste ver. Me quedé intrigada por eso. ¿Para qué querrá ver?, me pregunté. ¿Será que mi sobrina tiene vocación de dentista o de médica y no lo sabe? Lo digo en serio, Vicky. ¿Alguna vez te pusiste a considerarlo?

Ante la negativa rotunda retornaron a la equitativa división del silencio. Una manera de aceptar que las dos estaban en deuda de palabras. Días después Lidia se encontró mostrándole el diente provisorio recién colocado. Sin que la sobrina se lo pidiera, levantó el labio con el índice descubriendo la prótesis.

Cerró los ojos primero, espiándola por el rabillo.

Dijo que llegado el caso no tendría inconvenientes en quedarse con ese arreglo provisorio.

Dijo que le costaba imaginar cómo podría ser mejor la porcelana que el plástico. Y aclaró: En este sentido me refiero.

–Claro, no parecen de plástico, tía. Nada, realmente.

–Sí.

–Pensé en lo que decías el otro día.

–¿Y?

–Que no tengo vocación de médica. Me perturba ver sangre, si no es la mía.

–¿Entonces?

–Que si a los demás les pasa algo a mí me gusta estar con ellos. Ayudarlos. No importa quiénes sean. Ser útil. No porque sea una samaritana o una monja. Me gusta estar al lado de los que sufren.

–¿Por?

–Supongo que para ayudarlos. Pero no por ellos, es por mí. ¿Te acordás que te conté que a los doce me puse a besarme en una plaza con uno de dieciséis al que ni le conocía el nombre, que me le tiré encima así porque sí?

–Me acuerdo. El día de los pantalones robados.

–No, lo del jean fue después…

–Digo que me lo contaste también ese día, cuando estábamos conversando en la cocina.

–Puede ser.

–¿Y entonces, Vicky?

–No sabía cómo se llamaba, aunque sabía quién era. Le faltaban varios dedos de la mano derecha, no todos, tenía el pulgar. Se los había apretado, de chico, con la máquina de picar en la carnicería del padre. Andaba con la mano vendada, escondiéndola. También la tenía así cuando lo encontré en la plaza.

–¿Te dio curiosidad verle la herida de cerca?

–Creo que no. Tenía la mano envuelta como una pelota. Me le senté al lado y sin decirle nada lo abracé. Todo me temblaba por dentro. Enseguida salí corriendo muerta de vergüenza. Nunca más volví a la plaza. Es la que está a dos cuadras de mi casa, sobre Juan B. Justo. Nos cruzamos un par de veces pero nos hicimos los distraídos. Me parece que los dos estábamos un poco locos.

–Yo no lo creo. Seguro. Aventuras. –Lidia pronunció esa palabra mirando la página trescientos diecisiete. *Aventura* estaba escrita al comienzo de un párrafo. Era más apropiada que *exploración*. De haber estado menos presionada por el nerviosismo habría encontrado otra mejor.

Prosiguieron la lectura por la trescientos dieciocho y, al llegar a las trescientos veintidós, retomaron aún desde más atrás. Pasaban la vista por el papel, resistiéndose a aceptar la distracción. Vicky, un rato después, mientras iban y venían entre dos páginas, se levantó a atender el teléfono.

Como quien se resiste a apartarse del foco de su interés, se puso de pie sin apartar la vista de la lectura. No era una simulación para su tía, simulaba para sí misma. Lidia giró y apoyó el codo sobre el respaldo del sillón, preparándose a oír la conocida cantinela hacia Elena, o lista a darle la espalda y dejarla conversar tranquila con Patricia y Adriano.

Ni lo uno ni lo otro. Vicky tartamudeó con el aparato pegado a la mejilla. Se erguía más ante cada palabra que escuchaba, luego lo tapó con la mano para susurrarle a Lidia de quién se trataba.

Se quedó junto al teléfono. Buscaba descifrar lo que decía

la voz hecha silencio al otro lado de la línea, no le bastaba con las frases medidas que pronunciaba su tía para Bernal Carranza, sin perder la compostura.

En cada sílaba Lidia paladeaba la victoria, no ante el profesor sino ante el tiempo: había rehuido tanto esa voz que ahora era el signo de su conquista.

Cola de paja, sí. Del artículo de Gombrowicz, nada. Culo sucio: ella había impedido que se lo robara para sus clases. Evitó hacer aspavientos sobre el asunto. Muy amable. En veinte días Bernal Carranza viajaría a Santiago de Chile a dictar unas conferencias en la Universidad Católica (Mire usted qué suerte), iba a estar un día en Buenos Aires (Muy bien) y quería visitarla (Por supuesto, será un placer). La cabeza de Vicky se pegó a la de su tía tratando de oír más. Concertaron el día en que Bernal Carranza pasaría a verla. Lidia: A las once de la mañana, muy bien.

Vicky corrió a anotar fecha y hora en un papel, siguiendo la indicación de la tía.

Bastó con que Lidia levantara las cejas para que desistiera de anotarlo en las páginas del libro.

Lecturas, había dicho Bernal Carranza, no *conferencias*; *a la misma vez*, deslizó en otro momento. Hablaba el castellano como gringo; no era la primera vez que lo notaba, la diferencia es que antes reprimía la tentación de corregirlo y esta vez disfrutaba con esos dislates de colonizado. Colgó y pensó: habla como gringo, piensa como gringo, se cuida el culo como gringo; ergo, es gringo. La suma de esos detalles no quería decir mucho en un plano, en otro sí: era un falso colombiano, un falso literato, un falso profesor de Literatura Hispanoamericana porque eso que hablaba no era castellano, y un falso amigo disfrazado de cordero degollado.

Con ambas manos sepultó el teléfono al colgarlo, una tapa para la caja de Pandora, luego exhaló complacida. Vicky estaba expectante. Eran el fulgor de dos caras opuestas, una parecía la espera en la trinchera, la otra la toma del poder. Jamás se había extendido en detalles sobre Bernal Carranza con la sobrina. Vicky era intuitiva, sin duda; le debía a ella buena parte del alivio que experimentaba.

En un balbuceo, Vicky comentó que creía difícil tener lista una primera versión del libro en dos semanas. Según los

cálculos de la tía, restaban unas trescientas páginas manuscritas, que se convertirían en doscientas una vez tipeadas. Imposible en tan corto tiempo.

Lidia le aseguró que eso no tenía importancia.

–Entonces estoy confundida. Creí que se trataba del profesor de Estados Unidos amigo de Víctor. O conocido. Pensé que era el contacto para la traducción.

–Sí y no, Vicky. En algún momento pude tener esa idea, ya no. Este es un crápula –y se despachó a hilvanar detalles del vínculo entre Víctor y Bernal Carranza, ajustándolos, sin demasiado rigor a la verdad, a la conveniencia del presente.

Acordaron una estrategia. Utilizarían al profesor de intermediario, le entregarían solo una muestra del libro para contrarrestar la tentación del plagio. Cualquier calamidad podía esperarse de ese individuo. Lidia hizo hincapié en no utilizar la palabra que estuvo a punto de brotarle de la boca: *catástrofe*.

Pensaba que la estrategia ayudaría a mantener en alza el entusiasmo de la sobrina.

En los días que siguieron la cantidad de páginas de la muestra fue lo único que modificaron de lo que habían resuelto.

La fecha de la visita quedó marcada en rojo en el almanaque. Aun así, Lidia continuó con la preparación del manuscrito, envalentonada porque iba acotándose lo que quedaba por fichar. Fijaron la hora del té como límite para las lecturas, quería aprovechar al máximo cada jornada. Cuando lo tipeado rondaba las trescientas setenta páginas, definieron que las cincuenta primeras serían ideales para la muestra. Luego redujeron el número a treinta.

Era habitual que se encontraran revisando, por ejemplo, la página veintiocho sin tener resueltos aún ciertos ajustes de la página seis. La aceleración era un obstáculo para reflexionar, lo que quizá desencadenara reacciones imprevistas en la sobrina. Porque lo de la traducción era una estratagema montada para ella, en ningún momento Lidia apartaba su mira de las quinientas páginas. ¿Para qué someterse a ese ritmo vertiginoso corriendo el riesgo de que resultara perjudicial? Carecía de respuesta; es más, ni siquiera se planteaba la pregunta. Preparaba páginas manuscritas y se las

entregaba sin detenerse a revisar a fondo el material que integraría el anticipo para Bernal Carranza.

Vicky era su complemento perfecto, no detenía el tipeo.

Redujeron la cantidad de páginas. Veinticinco hacía pensar en cincuenta; treinta parecía la falta de no llegar a más. Un argumento tan discutible como cualquier otro.

–Me río porque es la pregunta que podría haber hecho yo: ¿Qué tiene de bueno que sean cincuenta? Estamos en sintonía, Vicky.

La modificación tampoco hizo que se abocaran a pulir esas páginas. Faltando una semana para el encuentro con Bernal Carranza la revisión final no superaba la mitad de la muestra. La constancia del tipeo era infatigable. Vicky llevaba varios días sin devolver los llamados de Patricia y Adriano. Tanto derroche de entusiasmo colmaba de orgullo a Lidia. No lo experimentaba como un sentimiento egoísta, las dos estaban por igual en el ojo del huracán.

El jueves, faltando cuatro días para la visita de Bernal Carranza, el anticipo quedó listo y anillado con tapas de un azul intenso.

–Tienen que ser azules porque es el color de la inspiración. Es el azul de Rubén Darío –argumentó Lidia. Daba por sentado que el profesor pasaría por alto ese detalle. Darío era su poeta más querido, o lo había sido al menos antes de descubrir a Sor Juana a través de Octavio Paz, en ese libro lleno de “Para que lo lea L” en los márgenes. Sí: el azul de Darío estaba al principio y al final de ese anticipo, abrazándolo, en un juego sutil de ademán barroco donde alcanzó a ver a Sor Juana, y también a sí misma, por qué no, asomada desde el margen invisible de esa construcción, lo que era exactamente igual que decir –siguiendo el estilo– que en la luz abierta por la sombra ella y Víctor estaban más juntos que lo permitido por la prosaica realidad de las cosas.

Al mediodía del día siguiente se tomaron un descanso: Vicky había hecho cumbre en las quinientas quince páginas.

Celebraron con champagne y comida de rotisería. La prótesis provisoria no le impuso a Lidia ningún inconveniente para tomar y comer bastante más de lo habitual.

Aún tenía muchas notas por convertir en manuscritos,

pero el fichaje había entrado en su tramo final.

–Tendríamos que tomarnos el día como festejo –dijo tan efervescente como el Uvasal en el vaso que le alcanzó la sobrina. Luego de tragarlo, añadió–: Ojalá que el libro encuentre una lectora con la mitad de tu sensibilidad. No pido más, Vicky, la mitad de tu sensibilidad y un cuarto de tu entusiasmo.

Brindaron con el resto de la botella.

Lidia glisó con el pulgar el pilón de las quinientas páginas, acercando la cara para sentir el viento del papel. Quería embriagarse con más palabras que champagne.

Vicky insistió en quedarse con ella esa noche.

–Está bien, pero con la condición de que te tomes el fin de semana para vos. ¿Estamos? Mañana sábado trabajamos hasta la tarde para dejar todo listo, y te vas. El domingo no venís, descansás y te divertís; así estás despejada para el lunes. Tenemos que estar bien despabiladas ante Bernal Carranza. –Dos veces repitió lo mismo; la segunda con un agregado–: Este es tu libro, no tengo ninguna duda. Lo que no sabés está contenido ahí. Vas a tener que arañar y arañar hasta dejarlo a la vista.

Hablaba sin señalar el medio millar de páginas. A Vicky le llamó la atención ese desapego.

–Esas ganas tuyas de estar con los que sufren. De eso hablo, Vicky. Tu libro es eso.

–Pero yo no me quedo con vos porque te vea sufrir.

–Ya lo sé, Vicky. Hablo de otra cosa. De otra cosa. Cada uno decide si quiere ser un espeleólogo que se inmiscuye en las grietas de la tierra o si se queda afuera, sin reconocer siquiera la grieta que le tocó en suerte. –Y mientras hablaba, en la vacilación al pronunciar *espeleólogo*, dudando si se trataba del término preciso, revisó las páginas. Víctor había escrito algo sobre esos buscadores, se le ocurría que a partir de un párrafo de Verne, o acaso fuera de Fitzgerald, de Novalis, o de Vallejo y su minero; no lo encontró–. Da igual, lo que te dije es la idea fundamental de lo que propone Víctor: o muy parecido, no querría traicionarlo. Quizá todavía no hayamos tipeado ese pasaje.

Atinó a levantarse para ir en busca de los papeles que estaban en la cocina, y se dejó caer de nuevo sobre el asiento.

–Mejor lo buscamos otro día, cuando esté en mejores condiciones.

–El párrafo debe estar en las fichas, no recuerdo haberlo pasado. –Vicky era consciente de que no prestaba atención al teclear, y como no toleraba las mentiras, agregó–: De lo que sí estoy segura es que no está en lo que leímos juntas. ¿Realmente creés que Bernal Carranza no va a hacer nada con el libro?

–Es lo más probable.

–Supongamos que sí. Y supongamos, como vos decís, que no. En ese caso, ¿no tendríamos que buscar otro traductor?

–Es lo de menos, primero hay que publicarlo.

–Por eso digo lo del traductor.

Vicky había desarrollado una destreza colosal en el tipeo, pero seguía perdida en el mundo de las letras y los libros. Conteniéndose cuanto pudo, Lidia explicó la diferencia entre la traducción y la publicación de un libro. Desvió la atención hasta concentrarla en que en la Argentina también se publicaban libros, que siempre se habían publicado aunque cada vez se leyeran menos, y que lo mismo pasaba en los distintos países del continente. Vicky: Eso lo sé.

Al día siguiente, menos mareada, la situación se le presentó a Lidia como un malentendido del que habían bebido las dos en partes iguales y que ninguna había dicho exactamente lo que la otra creyó oír. Un desajuste más para el rincón donde dejaban las confusiones, aunque no para esa mirada sufrida que se instaló en la expresión de Vicky.

Oírla teclear como una concertista del aire la devolvió a la tranquilidad.

Pasó el día deleitada con esa música más que con la propia tarea. Una sola vez se animó a interrumpirla; fue para alcanzarle nuevas páginas manuscritas. Se abstuvo de indicarle que en la serie estaba contenido el párrafo sobre la espeleología. En lugar de tomar el té aprovecharon ese rato para ir a comprar las masas a la confitería de Santa Fe y Oro; Lidia insistía en que dejaran todo listo para el lunes.

–Viene a la once y no se va a quedar mucho, ¿te parece que llevemos unos sándwiches?

–Con las masas va estar bien, tía.

Tan impostado como adrede, ese “tía” fue una caricia para

Lidia. Revisaron la muestra por última vez. Impecable.

–¿Estás segura de que no querés que venga mañana?

–Vicky, ya lo dijimos. Ahora vos te vas a descansar y disfrutar con tus amigos, y el lunes estás acá a las diez. Después de todo lo que te exigiste, necesitás despejarte para ayudarme en la entrevista. No quiero que se nos escape nada. Quién te dice que no consigamos la traducción. Nunca hay que perder las esperanzas. Pero sin ilusiones. Porque no nos vamos a preocupar si lo de la traducción no sale, ¿estamos? El libro lo vamos a publicar igual.

A solas en el departamento, un rato después, cedió a la tentación de leer la muestra una vez más. Era tan perfecta que Bernal Carranza iba a quedarse con la boca abierta. Se dijo a sí misma: Con la boca abierta y el culo bien cerradito. Ahora estaba definitivamente convencida de que terminaría el libro sin excederse demasiado del plazo estipulado; apenas unas semanas más sobre los nueve meses, una demora comprensible tratándose del primer libro completo de Víctor. El logro se lo debía a Vicky, aun cuando, con la mano en el corazón, le costaba decir que era la mejor lectora que podía merecer.

Entre la noche del sábado y la tarde del domingo leyó completas las quinientas treinta páginas. Encontró varias imprecisiones conceptuales, no demasiadas, la mayoría podría repararse en una segunda edición; errores de tipeo, ninguno. Dejó la mesa puesta para la mañana siguiente. Los individuales, las tazas boca abajo sobre sus respectivos platos, servilletas de té que estaban en desuso hacía añares, y el medio millar de páginas a un costado para señalar con orgullo la procedencia de la carpeta de tapas azules. Antes de acostarse llamó a Vicky a la casa de Patricia y Adriano para contarle que había leído completo todo el material, y la felicitó. Y no dejó de recordarle, por supuesto, que al día siguiente tomara un taxi para llegar relajada.

Se durmió envuelta en la conquista. Despertó cargada de energía. Seis y media de la mañana, muy temprano para llamar a la sobrina; pero a la diez y media trató de localizarla al ver que no llegaba. Nadie atendía en casa de sus amigos, dejó un mensaje, y otro en su celular. No quiso llamar a Elena para no preocuparla. A las once seguía sin noticias de Vicky.

Bernal Carranza no fue puntual, llegó media hora tarde excusándose por la demora y el corto tiempo del que disponía. Le había traído su último libro, una compilación de trabajos críticos de distintos autores. En el índice no estaba incluido Víctor, tampoco había ningún trabajo sobre Gombrowicz; el nombre de Víctor aparecía en los agradecimientos –como Bernal Carranza se lo señaló con cara de nada–, un listado que, a vuelo de pájaro, reunía a una veintena de individuos entre colegas, asistentes, alumnos y secretarias. Víctor estaba allí, ni al principio ni al final, perdido entre aquellos ningunos o encontrado pese a todos los demás. No como Vicky que no llegaba, no como Vicky que no estaba con ella mientras Bernal Carranza hojeaba las veinticinco páginas de la muestra con admiración fingida. ¿O realmente admirado? Le costaba dilucidarlo porque Vicky no estaba y acaso le había ocurrido algo, eran casi las doce, jamás había sido tan impuntual.

Pulseras de metal, varias, otras de hilo, no muy coloridas, en la muñeca de la mano derecha con la que sostenía la carpeta azul mientras decía que se sentía honradísimo con el regalo. Lidia pensó que eso era lo que él esperaba que ella dijera por ese librito, doscientas cuarenta páginas, y el agradecimiento a Víctor. Y se empacó en las profundidades del silencio, tan hondo que no encontró el camino para mencionar lo de la traducción. Lidia: Por si tiene tiempo de leerlo. (Ni *tienes*, ni *tenés*). Bernal Carranza: Para los amigos siempre hay tiempo. Antes de irse, masticando una masita cargada de dulce de leche, abrió una bolsa de librería para guardar la carpeta azul. Había comprado un libro que le recomendaron. Eso dijo. Lidia pensó en Vicky, atemorizada por la tardanza, y también porque Bernal Carranza le mostraba que el libro al que acababa de referirse era *Amianto*, la historieta de Munro. Bernal Carranza: nuevos rumbos de la textualidad en los tiempos postcoloniales. Lidia hizo de cuenta que le hablaba a la pared. Como si negara tres veces al próximo Cristo del profesor norteamericano, y como si afirmara tres veces y mil y una más su cuidado hacia Vicky. No: su sobrina no la había abandonado.

18

Eran cuatro; uno esperaba en el auto con el baúl abierto y los otros tres rompieron la vidriera del negocio de ropa deportiva con una barra de hierro. El auto estaba estacionado en esa misma esquina, a unos pasos del escaparate, que de inmediato quedó vacío. Cebados por la facilidad del robo, uno entró al local entre los vidrios rotos para llevarse más mercadería, sobre todo zapatillas. Era temprano, el negocio acababa de abrir, solo estaban los empleados, que corrieron a esconderse detrás del mostrador, en el fondo del local, a unos diez metros de la entrada. El encargado de la seguridad que estaba con ellos avanzó enseguida entre los exhibidores de camperas Adidas, dispuestas en el centro del negocio. Uno de los ladrones le lanzó un grito desde la vereda mientras le apuntaba con un revólver. Al piso. Boca abajo. Insultó al guardia, a los empleados y al compañero que se demoraba en vaciar las estanterías. Para amedrentar soltó un disparo contra el cielorraso.

La rotura del vidrio parecía lo único planeado. Dos se fugaron de inmediato con el auto cargado, cruzaron las vías del ferrocarril apenas bajó la barrera y avanzaron por Federico Lacroze rumbo a Álvarez Thomas. Frente al local de la casa deportiva había un banco, todavía cerrado al público. Al oír el disparo los policías de custodia detuvieron el tránsito pero no abandonaron sus puestos. Los autos frenaron donde estaban y la gente se echó al piso; algunos corrieron a buscar protección en los negocios. Un patrullero llegó al instante, de contramano. Se detuvo en la esquina del negocio de Moldes y Federico Lacroze, en diagonal al local que estaba siendo asaltado. Bloquearon toda posible escapatoria de los dos ladrones. Un colectivo de la línea 42 quedó frenado a escasos metros de la vidriera rota. Los tres policías del patrullero se

dispersaron para rodear el local. Uno afirmó su posición protegiéndose detrás del patrullero cruzado frente a la única entrada del negocio, otro se ubicó sobre Moldes y el restante junto al 42. El que había hecho el disparo, un joven que no llegaba a los veinte años, soltaba amenazas desde el interior del negocio, lejos de los empleados, como si aún pensaran huir sin necesidad de escudarse con rehenes.

Los pasajeros del 42 cumplieron la orden de echarse al piso dentro del colectivo. Una mujer que viajaba con sus dos hijos entró en pánico y pedía desesperada que la dejaran bajar. El silencio se aturdió con sus gritos. Pese a la orden policial, el chofer del colectivo abrió la puerta para dejar salir a la mujer con sus hijos. Se oyó un disparo, enseguida otro que también procedía del negocio y que fue respondido por el policía del patrullero. El tiroteo se intensificó mientras la madre cruzaba Federico Lacroze con uno de sus hijos en brazos y el otro, de unos ocho años, corriendo a su lado. Asomándose por un costado del 42, el policía ordenó que se detuvieran. La mujer apuró la marcha hasta alcanzar la otra vereda. El hijo que caminaba a su lado, en cambio, se detuvo y quedó solo en mitad de la calle. Un grupo de personas, en su mayoría comerciantes de la cuadra y vecinos, contuvo a la madre en la puerta de la ferretería. Adriano corrió en busca del chico de ocho años entre los disparos mezclados con gritos y advertencias, y logró llevarlo junto a su madre. La mujer se ahogaba en lágrimas de agradecimiento y abrazaba a sus hijos. Adriano tartamudeaba hasta con el cuerpo. Estaba bien, no lo habían herido, nada, ni un rasguño, los nervios, sí. Uno de los mozos de un bar lindero sentó al ferretero en una silla. Agua. Lívido. Solo temblaba. Incapaz de fijar la atención en la copa que le ponían delante. Coñac. Agua. Como si la mano no reaccionara ante la orden, y como si la orden fuera ajena, la decisión de otro que acaso supiera por qué Adriano había actuado de un modo tan temerario. Sin embargo, nada en Adriano sabía lo que Adriano ignoraba. Un borroso recuerdo de haber visto a esa madre alguna vez comprando en la ferretería. Ni siquiera tenía ese recuerdo, era apenas el empecinamiento de mantener la vista fija en algún lugar.

La saliva le pesaba en los labios. El propio tacto imponiéndose ajeno. Ya pasaría, sí. Repitió que estaba bien.

De reojo, entre las piernas que lo rodeaban acompañándolo dentro del negocio, vio que los policías sujetaban a los asaltantes. Hubo aplausos, debió haberlos oído. ¿Cuántas personas había en ese momento en la vereda? ¿Probabilidades? Adriano no pensó en eso. La sirena del patrullero sonaba. Aplausos. Se llevaban detenidos a los ladrones. Imposible recomenzar el día como si fuera uno cualquiera. Pensó Adriano y lo dijo también, mientras la gente aún se demoraba en salir de la ferretería. Quizá nadie alcanzó a oírlo, o quizá no lo haya dicho.

Demasiado ruido. Hizo que buscaba algo en las estanterías de metal que tenía a sus espaladas. Quería encauzar la rutina, recuperar el aliento. Un tirón en el brazo. Como una aguja clavada recorriéndole desde la mano al hombro. Se apoyó sobre el mostrador. Un hilo de fuego que le quemaba por dentro. Debió sentirlo. Se desplomó sin que pudieran reanimarlo.

Nadie faltó al velorio. A toda hora hubo gente. Joaco y Eugenia fueron quienes se encargaron del tramiterío. Vicky, que había llamado a su hermano no bien se enteró de lo sucedido, no quiso separarse ni un minuto de Patricia, que aun después de que el médico le administrara el segundo sedante se pellizcaba los dedos como si quisiera arrancárselos de las manos. Un comportamiento que Vicky trató de descifrar, luego entendió que tampoco eso tenía explicación y permaneció junto a ella, pegada a su silla, lejos del ataúd y el peregrinar constante. Le tomaba la mano para interferir ese tironeo compulsivo con el que se laceraba los nudillos de la mano izquierda y agradecía por ella las condolencias. “La gente parecía que estaba en un programa de televisión. Daba bronca. Cuando llegó al velorio la madre del chico que Adriano había salvado, todos murmuraban, y la mujer caminaba abriéndose paso como si fuera una actriz. Ridículo” (Leonardo, 46 años, amigo de Adriano). Vicky estaba tan atenta al padecimiento ajeno que opacaba el propio. Como si su duelo fuera otro. Joaco se le acercaba a cruzar unas palabras cada vez que dejaba la sala para tomar un poco de aire, no soportaba el encierro del velorio.

–¿Le preguntaste si quiere comer algo? Vos y Miranda

tendrían que llevársela para que tome un café con leche. No comió nada en todo el día.

–Después va a ir, mamá, si tiene ganas –soltó Joaco.

–Seguro que más tarde –agregó Eugenia–, cuando se despeje un poco la gente.

–Me desespera verla como si fuera la viuda. No sé qué tiene esa chica en la cabeza. Hay veces que me sulfura.

Como Joaco y Eugenia se alejaron sin seguirle la corriente, Elena buscó apoyo en Miranda, que eludió cualquier entrada en cortocircuitos. Lidia observaba sin perderse detalle; trataba de convencerse de que lo hacía para ayudar a su sobrina, aunque Vicky parecía arreglarse muy bien como estaba.

Que dos personas se complementen en muchos aspectos no quiere decir que sean iguales, se encontró rumiando Lidia para sí. Habría jurado que no pensaba en ellas dos sino en Vicky y su amiga, o acaso en ambas y Adriano. Se le había ocurrido luego de detener la mirada en Joaco y Eugenia; al verla tan pendiente de su marido: posaba la mano en su espalda de manera particular, la palma abierta y los dedos estirados, un ángel protector de la retaguardia del corazón.

Cerca, a unos pasos nomás, Miranda convencía a Elena de que no tenía mucho sentido que se quedara. Mientras, le contaba que había recibido una oferta de Southern World Consulting para que no los abandonara y que ella no aceptó. Pronunció con deleite *abandonar*. ¿Te conviene más el trabajo con el padre de Eugenia?, preguntó Elena, rebotando la mirada en Vicky, tiesa y circunspecta junto a Patricia, y en los movimientos de Lidia que se negaba a dejar el velorio antes que su cuñada. Miranda: Eliseo confía mucho en mí y quiere ampliar la cartera para conseguir mejores inversiones bla bla blá.

Para escapar a la inspección de Elena, Lidia se acercó a Joaco y Eugenia.

–Es un desfile constante. Parece como si se hubiesen corporizado los nombres de la agenda de Adriano.

Era la segunda vez que lo oía decir eso. Le inquietó que Eugenia pasara por alto la repetición. En una de las notas de Víctor había leído una reflexión sobre las repeticiones, no recordaba en relación a qué libro (N. del A.: Es posible que se tratara de *El caballero encantado* de Galdós), sí la extensión

que ocupaba el comentario, once líneas que viboreaban hacia abajo conquistando el blanco inferior de la página. La anotación, finalmente, no había sido transcripta al libro; ni siquiera se le cruzó que debía revisar los motivos, lo que la puso inquieta; como una piedra que cae en las aguas serenas de un lago, fue estar pensando en Víctor en medio del velorio. No toleraba verlo metido allí donde ella había puesto todo su empeño por apartarlo. Quería irse cuanto antes para dejarlo a salvo de tanta muerte. Enseguida se acercó al ataúd para confirmar que Víctor no estaba allí.

–Me parece que tienen razón –dijo Lidia–. Voy a aprovechar a irme con Elena y Miranda para descansar un poco.

"La vez anterior que estuve en Buenos Aires visité a mi amigo Víctor Riera y conocí a su esposa. En esta nueva oportunidad traté de sobreponerme al entrar a su departamento, era difícil aceptar que no iba a encontrarlo. Detenerme frente a sus libros sabiendo que Víctor no estaría a mi lado para mostrarme algunas rarezas de su colección. Tuve la impresión de oír a Lidia más confortada que en nuestras últimas conversaciones telefónicas, no menos apenada. La encontré distinta a la mujer que había conocido años atrás. Eran muy unidos con Víctor. Pasará mucho hasta que supere la conmoción. Las pérdidas se convierten en un camino cada vez más áspero a medida que echamos canas. Mi presencia le devolvió recuerdos transmutados en pena, y debido a eso se nos dificultó la conversación. No hablamos mucho. Mientras se llevaba a los labios la taza de té derramó un poco sobre su falda, sin darse cuenta del percance, pude figurarme que esa clase de detalles habían perdido relevancia para ella. Era eso. Esperaba a su sobrina que demoraba en llegar, me lo contó no bien me invitó a pasar al departamento. De ningún modo lo decía para justificarse, la impaciencia gobernaba sus actos y sus palabras. Lo que yo llamaría su malestar, en el sentido más literal del término.

"Supuse que esa sobrina debía ser la persona encargada de acompañarla en la soledad de su viudez, la misma que el día anterior, seguramente, había dispuesto la mesa y los dulces deliciosos. Omití las preguntas. Creo haber dicho que

conversamos poco, debo destacar que yo no iba con mayores expectativas, mi única intención era verla en mi paso por Buenos Aires, hacerme presente y confortarla, en la medida de lo posible, dándole mi libro, que contenía un expreso agradecimiento a Víctor. Ella se puso tensa al leer el nombre de su esposo, pude advertirlo, un acto de defensa ante la conmoción. Se me ocurrió decirle que Víctor había sido el último mentor que tuve en la madurez de mi carrera. Sonrió sin añadir nada, como si lo excesivo de mis palabras no mereciera atenuantes. Me entregó unas páginas de unos escritos de Víctor, por lo que pude ver son extractos de un cuaderno de apuntes; no he tenido tiempo aún de leerlas. Fue como si intercambiáramos regalos. Dos viajeros desconocidos que se cruzan en un inhóspito lugar y comparten los libros que llevan en sus alforjas". (Bernal Carranza, profesor de Literatura Hispanoamericana, UNH, EE.UU., 60 años).

En cuanto Lidia bajó del taxi en la puerta de su edificio, Elena retomó sus preocupaciones por Vicky. Quería comprobar si a Miranda no le resultaba una rareza el comportamiento de su hermana.

–A mí no, aunque veo que a vos te preocupa bastante –contestó Miranda, después de confirmar el trayecto que debía tomar el taxista para llegar a Floresta. Hacía eso mismo cada vez que pedía un auto en la agencia. Chequeaba –así decía– cada información para evitar malos entendidos.

–Fue un comentario nada más. Parece que no puedo hablar con ninguno de los tres. Lo único que quiero es que ustedes estén bien.

–Y Vicky está bien.

–Yo no la veo así.

–Es que acaba de morir el marido de su amiga, que además era su amigo. Pero Vicky está bien, la noto compenetrada con lo que está haciendo. Ese trabajo con la tía. Le dedica todo el tiempo.

–Ojalá no eche a perder esa oportunidad.

–¿Por qué lo haría?

–Siempre se las ingenia para arruinar las cosas, no sé cómo hace. Pero me tranquiliza lo que decís, Vicky está más cerca de vos que de mí. La otra vez me contó que el libro de

Víctor se iba a traducir al inglés.

No dijeron mucho más. Elena se trenzó en un diálogo con el taxista acerca de la cantidad de murciélagos que pululaban en la ciudad, últimamente la tenían a maltraer unas palomas que merodeaban en el fondo del Palacio Riera y asoció, de modo inexplicable, a unos con otras. Ecuación del taxista: A las ratas las atraía la basura de las calles, y a los murciélagos la falta de luz en la ciudad; pero los murciélagos eran más molestos porque en sus vuelos despavoridos podían ocasionar accidentes. Como recién. Sí. El golpe en un parabrisas era lo de menos comparado con el riesgo de que un murciélago se introdujera en la cabina de un auto en movimiento. La imaginación de Elena se llenó de palomas al escucharlo. Miranda aportó una solución casera que se utilizaba en México: colocar CD en las ventanas para que el reflejo interfiera las señales de orientación y se espanten. Taxista: En otros lados usan águilas para ahuyentarlos, el principal peligro de eso es que los murciélagos terminen convenciendo a las águilas, o peor, que nazcan murciélagos con ojos de águila.

En lo que quedaba del viaje Elena pensó en palomas.

La nueva estrella china del tenis, Swan Dan Chen, estaba por sepultar al número tres del ranking mundial. Joaquín parecía atado al televisor. Una transmisión en vivo y en directo a decenas de miles de kilómetros de distancia, un estadio en pleno día mientras que en Buenos Aires eran las diez y media de la noche. Joaquín estaba en su mundo, es decir en otro, apenas despegó la mirada del televisor al verlas entrar.

Elena recogió el plato con los restos de fideos de la mesita junto al sillón.

–Veo que encontraste la salsa que tenía en el freezer.

Un gesto de cabeza fue la respuesta de Joaquín mientras le alcanzaba la servilleta usada. Ni una pregunta acerca del velorio. Hablaba de Swan Dan Chen. Decía: Lo demolió nomás. También: Abajo otro monstruo del ranking.

Miranda se demoró en la cocina lavando las dos ollas. Demasiado revuelo para preparar un plato de fideos y calentar una salsa a baño María. Elena repasó la mesada con

un trapo húmedo, unos tallarines habían quedado pegados.

–Por eso en estos casos me gusta dejar la comida hecha. Dejan todo hecho un chiquero –murmuró para Miranda–. ¿Querés que comamos algo o vas a salir?

–Mañana me vienen a buscar temprano para llevarme al campo. Arreglé con el chofer de los Bresanello. Como algo y me acuesto. Pero dejá que me lo preparo yo.

Joaquín entró en la cocina y Miranda comentó algo de su trabajo, parca como siempre en precisiones. Elena se despachó contando lo sucedido en el taxi: un murciélago había golpeado el parabrisas del auto y estuvieron a punto de chocar, bla bla blá. Y se detuvo a repetir la receta casera que le había dado ese hombre para ahuyentar a las palomas: pasar una esponja impregnada en amoníaco por los lugares donde se posaban.

–Todavía no entiendo a quién se le ocurre criar palomas. –Elena abrió la puerta de la cocina que daba al fondo y los guió para que vieran en qué zonas frotaría las esponjas–. ¿Pudiste descubrir de dónde vienen, Joaquín?

–De cualquier lado.

–Alguien las tiene que criar, no me digas.

–Ya se van a ir solas. No son tan molestas.

–Para vos, Joaquín, porque no tenés que andar limpiando. Son unos bichos espantosos. Se comen a sus pichones, ¿sabías? De lo peor. No sé a quién se le habrá ocurrido que eran símbolos de paz.

–Lo que habría que hacer es arreglar el jardín –soltó Miranda antes de volver a la cocina a prepararse un omelette.

Ellos se quedaron en el fondo. Como si fuera la primera vez que estaba allí, Joaquín inspeccionaba los rincones. Elena lo vio pisar los restos de la casa vieja, inclinarse sobre los muros tronchados y restregarse las manos luego de tocarlos.

–¿Vas a ir al entierro? ¿Dónde es?

–En Chacarita. Lo importante era que alguno de los dos pasara un rato por el velorio, y ya cumplimos. –Elena lo veía moverse ágil, a trancos largos, capaz de agacharse sin esfuerzo a recoger un broche que quién sabe cuánto llevaba perdido en el suelo–. ¿Lo demolió? El chino, digo, ¿demolió al campeón?

19

El día del entierro, por la tarde, internaron a Patricia. Lo decidieron el psiquiatra, que no la veía desde hacía meses y una hermana que apareció de la nada en el velorio a último momento, repartiendo órdenes. Vicky no sabía de su existencia. Patricia iba a quedarse en la clínica hasta que lograran mantenerla compensada, luego ingresaría en el programa del hospital de día que funcionaba también en la Badarajo Levi, en Bajo Belgrano. Sin precisiones respecto de las etapas, podían ser diez días o semanas de internación antes de iniciar el período de tratamiento ambulatorio. A Vicky nadie le pidió su opinión, y ella tampoco alzó la voz para preguntar quién habría de cuidarla una vez que empezara el hospital de día. La hermana vivía en Córdoba, era viuda y tenía una hija radicada en Bélgica; es decir, debería mudarse a Buenos Aires o llevarse a Pato con ella para continuar el tratamiento.

La mujer aseguraba que Patricia le había implorado que viniera a tomar las riendas del asunto. ¿En qué momento si desde la muerte de Adriano no se habían separado ni un instante? Vicky balbuceó la pregunta hasta sentirse ridícula. Nada tenía explicación. Ni siquiera sabía si Adriano acarreaba algún problema que hubiera permitido prever ese desenlace. Lo único que sabía es que en menos de tres días había perdido todo.

Joggings, remeras, zapatillas, ropa interior; había que llevarle ropa cómoda para que usara en la clínica. La hermana de Patricia le dio la llave del departamento para que fuera a buscar las cosas. Vicky no dijo que tenía la suya. Si antes no había hablado por qué debía hacerlo en esa circunstancia. Mecánicamente entró en el departamento, buscó un bolso y lo cargó. Agregó unos buzos, Pato era

friolenta; se tentó con llevarse de recuerdo la polera gris de tejido grueso de Adriano, una con franjas de ochos en la pechera; todavía olía a él. Decidió separar aquello para llevárselo después. Como en Badarajo Levi no le permitieron ver a Patricia, descargó el bolso sobre el escritorio de la recepción, dejó las llaves que le dio la hermana de Patricia y se fue. Todavía le temblaban las manos cuando regresó al departamento. Apoyó su llavero en el mueblecito junto a la puerta, como hacía siempre, entre el retrato de Buster Keaton y esa espantosa bola de agua con una cabaña alpina. Se demoró viendo caer los copos de nieve. Guardó en el bolso la polera gris, dos vestidos que a Pato le quedaban preciosos y la campera de gamuza, su favorita. Pensó que ella habría hecho lo mismo en su lugar. Al pasar por el baño se detuvo a limpiarlo para que no quedara ningún rastro para los otros. Tiró a la basura los tres cepillos de dientes. Ya no estaban para nadie. Revolvió entre fotos viejas, las que nunca había visto, hasta encontrar las imágenes de las dos hermanas, dos nenas en una hamaca, dos nenas en unas bicicletas pegadas de alquiler en Mar del Plata. Revoleó al aire las fotos, papel picado, nieve que caía sobre las cosas vacías. De la mesita de luz de Patricia sacó los dos vibradores y los clavó como pijas furiosas dentro del bolso. Cargó películas también; las que no habían llegado a ver, luego las preferidas de Adriano y finalmente cuantas cabían dentro del bolso.

Parada ante la heladera abierta picó lo poco que encontró. Con la punta de una botella se dio el gusto de romper la lamparita interior, siempre había querido hacerlo; no explotó, ni estalló, ni hizo ruido, simplemente se apagó. Prendió una tuca. Había planeado quedarse a dormir en el departamento, pero ni siquiera era capaz de sentarse a la mesa, ni en su lugar de costumbre y menos en los de Pato y Adriano. Un mensaje de Eugenia entró en su celular, el sexto en lo que iba del día, quería saber dónde estaba bla bla blá. Con la pantalla del celular rajada le llevaba un rato responder y no aguantaba quedarse allí un minuto más.

–Esperá, mamá, que estoy mandándole un mensaje a Eugenia para que no insista. –Vicky estaba en la puerta del Palacio Riera mirando hacia abajo, a su teléfono emparchado

con cinta en los costados.

Elena salió a buscarla. Dijo que se había asustado al notar que se demoraba; el susto en realidad fue verla desencajada empujando el bolso con el pie para disimular su peso.

–Esa mala costumbre de no avisar dónde están. Ni sabía que ibas a venir. A todos nos tenías preocupados. Miranda llamó desde el campo para ver cómo estabas. La que me sorprende que no haya llamado es tu tía. ¿Hablaste con ella? –El sí cortante de Vicky le impidió a Elena enterarse de más, saber por ejemplo si Lidia había estado en el entierro–. Tendrías que llamarla, decirle que estás bien y avisarle cuándo retomás el trabajo. Uno no debe dejarse estar.

–De mis cosas me ocupo sola, no te aflijas. –Podía haber agregado alguna exageración, decirle que a ella no la iban a empastillar ni encerrar, pero se metió en el baño a darse una ducha. Se llevó consigo el ekeko y el otro bolso para que la madre no curioseara. Mientras se desvestía preguntó por el padre.

–Viene más tarde, tiene tenis hoy, es miércoles –contestó desde el pasillo–. Miranda vuelve mañana del campo. Le está yendo muy bien con el padre de Eugenia, seguro que te habrá contado. Tiene ganas de alquilarse un departamento en el centro. Eso no sé si te lo contó, me lo dijo ayer. ¿Sabías que encontré una solución para las palomas? Hay que poner amoníaco, eso las espanta. Si querés la llamo y te paso el teléfono. A Miranda, digo. Con Joaco es distinto porque te comunicaste con Eugenia y entre ustedes se entienden.

–Me estoy bañando, no te oigo.

La cara frente a los golpes del agua. Los ojos bien abiertos ante la flor de la ducha. Lo suave y dulce puede ser terrible. Lidia había hecho exactamente lo mismo la primera noche que estuvo en el Palacio Riera, desde luego que Vicky lo ignoraba, y eso hace aún más sugerente la coincidencia porque en esos instantes ella pensaba en su tía, necesitaba contarle que habían internado a Pato. Lidia había estado en Chacarita, pero no alcanzó a ver en qué derivaron el descontrol y los desmayos de Patricia. Ni un llamado de su tía, era la única que entendía que no había nada para decir.

Salió del baño vestida, secándose el pelo con una toalla. Elena estaba en la mesa. Con regla y marcadores preparaba

las hojas de horarios de los clientes. Cada vez que los hijos la descubrían sumida en esa tarea no se privaban de decirle que sería más fácil hacer una planilla en Excel, pero ni Miranda ni Joaco tomaban la iniciativa de diseñársela. Elena no les recordaba la falta, era el único reproche que dejaba vacante, la excepción que dotaba de mayor contundencia a todos los demás. Vicky: ¿Querés que te ayude? Elena: Es la última hoja, ya termino. El ofrecimiento de la hija menor funcionaba de modo similar: siempre dispuesta a colaborar en las tareas de la casa, lo excepcional era que accediera a contarle sus cosas.

Vicky no tenía ganas de comer, ni de que pidieran helado, ni de mirar televisión. Escuchó a la madre en su pelea con las palomas y la acompañó al fondo para que le mostrara en qué lugar pasaría las esponjas impregnadas de amoníaco.

–Que ensucien no es lo único que me molesta. Hacen un ruido insoportable. Hoy había gente jugando y el ruido tapaba el peloteo de la cancha. ¿Y sabés una cosa? Cuando se interrumpía el juego, empezaban más fuerte. ¿Será que al escuchar el ruido se tientan, como les pasa a los canarios?

Lo mismo le preguntó a Joaquín apenas llegó. Hablaba de las palomas pero pensaba en otra cosa. Difícilmente fuera del todo consciente. Las palomas tenían la propiedad de regresar a su hogar aun estando muy lejos, no eran como los hijos, o sí en realidad, porque Vicky dormía en su cuarto y Miranda pensaba asentarse en Buenos Aires. Las palomas regresaban a su casa y eran fieles de por vida a una única pareja; eso último Elena debía ignorarlo, de otro modo no le habría hablado a Vicky de ellas, quizás sí, porque en definitiva las palomas se morían llevándose sus espantosas enfermedades.

–Como los canarios –repitió Elena.

Joaquín no contestó, siguió derecho hacia el cuarto de Vicky para comprobar si estaba dormida. Se acercó a la cama a besarla y tropezó con el bolso grande.

–Te dije que dormía, no la despiertes. Hace dos días que no duerme. Estuvo en vela más de un día. Tiene que recuperarse, pobrecita. –Vicky dormía igual que cuando era una nena, abrazada a la almohada y con la boca entreabierta hacia un costado.

De haber estado despierta se habría lanzado a sus brazos,

lo sabía, sí. Joaquín dejó a orear las zapatillas, el resto de la ropa la puso en el canasto para lavar. Iba a jugar el viernes, necesitaba tener listo ese pantalón, el otro le quedaba incómodo, arrastraba un defecto en la entrepierna que intuyó desde el primer momento. Un error de diseño de Lacoste, no de su físico, como le hizo notar a Elena.

–El torneo empieza la próxima semana, queremos entrenar el viernes para ajustar ciertas cuestiones. Parece que se suma otro club esta vez.

–Eso te escuché, sí. Lo otro que me decías cuando llegaste. –Lidia dejó la pava sobre la hornalla, para el té que tomaban antes de acostarse–. Lo de esas máquinas para poner en la cancha 1. Me estabas contando eso y te interrumpí con las palomas.

–Bicicletas de *spinning*. Es la segunda vez que me lo proponen. Venía dándole vueltas al asunto. Entrarían unas diez o doce en la cancha. –Le habían ofrecido un contacto, el primo de uno de los compañeros de tenis estaba dispuesto a alquilárselas a cambio de un porcentaje de la recaudación. Una manera de sacar provecho a la cancha en desuso, porque para el *spinning* servía tal cual estaba.

Un complemento para los jugadores de squash. Una atracción para los clientes y un incentivo para conseguir nuevos. El acuerdo era ventajoso desde donde se viera. Maximización de recursos. Un negocio sin riesgos, salvo las marcas que dejarían las bicicletas en el parqué, aunque como estaba en la actualidad tampoco servía para el squash. Todas eran ganancias. ¿Sí? Acomodaron las tazas servidas en la bandeja y caminaron hacia las escaleras. Joaquín iba adelante imaginando detalles de un tipo de entrenamiento que ignoraba por completo. Ella asentía llevando la bandeja. Era el momento del entusiasmo, no era tiempo de buscar aristas a lo que todavía ni siquiera era un proyecto, Joaquín habría de encontrarlas sin su ayuda. Prefirió no insistir sobre el ruido de las palomas y las pelotas de squash; mejor dicho, sobre el bochinche que harían esas bicicletas sumándose al peloteo. De ninguna manera iba a aceptar que la casa se llenara de doce desconocidas –no imaginaba a hombres entregados al *spinning*– pedaleando como pelotudas simulando el ascenso a una montaña, frotándose la quetejedi con la punta del asiento

en un camino ripioso hasta llegar a la cima. Pero no era el momento para decir que llegado el caso deberían tener un vestuario especial para mujeres, “el señor squash” estaba tomándose un recreo, nada más que un descanso, para continuar siendo siempre igual a sí mismo.

Dos ciegos hablaban a su espalda en un bar.

Hacían comentarios sobre unas personas que tenían en común, al parecer integrantes de una orquesta.

Los supuso músicos también, aun cuando no llevaran instrumentos, solo sus respectivos bastones plegados, que reposaban sobre la mesa.

El ritmo de las frases le hizo pensar que eran cantantes de un coro, y que los otros debían ser sus compañeros. No se pisaban las palabras, las voces llegaban sin tropiezos. Seguían una partitura infalible, cada uno entraba a su tiempo, en el instante en que el compañero abría el silencio, dejándolo suspendido como una pompa de jabón dispuesta a bambolearse con el soplido de la otra voz. Cantantes, sí. Ella también podía ser cantante, o ciega, sorda, muda, renga; no enana como esa mujer que pasaba en ese momento por la vereda, tampoco un perro muerto como Trinity. Menos un muerto. Apretó entre sus pies el bolso que había dejado en el piso junto al ekeko, los dos pegados, igual que los ciegos que conversaban.

Más de una hora estuvo en el bar.

Antes había pasado de nuevo por el departamento de Patricia y Adriano sin animarse a entrar. Para qué volver allí si la habían expulsado, adónde volver de todo lo que ya no estaba.

Un mensaje de Joaco en el celular, decía que la extrañaba y que le gustaría verla. Podía responderle y ser cantante, o ciega, igual que los dos cantantes y descubrir dónde debía empezar cada vez, ese instante justo en el que las cosas terminaban a tiempo.

Pensó de nuevo la frase pero al revés, luego apretó el timbre en el portero eléctrico de Lidia.

“Coronel Amianto se llamaba el pueblo originalmente. Algo bien argento. ‘Coronel’ por influjo patriotero y ‘amianto’

porque siempre está a punto de incendiarse y al final no se quema. Se calcina parejo dando la ilusión de que todavía está a salvo de lo peor. Nada sabía yo de la historia del amianto, ni conocía que se trataba de un mineral que produce cáncer. Asociaba el amianto con los corredores de autos. Mi única intención era vincularlo con la historia ignífuga de los argentinos. Los franceses tenían otra visión del asunto. Las ONG de Europa, en Francia y España sobre todo, están lanzadas a una guerra franca contra ese mineral. *Coronel Amianto* no significaba nada para ellos. En Gallimard sugirieron cambiarle de nombre al pueblo. Sin Coronel. Sin grados de fuego. Fue la única modificación que propusieron los franceses. El dislate que se produjo por la anécdota de Borges y Bioy Casares sobrevino después, cuando *Amianto* tenía el contrato para publicarse en Italia. Las historias andan dando vueltas por ahí sin pasaporte, como la verdadera realidad de la mentira del mundo global. Eso fue lo que al periodista norteamericano tanto le gustó destacar para referirse a la actualidad política de Sudamérica. La versión al inglés de *Amianto* fue lo que la colocó en otro lado. ¿Dónde? No sé. Las historias, como dije, no llevan pasaporte para mí, no sé cómo vienen ni adónde van. Vicky tendrá su propia idea sobre *Amianto*, está en su derecho. Aprendí mucho de nuestra convivencia, lo fundamental fue que debía mantenerme retirado de las ambiciones conyugales. Viajé bastante con *Amianto*, no imaginaba que existieran tantos festivales de historietas. En una universidad americana me invitaron a hablar en un curso sobre relaciones internacionales, donde también analizaban películas y telenovelas latinoamericanas. Vicky no debe imaginarse las vueltas que dieron mis dibujos, estoy seguro de que al menos leyó unas páginas. La Alegre Sufriente tiene mucho de ella. Me costó dibujar ese personaje, todo el tiempo se me colaban expresiones de Vicky. La solución que encontré fue esparcir sus gestos en otros personajes femeninos de *Amianto*. Rasgos imperceptibles, ni ella se daría cuenta de cuáles son, aunque para mí son inconfundibles. Vicky es una alegre sufriente. Me enamoré de la primera parte de su personalidad que hacía borde con la segunda, y que tardé bastante en distinguir. Amor de trazo grueso. La tinta se confundía de ambos lados. Durante un

tiempo me resistí a verla completa. Vicky disfrutaba con el sufrimiento y se llenaba de culpas. Era una geisha si estaba enfermo, o si intuía que rondaba el precipicio del fracaso. El problema estaba en disfrutar sin recurrir al sufrimiento. Ese era el punto. No habría pasado nada con *Amianto* de haber seguido con ella, estoy seguro de eso. Yo necesitaba salir a robar diamantes, arrancarlos de las piedras o de donde fuese, como hace Rimbaud en la versión punk que estoy terminando para los franceses" (Munro, 26 años).

–Podés dejar este bolso y lo que quieras –dijo Lidia–. Vos misma podés guardarlo en el placard y quedarte con la llave, si eso te deja tranquila. Pero me apena, y no sabés cuánto, Vicky, que no puedas quedarte un rato porque hoy es mi cumpleaños.

Piernas de trapo que rozaban los estribos de una silla de ruedas. Los pies en Converse, botitas rojas, nudos atados, no por la mujer sentada en la silla, treinta años y hebilla en el pelo; los habrá atado la mujer que empujaba la silla y le acomodaba los pies en Converse y las piernas de trapo en los estribos de metal, que ya no se salieron de allí cuando la silla empezó a rodar.

Blancos los ojos detrás de los lentes negros. Primer asiento en el colectivo. La manos sobre un portafolios, los dedos hundidos en el acordeón del espesor.

Una leve renguera, imperceptible, ella disimulaba al caminar y se veía reflejada en las vidrieras.

Gestos de otra, sorda y muda, que reparte tarjetas con su historia.

Pero podría no ser muda ni sorda, y fingir esa joroba.

Bajar del colectivo sin que nadie alcance a verle los ojos detrás de los lentes oscuros. Caminar con los ojos cerrados y cruzar corriendo la avenida.

20

Un plan de operaciones literario. Tenía algo de serio debajo de la ironía, reconocía ciertos gustos, manías, obstinaciones muy propias de Víctor. El plan reprobaba las novelas fragmentarias, las novelas en las que nadie cojía, las plagadas de pensamientos célebres, inteligentes y/o útiles (esas eran las palabras utilizadas, la caligrafía era la de Víctor, inconstante en los trazos a causa de las carcajadas de la compañía), las novelas verdaderas ("Como decía don WCW: 'No ideas, salvo en las cosas'"), las novelas sin rebabas, las autobiográficas, las que hacían exclamar al lector "Esto es puro cine", las novelas sobre alcohólicos y prostitutas (Remataban: "¡Nada después de Dostoievski!"), las novelas con puntos suspensivos, las novelas que tienen como personaje secundario al lenguaje y las que lo tienen como protagonista (y también "como testigo, vecino, concubino o alter ego"), las novelas en las que no se hablaba de plata y las novelas en las que solo se hablaba de plata, las novelas con vagabundos sabios, las novelas puro diálogo ("Solo admitido a Compton-Burnett y Puig"), las novelas imbéciles, bla bla blá. Firma: Comando San Flaubert.

Otras veces había leído menciones a ese Comando San Flaubert al pie de alguna nota, no muchas, a lo sumo tres en lo que llevaba revisado de la biblioteca, pero era la primera vez que se encontraba con lo que se aproximaba a un manifiesto de lectura.

Todas novelas, nada de poesía, pensó. Estaba escrito en el reverso de la tapa de un cuaderno. Manchas dispares en la cartulina. Debieron ser cuatro alrededor de una mesa, tres y Víctor en una noche de aquellos martes de antes, cuando cenaba con amigos en un restaurante que ya no está en Sarmiento y Callao, veintitantos años atrás, en los tiempos en

que todo era posible menos tener un corazón delator de la muerte. ¿Qué estaría haciendo ella en ese momento? Víctor nunca le había contado de aquella broma, que no debió ser un chiste tan pasajero porque guardó el escrito. Comando San Flaubert. La novela arrodillada en un bosque de hojas secas y el disparo de risa, mientras los cuatro festejaban la ocurrencia, luego de haber tomado bastante a esa altura –las manchas en la cartulina parecían de vino y tuco– para que alguno accediera a romper un cuaderno, tapa gris, en un diseño que ya no existe para – otra ironía– los cuadernos marca Arte.

¿Por qué no había encontrado antes ese manifiesto? Tampoco Vicky lo había visto al limpiar los estantes; tal vez sí y lo dejó como estaba, doblado entre dos volúmenes, aparentando el formato de un libro. De inmediato resolvió que no debía incorporarlo al manuscrito para evitar contradicciones: el libro de Víctor era fragmentario y estaba repleto de pensamientos brillantes.

Echaba en falta la opinión de Vicky.

Desde que la sobrina había vuelto no hablaron del libro.

Lidia confiaba en que el trabajo por sí solo recuperaría el rumbo. Quedaba mucho por hacer. Vicky estaba triste, no vencida. Ni una vez le dijo que ella comprendía su dolor, rehuía las condolencias usuales, la acompañaba, eso era obvio, y no estaba dispuesta a dar lugar a que una frase permitiera el menor atisbo de comparación con la ausencia de Víctor.

La segunda noche después de su regreso Vicky contó con detalles lo que había hecho en el departamento de Patricia y Adriano. La reacción de Lidia fue instantánea: ¿Querés que te haga un café? Y para demostrarle que no se trataba de una actitud indolente, añadió: A mí podés contarme lo que se te ocurra porque jamás voy a usarlo en tu contra.

Un relámpago de luz en los ojos de Vicky atravesó el velo de su tristeza. Dos lunas que aún no estaban llenas, aunque prometían recuperarse. Sin apuro, debía dejar que las cosas sucedan. Con ese principio como divisa, Lidia regresó a su trabajo en la cocina, a fichar libros traspapelados –así había encontrado lo del Comando San Flaubert– y revisar otros.

–Desde hace tres días que estoy acá, mamá –dijo Vicky en

el teléfono–. No me digas que no lo sabés porque hablé con Joaco y Miranda apenas vine y ellos seguro que te contaron.

Lidia se acercó al teléfono apenas supo que era su cuñada.

Pero pese a lo que Vicky creía, Lidia no quería conversar con Elena sino con ella. La mentira la carcomía por dentro: no había sido su cumpleaños, simplemente quiso retenerla. La sobrina, sin embargo, estaba exasperada como para escuchar ese descargo, la madre tenía el exquisito don de sacarla de quicio.

La confesión supo esperar a la noche. La preocupación de Lidia era que al oírla su sobrina decidiera homologarla a la madre y se fuera dejando el libro inacabado. Nada de eso, Vicky la abrazó, y no dando los bailecitos tan frecuentes hoy día, esos balanceos de un lado a otro como muñecos de un reloj cucú, fue un abrazo verdadero, de cuerpo firme, un abrazo de esos que quieren hacer un tajo en la intemperie y que Boris Vian captó tan bien en una novela, en una escena en la que empieza a anochecer menos en ese punto donde un uno se permite el desafío de ser dos en la eternidad de un instante. (N. del A.: Casi textual estaba ese pensamiento de Lidia en la página cuarenta y tres del libro de Víctor).

–Sin tu compañía me sentía sola. Tenía miedo de que no volvieras si te dejaba ir.

Fue un susurro trémulo. Lidia esperaba que la sobrina le concediera lo mismo que ella había dicho acerca de no utilizar las confesiones en su contra, y no lo hizo ni ese día ni después.

Exagerar con palabras o con silencios era lo mismo, y ella antes había aumentado bastante el peso de su soledad: estaban igualadas. Regresó tranquila a sus fichas. Revisaba anotaciones descartadas, a menudo les descubría valores renovados. Ni lo quieto se conforma con quedarse en su lugar, pensó al día siguiente. Preparaba páginas manuscritas para el libro, aún no lo consideraba terminado. A veces eran agregados para incorporar en medio de un cantocapítulo y otras al final, y se las pasaba a Vicky que, sin embargo, no había vuelto a tipear. De vez en cuando nada más soltaba alguna cosita para conformarle el oído. Eso sí, continuaba

acercándole tazas de té a lo largo del día. Era cuestión de tiempo.

–¿Estaba mal el té? No lo tocaste. El café también tiene un gusto raro, deber ser el agua. –Vicky no acostumbraba interrumpirla, y quedó claro enseguida el motivo de esa excusa–: ¿Ninguna noticia del profesor norteamericano?

–Nada, mi querida, y haríamos bien en no esperarla. Tal cual lo supuse, el libro es demasiado para él. No hay que tomarlo como un fracaso, al contrario, es la confirmación de lo valioso que es el libro. Por eso pienso que todavía no está terminado. Lo que hay que hacer es que el libro se olvide de todos esos otritos que hay alrededor.

Estaba preparada para contestar las réplicas si le decía, por ejemplo, que el error residía en haberle entregado a Bernal Carranza una muestra de pocas páginas, o si reclamaba precisiones acerca de cuáles serían las evidencias que avalaban la singularidad del libro de Víctor. Lo que estaba fuera de lo previsto era que Vicky avanzara con una propuesta, más allá de lo inmediato.

–Podríamos buscar un editor para publicar el libro en Buenos Aires. Aunque no lo tengamos completamente corregido, tía. Así como le dimos una muestra a ese profesor, podríamos preparar otra para distribuir. Y más extensa.

–Es posible, pero para eso las dos tenemos que redoblar los esfuerzos. –Lidia, adrede, se interrumpió allí para dejar que la sobrina completara el vacío que le tocaba.

Ecografías de embarazos de Patricia. Tres eran de varones y otros dos de mujeres, o de varones tímidos flotando de espaldas en el vientre de la madre. Ignoraba la existencia de esas imágenes que descubrió en los DVD del bolso. Un disco para los cinco embarazos, la única película realizada por Adriano con lo único que pudo. Tomas ajenas hechas con material propio. Viendo las imágenes una y otra vez, Vicky trataba de encontrar algo más en lo que se imponía ante los ojos. Estaba arrinconada de preguntas. En otro de los DVD sin carátula –a las películas, Adriano les adosaba un collage con reseñas y ficha técnica– encontró sesenta minutos de Trinity. Distintos momentos del perro desde el día en que llegó a la casa. En las tomas asomaban fragmentos de Patricia, una

mano, un pie, un zapato, una manga, el perfil de un pezón como nariz de la maternidad. Adriano les había quitado el sonido. Las escenas de Trinity llegaban hasta sus últimos días, siempre solo entre las cosas. La ausencia de Patricia le sirvió para justificar la suya, lo que en nada le aliviaba el rencor, había sido el azar, solo el azar, lo que la condujo a esas imágenes.

Los dos DVD estaban junto a la computadora, Vicky quería tenerlos a mano. Luego de la conversación sobre la publicación del libro, los devolvió al bolso. Necesitaba espacio para desplegar los papeles. El vértigo del tecleo insufló un aire nuevo al departamento. Una sonrisa de satisfacción soltó Lidia hacia Víctor; aun así se contuvo de correr a abrazar a la sobrina, se rehusaba a convertir lo natural en un acto artificioso.

La música del tecleo dejó de ser un concierto de un único instrumento, sonaba sinfónica, no porque fuesen tantas las voces manuscritas a tipear, es que Vicky rara vez insertaba las correcciones en lo que tenía cargado en la máquina, prefería copiar enteras las páginas para limar cualquier falla remanente. Decir que se trataba de un desperdicio del tiempo era no aceptar el estilo de su sobrina. La persistencia como corrección, y la repetición como un encuentro con lo que debe ser revelado. Si el libro de Víctor había transformado su vida por completo, también debía servirle a Vicky para encauzar la suya, en eso residía la potencia de su manifiesto.

–Necesitamos buscar direcciones de editoriales en donde ofrecer el libro –dijo, y Vicky, diligente, se acercó a la biblioteca–. Pero no en esa clase de editoriales. Se volvieron engreídas. No nos sirven. Las cambió la concentración del capital financiero. Tenemos que buscar editoriales de autor, son las más selectas. En los diarios publican anuncios con su dirección.

Más tarde, ante una lista de esas editoriales, avanzó otro poco:

–Tené en cuenta, Vicky, que estas tampoco son la panacea. Dejan muchísimo que desear. Y cobran por publicar los libros. Lo bueno que tienen es que no te obligan a hacer cambios. Algo fundamental. Nosotros no queremos convertir el libro de Víctor en un best seller.

Vicky escuchaba con el ceño fruncido, vacilando entre soltar un sí o un no.

–Cuando hayamos hecho una selección de estas editoriales voy a pedirte, encarecidamente, otro favor. Que sondees cómo son, que las visites para conocer quiénes las manejan para ver si vale la pena que les llevemos el libro. Elegimos las dos más potables, y ahí sí nos presentamos con la obra.

Lo mejor que Vicky podría hacer para sí misma iba a ser lo más indicado para el libro, y viceversa. Una expiación de cualquier resto de egoísmo. Lidia se repitió aquello hasta convertirlo en una nueva divisa. Con eso aplacaba, además, una duda que la tenía a maltraer, el miedo a hacer interminable al libro de tanto postergar su final. Una nota que había pasado por alto de Perlongher hablando de una visita a París la conducía de nuevo, y de manera insospechada en su momento, a las imágenes de Londres de Juan Benet.

“Ninguna de las veces que llamé a Vicky en esas semanas lo hice impulsada por Elena o cualquier otra persona. Si fuera por mí la habría llamado muchísimas veces más, y hoy también haría lo mismo porque no dejo de extrañarla. En esos días sabía que estaban exigidas por la editorial para terminar el libro, solo por eso no fui más insistente”. (Eugenia).

Elena ya no llamaba como en otros tiempos, aunque parecía estar al tanto de todo. Lidia lo comprendió el jueves por la mañana, al oírla en el teléfono mientras estaba entre Benet y el viaje a Rusia de Castelnuovo. Vicky había salido a visitar la primera editorial. Esa escueta explicación le bastó a Elena para hacer una mención a la traducción, resabio de un correveidile anterior. Era más que evidente que seguía paso a paso la trayectoria del libro.

Lidia se abstuvo de volver sobre esos asuntos. El libro de Víctor iba demasiado lejos como para que cualquiera pudiera apresarlo.

Sí: Para que nadie pudiera hacer de él una cosita.

Sí: Más lejos que el mundo, allí donde los mapas temblaban.

En el velorio de Adriano había intuido lo que esta vez se

le hizo patente, su cuñada competía con ella. Como si las dos tironearan de Vicky, igual que en la obra de Brecht que Víctor llenó de signos de exclamación aunque sin notas. Mejor: la incitaba a tironear de la mismísima maternidad, porque no se privó de pasarle el anuncio de que Miranda había señado el alquiler de un departamento a doce cuadras del PH de Joaco. Lidia no se abstuvo del forcejeo: Quiere decir que también voy a tener cerca a Miranda, soy una afortunada. Pero lo de ese departamento de tres ambientes amplios con un balcón a la calle era solo una parte del mensaje que Elena quería dejarle para Vicky, la otra era que Joaquín había ganado el campeonato de tenis y que no se olvidara de llamar para felicitarlo.

Reparó en un detalle que antes no había considerado: Vicky atendía desganada el teléfono y, sin embargo, respondía con cierto desconsuelo al advertir que no era Elena quien llamaba. En la última conversación con la cuñada, Lidia terminó por confirmar que madre e hija eran complementarias, mucho más que Vicky y ella, pero infinitamente menos de lo que lo eran ella y su cuñada. Como impulsada por un resorte saltó del living a la cocina, donde la esperaba una edición crítica de las *Novelas ejemplares* repletas de "cfr.", la prístina evidencia de por qué no había tenido en cuenta antes ese volumen. Sin apartarse de sus fichas volvió a pensar en Vicky y Elena, y comparó esos llamados con las veces en que la sobrina hablaba con Joaco. Hastiado de que no respondiera a sus mensajes en el celular, el hermano había declinado llamarla al teléfono de línea del departamento. Vicky bajaba la voz para conversar con él y sonreía de manera entrecortada.

"Después del entierro de Adriano no vi a mi hermana, me parece, durante unas semanas. Miranda decía que sería fantástico que algún día cada uno de nosotros pudiera irse a dormir sabiendo que los otros dos estábamos bien. (N. del A.: Miranda se lo había dicho en una conversación telefónica desde México, la vez que él la llamó para contarle que iba a casarse). Y eso es cierto, rara vez coincidimos en la dicha en una misma temporada. Ahora entramos en un tiempo que parece que nos pone cerca de conseguirlo. Miranda está

espléndida, desarrollando los negocios que le interesan, y yo estoy casi feliz, no por las dificultades lógicas de montar mi propia empresa (N. del A.: se refiere al proyecto de montar un estudio de diseño gráfico), el *casi* es por Vicky. Si ella no está feliz, la vida se me vuelve cucaracha. Somos gemelos nacidos con varios años de distancia. Que sea astronauta, pedicura, odalisca, realmente me da igual si es lo que ella quiere. Jamás le tomé examen, como me dijo una vez. No la culpo, yo también le dije unas cuantas barbaridades. A lo del libro con mi tía le tengo poca confianza, aunque no niego que ella pudo contener y acompañar a Vicky. Pero el libro en sí siempre me pareció otro dislate salido del Palacio de los Riera" (Joaco).

Las entrevistas eran, por lo general, de mañana, al menos así fueron las primeras ocho. Vicky regresaba para encerrarse a tipear hasta la hora de la merienda cuando se sentaban a leer y corregir el material. El manuscrito superaba ya las seiscientas páginas, seiscientas veinticinco para ser exactos, una cantidad que empezaba a preocuparla teniendo a mano los costos aproximados para la publicación.

La disponibilidad horaria que ofrecían las editoriales para las entrevistas era, decía Lidia, un rasgo para considerar en la evaluación. El hecho de que no atendieran durante la mañana demostraba falta de profesionalidad (Vicky lo entendía en carne propia), quería decir que la editorial ocupaba un lugar secundario en las actividades de quienes las llevaban adelante. Vicky argumentó el razonamiento opuesto: Si el trabajo editorial no era la principal fuente de ingresos para sus dueños era una demostración de que no se comportaban a la manera de las editoriales vampiro. Como a las dos les urgía ponerse de acuerdo, la verdad no quedó estática en un solo lugar, dejaron que se desplazara de lado a lado con el mismo asidero incuestionable.

Alrededor de una hora le demandaba a Vicky prepararse para salir a sus jornadas de entrevistas. En el tercer o cuarto día salió del baño, seguida por el invariable vaho de una tuca, luciendo un vestido de Eugenia. Lidia: Te queda fantástico. La vez siguiente fue un vestido de Miranda, que tampoco entonaba con su ekeko-bolso-caracol. Evidencias insuperables de que la sobrina enfrentaba por fin la calle sin ningún velo

de dolor y para encontrar mucho más que una editorial. A su regreso, contaba lo imprescindible para no restar tiempo a la música de su tecleo, firme y al ritmo de su propio aliento de viajera, emancipada del mandato de dactilografía veloz del chino.

21

El libro y Vicky se preparaban juntos para soltar amarras. Si se van es porque antes han estado, se repetía Lidia. El paralelo le sentaba bien. Cuando sentía la amenaza de la incertidumbre en la sobrina, lo compensaba pensando en la buena fortuna que correría el libro; cuando era el pánico sobre la posible incomprensión del libro, pensaba en el futuro de Vicky sin otro límite que el horizonte.

–La semana pasada teníamos seiscientas dos páginas, recién termino de imprimir las últimas diez y el total suma quinientos ochenta y cuatro. Vamos para atrás.

–Avanzamos, Vicky, tenemos todo por delante. Que no te amedrenten las correcciones ni las tachaduras.

La sobrina aprovechó para contarle que Joaco y Eugenia la invitaban a cenar el sábado. Era viernes y Lidia sintió por anticipado su corazón solitario.

–Me imagino que vas a ir, ¿no? –Había reparado en que Vicky no lo daba como un asunto cerrado.

–Vos podrías acompañarme, si querés.

–Lo que quiero es que vayas vos y estés despampanante. Tal vez inviten a alguien para presentarte. No te vendría mal, Vicky. La frente siempre en alto. Acordate, es la proa del barco. ¿Sabés a quién te veo parecida últimamente? A la protagonista de *Mujercitas*, Wynona Ryder. –Fue lo primero que se le ocurrió decirle y no era cierto; en todo caso era Miranda la que se parecía a esa actriz. En una nota que recordó al instante, Víctor decía: Lo que importa no es la verdad sino lo que podamos hacer con ella.

El sábado, mientras Vicky no estaba, terminó con el fichaje y arremetió con las tachaduras sobre el material como una topadora implacable. Una vez que Vicky las cargara en la computadora, el manuscrito quedaría de un total de

quinientas treinta páginas. Se mordió las manos para no llamarla con el anuncio. Libro terminado. Las semanas que excedían del plazo estipulado se acercaban al aniversario de la muerte de Víctor. Una demostración –no una señal, había dejado de buscarlas– de que seguían juntos. Apreció que Elena no llamara para recordarle la fecha. Si había cierto resquemor entre las dos, ese gesto de prudencia bastó para disolverlo.

Lidia no necesitaba que le recordaran lo que no olvidaría jamás.

Vicky llegó a las dos de la madrugada, ella la esperaba en la cocina, simulando trabajar.

–Me despabilé porque tomé dos tazas del café que compraste. ¿Te sirvo uno?

Aguafiestas no, tampoco darle lecciones, al contrario, lo que quería es que Vicky mantuviera los ojos bien abiertos para que nadie la dirigiera. ¿Qué era eso de que se quedaría a vivir en el PH mientras su hermano y la mujer viajaban por Europa? Peor aún era aceptar el ofrecimiento de Miranda de alojarla en el departamento al que iba a mudarse. Dependencia de servicio, entrada independiente.

–Es una buena posibilidad.

–Las cárceles también tienen entradas independientes, si es por eso. Tendrías que recapacitar.

Sí. Joaco y Eugenia empezarían el año nuevo en Italia, Eugenia había elegido que fuera en Siena; extenderían el viaje hasta marzo. Planeaban dejar listo el estudio de diseño de Joaco para abrirlo a su regreso, al mismo tiempo que Eugenia empezaría a atender en el PH, a dos pacientes que tenía en vista, los nietos de una amiga de la madre.

–El libro ya estará listo en diciembre, yo entonces podría conseguir otro trabajo y vivir, mientras tanto, en lo de Joaco. Después me mudaría a lo de Miranda unos meses para seguir ahorrando hasta alquilarme algo. Un trabajo como telemarketer, cualquier cosa. Me parece una buena alternativa. No creo, tía, que esta vez te haga caso.

Durante días pensó lo que debió haberle retrucado: que se sentiría feliz si se quedaba a vivir con ella el tiempo que quisiera. Ensayó maneras de retomar la conversación. Cada

vez encontraba un motivo nuevo para sentirse en falta. Porque tendría que haberle dicho que el trabajo no terminaba con la publicación, había mucho para hacer después, ofrecer el libro en las librerías, preparar estrategias de difusión en las que Joaco posiblemente podría colaborar, aun cuando ella no quisiera fabricar un best seller, atender a los lectores, periodistas, profesores, críticos. Un trabajo muchísimo más constructivo que ser cajera en un supermercado o contestar teléfonos; además, le sobraba capacidad como para negarse a aspirar a algo propio.

Practicó gestos con los que acompañar cada frase, y todo eso antes de aceptar que no podía decírselo porque aún ignoraba si estaba dispuesta a cumplir lo exigido por ese derrotero. Se sentía capaz de mentir y decirle que había otra obra de Víctor para preparar, cualquiera cosa le resultaba más accesible que afrontar la incertidumbre, la que seguía al desprendimiento del libro de su estado de perfección. Nada sabía de lo que habría de suceder una vez que estuviera publicado, y sin embargo todo le aseguraba que el libro habría de encontrarse muy solo en la multitud, presa del manoseo, en el cepo de las ofensas y las torturas de la ingratitud.

Lejos de las tribulaciones de su tía, Vicky continuaba con las correcciones y las visitas a las editoriales. De cada entrevista encontraba algo para destacar. Había entrado en una etapa en que se reservaba menos algunas opiniones. Aguzaba la destreza para reconocer desventajas: un editor que apoyaba la taza de café sobre un manuscrito que estaba sobre el escritorio; un editor que durante la entrevista se frotó tres veces las manos con alcohol en gel; una oficina demasiado lúgubre, bla bla blá.

Luego de su hora de preparativos, emprendía la jornada hecha un ekeko sin explicar el cronograma del día; a veces llegaba a estar hasta la caída de la tarde en la calle. A su regreso soltaba algún comentario a tener en cuenta en su preselección, sin ahondar demasiado en detalles. Lidia jamás imaginó que existieran tantas de esas editoriales.

Una tarde irrumpió con la noticia de que Patricia había ingresado en hospital de día. Lidia: ¿Pudiste verla? Contestó que no y pasaron a otro tema. Una pregunta, una respuesta.

¿Hubiera contestado lo mismo en caso de que la pregunta hubiera sido si *quiso verla* o si *fue a verla*? De lo que tampoco quería hablar era de si se quedaría a vivir con ella o si había aceptado mudarse a lo de Joaco.

El día que terminaron de corregir el libro, Vicky se quedó apretando el manuscrito contra su pecho. El gesto traslucía para Lidia todo cuanto la sobrina no sabía decir.

–Falta algo –dijo, pidiéndoselo. Buscó la portada y debajo del título escribió: Para Vicky, este mapa para su barco.

–Voy a guardarme esta página.

–Me parece bien. Pero la escribí para que la tipees. Es la dedicatoria que debe ir impresa. Víctor también querría eso.

"Vicky me llamó para contarme la noticia de que el libro estaba dedicado a ella. Se sentía muy feliz. No conozco más del asunto. Hablamos también de que viniera a vivir conmigo en cuanto el departamento estuviera habitable y me mudara. El baño necesitaba algunos arreglos y todo una buena mano de pintura. Me pasé años conviviendo con extraños, no veía imposible aguantar el desorden de mi hermana durante unos meses" (Miranda). Vicky le contó de la dedicatoria dando por sentado que su hermana esparciría la noticia en la familia. Pero Miranda se reservó el placer de la emoción para sí.

Pronto hubo cinco editoriales seleccionadas, y por último dos. Todas por igual habían puesto reparos a la cantidad de páginas, demasiadas para lo que solían imprimir. Los presupuestos tentativos excedían con creces lo calculado por Lidia, pero no se desanimaba. Dedujo que si reducían el tamaño del manuscrito los costos descenderían en la misma proporción.

En un par de días de corrección dejaron el material en cuatrocientas páginas.

Redondas, ni una de más ni de menos.

Vicky lo llevó a las dos editoriales para obtener cifras precisas de los costos.

Tan ansiosa estaba Lidia por el resultado de esas reuniones que en cuanto la sobrina salió del departamento se atrincheró a esperarla en el living, parada frente a la biblioteca. Quieta, sin moverse. Vicky regresó bastante más tarde de lo previsto,

corriendo derecho hacia el baño. Se había descompuesto por los nervios; los retorcijones la habían tenido a maltraer durante la segunda entrevista.

Desde el otro lado de la puerta fue soltando los comentarios sobre lo sucedido. Auspiciosos, sobre todo en la última editorial que había visitado, un presupuesto más accesible que los otros. Vicky: Insistieron en que el material era extenso para el tipo de encuadernación que hacen, pero es esa la editorial, tía, estoy segura. El precio bajaría notablemente con sesenta páginas menos. Tapas de cartulina a dos colores, buen papel. Vicky no recordaba el gramaje ni otras características: Son muy organizados, y responsables, me dieron unas hojas con los detalles, están en el bolso, tía, agarralas. De inmediato, Lidia buscó el ekeko que la sobrina había lanzado sobre un sillón al entrar, hundió las manos en el interior de esa maraña, tanteando lo que parecía eran los papeles buscados. Tocó entre tanto una vara rígida, la extrajo por curiosidad. Lidia: Sí, encontré la información. Se le heló la sangre al ver que era un bastón de ciegos plegable. Lo dejó donde estaba. Lidia: El presupuesto me parece razonable.

Se rehusaba a pensar qué haría su sobrina con ese bastón; no, no debía pensarlo, se repitió de camino a la cocina, para demorarse en el cruce de miradas con Vicky que estaba saliendo del baño.

Lidia se escondió detrás de los papeles.

–¿Te alcanzo los anteojos?

–Los tengo puestos, los tengo, sí. Es que estaba estudiando los números y no los entendía bien. El presupuesto es realmente accesible. –Y no era cierto, las cifras seguían lejos de lo que había previsto.

–Si les damos el manuscrito mañana se comprometen a entregarnos el libro listo en tres semanas. En cuanto oí eso el estómago se me llenó de burbujas, ya no aguantaba más. La otra editorial también me pareció seria, pero esta es la que más me convence. ¿Te parece que los llame y confirme una cita parta mañana?

Lidia supo que esa era la editorial para el libro apenas llegaron a la entrevista. Imposible que hubiera otra más indicada. La elección era un acto de confianza en Vicky, un respaldo al viaje anunciado en la dedicatoria. La editorial

funcionaba en el garaje de una casa, en San Cristóbal, un espacio lleno de luz y con las paredes recubiertas de libros. Los dueños eran un matrimonio; ella era arquitecta y se ocupaba del desarrollo operativo de las publicaciones del principio al final, él era poeta y trataba con los autores desde su silla de ruedas.

Desoyendo el consejo de los editores, Lidia se inclinó por un último ajuste antes de terminar la etapa de composición: pidió que bajaran medio punto el tipo de letra y que ampliaran la caja. Que puede dificultar la lectura, le advirtieron. Que el texto no respira, que se pega demasiado al hueco del medio. Oyó todo sin desestimarlo pero se mantuvo firme en su decisión. Vicky la respaldó. El costo de publicación se redujo mucho menos que lo esperado.

Lidia durmió muy tranquila saboreando el fulgor de lo que sería ese lomo de tres centímetros en las bibliotecas.

Y pensó en el desdén del Comando San Flaubert al cruzarse con un libro en el que cada frase promovía una reflexión poderosa. Pero se afirmó diciéndose que aprobarían la reducción de los blancos caprichosos en la edición.

Víctor se le impuso como la encarnación de San Flaubert, y ella se vio internándose entre pasadizos y callejuelas extrañas buscando al líder incógnito, escondido detrás de ese *nom de guerre* estrafalario; en distintas situaciones lograba estar ante él, a solas, en el rincón apartado de un bar, a una mesa de por medio de donde el Comando se reunía a planear sus actos justicieros contra todo lo que no siguiera los principios de su manifiesto, casi podía intuir sus manos, tan cerca, y sin embargo no alcanzaba a reconocerlo; en cada paso que la acercaba el humo de un cigarrillo se tejía más espeso que una cortina de hierro.

Despertó creyendo haber soñado lo que no había dejado de pensar antes del sueño.

22

Subió el volumen de la radio para no perderse detalles de la noticia. Swan Dan Chen había sido internado en Stuttgart, estaba en coma, se presumía que había ingerido una sustancia en mal estado, dejaban en duda si se trataba de un alimento, un complejo vitamínico o una droga recreativa, no descartaban un envenenamiento. Llamó a Joaquín para contarle. Celular apagado. Supuso que igual ya estaría enterado. Comidilla para periodistas, pronto sacaron a relucir el confuso accidente doméstico protagonizado por otro *top ten* el mes anterior. Fervor conspirativo. Elena no lograba retener los nombres que mencionaban, ni siquiera el del tenista chino, que tampoco era tan chino, a los cinco años había emigrado a Inglaterra.

Los programas deliraban sobre los posibles efectos políticos en caso de agravarse el estado de salud de Swan Dan Chen. No era la única noticia que Elena tenía para Joaquín, aunque esa se llevaba las palmas. Una anciana de Texas tenía la casa llena de bolsas de mierda apiladas hasta el techo, mierda que había ido guardando de los quince animales con los que vivía y de ella misma también; nadie sabía precisar cuándo había sido la última vez que salió de la casa. Elena, sin embargo, tenía un buen día. Contactó a tres clientes que no aparecían por Squash Riera desde hacía bastante y caminaba dentro de la cancha 1 tratando de contar los pasos para medirla. Del chino se hablaba todo, pero nada de los padres ni de cómo había llegado a Inglaterra.

Se acercó al bar a bajar el volumen de la radio. Esperaba clientes en diez minutos, habían reservado dos horas. Cerró la carpeta; antes arrancó una hoja usada para dibujar en el reverso la superficie de la cancha y las ideas de decoración que acababan de ocurrírsele. Joaquín no había rechazado su

sugerencia. Se animó a proponérsela porque él primero había llegado con esa fantasía del *spinning* que terminó por desechar, ningún sentido había en que se opusiera a utilizar la cancha 1 en provecho de los hijos.

Trazos inútiles. Lo que dibujó era lo mismo que no haberlo dibujado, no aportaba nada. La impericia clausuraba las alternativas, o su imaginación era demasiado obvia. Se conformó pensando que a Joaquín se le ocurrirían ideas mejores.

Eran un equipo, sí, siempre pensando en los hijos. Joaquín se había ofrecido a dejar en perfectas condiciones el departamento alquilado por Miranda, que se negaba a mudarse hasta tenerlo impecable. Contaba con la palabra de Joaquín de dejarlo listo en una semana, y el padre contaba con demostrarle a Joaco que lo mismo podría haber hecho con el PH si no fuera por su arrogancia. Sí: se habían topado ya con algunos problemas de la refacción, las rajaduras en el piso de cemento alisado era el más evidente, el que Eugenia menos lograba disimular, aun estando enfrascada en los últimos preparativos del viaje. Miranda aseguraba que no era para tanto, el piso podría aguantar en esas condiciones uno o dos años hasta que colocaran la madera tarugada. Dijo: En invierno resuelven el problema con una alfombra. Práctica y decidida, Miranda había pensado quedarse en el PH mientras pusieran a punto su departamento, no le importaba esperar para mudarse al suyo; pero Eliseo Bresanello, al enterarse, le ofreció pagarle una estadía en un apart hotel para evitarle esa molestia. Elena le dijo a Joaquín lo que se había reservado ante Miranda: Que el único interés de Bresanello era que nadie se inmiscuyera en la intimidad de Eugenia, que no había otra cosa. Joaquín batallaba con la frustración, el consuegro siempre le llevaba la delantera, él arreglaba el departamento de su hija pero el otro ofrecía pagarle diez días en un hotel de Recoleta.

Uno hacía planes para su viaje, otra estaba dispuesta a vivir en un hotel de lujo, y Vicky nada. Fue el argumento al que recurrió Elena para empezar a convencerlo. Lo que no dijo era que también se trataba de reivindicar el esfuerzo de ellos. Si no podían ayudar a que Vicky alquilara un departamento, bien podrían armarle uno en la cancha que no

se usaba. Joaquín no había dicho que sí ni que no, lo que no clausuraba nada en realidad, porque con el *spinning* se había entusiasmado tanto y tan rápido como después se arrepintió. Quería sorprenderlo con nuevas ideas cuando llegara. Un departamento simpático. Aprovechando la altura de la cancha daba para construir un loft con un entrepiso, coqueto pero modesto.

Limpiaban y ordenaban casi todo el día. Plantaron alegrías del hogar en los canteros del balcón, olvidados desde hacía un año. Aun así constantemente encontraban una excusa para contactarse con el editor. ¿Estaba seguro de que el borravino no apagaría la tapa? ¿Había conseguido el papel brasilero? ¿Incorporaron las correcciones de las últimas galeras? Bla, bla, blá. Trabajaban sin descanso, y Lidia el doble, como de costumbre, porque se agotaba en la búsqueda de tareas para las dos.

El libro estaría listo en unos días. El editor no dejaba de confirmarlo en cada llamada.

Las dos parecían haberse secado al desprenderse del manuscrito. De manera elusiva Vicky le hizo saber que se quedaría con ella en el departamento. En verdad, se lo dio a entender al contarle que no iba a cuidar el PH. Fue una información escueta en la que Lidia se replegó. Exigir más era obligarse a decir qué hacer con los quinientos ejemplares una vez que se los entregaran, y no tenía ni idea. La posibilidad de la traducción había languidecido como una tarde de primavera. Todo había quedado en el pasado, cargándose con las incertidumbres del futuro.

Algunas notas de Víctor que en otro tiempo, poco en realidad, le inspiraban auspicios venturosos, la rondaban bajo la apariencia de enclenques fantasmas asustadizos, no por lo que decían sino por el espacio que ocupaban. Entre ceja y ceja se le imponían las páginas de ciertos fragmentos, y sabía perfectamente que uno estaba en la mitad de la página veintisiete por ejemplo, y el otro al inicio de la doscientos setenta, así, en ese estilo se lo figuraba; lo que la desesperaba era ignorar en qué páginas estarían en el volumen impreso. Se le escapaba de las manos lo que más tenía, todo lo que había

abrazado y alimentado. Ese mundo impecable estaba a un paso de quedar a la intemperie. No celaba a las palabras, celaba cada espacio del libro que hacía que el alfabeto amalgamara el ruido y el sonido.

Si cerraba los ojos se le imponían las páginas al revés, lo escrito se hacía blanco y el fondo ganaba espesura. Como un grabado en metal, un metal precioso, un metal que no era oro porque el oro, sabía, lo había leído en San Flaubert, se queda pegado en las manos y envenena.

Los únicos momentos en que lograba algo de calma era al ver a Vicky preparándose para salir con su mundoekeko, por lo general de mañana o alrededor del mediodía, nunca por la tarde. No decía adónde iba ni ella preguntaba. Dudaba que fuese solo en busca de un trabajo. Vicky tampoco lo contaba a su regreso, simplemente limpiaban, bajaban a hacer compras al supermercado y llamaban al editor, que apoltronado en su silla de ruedas en el garaje, rodeado de poemarios de toda especie y color, repetía lo que ellas ya sabían. Imágenes sobre imágenes mezcladas, similares a las visiones que se le prendían a Lidia acerca del deambular solitario de Vicky por las calles. Le gustaba pensar que fuera donde fuese estaba protegida por San Flaubert. La veía, o creía verla, visitando oficinas para mostrar sus cualidades de concertista en el teclado plástico; la veía caminando con la atención puesta en los malheridos de los rincones. Ninfa ejecutiva entre leprosos. Enfermera heroica en campos de batalla taponando heridas con las manos juntas para detener los sangrados. Una vidente que se volvía ciega en cuanto desplegaba su bastón, la muda más sorda y frágil inspirada por un hálito milagroso. Rara especie de Juana de Arco rogando por tuertos y baldados desde la hoguera.

“Cuando nos cruzábamos en el ascensor, mis chicos enmudecían, lo que no quiere decir nada en particular porque acostumbran quedarse callados ante los desconocidos, más si es gente del edificio. Ella da la impresión de no ser una persona a la que le gusten los chicos, por eso me llamó la atención, doblemente, que me comentara que se ocupaba de cuidar chicos. Sacó del bolso un volante sin gracia y me lo

entregó. Confieso que lo tiré apenas salí a la calle" (Irene). Lidia no estaba al tanto de esos intentos laborales, la sobrina tampoco le confió que había descartado postularse como telemarketer. La mañana del encuentro con Irene y sus hijos, Vicky iba de camino a Thames para tomar el colectivo hacia el Palacio Riera.

Sábado al mediodía, había clientes jugando al squash. Joaquín estaba con dos que esperaban su turno mirando en televisión un homenaje a Swan Dan Chen, muerto tres días atrás. Los mejores momentos de sus partidos. Ambidiestro en el juego, cambiaba de mano la raqueta de manera intempestiva, desconcertando a sus rivales. Vicky permaneció unos minutos ante la pantalla, junto a los clientes que esperaban y al padre de brazos cruzados en el sillón, que hacía comentarios sobre la destreza del tenista. Cambiaba la raqueta de mano en la mitad de un *game* pero no en todos ni en cualquier momento; ponía los ojos bizcos al avanzar hacia la red; imperturbable, no transpiraba, ni gestos hacía, una maquinita de piel y músculos, para otros un bailarín. Vicky, que aún seguía con el ekeko sobre los hombros, fue en busca de la madre. No la encontró en la cocina, tampoco en el cuarto ni en el baño del vestuario, estaba en el fondo, aislada, con la puerta cerrada que conectaba con la cocina, molesta con Joaquín porque había prendido la televisión delante de los clientes.

–Me vine acá para no verlo. Si no lo veo, hago de cuenta que no está. Ya se me va a pasar –y refregaba el trapo empapado en amoníaco donde las palomas habían dejado de posarse desde hacía días. Después, mientras entresacaba los yuyos donde el césped brotaba dispar, le contó de la visita de Miranda–: Ayer a la noche. Tu padre casi se emociona, lo que no es poco decir, porque Miranda le regaló un perfume importado.

Vicky creía haber sentido la fragancia cuando lo saludó al llegar.

–Seguro que sí, está encantado con el perfume. Hace años era el súmmum, no sabés, el Eau Sauvage de Christian Dior hacía furor. Pero Miranda, como siempre, pone una de cal y otra de arena. Suerte que no se lo dijo a tu padre porque creo que le daba un síncope. ¿Podés creer que es el perfume que

usa el padre de Eugenia? Me lo contó como si nada. Le regaló uno a cada uno.

No hay derecho, dijo también enseguida; Vicky entendió la expresión, imposible no hacerlo, pero prefirió pensarla palabra por palabra y el derecho se le volvió incógnita. La madre solía repetir *No hay derecho*, el padre *No hay necesidad* cada vez que se negaba a conceder algo.

Una bandada de pájaros sobrevoló bajo por el fondo. Elena alzó la vista.

–Deben ser gorriones –arriesgó Vicky.

–Demasiado oscuros. Serán golondrinas. Palomas seguro que no. Esas desgraciadas ya no vuelven.

"Una fragancia frutal. Desde el día en que conocí a Eliseo me llamó la atención su perfume. La fragancia, después noté, no olía igual en la ciudad que en el campo. No conocía el nombre del perfume, tenía un vago recuerdo de haberlo sentido alguna vez. Se me ocurrió regalarle uno y le pregunté a Eugenia cuál era. No fue fácil conseguir Eau Sauvage. Compré uno para él y otro para Joaquín. Sabía que le iba a gustar; no sé, intuición" (Miranda).

Obvió decir, o acaso no lo advirtió, que a Eugenia le molestó esa intromisión en la intimidad de su padre. Excelente relación tenía Eugenia con las hermanas de Joaco, y en los últimos tiempos se sentía más cerca de Miranda que de Vicky, o relativamente, ya que cuando se encontraban no dejaban de hablar de Vicky. Las sorprendía la manera en que había clausurado lo vivido con Adriano y Patricia, imposible hacerle decir una palabra sobre cómo se sentía o qué pensaba, ni un monosílabo siquiera, hacía de cuenta que no oía, algo que resultaba preocupante aun en medio del entusiasmo por la inminente publicación del libro y los festivos préstamos de ropa.

En realidad, Eugenia tampoco supo cuánto la intrigaba esa pregunta hasta que se vio rascándose insistente la mano izquierda con el dedo índice y el mayor de la otra, uñas impecables pintadas a la francesita. La vista perdida en cualquier parte completaba el esporádico tic que reconocía lejano, y que había fingido descubrir por un comentario de Joaco.

El celular zumbaba en su bolsillo. Joaco demoró en abrirlo, estaba despidiéndose de los compañeros del grupo de yoga en la puerta del instituto de Núñez. Era su novena clase. El terapeuta se lo había recomendado, dijo que era una manera de prepararse para afrontar la ansiedad del largo viaje en avión; faltaban unos días apenas. Los ahogos no habían vuelto con la medicación constante, de todos modos sabía que no debía confiarse. Por eso habían decidido hacer en tren los tramos entre las ciudades que visitaran. Joaco: Estoy yendo para casa. Eugenia: Ya sé, quería ver si no preferías que comiéramos afuera; sí, en el de siempre, o en otro, a mí me da lo mismo. Después le contó lo de Miranda. Repitió la pregunta que le había hecho sobre el perfume del padre, exactamente igual, sin agregar ni restar nada, pronunciarla para oír su opinión, o escucharse a sí misma con cierta distancia.

Frotaban en círculos el papel sobre el ventanal del living, tal como la tía había indicado que se limpiaban los vidrios y la sobrina aprendió: papel de diario seco hasta que chirríe. Las dos juntas, pegadas una a la otra haciendo brillar el vidrio.

–Si fuera joven otra vez me gustaría tirarme en paracaídas. No en un descampado como vi que suelen hacer, a mí me gustaría flotar sobre la ciudad. Sobre los edificios que tenemos enfrente, por ejemplo. Bajar despacio para tener más tiempo de disfrutar el paisaje desde lo alto. Lento, despacito. Los paracaidistas regulan dónde caer con esas sogas que tienen a los costados. Imagino que les deben servir para controlar el tiempo que permanecen en el aire. Bajan despacio. Son como las gotas de lluvia que caen dando la impresión de que el aire las sostiene y al final las suelta. Se debe necesitar mucha práctica para lograr esa habilidad, muchísima, no basta con lanzarse una vez sola, y ahí ya se me hace imposible imaginarme porque no me animaría.

–Creo que yo no podría hacerlo.

–Lo sé, Vicky; pero te gustaría. Eso también. Uno puede aprender las cosas por su cuenta, siempre con alguna ayuda, así se aprende. No hay que confundir eso con estar sometida a alguien que te diga qué hay que hacer. Son dos cosas

diferentes. Uno debe aprender sola a superarse, para mí es casi una obligación. Lo opuesto es quedarse muy contenta en la piecita que le hagan los padres en la casa. Cada uno lleva su paracaídas, y el desafío tarde o temprano se pudre.

Las dos reflejadas en el vidrio.

Caras nítidas a la distancia, y translúcidas al fijar la vista.

Se hacían invisibles cuanto más se acercaban al vidrio.

Lo único que encontró Vicky para replicar fue contar del juego que hacía de chica con las palabras y las frases. Un paracaídas no era *para* las caídas, los paraguas tampoco eran *para* el agua. Lidia, que había creído ser clarísima, parpadeó su desazón contra el vidrio del ventanal. La satisfacción se alejaba para imponer la triste figura de las dos; quizás no tan triste sino con tan poco para decirse.

23

Tres días después el editor les avisó que tenía listos los libros. Para transportar las quince cajas con los ejemplares Lidia y Vicky tomaron dos taxis. Fueron una detrás de la otra, una caravana íntima que recorrió la ciudad desde San Cristóbal a Palermo. Se repartían morisquetas de taxi a taxi. Como en esas estúpidas despedidas de soltero de viernes a la noche. Lidia: Tóquele bocina para indicarle a mi sobrina que doblen en la próxima. Vicky: Adelántese un poco, quiero avisarle algo a mi tía.

Esparcieron las cajas en el living, Lidia se negó a apilarlas. Pero ni la gozosa presencia de los libros en el departamento alteró la morosa pendiente de las últimas semanas. Estaban felices con los ejemplares, era indudable, acaso fuera la fatiga del traslado lo que empañaba el brillo de la tarde. O la ansiedad de la espera a la que se habían acostumbrado y que demoraba en alejarse. La causa para Lidia resultaba menos abstracta. Palpaba un cosquilleo ante la decisión que debía tomar ahora que el libro estaba publicado, y sin embargo seguía sin tener la menor idea de lo que haría con esos quinientos ejemplares y, desde luego, se sentía egoísta porque Vicky dependía de esa decisión.

El borravino de la tapa realzaba el título en blanco calado en negro, sugerencia del editor.

Para la contratapa había rechazado su consejo, solo accedió a que se colocaran las primeras líneas del libro y la firma manuscrita de Víctor.

La foto de Víctor en la solapa y el nombre de Lidia Riera como crédito, acompañado de unos datos escuetos, secos en adjetivos, a puro sustantivo, siguiendo las críticas de Víctor a las ediciones de sus colegas.

También la elección de la imagen obedecía a sus

principios y a los del Comando San Flaubert. Una foto sin fondo de libros ni expresión de sesuda reflexión, era la cara de Víctor sorprendido por la cámara, una tarde feliz después de una siesta, mientras leía. Hasta el último momento el editor se pronunció a favor de otras fotografías; luego se resistió a recortar de la imagen el libro que Víctor sostenía en las manos. Pero Lidia no quiso transgredir los principios de su autor.

La tipografía interior y el tamaño amplio de la caja, en efecto, no deparaban una lectura confortable. No supo si comentarlo, o si realmente se trataba de un error y no de un hallazgo que definía una poética. Al fin de cuentas la vida pocas veces era confortable; es más, no lo era nunca, y además lo confortable era falso.

Disfrutó sospesando los dos centímetros y medio del lomo, aun reconociendo que habría merecido otro centímetro; sin embargo allí estaban los últimos ahorros que tenía, ni un peso más ni uno menos, absolutamente todo. Vicky sonreía sola leyendo un ejemplar desde la primera página, recién ahora dejaba de encontrarse en lo que leía. Su única crítica al editor, algo que para Lidia resultaba excesivo, era no haberle regalado a su tía un ramo de flores para celebrar la publicación. Y un reproche de otra índole: no haber empaquetado los ejemplares con un moño en lugar de meterlos en esas cajas de alfajores y desodorantes de ambientes.

–Hizo su trabajo de manera correcta. A la gente no se le puede pedir más, Vicky. –Una respuesta atinada y concisa. Tuvo la impresión de que la sobrina esperaba más de ella, en definitiva habían elegido una editorial de autores y no un emporio comercial.

Vicky apoyó el ejemplar que estaba leyendo en el regazo de su tía.

–¿La falta de ese pobre hombre te resulta tan importante como para que rechaces de este modo el libro de Víctor? Ni tu trabajo ni el mío merecen un desplante de ese tipo.

–No es eso, te lo dejé para que me lo firmes. Que me escribas algo con tu letra.

–La dedicatoria impresa vale mucho más. Mi caligrafía, además, es de maestra retirada. –Y dijo también que ahora se

escribía de otro modo, que nadie se preocupaba de que las mayúsculas fueran mayúsculas bla bla blá.

La sobrina asintió, pero sin atinar tocar el ejemplar que Lidia terminó por devolverle.

–Me daría mucha tristeza que no escribas nada.

–Todo lo que tengo para agradecerte no cabe en una página. Y lo sabés, Vicky, porque te lo dije. –Las palabras se abrían paso en el aire a tracción del desconsuelo de la sobrina. Desconsuelo o desilusión, sí, Vicky no parecía estar exigiéndole algo, al menos en ese instante no le exigía que le dijera qué harían con los quinientos ejemplares–. Tenés las mismas iniciales que Víctor, ¿sabías? Seguro que te habías dado cuenta.

Abrió el ejemplar y destacó los aciertos de la edición, como lo de incluir una página de cortesía, inusual en los engendros comerciales.

–Hizo un trabajo muy digno el editor. –Vicky no parecía conforme y ella continuó–: Fijate lo que dice *Para Vicky*… ¿Sabés de qué me acuerdo? Del juego que me contaste que hacías de chica. Para Vicky, para-caídas.

–Pero yo no me animo, tía, ¿te acordás?

–Y deberías, claro que deberías.

–Si es por lo del departamento que iban a hacerme en mi casa, ya les dije que ni lo intenten.

–El asunto es que vos hagas otra cosa. Tenés por delante páginas y páginas para inventar lo que se te ocurra. Para hacer hablar las cosas que te dan vueltas por dentro. Como eso de que te gusta estar con los demás cuando sufren.

–¿Entonces no me vas a escribir ni una línea?

La maldita costumbre de dejar a la madre con la palabra en la boca ahora la aplicaba contra ella. Se quedó sola en el living.

El sabor amargo se diluyó pronto, Lidia tampoco habría sabido qué responderle. Vicky entró y salió del baño espantando el humo de una tuca, más espeso que lo habitual, luego se sentó un rato delante de la computadora, y finalmente, con la puerta de la heladera abierta, dijo que no tenían nada para celebrar la salida del libro.

Se repetían también en eso, acaso porque todas las cosas

vivas de este mundo se repiten y las que no, terminan por ser copias tristes, luego de gastarse la vida empeñadas en ser iguales a sí mismas.

–Pollo y champagne para mantener la tradición –dijo Lidia acercándose a la cocina.

–Y unas papas fritas, ¿te parece?

–Para mí, un tomatito abierto con orégano.

Complementarias como los ángulos opuestos por el vértice. Hacía un tiempo, cuando todavía trabajaban en el libro, Lidia compartió esa ocurrencia con la sobrina y Vicky completó el símil con un recuerdo escolar. Se repetían y eran diferentes, el mismo menú para celebrar pero ahora con el libro publicado.

Mejor: ni siquiera se repetían porque no había ninguna mirada ante ellas.

A la mañana siguiente coincidieron en contarse que, durante la noche, se habían levantado varias veces a pispear si el libro seguía allí.

Merecía una lectura completa.

Se dispusieron a hacerla turnándose para leer en voz alta, cada una con su ejemplar. Poco pasó hasta que Lidia acaparó la función de lectora. Corregía frases en el aire, muy de vez en cuando, casi no encontraba ripios ni errores. Leyeron varias horas sin interrupción. Vicky se quedó dormida. Ella continuó unos minutos como si nada. Luego se acercó a las quince cajas. Salvo los dos ejemplares que habían sacado, el resto permanecía intacto. Abrió las cajas una por una para corroborar que los cuatrocientos noventa y ocho ejemplares fueran los que correspondían, que no había errores ni picardía del editor. Después cargó una caja para ver si entraba debajo de la cama.

En el trayecto, y no sin antes cerciorarse de que la sobrina seguía profundamente dormida, cobró fuerza otra posibilidad: no guardar las cajas, esconderlas allí, debajo de la cama, aprovechando las salidas de Vicky, y decirle que había vendido la edición completa, no a una librería donde pudiera comprobarlo, que vendió los ejemplares a una librería del extranjero a través del contacto de un colega de Víctor, Bernal Carranza no, mejor otro profesor, sí, el amigo que tenía en Bordeaux.

Un mar de posibilidades se le abrió en esos pocos pasos hacia la cama.

Cada una corregía a la anterior sin invalidarla. Pensó que, tal vez, lo más conveniente fuera decir que era Bernal Carranza quien propició el contacto; más aún, que Bernal Carranza se había entusiasmado tanto con la muestra que no todos los libros se pondrían a la venta, que quería reservarse cien ejemplares para hacer una difusión entre amigos y colegas, o solamente entre amigos; o muchísimo mejor, entre lectores que desconocía.

Arrodillada junto a la cama y la caja con los ejemplares, recapacitó que era otorgarle demasiado a Bernal Carranza, cuando no había hecho nada. Era atinado mencionarlo, sí, para alentar a Vicky mientras ganaba tiempo para tomar su decisión, pero de ningún modo debía otorgarle el lugar de promotor; Víctor no había escrito el libro a lo largo de toda una vida para convertirse en best seller ni en historieta para universitarios. Jamás, sentenció tomando envión para empujar la caja, que no pasó debajo de los bordes de la cama. Las cajas de alfajores eran demasiado grandes.

Aun sin pretenderlo la peripecia tuvo el valor, fugaz, de cambiar la incógnita acerca del destino de los quinientos ejemplares por el lugar donde podía esconder las cajas. Lidia estaba más allá de eso, solo tenía ojos para ver su satisfacción abrazando el libro de Víctor, tan ajeno a las rancias flatulencias académicas como al bestellerismo, un libro que como decía Stendhal acaso tardaría setenta años en encontrar sus lectores, y algo más tal vez en que sus lectores lo encuentren. Esa era la razón por la que debía resguardarlo, se dijo acomodando con prolijidad, uno por uno, ejemplares sueltos debajo de la cama. Sencillo. La caja quedó vacía; acható el cartón para esconderlo dentro del placard. Muy simple. El plan demostraba ser factible, no había tardado más de unos minutos.

Y regresó al mismo punto: no escondía los libros como un tesoro para descubrir en el futuro, Víctor podía también tener lectores en el presente, solo necesitaba tiempo para pensar sin presiones. Sí: Víctor no dejaba de iluminarla con su silabario, ningún error podía cometer si se dejaba llevar por sus palabras.

Bolsas con las compras del supermercado. Un nuevo día. Vicky las dejó en la cocina, después pasó al living donde ella disimulaba pasar un escobillón. La sobrina no notó la falta de tres cajas. Víctimas las dos, pero Lidia menos, ella sabía qué hacer con los obstáculos mientras que la sobrina ni siquiera reconocía que tropezaba.

En el tironeo se lastimó un dedo con uno de los ganchos de la base de la caja. Despedazó el cartón con furia, no por el corte en el dedo que ya se había llevado a la boca: lo que se le impuso fue la imagen de un ataúd. Cajón de muerto, se dijo inclinada junto a la cama ante una nueva tanda de ejemplares. Otra idea empezó a darle vueltas, le costaba precisarla. Pensó que acaso fueran varias ideas y que por eso le costaba atraparlas.

Vicky estaba a punto de salir, iba a ayudar a Miranda con su mudanza.

–Entonces no vas a tardar mucho porque salvo la ropa Miranda tiene pocas cosas.

–No te creas, Simón le dio unos muebles. Ella quiere mostrarme cómo piensa ubicarlos. Y regalarme unos vestidos que no usa. ¿Por qué no venís conmigo? Tu opinión va a ser mejor que la mía.

–Estoy esperando ese llamado del que te conté.

–No me acuerdo que me hayas dicho, tía.

–Tal vez lo obvié para que no te ilusiones. Es posible. Quieren comprar los ejemplares. Todos. Una librería del extranjero. Pero hay que ver.

El corazón volvió a agitarse en cuanto se acuclilló a vaciar otra caja. Tragó de un sorbo un vaso de agua, quería apartar de ella las espantosas imágenes que insistían en perturbarla. Se serenó pensando en lo que acababa de contarle a Vicky. Perfectamente podría vivir en las palabras y no salir jamás de lo que ellas dijeran, vivir una vida dentro de las palabras y morir en otro lado, llevándose consigo el silabario. Sin cajones, sí. Era capaz de hacerlo. Un distribuidor estaba interesado en comprar los ejemplares para venderlos en todo el país, en librerías diminutas, el sujeto era un comerciante, todo se había vuelto comercio en este tiempo, de cualquier modo ella pensaba destinar trescientos ejemplares para esas

librerías y el resto enviarlo al extranjero, a puestos de ventas de pequeñísimos pueblos aunque la mayoría de las ventas se hacían por internet, como todo hoy día, se dijo en plena elucubración.

El vaso sobre la mesa del living.

Luego reposó la vista en la biblioteca.

Podía vivir en las palabras.

No recordaba haberse sentido mal, no quería recordar la sensación de ataúd ni esas cajas que le hacían pensar en los muertos habiendo tanta vida en todas partes.

En todas partes tanta vida.

Contemplaba los libros mientras trataba de imaginar cuál sería el tipo de mueble que le había regalado Simón a Miranda. ¿Una mesa y sillas? ¿Uno de esos bargueños de campo tan de moda? Vicky no le había contado. Se acercó a la biblioteca y comenzó a desalojar un estante del centro. Fue apilando prolijamente los libros que sacaba. Hizo lo mismo con los estantes de más abajo y más arriba. Los privilegiados de la biblioteca. Una vez vacíos empezó a ocuparlos con los quinientos ejemplares del libro de Víctor. Era mejor esta idea. Se alejó unos pasos para ver cómo se veían en el paisaje. Muchísimo mejor esta idea. Disfrutaba viendo el borravino del lomo que destacaba las letras en blanco.

Las pilas de libros desalojados no tardaron en tambalearse y caer. Pisó sobre ellos para acceder al último estante que se llenaba de Víctor; no le importaba quién era el autor bajo sus pies, o sí, en tanto le permitía llegar a él. Ni la afectaba el tímido resquemor de no haber hecho una edición de mil, tres mil o nueve mil ejemplares.

Cuando tuvo los libros acomodados en una franja vertical de seis estantes, pensó en el Comando San Flaubert. Habría sido perfecto si el libro de Víctor hubiera ocupado la biblioteca completa, pero solo lo imperfecto tenía lugar en el manifiesto que ella quería honrar aunque más no fuera en algunos aspectos, por empatía, contagio, transfusión, no como si llenara casilleros vacantes, ser la orquídea y la abeja, como decía Víctor con bastante ayuda de otro escritor en la páginas treinta y dos, la orquídea y la abeja en lugar del ojo y el paisaje, o de la voz que ordena y el oído que obedece. No había en el mundo mayor justicia para los libros de Víctor

que estar donde él había ubicado sus queridos volúmenes, que tampoco eran los únicos ni todos los más queridos.

Había una justicia mayor, sí. La justicia era más justa en el mundo de las palabras, porque allí decía todo lo que decía, sin una promesa de más.

Y se inclinó a recoger ciertas pepitas de oro que había entre las montañas de libros que sacó de los estantes.

Estaba ante El Victorado, no ante El Dorado, pronunció pícara para sí. Primeras ediciones inhallables, libros raros, rarísimos, joyas que habían sobrevivido al diluvio, volúmenes firmados por figuras consagradas, algunas páginas sueltas manuscritas; pero nada de eso tendría más valor que ciertos documentos históricos que empezó a recoger de otros estantes, Víctor los había conseguido a través del familiar descuidado de un coleccionista. Es hora, dijo Lidia, de que sirvan para hacer justa la justicia.

Dos montañas cobraron la forma de un volcán luego de la expedición a El Victorado.

Se rio, reconociendo que no tenía tiempo para juegos porque Vicky no tardaría en llegar. De ninguna manera le molestaba tener que dar marcha atrás en lo que le había dicho acerca de los libros distribuidos en pequeños pueblos del país y Latinoamérica, esa idea que tanto le habría gustado a Víctor, en otro tiempo, sí, tal vez podría fijarse ese rumbo más adelante, por lo pronto urgía tener listo el cofre con el tesoro.

Vaciló en quedarse con algunas piedras preciosas, pero sabía que la avaricia de retener una sola le haría sentir la falta de los otros trescientos títulos que a Vicky iban a servirle para alquilar ella también su departamento. Solo debería elegir la manera de llegar a los mejores compradores; lectores y coleccionistas, se dijo. Vicky debía inventar algo con su dolor, como ella había hecho con el suyo. Ninguna idea, salvo en las cosas. Claro que sí, se dijo, claro que sí.

MIGUEL VITAGLIANO

Miguel Vitagliano nació en Floresta, Buenos Aires, en 1961. Es profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y uno de los narradores más destacados de la Argentina. Es autor de *Lecturas críticas sobre la narrativa argentina* (1996) y coautor de *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial del 78* (1998), entre otros ensayos. Ha publicado las novelas *Posdata para las flores* (1991); *El niño perro* (1993); *Los ojos así* (1996), ganadora del Anna-Seghers Preis 1996 y traducida al alemán en 2004; *Cielo suelto* (1998); *Vuelo triunfal* (2003); *Golpe de aire* (2004), *La educación de los sentidos* (2006), *Cuarteto para autos viejos* (2008) y *El otro de mí* (2010), las dos últimas en esta editorial. También ha escrito numerosas piezas para radio. Desde 2009 colabora con la revista-blog Escritores del mundo (www.escritoresdelmundo.com).

Foto © Lucio Ramírez

Vitagliano, Miguel Angel
Tratado sobre las manos. - 1a ed. - Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2013.
EBook

eISBN 978-987-712-013-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

© 2013, Miguel Vitagliano
© 2013, Eterna Cadencia Editora S.R.L.

Primera edición: agosto de 2013
Primera edición digital: diciembre de 2013

Publicado por Eterna Cadencia Editora
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
blog.eternacadencia.com.ar

eISBN 978-987-712-013-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección general Pablo Braun
Dirección editorial Leonora Djament
Edición y coordinación Claudia Arce
Corrección Virginia Avendaño
Diseño de colección Pablo Balestra
Diseño de tapa Ariana Jenik
Prensa y comunicación Ana Mazzoni
Conversión a formato digital Libresque
Corrección de e-book Silvina Varela

Otros títulos de esta colección

Lumbre
Glaxo
Hernán Ronsino

Una muchacha muy bella
Julián López

Historia de las pulgas que viajaron a la Luna (y otros cuentos de ficción científica)
Los cuentos siniestros
Kobo Abe

Lo infraordinario
Nací
Georges Perec

Cuadernos de Lengua y Literatura. Volúmenes V, VI y VII
Mario Ortiz

Beya. (Le viste la cara a Dios)
Gabriela Cabezón Cámara e Iñaki Echeverría

Padre contra madre y otros cuentos breves
Machado de Assis

El traductor
El Camino Total
Salvador Benesdra

La vida ordenada
Grieta de fatiga
La lenta furia
Fabio Morábito

Juego de damas. Nueve cuentos y una obra de teatro
Jane Bowles

Novelas breves
Juan Carlos Onetti